



FEDERICO
ANDAHAZI

PECADORES
Y PECADORAS

Historia sexual de los argentinos III

DESDE EL GOLPE DEL 30 HASTA CRISTINA KIRCHNER

Lectulandia

Si asomarse a la historia nacional con auténtica curiosidad y espíritu crítico, sin prejuicios, implica un verdadero desafío, mucho más arriesgado es interrogar el mundo íntimo de los personajes públicos.

Con este tercer volumen, luego de Pecar como Dios manda y Argentina con pecado concebida, Federico Andahazi completa su investigación sobre más de quinientos años de nuestra historia para comprender el cruce entre sexualidad y política. Con seriedad, respeto y solvencia, y también con la fluidez y claridad que lo caracterizan como escritor, Andahazi se sumerge en una gran cantidad de documentos y testimonios que muchos hubieran preferido mantener ocultos. En esta oportunidad indaga la década infame, el peronismo y el antiperonismo, la última dictadura militar, la recuperación de la democracia, la «fiesta» menemista, la crisis de 2001. Al profundizar en la vida de Perón, Evita, Isabel, López Rega y los militantes de Montoneros, entre muchos otros, revela aquellos aspectos de la intimidad que cambiaron el curso de la historia. Y llega, incluso, a dar su testimonio e interpretación de hechos muy recientes, tales como la aprobación de la ley de matrimonio igualitario y los conmovedores momentos vividos ante la inesperada y súbita muerte de Néstor Kirchner, a los 60 años, a fines de octubre de 2010. Días impactantes y tan trascendentes que han abierto ya un nuevo capítulo en nuestra historia y cierran, a su vez, esta obra audaz, inteligente y apasionadamente reflexiva.

Además de confirmar a Andahazi como uno de los más importantes escritores de su tiempo, la magnífica trilogía de la Historia sexual de los argentinos postula que para comprender la esencia de un país hay que ahondar en el entramado de sus relaciones sexuales.

Lectulandia

Federico Andahazi

Pecadores y pecadoras

Desde el golpe del 30 hasta Cristina Kirchner

Historia sexual de los argentinos - 03

ePub r1.0

Titivillus 18.05.15

Federico Andahazi, 2010

Ilustración de cubierta: *Las Oréades* (detalle), William Bouguereau, 1902

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Palabras preliminares

El campo de la historia es el terreno fértil de la polémica. La política contemporánea, resultado de complejos procesos históricos, está marcada a sangre y fuego. El eco de las viejas contiendas y las heridas todavía abiertas determinan el tono exaltado que caracteriza el debate político en la Argentina. Los orígenes de nuestro país no son ajenos a la violencia: la brutalidad de la Conquista por parte de los españoles, las luchas por la Independencia, la guerra civil entre unitarios y federales, el feroz aplastamiento de las luchas populares, los sucesivos golpes militares, la enajenación del patrimonio público y el saqueo sistemático, producto de una corrupción estructural, explican el tenor de estas controversias. Escribir sobre nuestra historia implica reavivar los rescoldos de un pasado conflictivo, que todavía arde sobre la dolida epidermis nacional.

Si hablar de historia resulta una tarea ardua y revive las más encendidas pasiones, no parece más sencillo abordar la sexualidad. Cualquier alusión al sexo despierta, aún hoy, las más escandalizadas reacciones de pocos, aunque poderosos, sectores de la sociedad. Pero si, además, se trata de indagar en la sexualidad de los personajes más emblemáticos de nuestro país, las voces de los custodios de la moral y la tradición se elevan con una exaltación semejante a la de los inquisidores medievales. La combinación de ambos elementos —historia y sexo— resulta una mezcla intolerable para quienes se proclaman guardianes del pundonor patrio.

He escrito, y lo he repetido con frecuencia, que no puede comprenderse la historia de una nación si se desconoce la historia de su sexualidad; de hecho, los países, igual que cada uno de sus habitantes, son hijos de una vasta red de relaciones sexuales, cuya trama sólo puede percibirse a la luz de las sucesivas políticas de Estado. El mestizaje durante la Conquista, la consolidación de las oligarquías mediante las alianzas entre familias —e incluso, bordeando el incesto, dentro de una misma familia—, el impulso a la inmigración propiciado hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX son algunas de las sucesivas políticas de Estado de naturaleza eminentemente sexual. Es decir, la sexualidad no es una nota pintoresca de la historia, sino su motor, el impulso surgido de la particular encrucijada, para decirlo de manera general, entre la naturaleza y la cultura.

Desde el primer volumen de la *Historia sexual de los argentinos* he sostenido que varios de los hechos públicos que han cambiado el curso de la historia, sólo pueden entenderse iluminando algunos aspectos de la vida privada de sus protagonistas. Juan Lavalle cae derrotado en la campaña del Norte, no a manos de sus enemigos, sino a expensas de sus propios impulsos amorosos al intentar escapar de la alcoba de su amante, Damasita Boedo, a cuyo hermano, Mariano Boedo, había hecho fusilar. Rosa Campusano, la amante ecuatoriana de San Martín, sacaba información a los oficiales realistas con quienes se acostaba para entregarla luego al Libertador en su propia

cama. La apasionada relación amorosa entre Roque Sáenz Peña con una joven «plebeya», que resultaría ser su propia hermana, sería una anécdota carente de interés público, si no hubiese sido por la incidencia fundamental que este hecho tuvo en la historia argentina: horrorizado ante el descubrimiento, Roque Sáenz Peña, igual que los héroes de las tragedias griegas, decidió ir a morir a la Guerra del Perú. Sin embargo, su participación destacada en esta conflagración fratricida lo haría regresar al país como un paladín de la unión sudamericana, siendo éste el primer peldaño en su ascenso hacia la presidencia de la Nación. Todos estos ejemplos demuestran que el sexo ha sido protagonista fundamental en varios capítulos de nuestra historia.

El criterio que ha guiado la investigación de esta obra se sustenta en dos principios: por una parte, exponer sólo aquellos aspectos de la vida privada de los personajes públicos que han tenido consecuencias en la vida política de la Nación y, por otra, analizar de qué forma se ha ido construyendo el relato sobre la sexualidad de los argentinos. Es decir, cómo los distintos factores culturales, sociales, periodísticos, religiosos, etcétera, han producido las múltiples y contradictorias versiones sobre los más diversos temas atinentes al sexo.

Varias polémicas se han generado a partir de la publicación de *Pecar como Dios manda* y, sobre todo, de *Argentina con pecado concebida*. No es el propósito de estas líneas contestar las opiniones mejor o peor intencionadas, más o menos serias, más o menos intolerantes sino, al contrario, poner de manifiesto que, en materia de historia y sexualidad, no sólo es imposible dejar conformes a todas las partes, sino, probablemente, a ninguna. Ahora bien, si hablar sobre la sexualidad de ciertos personajes del pasado levanta semejante polvareda, podrá imaginar el lector el desafío que implica examinar la vida íntima no ya de próceres y personajes que descansan en el panteón de la historia, sino de personas cercanas en tiempo y espacio, que, en muchos casos, ocupan lugares encumbrados en los estamentos del poder.

Se suma a estos factores otro elemento no menos polémico: el de la actualidad. Mucho he cavilado acerca de la pertinencia de ocuparme del presente ante las prevenciones del riesgo que implicaba semejante posibilidad. En algunos casos tales consejos eran formulados con sincera preocupación y en otros a modo de velada advertencia. Ciertamente es que la mayor parte de los historiadores prefiere evitar la actualidad alegando razones de objetividad y la necesidad de mantener una prudente distancia con los acontecimientos. Sin embargo, he decidido llegar hasta nuestros días por diversos motivos. En primer lugar, porque no me impulsa el afán científico del historiador, sino la más pura pasión y el legítimo deseo de narrar, opinar y denunciar lo que todavía está al alcance de la vista. Aun admitiendo la dificultad de considerar los hechos contemporáneos con imparcialidad, con igual lógica habría que decir que en el mismo defecto reside la virtud: a lo largo de este trabajo puede comprobarse de qué manera los textos escritos en el fragor de las batallas, los alegatos surgidos de la emoción del momento, tienen un valor testimonial mucho más precioso que el del frío examen analítico y postrero. Por otra parte, sería una cobardía inaceptable rehuir

la polémica que, por fuerza, implica hablar de personajes cercanos en el tiempo y en el espacio.

Cuando me acercaba al final de este libro se produjo un hecho doloroso que, sin dudas, habrá de marcar una bisagra en la historia argentina: el 27 de octubre de 2010 falleció el expresidente de la Nación Néstor Carlos Kirchner, protagonista de la última parte de este libro. En ofrenda a su memoria y convencido de que la historia también se narra en el presente, he decidido compartir con el lector mi testimonio de los hechos al mismo tiempo que se producían. No se me ocurre mejor homenaje a Néstor Kirchner que escribir con la mayor honestidad sobre su persona.

Llegado a este punto, me veo en la obligación de hacer una advertencia: aquellos lectores que esperen encontrar en esta obra una fuente para alimentar alguna curiosidad morbosa, están a tiempo de cerrar este libro y buscar en la abundante literatura de alcoba, tan de moda en nuestros días. A lo largo de las páginas que siguen intentaremos develar los resortes ocultos que rigen las inconfesables relaciones entre el sexo y el poder, cuyos alcances no sólo han determinado la historia de nuestro país, sino los criterios, los juicios y los prejuicios que gobiernan la sexualidad de cada uno de nosotros.

I. Los pecados mortales

1.

De los años locos a los años de locura

Existe la creencia, ciertamente extendida, de que la flecha de la historia avanza en el mismo sentido de la evolución de las libertades y la apertura de criterios en materia de sexualidad. Sin embargo, al examinar someramente los distintos períodos, se comprueba fácilmente que esto no es así; al contrario, en algunas ocasiones, el sexo parece moverse en sentido contrario. Basta remontarse a la Grecia clásica o a las orgías del Imperio romano para verificar que, en comparación, por ejemplo, con los cánones victorianos, se ha experimentado un enorme retroceso. Pero no es necesario ir tan lejos: si cotejamos la Argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX con el panorama nacional surgido del aciago golpe militar de 1930, la involución en materia sexual coincide con el ocaso de las libertades civiles, de los derechos sociales y de las condiciones laborales.

La inmigración masiva promovida a mediados del siglo XIX produjo un giro copernicano en las aldeanas costumbres sexuales de nuestra sociedad. De la noche a la mañana, Buenos Aires abandonó su fisonomía colonial y se convirtió en una metrópoli palpitante, plena de ámbitos en los que habría de desarrollarse una cultura propia y singular, producto de la fantástica mezcla de identidades. De ese cruce de lenguas, de melodías y de danzas surgiría el tango en la penumbra de los prostíbulos y los *cabarets*. A partir de ese momento, una vertiginosa sucesión de hechos parecía poner a la Argentina en la senda de un imparable progreso social, político y sexual: las ideas socialistas, las nascentes aspiraciones sindicales de los trabajadores, el lenguaje tanguero con su primitiva carga de procacidad y su lírica erótica, evidenciaban un potencial de rebeldía inédito. Pero no solamente en las clases proletarias se experimentaba este cambio; a pesar de la diferencia de intereses, este impulso surgido desde abajo habría de modificar, también, las costumbres de las clases altas: poco a poco la sociedad evolucionaba hacia una visión más alejada de los rígidos patrones moldeados por la Iglesia. Las mujeres, de manera incipiente, tomaban la palabra y la iniciativa, para escándalo de los sectores más conservadores. Las «indecentes» relaciones amorosas de Lola Mora y el escándalo que significó la publicación de las relaciones de Victoria Ocampo con tantos y tan célebres hombres de la cultura rompían, si no con las costumbres, al menos con los códigos de la doble moral propia de la aristocracia.

Así, a comienzos del siglo XX, las clases acomodadas vivían con euforia la sensual frivolidad de los años locos, mientras los más pobres, los inmigrantes y los criollos trabajadores, se organizaban en torno de los nuevos ideales de libertad. Unos

desafiaban las rancias tradiciones de su clase en los *cabarets* más lujosos de Recoleta y los otros celebraban sus luchas y conquistas en los miserables burdeles del sur. Y todos, unos y otros, se contoneaban al ritmo voluptuoso del tango. Sin embargo, cuando todo parecía encaminarse hacia la ruptura de los viejos cánones, los intereses opuestos se agudizaron a un punto irreconciliable. Entonces, aquellos años locos se convirtieron en años de locura, de odio de clase hacia los inmigrantes pobres y los trabajadores que luchaban por mayores derechos sociales. De pronto, llegó la noche de los fusiles y las bayonetas. Hacia fines de la década del 20, la fiesta se vería abruptamente interrumpida. El 6 de septiembre de 1930, con el golpe militar encabezado por José Félix Uriburu, se inauguró la siniestra saga de las dictaduras militares en la Argentina. La mutilación de las libertades democráticas y los derechos civiles elementales se haría extensiva a todas las manifestaciones de las prácticas sexuales.

Como subteniente del ejército, Uriburu formó parte de la «Logia de los 33», una facción de oficiales que en 1890 organizó la Revolución del Parque, la insurrección cívico-militar que culminó con la renuncia de Juárez Celman. Iniciado el nuevo siglo, en 1905, José Félix Uriburu fue el encargado de aplastar la revolución radical encabezada por Hipólito Yrigoyen. La feroz represión incluyó el encarcelamiento de centenares de trabajadores agremiados, el amordazamiento de la prensa socialista, el ataque a los nacientes sindicatos y la brutal embestida contra la manifestación obrera del 21 de mayo, que terminó con dos muertos y decenas de heridos diseminados en Plaza Lavalle.

Tan heroicas participaciones llevaron a Uriburu a ocupar la dirección de la Escuela Superior de Guerra en 1907 y en 1913 viajó a Alemania para completar su formación prusiana. De regreso al país, fue miembro del Consejo Superior de Guerra hasta que el presidente Hipólito Yrigoyen ordenó su retiro. Cuatro días después de que José Félix Uriburu tomó el poder por asalto, una vergonzosa, infame e ilegal acordada de la Corte Suprema de Justicia de la Nación avaló, por primera vez, el derrocamiento de un presidente constitucional. De inmediato se disolvió el Congreso, se declaró el estado de sitio, se intervinieron las provincias y se implantó un régimen autoritario inspirado en el naciente fascismo que comenzaba a extenderse en Europa. Acaso, una de las «instituciones» más representativas de la dictadura de Uriburu haya sido la flamante Sección Especial de la Policía Federal, cuya función más elevada era la de encarcelar y torturar a los opositores, fueran éstos reales, potenciales o sospechados. Por otra parte, se abolió la autonomía de las universidades consagrada en la Reforma de 1918 y se impuso una férrea censura a los medios de prensa.

Por entonces habría de consolidarse una alianza indisoluble entre la Iglesia Católica, el régimen castrense y los grupos ligados a la oligarquía terrateniente. Ésta era la verdadera y única Santa Alianza. En los despachos públicos, escuelas y colegios confesionales, de pronto se erigieron carteles que, en tipografía gótica, rezaban: «Dios, Patria, Hogar: hermosa trilogía cuyos frutos son progreso, paz y

fraternidad». Los tímidos avances en materia de libertades sexuales alcanzados hasta entonces fueron borrados de un plumazo.

El cine y los espectáculos públicos han sido, desde siempre, un fiel indicador del grado de tolerancia de una época. Resulta notable que, desde los albores del siglo xx hasta 1930 casi no existiera la censura. A propósito, el célebre director de cine Mario Soffici ha sido elocuente al declarar en 1975: «Yo siempre he dicho que hasta el año 30 he conocido la verdadera libertad, la libertad de expresión que le permitía a usted en los teatros, en las revistas, en todo, hablar con entera franqueza».

Confirmando las palabras de Soffici, una breve recorrida por las carteleras previas al golpe mostraba algunos títulos verdaderamente audaces. De hecho, muchas películas europeas prohibidas en sus países de origen podían verse sin problemas en las salas de Buenos Aires. Un caso curioso fue el estreno en 1928 de *Aphrodite*, una película, de Pierre Marchal, basada en la novela de Pierre Louÿs. El film se promocionó como «la obra más sensual de la literatura francesa que revive con lujo inusitado la antigua Grecia con todos sus vicios y refinamientos sexuales» y agregaba que la película «ha despertado la admiración de todo el mundo por la belleza de sus desnudos artísticos». Para agregar un poco de curiosidad morbosa, el afiche publicitario advertía: «Inconveniente para señoras y señoritas». La exhortación, claro, tenía mucho más de señuelo que de prevención. La película soportó alternativamente la deliberada indiferencia moralista de un sector de la prensa y las críticas indignadas de alguna publicación católica que la tildó de pornográfica; en fin, una suerte no muy distinta de la que corrieron muchas obras no ya a comienzos, sino a fines del siglo xx. Lo más curioso del caso es que, contrariamente a lo que muchos daban por sentado, *Aphrodite* no era una producción francesa, tal como se promocionaba, sino que detrás del pseudónimo Pierre Marchal se escondía el realizador argentino Luis Moglia Barth quien, por lo visto, no estaba dispuesto a poner su nombre en un film erótico. Por esos mismos días, las marquesinas de los teatros Florida y Ba-Ta-Clán exhibían títulos tales como *La vendedora de caricias* y *Un mordisco entre las piernas*; el afiche de esta última estaba cruzado por una faja que rezaba «véala y entrará en calor».

Otro ejemplo del brutal retroceso que significó el golpe del 30 en lo concerniente a cine y sexualidad tiene que ver con el estreno en Buenos Aires del film *La quena de la muerte*, del legendario director Nelio Cosimi en 1929. La película planteaba un escandaloso intercambio de parejas, inédito para la época: el aristocrático matrimonio compuesto por Azucena y Raúl irá a pasar una temporada a una estancia en las sierras de Córdoba. Allí Raúl conocerá a la india Cardo Azul. Sintiendo atraído por su belleza, terminará violándola en una tolдерía. Pero, por si fuese poco, Azucena seducirá a El Mestizo, un indio a cuyos pies ella caerá rendida. «Plantear una relación amorosa interracial era tabú», señala Fernando Martín Peña, fundador de la Filmoteca Buenos Aires, y agrega: «Un hombre blanco podía conquistar a una india, pero de ninguna manera una mujer blanca podía seducir a un indio». Sin embargo, la audacia

de Cosimi habría de ser tan breve como la democracia avasallada. En 1932, luego del golpe de Uriburu, el director de *La quena de la muerte* abandonó su espíritu transgresor y, con la colaboración del ejército y el beneplácito de la Iglesia, filmó un panfleto católico, cuyo título no merece aclaración: *Dios y la patria*.

Sea por acción u omisión, como refugio de resistencia o para prestarle argumentos al poder, la cultura, en sus diversas manifestaciones, constituye uno de los testimonios más valiosos para entender una época.

Tal vez el personaje más emblemático de la primera dictadura argentina haya sido Leopoldo Lugones. De su pluma surgieron algunos trazos de la proclama del golpe del 30 y los párrafos más recalcitrantes de varios discursos pronunciados por José Félix Uriburu. De hecho, podría afirmarse que las palabras que pronunció Uriburu al anunciar el golpe eran apenas una versión suavizada de «La hora de la espada», el discurso tristemente célebre que Lugones diera en Perú en 1924:

Debemos tratar de conseguir una autoridad política que sea una realidad para no vivir puramente de teorías. La democracia la definió Aristóteles diciendo que era el gobierno de los mejores. La dificultad está, justamente, en lograr que la ejerciten los mejores. Es difícil que esto suceda en un país como en el nuestro, con sesenta por ciento de analfabetos, de lo que resulta claro y evidente, sin tergiversación posible, que ese sesenta por ciento de analfabetos es el que gobierna al país, porque en elecciones legales ellos son una mayoría.

Quizá las más precisas descripciones de Leopoldo Lugones las haya dado su propio hijo, quien, además del nombre y del apellido, compartía con su progenitor todo el repertorio xenófobo y racista. Lugones hijo, apodado Polo, apuntó en su obra *Mi padre*, que éste «prefería la aristocracia en el gobierno, que por ser de rocas se va a lo alto, y no las tierras bajas de una mentida democracia con sus pantanos y atoladeros».

Más allá de lo errático de la metáfora, resultaba muy clara la posición del padre y, más aún, la del hijo. Por si quedara alguna duda del carácter fascista del espíritu de los Lugones, sin apelar a alegorías ni a eufemismos, Polo agregaba:

No podría decir de manera categórica que mi padre se enorgulleciera por su origen, que no se gloriaba sí; mas es lo cierto que de pequeño hízome entender que éramos nosotros de sangre limpia, como decían en España de donde venimos, de las gentes sin mezcla espuria de corrientes judías o moras o de penitenciados por la Inquisición.

Y, a propósito del Santo Oficio, el hijo de Lugones se jactaba de sus católicos ancestros: «Tres clérigos hubo en mi familia; seguramente más, pero creo mejor atenerme a lo cierto».

Al desprecio por las mayorías y por los analfabetos, a las ofensas a judíos y musulmanes, a la creencia en la superioridad racial y al elogio de la Inquisición, se sumaba el odio visceral que Lugones sentía hacia los extranjeros, sobre todo a los inmigrantes italianos que habitaban los conventillos. Un perfecto retrato, en fin, del más patético fascista, adornado con todos los clisés que componen una caricatura. Incluso, su tránsito de un declamado socialismo de juventud hacia la posición opuesta

coincidió con el pasaje del socialismo al nacional-socialismo del que, en su momento, se jactara el propio Mussolini.

La referencia a Polo Lugones no es azarosa, ya que fue el triste nexo entre su padre e Hipólito Yrigoyen. Existió un hecho que ha intentado silenciarse, no sin cierto éxito: no muchos sabían que Lugones debía un enorme favor personal al presidente constitucional contra el que habría de conspirar, un favor tan íntimo y secreto que, a la deslealtad política que significó el golpe, se impuso la traición personal. Durante el mandato de Alvear, Polo Lugones había sido designado director del Reformatorio de Menores de Olivera. El ferviente catolicismo del vástago de don Leopoldo no constituyó un obstáculo para que abusara sexualmente de los menores internados aprovechándose de su cargo. Además de los numerosos testimonios y denuncias, existió una causa judicial que llevó a la cárcel al hijo del poeta sedicioso. A propósito, en el libro *El martirologio argentino*, Carlos Jiménez escribió:

Leopoldo Lugones (hijo) fue enjuiciado criminalmente porque siendo Director del Reformatorio de menores de Olivera —¡qué ironía!—, cometía con las criaturas allí reclusas, el abuso más repugnante y execrable para satisfacer sus aberraciones de pederasta activo, pasivo y sádico consumado. ¡Qué monstruosidad! Proceso que culminó con la exoneración del ruinoso personaje que nos ocupa, a quien el fiscal que intervino en la causa pidió 10 años de prisión. (...) Al proceso con requisitoria fiscal antes referido, intervienen influencias que paralizan la causa para evitar «que se enlodazara más» el nombre de su familia.

En efecto, al asumir Hipólito Yrigoyen, Leopoldo Lugones intercedió personalmente ante el nuevo presidente para limpiar el honor del insigne apellido de aquel que, a decir de algunos, había llevado a la cumbre al modernismo poético argentino. De rodillas, le imploró al Primer Mandatario que liberara a su hijo para evitar el escarnio público. Ya por ingenuidad, ya por respeto a la «investidura» literaria de Lugones, Yrigoyen hizo valer su influencia y el joven pederasta quedó en libertad. Pero Leopoldo Lugones habría de pagar con la traición la deuda con el presidente.

El caso de Polo pone en evidencia las truculentas relaciones entre sexualidad y poder. Para aquellos que suelen levantar la voz indignados por la presunta intromisión en la vida privada de ciertos personajes públicos, vale la pena señalar que el abuso de menores cometido desde la función pública no constituye, precisamente, un acto de la vida privada sino un delito aberrante cometido a expensas de un cargo oficial. Ni siquiera voy a detenerme a analizar las múltiples versiones sobre otras sórdidas prácticas sexuales del hijo de Lugones, emparentadas con la crueldad y la zoofilia, tal como señala Conrado Ferré: «De Polo (Leopoldo hijo) se cuenta un detalle espeluznante que no sé si es cierto, y en todo caso es muy difícil de constatar: de adolescente violaba a las gallinas mientras les retorció el pescuezo para aumentar su goce» (el propio, claro, no el de la gallina).

Sin embargo, Lugones hijo tiene en su haber hazañas mucho más bizarras, en cualquiera de las acepciones que el lector desee aplicar a este último término. A la

inspiración de Polo, la Argentina debe uno de los inventos que han hecho famoso a nuestro país en el mundo: la picana eléctrica. Y no sólo la inventó, sino que, al ser nombrado inspector de policía de la dictadura, fue uno de los mejores ejecutores de tan útil instrumento. Cuentan sus infortunadas víctimas que el placer que experimentaba Polo a la hora de aplicar corriente eléctrica era semejante al del éxtasis sexual. Sospecho que los entusiastas discípulos y admiradores de Uriburu, Lugones y otros célebres demócratas, elevarán su índice admonitorio para condenarme, como ya lo han hecho, por meterme en la vida privada del hijo pródigo de Don Leopoldo. ¿No tenía derecho el joven Polo a violar tranquilamente a los menores internos del reformatorio? ¿No estaba cumpliendo un alto servicio a la patria al interrogar a los opositores políticos? Y, si de paso, tenía uno que otro orgasmo, ¿cuál es problema? Después de todo se trata de su vida privada. Para algunos la violación más intolerable no es la de los menores, sino la de la intimidad de ciertos personajes.

Sin embargo, la vida sexual del pequeño Polo es bastante convencional comparada con la de su padre. Veamos si no.

3.

Lugones: sangre, sudor, lágrimas y otros fluidos

La educación familiar de Leopoldo Lugones fue conflictiva. Tironeado entre el fervor católico de su madre y las convicciones agnósticas de su padre, finalmente, a lo largo de su vida, habría de darles el gusto a ambos. De hecho, Doña Custodia, madre de Lugones, llegó a recurrir a los oficios de un exorcista para arrancar el ateísmo del alma de su hijo. Así lo relató Polo Lugones:

Dos partidos definidos levantaban bandera en el hogar lugoniano: el materno entregado por completo a la parcialidad clerical; el paterno como nunca cerrado a la banda con los liberales. Tras éste, mi padre; pero doña Custodia no cesa en su empeño de recuperar a la religión la perdida conciencia del hijo de sus entrañas; ¡Que cómo es que le ha salido tan lauto en ateísmo siendo ella tan creyente! Mantiene la señora misteriosas entrevistas con los ases del clero. Han de darle seguramente fórmulas exorcistas, para que el demonio libre el cuerpo, y vuelva el joven en gracia de Dios.

Fuere por efecto de estas prácticas esotéricas o por cualquier otra razón más o menos oscurantista, lo cierto es que Leopoldo Lugones abdicó del juvenil socialismo para abrazarse a la cruz y, sobre todo, a la espada. De hecho, en su discurso en Perú, pronunciado en ocasión del centenario de la Batalla de Ayacucho y titulado «La hora de la espada» dijo el poeta: «El ejército es la última aristocracia, vale decir la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica».

Semejante viraje tuvo su precio, claro. El escritor y ministro de Educación de la Revolución Mexicana, José Vasconcelos diría: «Hemos perdido un poeta y hemos ganado un bufón».

De un día para el otro, Leopoldo Lugones se quedó sin amigos, sus colegas se alejaron y sus lectores le dieron la espalda. Lejos de apocarse ante aquella soledad, redobló la apuesta y escribió *La patria fuerte* y *La grande Argentina*, dos opúsculos que sintetizaban la esencia autoritaria de inspiración medieval hecha de grandilocuencia y mediocridad. Ahora bien, ¿cómo se traducía este cambio en su moral cotidiana, su poética y su visión de la sexualidad? Existe una obra de Lugones, dedicada a su esposa, Juana González, titulada *El libro fiel*. Es éste un extraño conjunto de poemas desapasionados, carentes de toda sensualidad y de un lirismo raso. Para ser un libro de amor resulta, cuanto menos, aséptico y almidonado. El acento, tal como su nombre lo indica, está puesto en la fidelidad antes que en la pasión. Se percibe un catolicismo tácito que parece inspirado en las enseñanzas paulistas sobre la abstinencia del amor carnal. La esposa, despojada de toda investidura sexual, debe ser apreciada con un cariño fraterno:

*Y bajo una paz lejana
Ver afanarse con seriedad sencilla
Tu diligente juventud de hermana.*

A pesar —o tal vez a causa— de las resonancias patológicas e incestuosas, como si estos versos no resultaran suficientes para exaltar sus beatas virtudes morales, Leopoldo Lugones declaraba a quien quisiera escucharlo que él era «el marido más fiel de Buenos Aires». En la dedicatoria de *El libro fiel* escribió con pompa: «*Tibi, unica sponsae, turtura meae, unicissimae*» (Para ti, mi única novia, mi tórtola sin igual).

Éstas no fueron las únicas palabras de amor para su esposa Juana. En *El libro de los paisajes*, Lugones le dedicó esta apasionada frase: «*Conivgi dilectissimae, Juana González, intime*» (De todo corazón a mi dilectísima esposa Juana González). Suponemos que la esposa de Lugones debió haber desfallecido ante tan espontánea, sincera y enardecida declaración. De acuerdo con semejantes títulos y honores autoproclamados, todo haría suponer que la vida íntima de Lugones fue un dechado de virtud y fidelidad, que la única vez que mantuvo sexo fue para concebir a Polo que, dicho sea de paso, era el prototipo del ejemplar ario. Veamos, si no, la descripción que del vástago de Lugones nos deja Carlos Jiménez:

Se trata de un antropoide de mediana estatura, más bien grueso, de tez blanca, de voz un tanto atiplada, de cara redonda, mirada oblicua y turbia; sus ojos verdosos e informes son el espejo más claro de su alma tenebrosa; poco cabello de color negro y peinado a la gomina, su aspecto general es el de un feto grande que al nacer, ve, camina y habla.

En fin, Polo parecía ser la única y lamentable constancia de que Lugones tuvo alguna aproximación al sexo. *A priori* se diría que el autor de *Las montañas de oro* no tendría mérito alguno para hacerse un lugar en la historia de la sexualidad de los argentinos. Sin embargo, el hallazgo de ciertas cartas secretas demuestra una vez más que ahí donde vemos un moralista rasgándose las vestiduras ante la disolución moral de los otros, se esconde, si no un hipócrita, un espíritu turbado por una libídine enfermiza.

En su hora más solitaria, hacia el comienzo del otoño de la edad, alejado de sus antiguos amigos escritores y sobrellevando un matrimonio cuya monotonía no podía ocultar tras los acartonados panegíricos dedicados a su esposa, sucedió un hecho inesperado en la gris existencia de Leopoldo Lugones. Una tarde de 1926 llegó como todos los días a la Biblioteca del Maestro. Estaba por entrar en su despacho de director cuando, de pronto, una joven lo interceptó. Con esa mezcla de agrio laconismo y arrogancia que lo caracterizaba, Lugones le espetó a la muchacha: «¿Viene por un autógrafo?». Sin embargo, al acomodarse los anteojos, sus ojos miopes recorrieron de arriba abajo la anatomía de la mujer y, después de una inspección sumaria pero minuciosa, la invitó a pasar al despacho. Una vez dentro, la muchacha,

que ceñía su cuerpo en un ajustado vestido verde, se sentó sobre el brazo de un sillón, se presentó y expuso a Lugones el motivo de su visita.

El nombre de aquella veinteañera era Emilia Santiago Cadelago, recientemente egresada del Instituto del Profesorado de Letras, y venía a pedirle un ejemplar de *Lunario sentimental*, obra publicada en 1909 y, a la sazón, completamente agotada. Habida cuenta de que el autor del libro era, a la vez, director de la Biblioteca, la bella profesora se había tomado el atrevimiento de pedir un ejemplar al propio Lugones. Lo cierto es que el padre del modernismo argentino quedó extasiado ante la joven Emilia. La respuesta del poeta sonó como un pretexto para volver a verla: le dijo que no había ningún ejemplar en la biblioteca, pero prometió conseguirle uno. Era la excusa perfecta para concertar una cita. Aquel Lugones maduro y resignado a una existencia gris, creyó ver una señal del destino. Si en 1924 pronunció «La hora de la espada», ahora, ante la aparición providencial de la muchacha de vestido verde, habría de escribir *La hora del destino*:

*Lo que aquella tarde me cambió la vida
Dejándola a la otra para siempre atada,
fue una joven suave de vestido verde
que con dulce asombro me miró callada.*

De pronto, «el hombre más fiel de Buenos Aires», el autor de *El libro fiel*, inició un romance tan secreto como apasionado con Emilia, a quien rebautizó con el nombre de la deidad griega Aglaura. Su vida volvió a dar un giro impulsado esta vez por el amor carnal. Los versos acartonados que escribía a su mujer, súbitamente, con la inspiración de su nueva musa, se convirtieron en un torrente de pasión:

*Princesa, si yo no fuera
Tuyo lo que en mí hay de hermoso,
Yo este libro caprichoso
A tus pies de ángel pusiera.*

*Acéptalo y deja pues
Que así por tu gracia honrado
Me confiera el principado
Poniendo un beso a tus pies.*

Recuerde el lector la referencia a los pies para empezar a descifrar algunos de los códigos ocultos que empiezan a aparecer en este nuevo Lugones. El ascético juglar se convierte de pronto y literalmente en un semental poético. Las cartas secretas que Lugones escribe a Emilia Cadelago son uno de los hallazgos más sorprendentes y horrorosos del género epistolar y parecen salidas de la trama de una novela de terror.

Si la prosa que anima la pluma resulta repulsiva, la tinta con la que están escritas mueve a la náusea: sangre, semen y otros fluidos realzan y enfatizan las frases. Sí, así como se lee: papeles llenos de palabras empalagosas salpicadas con esperma, borroneadas con saliva, rastros táctiles y huellas sanguinolentas que unen párrafos o subrayan palabras.

Las cartas fueron confiadas por Emilia Cadelago a su amiga y albacea María Inés Cárdenas de Monner Sans, autorizando su publicación para después de su muerte, acaecida en 1981. A medida que se avanza en la lectura de las cartas, puede descifrarse un código, acaso rudimentario, en el cual las metáforas son, en realidad, burdas alusiones a los órganos sexuales, a los fluidos corporales, al coito y la masturbación. Las flores, por ejemplo, aluden alternativamente al genital masculino y al femenino; el rocío, la lluvia y las gotas, al semen o las humedades vaginales. Veamos, para ilustrar, el siguiente pasaje de una de las cartas:

Cuando vengas, tráeme una florcita como las de hoy, pero que haya dormido al rocío del jardín. Consagra con tu caricia la azucena y piensa que mi beso te devora hasta consumirse, mi panterita de oro, mi mariposa de seda, mi abejita de miel.

Tal vez no exista obscenidad más grande que la cursilería. Los eufemismos para evitar llamar a las cosas por su nombre suelen resultar más procaces que la pornografía misma. Ni *Las once mil vergas* de Paul Verlaine, ni todas las descripciones que nos ofrece el Marqués de Sade en su *Filosofía en el tocador* resultan tan lesivas para los sentidos como las figuras poéticas con que Lugones profana al sexo.

No te olvides de la cintita, necesito anudar más que nunca el ramo de lirios (...) La tarde está gris y helada como la ausencia. Pero en mi boca persisten a la vez la tibieza de tu suavidad y la frescura de tu rocío. Un sabor de azucena que se deshoja palpitante de amor. Y un arrullo de pichoncitos. ¿Dónde están? ¿Cómo están? Te mando la sangre de mis entrañas, mi leoncita.

Como si el don de la metáfora de pronto le hubiese sido quitado, ahí donde dice «la sangre de mis entrañas», no debe leerse más que en su sentido literal: debajo de la frase puede verse claramente una mancha de color incierto que une la palabra sangre con la firma: Leopoldo.

Tus manos intensas, enloquecedoras, dulcísimas de estrechar y de libar como flores, dedo por dedo. Nada te enloquecería tanto, mi amor, como esas caricias. Así rendías a tu fiera rugiente, hasta devorarla tú también, mientras la melenita se doraba con el rayo de sol en el vértigo quemante que sentías venir: toma mi vida, mis entrañas, mi sangre!

Y, otra vez, la palabra «sangre» aparece borroneada por una aureola sanguinolenta. Donde dice «entrañas», en cambio, se ve una pegatina amarillenta de semen. En la misma carta, un poco más abajo, nos encontramos con un curioso pedido que Lugones hace a su amante. Le ruega que no lo llame por su nombre, sino que le diga «señora de Smith». Si bien esta petición está relacionada con la cautela

para que no quedaran expuestos los nombres reales de los amantes furtivos, no deja de ser una extravagancia más en la que se diluye la frontera entre lo masculino y lo femenino. ¿Qué opinarían sus militares amigos si hubiesen sabido que el enérgico Lugones se hacía llamar señora de Smith y aludía a su parte íntima como «azucena»?

Te adoro. Te adoro a morir; quiero volcar en ti mi ser entero; beber de mi ánfora. Siento tus manos, tu boca, tu delicia en tu cinta, empapado ya de tu amor que viene a cosechar sus lirios, querida, querida mía, te espero ya. No tardes.

Esto escribía el autor de *El libro fiel*, encerrado en su despacho de la Biblioteca del Maestro, gimiendo mientras decoraba las cartas con la tinta amarillenta de sus propias entrañas. Y luego, sudoroso y palpitante, retomaba la pluma y se perdía en un torbellino de alegorías escatológicas, comparaba el diámetro de su «lirio» con partes de la anatomía de su amante, inventaba fetiches con cintas emporcadas y escribía con los escasos recursos de un adolescente afiebrado y no del viejo poeta consagrado:

Mi amor, mi vida, mi dulzura, mi dolor, mi todita: Te escribo con la cinta atada, pero no a dos vueltas, porque tu tobillo es tan fino que casi se iguala al tallo de un lirio. Y la pantera ruge sin cesar, sedienta de tu sangre, loca por devorar la azucena y los pimpollos que la regalaban. El rocío ha llegado hasta mi alma, húmedo de mis besos, libado por mi lengua que se anudaría con la tuya hasta morir en un derrame de perlas (...) Rugidos de amor —te acuerdas?— ahogados en suavidad de leche y dulzura de miel que nos dejaban su sabor en la boca y en las entrañas. Jugos locos que enredaban tus pies con lirios y besos, mordedura que florecía luego en violetas sombrías.

Puede el lector imaginar al autor de «La hora de la espada» confinado en su oscura oficina, entregado a un solitario ritual, rodeado de libros, la bragueta baja, los ojos entrecerrados tras los lentes, el tapizado de su sillón manchado con el «rocío» de su «azucena» y el pulpejo del índice espoleado por una aguja para extraer la sangre con la que habría de firmar.

«Qué delicia, mi ternura... gota á gota te la voy dando como ves. Esta carta es para tus ojos y tus labios. Te adoro mi alma y me muero... me muero!», acaba diciendo el poeta mientras unge las palabras con su dedo empapado en una mezcla de sangre y esperma en la que se diluye la tinta y se corre.

Una mención aparte merece la devoción de Lugones por los pies; como el Cristo humillado que se postró a lavar los pies de sus apóstoles, el poeta se arrodilla a las plantas de su amante para rendirles una curiosa pleitesía:

Si es que el ángel quiere sus alas y la tórtola sus cariños; la sed su rocío, y sus ajorcas los pies... (...) Te devolveré entonces, no, te mostraré, la cinta empapada. ¿Cómo estabas calzada cuando la tuviste? Ya sabes que quiero evocarte toda de la cabeza á los pies, mientras llegue la hora de comértelos a besos. (...) y la peregrinación será para mí sólo, allá donde tú sabes, para estrechar mentalmente sobre mis labios y mi corazón tus piecitos queridos. (...) Y no seas mala. Mándame aunque sea un hilito que hayas tenido atado á tus tobillos. A beber mi sangre que se derrama. (...) tu tobillo es tan fino que casi se iguala al tallo de un lirio. (...) suavidad de leche y dulzura de miel que nos dejaban su sabor en la boca y en las entrañas. Juegos locos que enredaban tus pies con lirios y besos. (...) Dame tus pies adorados, mi princesa, para ponerles las ajorcas que les enseñé a llevar. (...) para mayor delicia me llega ahora con la caricia de tus piecitos adorados. Cuánto lo besé y con qué ansia amorosa lo rugió mi pantera. (...) ¿Y si aquella boca que

te besó hasta la agonía y que gozó tus pies salpicando de amorosa esencia volviera (...)? (...) Dame tus manos y tus pies amorosos para mimarte como á mi chiquita (...).

Resulta notable que, en todas las cartas, casi no hay párrafos que no aludan al éxtasis que provocaban en Lugones los pies de su amada. Por lo visto, el escriba oficial de la sangrienta dictadura de Uriburu, no sólo adoraba las botas militares sino que iba más allá.

Estas cartas, además de echar luz sobre la doble moral de aquel que se golpeaba el pecho bramando su santa indignación por la disolución espiritual de la sociedad — uno de los argumentos más esgrimidos por los militares para justificar el golpe—, ponen de manifiesto la paradoja que significa ser un apologista y a la vez víctima de la represión. Leopoldo Lugones participó activamente de la dictadura, defendió y promovió la tortura, el encarcelamiento y el espionaje a los opositores del régimen. Quienes bregan por la inutilidad de la aplicación de las leyes y desprecian los postulados de los derechos humanos y las libertades individuales acaso pierdan de vista que ellos mismos quedarán despojados de los beneficios que otorga la ley. Y esta contradicción fue la que llevó a Lugones a su propia muerte. La aparición de las cartas a Emilia Cadelago son la pieza que faltaba para armar el rompecabezas que significó el misterio del suicidio de Lugones. El clima de opresión y vigilancia que él mismo contribuyó a construir comenzó a cercarlo lentamente. Así lo demuestran varios pasajes de aquellas cartas clandestinas: «Ha renacido el espionaje de los días anteriores a la revolución, pero con la desventaja de que ya no tengo para anularlos a las personas fieles de entonces».

Lugones comienza a sentirse perseguido y observado. Los encuentros con su amante se hacen cada vez más difíciles. Ambos se muestran preocupados ante una posible delación. Antes de entrar en la biblioteca, el célebre director mira a uno y otro lado. Tiene la convicción de que un espía le sigue los pasos. Pero no sólo se dificultan los encuentros con su amante; la misma relación epistolar representa un peligro potencial: «Ahora, para peor, han restablecido la censura en el correo y abren allá toda mi correspondencia».

El paladín de «La hora de la espada» empieza a sentir el filo de la hoja sobre su propio cuello. El clima opresivo de pronto lo agobia también a él. El admirador de Mussolini, el que clamaba por un káiser que disolviera el individuo en la masa, se desespera al comprobar que ya no existe la vida íntima, esa degeneración que proclamaban los liberales.

Bajo apariencias de consideración, peores que el odio, éste me rodea también aquí cada vez más, en una infame asechanza de todos los días. Quieren hundirme á toda costa, lo siento, lo veo, y sólo puedo confiar ya en mi propio resguardo.

Lugones se siente asfixiado: le resulta cada vez más difícil concretar citas con Emilia. Las cartas ya no son seguras y, los otros medios, menos aún: «No quise arriesgar una llamada telefónica por lo que sabemos...».

El apólogo del Estado policial está convencido de que lo siguen a sol y a sombra. No se siente seguro ni en su propia casa. Pero ¿quién es el espía? Esta respuesta la sabrá Emilia antes que Lugones: un comisario se presenta un día en casa de sus padres y, delante de ella, les hace saber que su hija es una deshonra para la familia Cadelago. El matrimonio, sin poder levantarse del sillón, escucha alelado la denuncia del oficial. Les hace saber que tienen el teléfono intervenido y la grabación de las llamadas compromete gravemente a su hija, ya que en ellas se prueba la participación en el adulterio que complica al famoso escritor Leopoldo Lugones. El comisario amenaza a la familia Cadelago no sólo con el escarnio público, sino con los métodos implementados por la Sección Especial de la Policía Federal. Con todo el dolor del alma, avergonzada ante sus padres y presa del terror, Emilia decide apartarse de la relación. Ante semejante golpe y viendo que aquel mismo comisario no dejaría de perseguirlo y hostigarlo, Lugones se refugia en El Tigre y escribe el último verso para su amante:

*Si cayera un día
Como no caí
mi último suspiro
Será para ti.*

Aislado en un hospedaje de El Tigre (llamado curiosamente *El Tropezón*), víctima del régimen policial que él mismo propició y completamente solo, Leopoldo Lugones toma la resolución de envenenarse con arsénico. ¿Quién era el comisario que lo empujó al suicidio con su acoso? Cuesta escribirlo: Polo Lugones, su propio hijo.

El caso de Lugones demuestra a las claras los cruces entre política, sexualidad y destino. Sin embargo, esta tragedia, que parece escrita por la pluma de un novelista, nos reserva un último capítulo más tenebroso todavía.

A Polo Lugones sólo se le conocía una pasión. Además de su afición a la violación de menores por la que fue juzgado, coleccionaba elementos de tortura. Pasaba horas estudiando los instrumentos más espantosos que haya creado la maldad humana; tenía una vasta bibliografía, fotos y grabados en los que aparecían el garrote vil, el aplasta cráneos, la cuna de Judas y el tenebroso ataúd con clavos en el que se metía a los reos vivos y que *Madame Bathory* bautizara como «la doncella de hierro». Los vertiginosos avances tecnológicos en manos retrógradas sirven para retroceder vertiginosamente en el tiempo. En efecto, el resultado de la cruce entre el espíritu medieval de Lugones con la novedad de Tomas Edison dio por resultado la picana eléctrica. Invento nada genial pero ciertamente apreciado por las mentes menos geniales de nuestra historia, la picana del comisario Lugones se ha convertido en el emblema de las dictaduras militares y las policías bravas. Una de las víctimas de este sencillo pero doloroso elemento fue una escritora y periodista de nombre Susana, apodada Pirí, secuestrada, torturada y desaparecida por la dictadura de Videla en el

año 1977. Hasta el momento se desconoce cuál ha sido su último destino. ¿Quién era esta mujer que integraba la Fuerzas Armadas Peronistas? Su apellido nos da una pista: Lugones. Pirí Lugones era la nieta de Leopoldo Lugones y la hija del comisario que inventó aquel instrumento con el que la torturaron hasta el último de sus días. Al martirio físico de la picana se sumaba el tormento de sus propios recuerdos: poco antes de que fuera secuestrada, su hijo Alejandro, teniendo apenas veinte años, se había quitado la vida en una isla de El Tigre muy cercana al recreo en el que se suicidó su bisabuelo. A las valiosas revelaciones de la otra hija de Pirí, Tabita Peralta Lugones, debemos otro capítulo, hasta ahora desconocido, de esta historia sombría: fiel a la tradición familiar, Polo Lugones se suicidó en 1971. Su viuda, Carmen Aguirre, se casó en segundas nupcias con el prestigioso neurólogo Marcos Victoria. Pocos sabían que el benemérito doctor Victoria había sido amante de Margarita del Ponte, madre de Carmen. No conforme con haber tenido sexo con la madre de su esposa, el joven médico se dedicaba a violar sistemáticamente a su hijastra Pirí de sólo doce años.

Ni el más tenebroso de los cuentos que escribiera Leopoldo Lugones en el libro de relatos *Las fuerzas extrañas* provoca tanto horror como su propia novela familiar.

Los Uriburu: mano dura, muñeca blanda

Si el brazo intelectual, por así decirlo, de la dictadura del 30 era el mismo que impulsaba la pluma de Leopoldo Lugones, el brazo que empuñaba la espada reclamada por la pluma era el de Uriburu. Las ideas, también por llamarlas de algún modo, en las que se sostenía el régimen eran una mezcla de un nacionalismo de inspiración alemana con la prepotencia terrateniente de una oligarquía asociada a los intereses de la corona británica, bendecidos todos por la Iglesia Católica. En esta mixtura marcial hecha de gestos castrenses, apellidos patricios que encarnaban una supuesta épica gauchesca —idealizada en la figura de Martín Fierro— y una moral insuflada por el clero, no había lugar para hombres blandos.

La homosexualidad no sólo era un pecado: en ámbitos castrenses era un delito y en los círculos de las familias tradicionales, una deshonra. Por si fuera poco, en aquellos años también la medicina vino a dar su opinión y le puso a la homosexualidad el sayo de la patología. No había escapatoria para aquellos que preferían personas de su mismo sexo: estigmatizados por la religión, perseguidos por la policía, condenados por sus propias familias y tratados como enfermos por la medicina, los homosexuales debían esconder su condición o vincularse entre sí en pequeños guetos culturales y ámbitos poco menos que clandestinos. En el siglo XVII René Descartes escribió sus *Meditaciones metafísicas*; en el prólogo dedicado a los doctores de la Iglesia, el filósofo francés confesó las verdaderas intenciones de su racionalismo: demostrar por la razón lo que los clérigos no podían probar por la fe. Esta misma función cumplió la corriente de los médicos llamados higienistas a comienzos del siglo XX: otorgar a las creencias homofóbicas, de por sí irracionales, un sustento pretendidamente científico, prestar una prosa racional y moderna a los prejuicios más viejos y oscurantistas. Sin embargo, raspando un poco sobre la blanca superficie del aséptico discurso de los higienistas, no era muy difícil encontrar la esencia autoritaria de Leopoldo Lugones, quien creía en el férreo control policial para prevenir todos los «males»:

Esta policía (...) requerirá por complemento otra de las costumbres, consistente, no sólo en la enérgica inspección de los sitios de esparcimiento: cantinas, burdeles, canchas, etc., sino en la difusión de la moral práctica y de la higiene preservativa...

Los higienistas más célebres han legado sus nombres a hospitales, calles y localidades. Apellidos como Ramos Mejía, Veyga, Güemes, Aráoz Alfaro, son algunos de los más notables representantes de su generación. Ahora bien, si se

examina cuál era la formación moral de algunos de ellos, se podrá percibir a las claras el nexo entre la medicina y el Poder. José María Ramos Mejía no sentía mucho apego por la democracia; el adjetivo más benévolo que le dedicó fue «turbulenta» y sostenía que el orden imperante en las Fuerzas Armadas era el modelo a imitar por la sociedad. El doctor Francisco Veyga pertenecía a una familia de militares y él mismo revistaba en las filas del Ejército con grado de teniente coronel. Practicaba un racismo en estado puro, al punto de referirse a los argentinos, literalmente, como una raza. Su homofobia quedó plasmada en una obra cuyo rigor científico, a juzgar por el título, pone al autor mucho más cerca del rigor que de la medida propia del científico: *Degeneración y degenerados*. En ese libro, Veyga sostenía:

Se va cumpliendo la ley de Sergi según la cual los débiles, los lisiados, los seniles, los viciosos, los desviados y los pervertidos de toda clase, esto es, el conjunto de los que él llamaba, como los autores de su época, «los degenerados», la escoria social deberíamos llamar, sobreviven en igual proporción que los fuertes, los válidos y los selectos, y hasta llegan a sobreponerse a éstos en número y potencia, imponiendo a la masa social sus taras, sus aberraciones y tendencias.

En fin, un decálogo de amplitud de criterio, tolerancia, humanismo y entrega a los más débiles. Podrá imaginar el lector que no debería ser fácil la vida de un homosexual en la época inaugurada por Urriburu. De hecho, el apellido Urriburu era sinónimo de virilidad y mano dura. Nadie podía dudar de la hombría de la honorabilísima prole masculina de la familia presidencial. Sin embargo, hubo un hecho que, a pesar de que en su época causó conmoción y escándalo, consiguió ser cautamente silenciado y removido de los archivos oficiales de la historia. Las célebres relaciones carnales de la Argentina con Gran Bretaña son bastante más estrechas y mucho más profundas de lo que puede suponerse.

En 1931, el año posterior al fatídico golpe de Estado, el príncipe de Gales, George de Kent, llegó a la Argentina en viaje diplomático. La excelencia de Su Alteza Real no sólo era un legado de sangre, sino que, a juzgar por su foja de servicios, tenía sobrados méritos para ostentarla por derecho propio: oficial de la Real Marina a bordo de los buques *Iron Duke* y el *Nelson*, más tarde revistaría como almirante en la División de Inteligencia, luego en la Fuerza Aérea y sería elegido Gran Maestro Masónico de la Logia Unida de Inglaterra. Además de semejantes títulos, era dueño de una estampa esbelta, una sonrisa seductora y unos ojos claros de mirada serena. Era la encarnación real del príncipe azul con el que soñaban las adolescentes de entonces. Para la fecha en que visitó la Argentina todavía no se había casado con Marina, princesa de Grecia y Dinamarca, de modo que eran muchas las mujeres que guardaban la ilusión imposible de que el príncipe George les calzara el zapato de Cenicienta. Casi nadie sabía que, en realidad, aquel viaje para «afianzar las relaciones bilaterales» tenía un propósito algo distinto. Se trataba, en efecto, de reafirmar relaciones entre dos partes, aunque no exactamente entre la Corona británica y la República Argentina. El motivo que había traído al príncipe era un secreto de Estado: en verdad, George venía a reavivar los rescoldos de un viejo amor que lo esperaba

por estas lejanas pampas. La realeza no vería con buenos ojos que el príncipe se hubiera fijado en alguien que, aunque de «buena familia», no tuviese sangre azul, ni títulos de nobleza. Por otro lado, aunque la familia de la parte criolla de esta «relación bilateral» solía rendirse a los pies de la monarquía británica, no estaba dispuesta a que este romance se hiciera público, entre otras cosas, porque el nombre del gran amor de George era... José Evaristo Uriburu.

En efecto, el nieto del célebre José Evaristo Uriburu, homónimo de su abuelo y también de su padre —embajador argentino en Londres— había conocido algunos años antes al joven Duque de Kent en un ágape protocolar. A partir de entonces mantuvieron un romance tan apasionado como furtivo, hasta que el padre de José los descubrió y, para evitar un escándalo mayor, mandó a su hijo de regreso a Buenos Aires.

Ni siquiera nos queda el orgullo nacional de haber tenido al único amante del Príncipe de Gales. El Duque de Kent, lejos de encerrarse a llorar la pérdida de su amor argentino, inició una frenética carrera de romances, por momentos con hombres, por otros con mujeres y, circunstancialmente, con hombres y mujeres. Entre sus amantes más conocidos se cuentan la cantante negra Florence Mills —todo un desafío para los cánones reales—, el dramaturgo Noël Coward, la millonaria Poppy Baring, el príncipe Luis Fernando de Prusia, la Maharani Indira Raje y una docena de prostitutas cuyos nombres la historia no ha registrado.

Como hemos podido comprobar, ni el fiel Lugones lo fue tanto como lo declamaba a los cuatro vientos, ni la devoción católica de Polo fue un obstáculo para violar menores y torturar prisioneros, ni el impoluto apellido de los Uriburu estaba exento de recibir el rótulo de «degenerado», a decir de los médicos higienistas, o lisa y llanamente «puto», según la jerga de los comisarios de la policía brava de la dictadura, dedicados a perseguir anarquistas, prostitutas y homosexuales.

5. Sexo y anarquía

Quizá los anarquistas hayan sido quienes resistieron con mayor firmeza los embates de la dictadura militar encabezada por José Félix Uriburu. A pesar de contar en sus filas con militantes que fueron perseguidos y encarcelados, torturados, proscritos y hasta fusilados, los grupos anarquistas combatieron en condiciones desiguales contra la maquinaria represiva del régimen. Las ideas de Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Godwin y Malatesta fueron traídas por los inmigrantes europeos hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX. La doctrina anarquista sostenía, a grandes rasgos, la abolición de la autoridad en cualquiera de sus formas. Así, el Estado y los organismos de control social que lo constituían, como las autoridades jurídicas y religiosas, debían ser sustituidas por la acción solidaria, la cooperación y el espíritu colectivo orientado al bien común. A diferencia de lo que sostenían los comunistas, cuya doctrina postulaba la instauración de una dictadura del proletariado, la concreción de la utopía anarquista haría innecesaria la coacción para construir una sociedad justa, equitativa y sin clases sociales, basada únicamente en las libertades individuales.

Hemos visto hasta aquí cómo era la contradictoria concepción de la sexualidad oficial, tan rígida y puritana *pour la galerie*, como lasciva y tortuosa puertas adentro. Veamos ahora cómo se traducían en términos sexuales los principios libertarios del anarquismo. En primer lugar, todo el sistema de valores ligados a la burguesía, desde los dogmas económicos y los sociales hasta los morales, religiosos y familiares, debían ser reemplazados por uno nuevo, exento de toda normativa y sin regulación alguna. En cuanto a lo sexual, el primer paso era igualar a hombres y mujeres, revirtiendo las antiguas tradiciones religiosas según las cuales la mujer debía someterse ciegamente a los designios del hombre y el hombre a los de Dios. De acuerdo con la mirada anarquista, en la sociedad por venir no existiría obstáculo para el progreso ilimitado en virtud del potencial que habría de desatarse a partir de la liberación social, sexual e individual.

El anarquismo denunciaba la hipocresía de la moral burguesa, que subordinaba el amor a un mero contrato, sojuzgando a las partes a una serie de cláusulas legales y religiosas, en muchos casos, amañado en función de arreglos económicos. Por aquellos años, era común que los padres arreglaran los casamientos sin que los hijos tuviesen derecho a contradecirlos. Los anarquistas sostenían que la institución matrimonial debía desaparecer para dejar lugar a la unión libre. Este modo de concubinato tan extendido en nuestros días era inconcebible para el canon moral de su época. De hecho, para los sectores más conservadores, el único casamiento

legítimo era el religioso: el matrimonio civil era considerado una afrenta a los valores tradicionales. Veamos la opinión del inefable Polo Lugones al respecto, al describir la época de su padre:

Clamaban al cielo los padres de la vecina Compañía por el desamor a Dios de aquellos pequeños herejes, que seguramente no habían de tener cruz en el mate, ni ellos ni los masones de la ralea de Sarmiento el ateo, que felizmente ya no gobernaba; pero ¿no andaba ahora ese nefario ministrillo Wilde, descubierto por el más que sospechoso Roca? Coya insolente, ¡que nos salía nada menos que con el matrimonio civil, legalización del concubinato!

Si semejante escándalo despertaba el matrimonio civil, podrá imaginar el lector las indignadas reacciones inquisitoriales que se levantaban ante la sola mención de la unión libre. Para comprender mejor a qué se referían los anarquistas cuando hablaban de la hipócrita moral burguesa, cabe señalar, una vez más, que quien escribía esas palabras crispadas había sido condenado por abusar sexualmente de los menores cuya integridad debía preservar.

Si bien el modelo de familia anarquista se construyó en oposición al viejo modelo de la familia burguesa, de ninguna manera podría afirmarse que la vida cotidiana, las costumbres privadas y los hábitos de las parejas anarquistas diferían demasiado del matrimonio tradicional. Es más, se dio la paradoja de que, en muchos casos, la moral anarquista se tornó más rígida que la moral burguesa. La propia lógica de la ruptura con las leyes y el Estado debería hacer suponer que no había motivos para preservar instituciones tales como la monogamia, la heterosexualidad o la abstinencia. Sin embargo, la homosexualidad, la lujuria y la promiscuidad eran considerados vicios decadentes propios de los burgueses y así la moral del futuro coincidió, curiosamente, con la del pasado remoto, aquella que estaba grabada en las Tablas de la Ley.

Algo semejante sucedió con el credo comunista: revolucionario en materia social, terminó siendo retrógrado en lo atinente a la sexualidad. De hecho, a partir de la Revolución de Octubre, se sucedieron distintas etapas en materia sexual. En la primera se produjo una inédita equiparación social de géneros y la unión de las parejas prescindía de la institución matrimonial: las uniones, lo mismo que su disolución, se asentaban en la comuna respectiva. Sin embargo, a partir de la Constitución soviética de 1936 se restableció el matrimonio civil propio del sistema burgués.

Los grupos anarquistas, socialistas y comunistas se oponían, desde luego y con justicia, a la explotación sexual de las mujeres en épocas en las que la trata de blancas era uno de los negocios más siniestros, rentables y extendidos. Acaso uno de los legados más valiosos de los principios del anarquismo haya sido el impulso a la emancipación de la mujer y al naciente feminismo local. Asimismo, los anarquistas fueron los primeros promotores de la educación sexual, del uso de métodos anticonceptivos y de las relaciones equitativas entre los géneros dentro y fuera de la familia.

El sexo de los monstruos

Los anarquistas, los representantes gremiales, los socialistas y, en fin, todos aquellos sectores que, desde la izquierda y los sectores populares, se oponían al régimen dictatorial de Uriburu, fueron objeto de una durísima represión. La democracia es un sistema de representación que puede funcionar con mayor o menor eficacia, pero, en todos los casos, otorga a la palabra su carácter esencial: la mediación. El voto popular, la división de poderes y el orden jurídico republicano forman, por así decirlo, un escudo simbólico que protege a los individuos de la violencia intrínseca que subyace en las relaciones humanas. La ruptura de estas redes legales en las que se sostienen los derechos y garantías individuales deja expuestos los cuerpos al rigor del poder *de facto* sin mediación alguna, esto es, el castigo físico en su estado más elemental y primitivo. Así, las antiguas metodologías inauguradas en la Argentina por Juan Manuel de Rosas con la primera organización paramilitar, la temible Mazorca, instrumento de delación, persecución, tortura y ejecución de opositores, resucitó a partir de 1930 con la aparición de la Sección Especial de la Policía y otros grupos que actuaban desde el poder estatal y paraestatal. La violencia física sustituyó a las instituciones, los bandos militares elevaban su tono imperativo por sobre el parlamento y los jueces pasaron a ser burdos notarios que firmaban las sentencias sumarias dictadas por el ejército y la policía.

No ha existido un solo golpe militar que no haya desempolvado los viejos elementos de tortura. El carácter sexual del martirio no sólo se evidencia en el goce que experimenta el torturador, sino en la saña empleada en determinadas partes de la anatomía. El antiquísimo y jamás abandonado método del empalamiento siempre ha sido, en ese sentido, un símbolo elocuente. No hace falta aclarar que, aun cuando varios métodos no comprometen necesariamente los órganos sexuales, el uso de la tortura sólo se explica desde la perspectiva de las perversiones sexuales. No cualquier espíritu resiste la natural repulsión que provoca la deliberada laceración de los cuerpos. El único factor que hace posible semejantes aberraciones es el goce por el sufrimiento ajeno, una forma patológica del placer. No existe otro modo de comprender la oscura disposición anímica del torturador. En este sentido, aún se conservan varios grabados medievales en los que puede verse a los verdugos exhibiendo ostensibles erecciones tras las calzas, mientras someten a sus víctimas a los más crueles martirios.

Para entender el proceso que se inauguró a partir de 1930, es necesario examinar el panorama internacional y las fuentes en las que abrevaban los ideólogos que dieron contenido intelectual, por así decirlo, al régimen militar. Veamos, por ejemplo, la

opinión de Manuel Gálvez, escritor perteneciente a la derecha católica más recalcitrante:

Hace falta una mano de hierro, que ejerza la más severa censura en el teatro y en el cinematógrafo, en la radio y en el libro. Hace falta una mano de hierro que suprima la afición a la desnudez pagana que corrompe a las mujeres, emporca el periodismo y difunde en todos los rincones la inmoralidad. Hace falta una mano de hierro, como la de Mussolini, como la de Hitler, como la de Dollfuss (...) que salve a la familia cristiana y a la moral. Yo no apruebo las persecuciones realizadas por los nazis, pero me entusiasman aquellos campos de concentración en donde millares de jóvenes aprenden la vida austera (...) Creo que un régimen fascista o algo que se le parezca, podrá dar resultado.

En efecto, la influencia que ejerció Mussolini en vastos sectores fue trazando el mapa político de la Argentina. Aunque, en rigor, la inspiración original de las ideas fascistas no hay que buscarlas en Italia, sino en Francia: Charles Maurras y Maurice Barrès fueron quienes echaron las bases de aquello que habría de convertirse en el nazismo, el fascismo, el falangismo y todas las formas nacional-socialistas que, por cierto, poco tenían de nacionales y nada de socialistas. Todas estas tendencias impulsaban la creación de un partido único, la acción directa en oposición a la deliberación que implicaba la división de poderes republicanos y la obediencia vertical y ciega a un líder carismático; las fuerzas armadas eran el ejemplo de la organización social, mientras que el pueblo debía ser la base masificada de esa estructura jerárquica y piramidal. Esto es lo que reclamaba de forma algo vacilante Manuel Gálvez y, sin titubeo alguno, Leopoldo Lugones. Sin embargo, sospechamos que las vacilaciones de Gálvez no eran inocentes; nótese la forma en que se refiere a los campos de concentración como un sitio «donde millares de jóvenes aprenden la vida austera». Cabe preguntarse si los jóvenes a los que alude eran los prisioneros que habrían de ser «recuperados» en virtud de una existencia bucólica y campestre o si deberíamos creer que los campos de concentración eran enormes praderas donde retozaban y se formaban los jóvenes arios. En realidad, Gálvez tenía sobrados motivos para saber qué eran los campos de concentración, ya que aquí los teníamos, ocultos o no tanto. El subsuelo de la Penitenciaría de Buenos Aires, en la calle Las Heras, era un sórdido centro de detención más o menos clandestino donde se torturaba a los presos políticos. Días antes de partir al exilio, Marcelo Torcuato de Alvear escribió: «Por primera vez en la historia nacional se oye hablar de espantosas torturas medievales aplicadas con entonación tenebrosa».

Éste era, sin embargo, un secreto a voces, una noticia que sólo podía correr de boca a oreja, ya que los medios de prensa nacionales no publicaban una sola línea sobre lo que estaba ocurriendo en cárceles, comisarías y cuarteles. El primero en alzar la voz fue Alfredo Palacios. En 1932 el dirigente socialista denunció públicamente lo que muchos murmuraban y nadie se atrevía a manifestar. Durante una reunión extraordinaria del Senado, Palacios presentó un documento en el que constaban las pruebas irrefutables de la tortura: alegatos de las víctimas, declaraciones de varios testigos e incluso de algún miembro de las fuerzas de seguridad que se animó a

denunciar. Pero fue como un grito en el desierto: el temor, la indiferencia y la complicidad sepultaron las acusaciones del legislador bajo un sudario de silencio infame. Incluso Sánchez Sorondo, ministro de Interior de Uriburu y pionero del nazismo criollo, se atrevió a elevar su índice recusatorio para negar los cargos. Sin embargo, el valiente testimonio del teniente primero Adolfo López, un oficial de Infantería que revistaba en la Penitenciaría de la calle Las Heras, resultó determinante para conocer la verdad sobre el modo en que los detenidos por causas políticas eran sometidos a tortura:

Desgraciadamente lo que he presenciado y lo que he oído durante los días inciertos de 1931, me han demostrado que estamos frente a la más honda perturbación de los sentimientos y a la dolorosa comprobación de perversiones morales, que si cundieran en el ejército serían de consecuencias irreparables (...) Allí se me enseñó un aparato que según se me dijo había servido para torcer los testículos de los torturados; una prensa que se utilizaba para apretar los dedos; un cinturón de cuero con el que se hacía presión en el cuerpo y al que llamaban camisa de fuerza, etcétera... Confieso que la comprobación de lo que creí fuera un rumor sin fundamento me indignó tan profundamente que sentí repugnancia (...). Regresé al cuartel y puse en conocimiento de mi jefe, el teniente coronel Santos V. Rossi, lo que había visto, agregando que la tropa estaba enterada de todo, porque los agentes de investigaciones a las órdenes del comisario Vaccaro se jactaban de los tormentos y explicaban a los conscriptos cómo se aplicaban. Yo expresé mi descontento, lo mismo que muchos otros oficiales. Estas expresiones mías y de otros camaradas llegaron a conocimiento del teniente coronel Molina, quien por intermedio del teniente coronel Rossi me manifestó su desagrado.

La declaración del agente penitenciario no sólo confirmaba la existencia de la tortura, sino que dejaba al desnudo el carácter invariablemente sexual de estas prácticas perversas: el retorcimiento de los genitales, el corsé de cuero y las charlas en las que los oficiales se ufanaban de sus hazañas, como quien se pavoneara de sus conquistas amorosas ante sus amigos, permite ver la enfermiza relación entre tortura y sexo. De acuerdo con estas pruebas, pudo saberse que la mayor parte de los presos sometidos a estos martirios eran estudiantes, trabajadores, anarquistas, socialistas, comunistas o, simplemente, sospechosos de profesar cualquier tipo de oposición política. Pero curiosamente, para sorpresa de muchos, la lista también la engrosaban militares, policías y otros miembros de las fuerzas de seguridad. En estos casos, la tortura era una forma de disciplinar a la tropa, una suerte de adiestramiento para «endurecer» el carácter de los subordinados. La consigna era sembrar el terror y doblegar la voluntad por medio del sufrimiento. ¿Quién era el pequeño emperador de los subsuelos de la Penitenciaría Nacional? Polo Lugones, ¿quién otro podía ser? Nombrado Jefe de la sección de Orden Político, una suerte de Gestapo local, el hijo del poeta se paseaba por los sombríos sótanos dando órdenes y entrenando a sus muchachos. La investigación de Alfredo Palacios fue la punta de una madeja en cuyo centro se encontraban los mismos que mostraron su incredulidad ante la denuncia.

Uno de los más asiduos visitantes al penal resultó ser el mismísimo Sánchez Sorondo, ministro de Uriburu, quien personalmente supervisaba las sesiones de tortura acompañado por un personaje siniestro: Juan Queraltó, el tristemente célebre fundador de la Alianza de la Juventud Nacionalista más tarde, Alianza Libertadora

Nacionalista fuerza de choque y organización paramilitar de ultraderecha. Una vez más, el hijo de Leopoldo Lugones, aquel que en sus días de púber practicaba bestialismo con gallinas mientras les cortaba el cogote, el que abusó de los menores bajo su cuidado cuando dirigía el reformatorio, ahora daba rienda suelta a sus impulsos sexuales martirizando prisioneros indefensos. Varios testimonios de sus propias víctimas coincidieron en señalar el placer morboso que se dibujaba en su rostro cuando presenciaba las terribles sesiones de tortura. En la declaración de un estudiante de la Facultad de Ingeniería de La Plata, Néstor Jáuregui, se transcriben textuales las órdenes que impartía Polo Lugones en tales circunstancias:

La orden del señor Leopoldo Lugones fue la siguiente: «Ya saben, si dentro de cinco minutos no cantan, procedan como siempre», y a mí me dijo amablemente que de ahí iba, como todos, directamente al hospital. (...) él no era capaz de torturar, pero es muy capaz de mandar a torturar.

En realidad, el comisario Lugones encontraba un goce extático doble: por una parte, impartir órdenes aberrantes y, por otra, ver cómo sus subordinados las cumplían sometiendo a los prisioneros a los más crueles tormentos. Entre las numerosas víctimas había socialistas, tal el caso de Cristóbal Bianchi, a quien molieron a palos rompiéndole las costillas, pero también militares como el general Baldassarre. Había estudiantes y anarquistas como Scarfó y el mismísimo Severino Di Giovanni, torturados salvajemente y luego fusilados. Pero veamos cuáles eran los exquisitos métodos con que estas almas bellas e imaginativas martirizaban a sus víctimas. La enumeración de los artefactos y procedimientos que nos ha dejado Ricardo Rodríguez Molas es espeluznante:

- a) La silla («se ataba al preso a un silla de hierro, se lo amarraba fuertemente y ya inmovilizado en esa forma se lo castigaba a puntapiés, o a trompadas o cachiporrazos, a gomazos»).
- b) El tacho, invención de Lugones («bruscamente se elevaba al atormentado, haciéndolo caer, completamente atado y de bruces, en un tacho inmundado, repleto de agua y de las asquerosas bazofias (...) y después de un nuevo interrogatorio y de otros golpes de puño, de cachiporras o de puntapiés, se le sumergía por segunda o tercera vez en ese dantesco recipiente»).
- c) Los tacos («se colocaban contra los riñones cuando el torturado era atado a la silla (...) iban penetrando poco a poco en la carne del atormentado y el suplicio se tornaba horrible»).
- d) Las prensas («prensa para apretar las manos o una prensa mayor para martirizar el cuerpo íntegro (...) las largas maderas estaban unidas por una especie de bisagra en uno de los extremos y en el otro por un tornillo sinfín, que se iba apretando ante cada negativa a declarar y hasta que el torturado se desmayara»).
- e) La tenaza sacalengua («tenazas de madera, con la que se tiraba de la lengua a los detenidos y que sirvió para martirizar los senos de dos distinguidas señoritas»).
- f) El serrucho («consistía en serrucharle el cuerpo desnudo, mediante una fuerte soga de cáñamo»).
- g) El triángulo («consistió en tener en un estrecho y húmedo calabozo, completamente desnudo, al detenido, mientras se anegaba cada cuatro o cinco horas el calabozo a fuerza de baldes de agua»).
- h) Las agujas caldeadas al rojo («se utilizó contra el obrero Bacaioca (...) se le traspasaron con agujas al rojo las partes genitales»).
- i) El papel de lija y aguarrás («se les raspaba el pecho con papel de lija y se les rociaba con alcohol y aguarrás»).

Pero el sitio honorífico lo ocupaba la picana eléctrica que, como ya hemos dicho, surgió de la genial inventiva de Polo Lugones; instrumento con el que, cuarenta años

más tarde, habrían de torturar hasta la muerte a su propia hija Pirí Lugones.

La prostitución durante la dictadura del 30

La caracterización de la prostitución como el más antiguo de los oficios vale, también, para nuestra breve historia nacional. De hecho, las primeras prostitutas que llegaron al Plata fueron traídas por el mismísimo fundador de Buenos Aires, Pedro de Mendoza, para que sus hombres tuvieran con quiénes entretenerse. Conforme los conquistadores avanzaban en las nuevas tierras, en la misma medida iban diseminando las enfermedades venéreas que, a la sazón, azotaban España. La sífilis, por ejemplo, llegó a las orillas del Río de la Plata en la propia sangre de Pedro de Mendoza, enfermo en grado terminal. De hecho, al primer fundador de la ciudad no lo impulsaba un espíritu épico. La verdadera razón por la que llegó a este lejano lugar del mundo fue la noticia de que en las cercanías del río crecía una flor cuyo polen, mezclado con los aires saludables del estuario, podía curar la sífilis. Pocos saben que Buenos Aires debe su nombre a las vanas esperanzas de su fundador quien, desde luego, jamás encontró la flor milagrosa. Los aires de Buenos Aires tampoco resultaron ser tan buenos: de hecho, Pedro de Mendoza murió durante el viaje de regreso a España. Pero la semilla de la sífilis ya había germinado en el Nuevo Mundo.

Desde aquel lejano momento fundacional en que llegaron las primeras doce prostitutas con Pedro de Mendoza en el siglo XVI, hasta las primeras décadas del siglo XX, muchas cosas cambiaron. La prostitución había crecido de tal modo, que aquel puñado de meretrices se multiplicaron hasta llegar a varios miles. A mediados del siglo XIX, Sarmiento imaginó que el arribo de los inmigrantes europeos iba a librar al país de la «barbarie», que los gauchos habrían de redimirse mediante la lectura de los clásicos franceses y que los indios serían educados por maestras estadounidenses. El legado más valioso de Domingo Faustino Sarmiento a su muerte en 1888 fue la construcción de doscientas cuarenta escuelas. Pero es menos sabido que dejó otra herencia cultural inestimable: durante su gobierno se fundaron seis mil prostíbulos; es decir, veinticinco burdeles por cada escuela. Una proporción coherente para aquel que, en sus listas de viáticos durante su periplo por Europa, liquidaba sus gastos en orgías, tal como consignamos en *Argentina con pecado concebida*.

Examinemos el marco social en el que proliferó la prostitución. Hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, Buenos Aires vivía su esplendor: la nueva arquitectura venida de Francia, la aparición de los *cabarets* más lujosos de América del Sur, el nacimiento del tango, el encanto de los suburbios y el *glamour* de los barrios ricos se mezclaron para dar vida a la célebre noche porteña. Sin embargo, detrás de todo

aquel esplendor se ocultaba un mundo criminal en el que confluían el tráfico de mujeres traídas por la fuerza desde Europa, la explotación de menores obligadas a prostituirse, las enfermedades venéreas y los vínculos de todos estos factores con el poder político.

No es posible entender la vida social de aquel período sino a la luz del fenómeno inmigratorio al que nos hemos referido en el segundo volumen de esta investigación. En aquella lejana Buenos Aires súbitamente cosmopolita, la población local se vio superada ampliamente por los extranjeros; en los patios de los conventillos se mezclaban el italiano, el ídish, el alemán, el gallego, el polaco, el ruso y, en fin, una cantidad de idiomas completamente extraños a los oídos criollos. Pero hubo un factor determinante para comprender el enorme crecimiento de la prostitución: gran parte de los inmigrantes que llegaron para sumar su mano de obra al proceso de industrialización eran jóvenes solteros. Esto derivó en un hecho inédito: se invirtió la tasa de hombres y mujeres en condiciones de casarse. Por primera vez había más hombres que mujeres solteras. Ésta fue la cuña por donde entró la prostitución a gran escala. Los viejos prostíbulos del puerto de pronto se multiplicaron por decenas y comenzaron a extenderse y ramificarse. Los cafés, los salones de baile y las calles se poblaron de mujeres que ofrecían sus servicios a la creciente cantidad de hombres que llegaban para trabajar.

Entre los numerosos argumentos esgrimidos por los promotores del golpe del 30, uno de los más repetidos era la «escandalosa disolución moral que socavaba los cimientos de la Patria». Esta excusa, utilizada desde los albores de la historia, consistía en invocar razones morales para recortar derechos sociales y libertades públicas. Pero a estos viejos pretextos represivos venían a sumarse los nuevos argumentos acuñados por el fascismo: la culpa de todos los males la tenían los inmigrantes; es decir, no sólo se explotaba a los trabajadores extranjeros en las fábricas y a las mujeres prostituidas en los burdeles, sino que, además, se responsabilizaba por la degradación moral de los argentinos. Notable paradoja: nuestros «pensadores» nacional-socialistas, como Lugones y Gálvez, reproducían el ideario del italiano Mussolini y del alemán Hitler, para expresar su repudio a los inmigrantes italianos y alemanes, entre otros. En este contexto, el tango era considerado la expresión cultural de toda aquella lacra nacida en los conventillos en los que se mezclaban los extranjeros, las prostitutas y los criollos pobres. Cuando Leopoldo Lugones notó que su tibia pluma modernista nada podía hacer contra el aluvión de la poética tanguera, rebelde a los moldes importados y los gendarmes de la academia, decidió que era hora de reemplazar la pluma por la espada.

Los golpistas se llenaban la boca con la moral y se rasgaban los uniformes ante el escándalo de la degradación de las buenas costumbres. Sin embargo, la trata de blancas no se detuvo con el golpe. Al contrario, creció. A nadie escapaba el hecho de que el tráfico de mujeres sólo era posible al amparo del poder: militares, funcionarios, policías y jueces pasaron a formar parte del lucrativo negocio de la explotación

sexual y sus derivados. La Sección Investigaciones de la Policía Federal estaba lisa y llanamente al servicio de los tratantes y se dedicaba escrupulosamente a limpiar sus prontuarios y sacarlos de la cárcel si caían en desgracia. Al producirse el golpe militar, los funcionarios de Uriburu desplazaron a los cabecillas de las organizaciones criminales, pero lejos de acabar con el proxenetismo tal como proclamaban, se quedaron con el negocio. Tan grandes eran los intereses en juego que al gobierno *de facto* no le importó siquiera guardar las formas: el golpe se produjo el 6 de septiembre de 1930; apenas un mes más tarde se legalizaron los prostíbulos «grandes» y, por si quedaba alguna duda sobre el verdadero interés, se autorizó por decreto municipal la transferencia de su propiedad a los nuevos dueños. Los propios funcionarios de la dictadura se adueñaron de las casas de tolerancia a través de una cadena de testaferros.

El caso más emblemático para entender cómo funcionaba la prostitución en la década del 30 fue el de la Zwi Migdal. Detrás de este nombre de significado incierto se escondía una de las más grandes organizaciones dedicada a la trata de blancas. La fachada era un lujoso palacete en la avenida Córdoba al 3200, en cuyo frontispicio un cartel rezaba Sociedad Israelita de Socorros Mutuos Varsovia. La benemérita institución mostraba una intensa actividad social: había un teatro en el que se presentaban obras en ídish, tenía una sinagoga propia y hasta un cementerio. En apariencia, un ejemplo de organización benéfica y cultural. Hasta que se desencadenó el escándalo, nadie sospechaba qué se escondía realmente detrás de aquella prestigiosa entidad sin fines de lucro. La noticia produjo sorpresa e indignación principalmente entre la numerosa colectividad judía de Buenos Aires.

Aunque no existe certeza, para algunos el nombre Zwi Migdal debía su origen a la similitud con el término que, en ídish, significa «Gran Fuerza». Ciertamente era que la Sociedad Israelita de Socorros Mutuos había nacido como una noble institución solidaria. Fundada en 1906, en sus comienzos prestaba un valioso servicio social a la colectividad judía, gran parte de la cual estaba compuesta por inmigrantes pobres. Aprovechando el prestigio ganado con justicia, la asociación fue cooptada por una organización mafiosa que abarcaba una amplia red compuesta por traficantes, políticos, funcionarios, policías, fiscales y jueces corruptos. El negocio funcionaba del siguiente modo: el primer eslabón de la cadena lo constituían los rufianes, cuya tarea consistía en viajar a los países de Europa del este, principalmente Polonia y Rusia. Una vez allí, mediante diferentes artimañas que iban desde la promesa de casamiento al ofrecimiento de magníficas oportunidades de trabajo, conseguían engañar a numerosas jovencitas campesinas convenciéndolas para que viajaran a la Argentina. La sola mención de Buenos Aires, una ciudad pujante y rica, polo de atracción para inmigrantes de todo el mundo, hacía que la propuesta pareciera realmente atractiva. Pero no bien las muchachas pisaban la ciudad, eran inmediatamente secuestradas por la organización; sometidas a un régimen de reclusión, empujadas a la adicción a la cocaína, conseguían por fin doblegar su

voluntad hasta obligarlas a prostituirse.

De acuerdo con varias crónicas y expedientes judiciales de la época, la Zwi Migdal llegó a reclutar cerca tres mil mujeres. Las «polaquitas», tal como se las conocía en los ambientes prostibularios, no tenían forma de escapar de aquella organización siniestra; las que conseguían hacerlo, eran recapturadas y, en muchos casos, asesinadas para que las demás supieran cuál sería su destino si intentaban fugarse. Varios de los nombres de los burdeles en los que se las explotaba ponen de manifiesto la humillación y el desprecio con que eran tratadas: *Las Esclavas*, *Las Perras*, *Las Gatas Blancas* son testimonio del trato denigrante. Otros de los prostíbulos diseminados a la largo de la calle Lavalle entre Junín y avenida Callao, eran *El chorizo*, *El Gato Negro*, *Marita*, *Lo de Yolanda*, entre muchos otros. Sometidas a jornadas de doce horas, ellas recibían a varias decenas de hombres a razón de entre dos y cuatro pesos de acuerdo con el servicio que tomara el cliente.

La Zwi Migdal era una organización gigantesca, sólida y amparada por encumbrados sectores del poder. Nada ni nadie parecía hacer mella sobre semejante estructura. Sin embargo, aquel monstruo habría de ser derribado por la ínfima y solitaria lucha de un pequeño personaje, una polaquita llamada Raquel Liberman. Harta del trato inhumano, de las humillaciones y la explotación, la muchacha se rebeló y denunció con nombre y apellido a los rufianes que constituían la base de la organización. Fue aquel mazazo en los cimientos lo que permitió que cayera la estructura piramidal.

Durante los últimos días de septiembre de 1939, más de cien proxenetes fueron detenidos en un enorme operativo. Los rufianes estaban convencidos de que habrían de ser liberados en pocas horas; sin embargo, tuvieron la mala suerte de que la causa recayera en el juzgado de Rodríguez Ocampo, uno de los pocos jueces probos que no respondía a la organización. Fueron inmediatamente acusados de «corrupción, ejercicio del proxenetismo y asociación ilícita». A partir de la valiente denuncia de Raquel Liberman, se citó a declarar a otras mujeres, cuyos testimonios resultaron cruciales. Más de cinco mil fojas engrosaron el expediente, hasta que el juez ordenó el allanamiento de la sede de la calle Córdoba 3280. Pero el trabajo de Rodríguez Ocampo no habría de ser sencillo: la policía desacataba sus instrucciones y retrasaba los trámites una y otra vez. El Ministerio del Interior, por su parte, incumplía los oficios y el jefe de la policía permanecía cruzado de brazos ante los continuos pedidos de explicaciones del juez. Los abogados de la organización intentaban por todos los medios separar a Rodríguez Ocampo de la causa. A medida que el caso iba alcanzando mayor conocimiento público, los funcionarios tomaban cauta distancia de los cabecillas, aunque sin dejar de intervenir solapadamente en su favor. Pero cuando el juez dictó la prisión preventiva de los rufianes y pidió la captura de otros que estaban prófugos, el poder decidió soltarles la mano y, finalmente, la organización colapsó. Tal como lo hiciera David con Goliat, la lucha solitaria de Raquel Liberman fue la piedra que acabaría derribando a la gigantesca y temible Zwi Migdal.

II. El sexo en la Década Infame

Pecador por justo

A José Félix Uriburu lo sucedió Agustín P. Justo, cuyo ascenso tuvo mucho más de P que de Justo, ya que las elecciones que lo consagraron presidente fueron polutas, patéticas y políticamente prostituidas. Tan espurios resultaron los comicios que, de hecho, éstos habrían de recordarse con el elocuente nombre de «fraude patriótico», aunque, siguiendo con la jerarquía semántica, muy poco tuvo de patriótico y mucho de fraudulento. El período que inauguró Justo en 1932 habría de pasar a la historia como la «década infame», la que, por cierto, no duró exactamente una década aunque nadie podría discutir su carácter infame.

El 27 de septiembre de 1930 se constituyó formalmente la Federación Nacional Democrática, un frente que agrupaba a sectores del radicalismo antipersonalista, conservadores y socialistas independientes. La FND, reunida por primera vez en Córdoba, exhortó al gobierno *de facto* a que llamara a elecciones. Uriburu, ante el creciente desprestigio y la certeza de que, si desempolvaba las urnas, ganarían los conservadores, accedió al clamor popular. En las elecciones de abril de 1931, los radicales triunfaron en la provincia de Buenos Aires por un amplio margen: 218 000 votos contra 187 000 de los conservadores. Ante el adverso panorama, José Félix Uriburu consideró que la democracia surgida del voto popular no se adecuaba a su propio criterio democrático y, en consecuencia, decidió anular las elecciones provinciales. En el plano nacional, la fórmula radical integrada por Marcelo T. de Alvear y Adolfo Güemes fue proscripta. Por las dudas, Uriburu reforzó su aparato militar, policial y parapolicial, creó la Legión Cívica Argentina, una fuerza de choque armada integrada por civiles, persiguió y encarceló a los opositores y, finalmente, expulsó del país a Marcelo T. de Alvear. En este marco opresivo, con el líder radical deportado, el partido mayoritario virtualmente proscripto y una oposición hecha a la medida de la dictadura, resultó electa la fórmula que llevaba al general Agustín P. Justo y al benemérito Julio Argentino Roca, hijo del célebre mentor del genocidio conocido con el eufemístico nombre de «Campaña del Desierto». Pero al general Justo ni siquiera le alcanzaba con la exclusión de los candidatos más populares: para resultar victorioso debió, además, apelar al fraude.

Así las cosas, Agustín P. Justo asumió el 20 de febrero de 1932. Sin embargo, el panorama que se le presentaba no era precisamente alentador: al frente interno convulsionado —fundamentalmente por grupos yrigoyenistas insurrectos—, se le sumaba la crisis internacional derivada de la Gran Depresión originada en los Estados Unidos. La combinación de ambos factores tuvo como consecuencia la abrupta caída del superávit por una parte y, por otra, el descenso estrepitoso de los puestos de

trabajo, poniendo fin a los años de mejoras en el empleo y los salarios de Yrigoyen y Alvear. Durante el gobierno de Justo se produjo una feroz transferencia de recursos públicos en provecho de los más ricos (en especial, los sectores ganaderos, los consorcios británicos y sus socios argentinos). Todas las medidas que atentaban contra la integridad jurídica y material de la Nación eran disfrazadas con títulos rimbombantes que pretendían investir de patriotismo la enajenación sistemática del patrimonio cívico y económico. Como ya hemos dicho, a la descarada manipulación electoral se la llamó «fraude patriótico»; acorde con esta estrategia dialéctica, a la estafa destinada a favorecer a los más poderosos a expensas del endeudamiento público, se la conoció como «empréstito patriótico». Nunca antes se asoció con semejante obscenidad el concepto de Patria a los intereses mezquinos del reducido sector de la oligarquía asociada a las grandes corporaciones trasnacionales.

El período de Agustín P. Justo estuvo signado por la metódica entrega de los factores de la economía a los capitales extranjeros, a las empresas concentradas y a los grupos más poderosos. En esta época, la política argentina se decidía en los salones de la Cámara de Comercio británica, en los despachos del consorcio que controlaba la exportación de los cereales, en las oficinas de la Dreyfus, La Plata Cereal y Bunge y Born. Eso es historia sabida. Pero menos conocido es que, durante aquel período, también se hicieron grandes negocios debajo de las sábanas presidenciales. Una vez más, la historia de la sexualidad se superpuso con la historia de nuestro país y demostró que la política de relaciones carnales no ha sido una metáfora ni, mucho menos, una novedad. Hubo un hecho que pasó inadvertido para los manuales de historia y que, sin embargo, ilustra claramente de qué manera suelen mezclarse los asuntos más privados con el manejo de la cosa pública.

De acuerdo con la mayor parte de las crónicas, Agustín P. Justo, al menos en su vida íntima, era un hombre recto, de una moral intachable, esposo ejemplar y excelente padre de familia; en fin, una semblanza acorde con los retratos en que se lo ve con su estampa castrense de espalda erguida, frente alta y mirada severa pero franca. Sin embargo, más allá de esa imagen marcial, sabido era que tenía debilidad por la jardinería y que él, personalmente, se ocupaba del cuidado de las plantas florales de la quinta presidencial de Olivos. Jugaba al golf con disciplina aunque con poca habilidad, prefería pasar las tardes con su familia en la casa de la calle Lacroze a quedarse en el despacho de la Casa de Gobierno y, cada vez que podía, viajaba a su quinta de Córdoba. Había sabido cultivar la imagen de un hombre común que manejaba los destinos del país con la misma disciplina con la que cualquier buen jefe de familia mantenía su casa. La foto más conocida, una en la que aparecía saludando con su mano amigable, los ojos melancólicos y una sonrisa bonachona, lo muestra como un abuelo cariñoso. Sin embargo, esta actitud era tan fingida como varios otros aspectos de su vida personal y su actuación administrativa. Nada era lo que parecía.

Entrando en su sexta década de vida, acaso para rebelarse contra el hecho indiscutible de que ya era viejo, Agustín P. Justo se dejó encandilar por la belleza de

una chica de apenas dieciocho años, a la que conoció durante un paseo por El Tigre. De acuerdo con algunos relatos, el encuentro fue fruto de la casualidad. El general Justo navegaba en el yate presidencial *Tacuara*, cuando se cruzó con una embarcación averiada en la que iba un conspicuo personaje con su familia. El ilustre náufrago resultó ser el principal accionista de Bunge y Born, Alfredo Hirsch. El presidente los invitó a subir a bordo de la embarcación oficial; en un gesto de caballerosidad, extendió la mano y, personalmente, ayudó a transbordar a cada uno de los rescatados. Al sentir el contacto y la mirada penetrante de la joven hija del matrimonio, Justo experimentó un estremecimiento. Hacía mucho tiempo que no se sentía súbitamente atraído por una mujer. El corazón del presidente latía con una fuerza renovada al comprobar que la muchacha, cuarenta años menor que él, no le quitó la vista durante todo el paseo. Agustín P. Justo, temiendo ser descubierto en sus pensamientos, intentaba entablar diálogos triviales con el padre de la joven. Sin embargo, poniéndose de pie, la muchacha se atrevió a interrumpir la conversación: «Señor Presidente, no nos han presentado. Mi nombre es Leonor, Leonor Hirsch», dijo, exhibiendo su figura esbelta, la cintura estrecha, las piernas largas y contorneadas. Justo, pasmado, tardó en reaccionar hasta que, al fin, temblando como una hoja, volvió a estrechar la mano suave y pequeña de la hija del millonario.

A ese primer encuentro le siguió otro en el golf de Palermo y, más tarde, en una reunión social. En esas ocasiones, Leonor siempre se las ingeniaba para apartar al presidente y terminar conversando a solas con él. El general Justo sabía que todas las miradas recaerían sobre su persona si no procedía con discreción; no era fácil escapar de la vigilancia de su esposa, de la seguridad, de los ministros, de la prensa, pero, sobre todo, de Alfredo Hirsch, el padre de Leonor que, a decir de su propia hija, era tremendamente celoso y no permitía que ningún hombre se le acercara. Ni aunque fuese el presidente. Sin embargo, Agustín P. Justo se las ingeniaba para escabullirse y dedicarle un tiempo a Leonor. Como un adolescente, todos los días la llamaba desde el despacho presidencial y permanecía horas hablando con ella. Más tarde comenzó a hacerle llegar valiosos regalos anónimos, tomando todas las precauciones para que su padre no se enterara de quién era el remitente. Hasta ese momento se trataba de una relación telefónica y cautamente epistolar. Un día, el secretario presidencial le anunció a Justo que Alfredo Hirsch había solicitado una audiencia para hablar con él. Como un jovencito sorprendido in fraganti, al principio sintió deseos de salir corriendo, pero, después de un largo silencio, accedió asintiendo con la cabeza. El presidente temía lo peor; ya podía imaginar la escena: el empresario más poderoso del país, agitando su índice indignado, lo señalaría ante la opinión pública, ante su esposa y sus hijos y frente a todo el mundo como un viejo verde que, usufructuando la investidura presidencial, se aprovechaba de una incauta jovencita.

El día que recibió a Alfredo Hirsch, el general Justo pensó que aquél sería el comienzo del fin de su presidencia. Sin embargo, para su asombro, el principal accionista de Bunge y Born desplegó sobre el escritorio un detallado plan para

facilitar las exportaciones del grupo. Eso era todo. El presidente respiró aliviado y firmó el acuerdo con una sonrisa de oreja a oreja. Hirsch no tenía ninguna sospecha. Entonces el presidente decidió dar un paso más. A partir de ese momento, comenzaron los encuentros clandestinos con Leonor. Todas las tardes Agustín P. Justo salía de la Casa Rosada oculto tras las solapas de su abrigo y, con el sombrero metido hasta las cejas, se deslizaba dentro del auto del ministro de Obras Públicas para encontrarse con Leonor. Convertido en un sexagenario adolescente, Justo se revolcaba con su joven amante en el asiento trasero del Cadillac del ministro Alvarado. Helvio Botana, hijo del director del diario *Crítica* y hombre de confianza del presidente, solía procurarle a la pareja de amantes una alcoba privadísima en la lujosa quinta que su padre tenía en Don Torcuato. Y hay quienes afirman que varias veces entraron de incógnito a la librería Cervantes, de Julio Suárez, y allí, con la complicidad de su dueño, en el depósito oliente a papel y tinta, Leonor apoyaba su espalda contra los lomos de los libros, mientras el presidente le levantaba las faldas con una mano y, con la otra, se sostenía de los anaqueles.

Por esos días, su mujer recibió un llamado anónimo que delataba la aventura de su marido con una de las más ricas herederas del país. Con indignación, el presidente se defendió de aquellas infundadas calumnias, producto, qué duda cabía, de la oposición política que ya no sabía a qué recursos apelar para erosionar su poder. La Primera Dama respiró hondo, bajó la cabeza y decidió creerle. Pero las murmuraciones empezaban a circular cada vez con mayor insistencia. Hasta que un día, sin aviso previo ni pedido de audiencia, se hizo presente en la Casa Rosada, una vez más, el padre de su amante. Como aquella primera vez, el presidente pensó que, ahora sí, aquella visita intempestiva era el fin. De hecho, Alfredo Hirsch exhibía un ceño adusto.

—Vengo a hablar de un problema serio —dijo el socio principal de Bunge y Born. El presidente tragó saliva y musitó:

—Lo escucho.

Entonces, el padre de la criatura desplegó unos papeles ante los ojos desencajados de Justo y le hizo ver que su empresa necesitaba, con urgencia, algunas exenciones impositivas porque semejantes cargas arancelarias sobre las exportaciones eran, a su entender, abusivas.

—¿Eso es todo? —preguntó el presidente, mientras le volvían los colores a la cara y el alma al cuerpo. Por supuesto, firmó el acuerdo sin siquiera leerlo.

El romance se prolongó sin mayores sobresaltos hasta 1940. Lo que ignoraba Agustín P. Justo era que todo el mundo estaba al tanto de su aventura «clandestina»: allí estaban, en su despacho, las boletas de los regalos que compraba en Harrod's, las facturas de teléfono en las que figuraban los llamados a casa de los Hirsch y hasta una suscripción al *Reader's Digest* a nombre de Leonor que había solicitado el propio Justo. De hecho, su hijo Liborio, muchos años después, habría de decir sobre su padre en una entrevista:

Era lamentable. Se puso de amante senil a los sesenta o setenta años con la hija de Hirsch, el de Bunge & Born. El viejo Hirsch la usó y se la metió de amante a mi padre para sacarle todo lo que quería. Yo la conocí: era una mujer muy linda. Pero eso era lamentable.

Tal vez resulte exagerado afirmar que Agustín P. Justo fue utilizado por la oligarquía para favorecer sus intereses, tal como ha sostenido su propio hijo, Liborio, un destacado teórico marxista. A pesar de ubicarse en las antípodas ideológicas, la opinión de Liborio parece destinada a exculpar a su padre. Sin embargo, la indulgencia filial no libera al padre de una culpa aun peor: la estupidez. Por nuestra parte, nos inclinamos a pensar que las concesiones de Agustín P. Justo a las grandes corporaciones y a las empresas multinacionales respondieron a una política de Estado, que se habría de repetir en todas las dictaduras militares que padeció la Argentina, y no a los ardides de una mujer pérfida y un padre inescrupuloso. Sin embargo, este romance plagado de pasos de comedia ilustra bien de qué forma política y sexo son los dos grandes pilares donde se asienta la historia de un país. De acuerdo con los eufemismos que caracterizaron a la Década Infame, tal vez esta aventura protagonizada por Justo y Leonor Hirsch debiera llamarse «cuernos patrióticos».

La ley húmeda

Tanto la dictadura de Uriburu como la de los gobiernos «patrióticamente fraudulentos» que la sucedieron, empezando por Justo, siguiendo por Ortiz y más tarde por Castillo, habían emprendido una cruzada contra toda manifestación artística popular. Los políticos conservadores, cuyo vocero más conspicuo era el senador Benjamín Villafañe, se desgañitaban en la Cámara alta pidiendo leyes restrictivas y proyectos para la formación de una comisión de censura con el propósito de controlar el cine. Con una insistencia notable y consecuente con sus convicciones medievales, Villafañe no se cansaba de exigir una legislación cada vez más dura: en los años 1932, 1934, 1936 y 1939 propuso con infatigable obcecación que se descartara toda obra «antipatriótica y antirreligiosa». A la luz de conceptos tales como «fraude patriótico» y «empréstito patriótico», como ya hemos visto, estaba claro a qué aludía el término «patria» en el léxico oficial. Pero la censura, desde luego, no se limitaba al cine; el tango era el otro gran flagelo a combatir. Se produjo entonces una forzada antinomia entre el tango y el folklore, que tendía a identificar al tango con la lacra que encarnaba el inmigrante pobre, el habitante de los conventillos urbanos, en oposición al hombre de campo idealizado por la oligarquía terrateniente.

La figura del gaucho, tan menospreciada por la pluma de Sarmiento, se había transformado de pronto en una entidad casi mitológica. El folklore era una loa a los valores enarbolados por la elegante Sociedad Rural, mientras el tango se asociaba con el bajo fondo, el prostíbulo portuario y el extranjero sospechoso. Tal vez lo más irritante no era la música ni la danza escandalosamente sensual, sino las letras escritas en un idioma carcelario que versaban acerca de prostitutas venidas a menos. Pero, claro, en su arrolladora poética, también denunciaba la injusticia social y venía a poner en duda aquella acepción de patria tan meneada desde el poder. *Cambalache*, acaso el tango más representativo de la inspiración de Enrique Santos Discépolo, expresa exactamente ese trastrocamiento estructural de los valores éticos que implicaba la moral estatuida. Por eso, no resulta extraño que Discépolo haya sido uno de los primeros artistas censurados. Ya en 1929 el Ministerio de Marina lo incluyó en sus listas negras, prohibiendo que los tangos de su autoría se emitieran por las radios. El tango y la prostitución estaban tan asociados que, por lo general, corrían la misma suerte. De hecho, en 1936 se promulgó la Ley de Profilaxis Social que, en su artículo 15, establecía: «Queda prohibido en toda la República el establecimiento de casas o locales donde se ejerza la prostitución, o se incite a ella».

Con el mismo espíritu prohibicionista con el que se había redactado la «Ley Seca», que castigaba la venta y el consumo de alcohol en los Estados Unidos, aquí se

pretendió erradicar con una norma, el ejercicio de la prostitución. No era difícil predecir sus consecuencias. Como tantas otras veces sucedió a lo largo de la historia, el remedio resultó, en opinión de muchos, peor que la enfermedad. Los argumentos en contra de la ley 12 331 en muchos casos eran razonables pero, en varios otros, lisa y llanamente disparatados. Miles de años de intentos frustrados dan fe de que resulta materialmente imposible erradicar la prostitución por la mera aplicación de una ley. El cierre de los prostíbulos dio lugar a nuevas mafias, nuevos ámbitos y prácticas que ponían a las prostitutas en una situación mucho más precaria y a los clientes en un lugar más expuesto. Las mujeres que antes trabajaban al abrigo de un burdel tuvieron que lanzarse a la vía pública ante la clausura de los locales. En consecuencia, una enorme cantidad de hombres que, con discreción, concurrían a los *cabarets* y casas de lenocinios en los que se ofrecía sexo en condiciones más o menos seguras, también se volcaron a las calles cercanas a las zonas en las que estaban los prostíbulos clausurados en busca de mujeres. Contra los deseos de los impulsores de la ley, de pronto las conductas «indecentes» que se pretendía combatir, ahora quedaban mucho más expuestas que antes y se ofrecía sexo a la vista de todo el mundo. La policía procedía a dispersar a las prostitutas y a los potenciales clientes, pero tan pronto como terminaban los operativos, las veredas volvían a poblarse de mujeres y de hombres ávidos de placeres. El Paseo de Julio (actual Leandro N. Alem) y las calles 25 de Mayo y Reconquista eran el epicentro de la prostitución en la ciudad de Buenos Aires. Las mujeres hacían sus «paradas» en las puertas clausuradas de los *cabarets*. El cierre de los burdeles facilitó la proliferación del «bulín» o «amueblado», tantas veces mencionado en los tangos. Los habitués de los «quecos» o «quilombos» prohibidos alquilaban, en muchos casos entre varios hombres, un pequeño departamento para llevar mujeres. Para los menos pudientes se crearon los alojamientos transitorios.

En opinión de muchos, la prohibición de la prostitución provocó un notable incremento de la homosexualidad. Esta hipótesis, ciertamente improbable, resulta una notable pieza humorística. Nadie en su sano juicio pensaría, por ejemplo, que los clientes de un determinado *cabaret*, ante el cierre del local, decidieran mantener sexo entre sí. El pensamiento subyacente no puede menos que mover al asombro. Sin embargo, esta idea absurda encontró varios adherentes a partir de un escándalo que sacudió a la sociedad.

3.

Blanca Nieves y los setenta cadetes

Los vecinos del Barrio Norte veían con piadoso orgullo cómo los Cadetes del Ejército participaban todos los domingos de la misa de la Iglesia de San Nicolás. Los uniformes impecables y el sable ostensible contrastaban con sus caras todavía aniñadas. Aquel grupo de adolescentes, luego de la misa dominical, acostumbraba dar un paseo por la avenida Santa Fe concitando las miradas de las chicas de uno de los barrios más acomodado de Buenos Aires. Un domingo primaveral de 1942 los jóvenes cadetes, reunidos en la esquina de Junín y Santa Fe, se dedicaban al *dolce far niente* entre bromas y risotadas cuando, de pronto, se quedaron sin palabras. Delante de sus ojos pasmados pasó un cabriolet blanco conducido por una mujer que parecía salida de una película de Hollywood. El auto pasó muy despacio y la muchacha dedicó a los cadetes una mirada provocativa y una sonrisa. Como adolescentes que eran, no atinaban a reaccionar. Uno de ellos gritó algo, una grosería, acaso para hacerse notar por sus compañeros, seguro de que la mujer aceleraría y se perdería calle abajo. Sin embargo, el auto blanco se detuvo, retrocedió unos metros y la muchacha, desafiante, preguntó al cadete que le había gritado:

—¿Me habla a mí, soldado?

El cadete balbuceó algo incomprensible, sus mejillas pasaron del bermellón al blanco y, como una tropa en retirada, todos retrocedieron un paso.

—Quién diría, con esos sables tan grandotes, parece que todavía no están listos para la guerra... —Duplicó la apuesta la muchacha mirando a los cadetes de arriba abajo.

Uno de ellos, creyendo que la mujer estaba «trabajando», asomó un puñado de billetes desde el bolsillo.

—Me ofende, soldado —dijo la muchacha acariciando la palanca de cambios—, yo no cobro, al contrario.

La chica tenía diecinueve años y les explicó que muy cerca de allí, en la calle Junín 1381, un amigo de ella, fotógrafo, estaba preparando unas fotos para una muestra y necesitaba muchachos atléticos para que posaran. Les habló de otra amiga suya que estaba en el departamento.

—De paso —les dijo—, pueden ganarse unos pesos.

La mujer se llamaba Blanca Nieve Abratte, aunque se hacía llamar Sonia. A ninguno de los cadetes le faltaba plata; de hecho, pertenecían a las familias más pudientes, pero aquel «de paso» parecía una oferta mucho más atractiva que el dinero. La muchacha destrabó el seguro de la puerta y cuatro cadetes se apuraron a

subir al cabriolet. Blanca Nieve y los siete chicos (cuatro en el auto y los otros tres apurando el paso) se encaminaron al estudio fotográfico.

Cuando llegaron al departamento, los cadetes, excitados y aturcidos, fueron invitados a tomar asiento en un amplio living. Blanca Nieve se quitó el abrigo exhibiendo un cuerpo impactante e invitó a los chicos con *whisky*. Les dijo que en un momento llegaría su amiga, que podían ponerse cómodos, mientras paseaba sus curvas delante de los ojos extraviados de los cadetes. Algunos se iban quitando la ropa y los demás seguían bebiendo nerviosamente. Blanca Nieve intercambiaba caricias con todos, pero no se entregaba a ninguno: apenas un roce de labios, un abrazo efímero y luego los apartaba amablemente. Los chicos estaban visiblemente acalorados y no podían ocultar sus bríos en los voluminosos promontorios que dejaba notar la ropa interior. Otros, completamente desnudos, se daban placer a sí mismos o entre sí. La muchacha los instaba a exhibirse ante ella y ante los demás, comparando los atributos de todos ellos. Cuando Blanca Nieve les propuso iniciar la sesión de fotos, no hizo falta ninguna insistencia. Entonces apareció en escena el dueño de casa: Jorge Ballvé Piñero, un joven apenas mayor que ellos; tenía veintidós años. La sesión de fotos terminó en una orgía que se extendió hasta entrada la noche. La única que no participó fue Blanca Nieve, que aprovechó el tumulto para escabullirse. Pero ninguno de los hombres pareció lamentar su ausencia.

Aquel encuentro fue el primero de una serie de fiestas con invitados cada vez más numerosos, pertenecientes todos a distinguidísimas familias de la sociedad porteña. Tan multitudinarias llegaron a ser estas orgías que el departamento de la calle Junín resultó pequeño para acoger a tantos soldados y personajes de rancio abolengo. Así, Rómulo Naón, un asiduo habitué de estos encuentros, generosamente ofreció su amplia casa de la calle Beruti 2576. Naón, de treinta y siete años, era hijo de Rómulo S. Naón, intendente de Buenos Aires durante 1932 (en homenaje a cuya memoria una de las calles más elegantes de Belgano R hoy lleva su nombre). Entre los concurrentes, además de Ballvé Piñero y Naón, estaban Dugann, Brest, Zubizarreta, Subercaseaux y Ostwald, entre una extensa lista de apellidos ilustres, muchos pertenecientes al Ejército, a la Iglesia, a la Sociedad Rural y al Colegio de Abogados. Todos los participantes quedaron retratados para la posteridad en diversas actitudes y poses sexuales relacionadas con la disciplina militar: cadetes del ejército sin más ropas que el cinturón, las botas y el sombrero, disciplinando a algún señor que, en cuatro patas, buscaba su merecido castigo. Algunas escenas eran realmente crueles, de un sadismo manifiesto.

Estas fiestas, si bien para muchos constituían una rareza, en realidad, tenían una larga tradición y, en aquella época, resurgieron con fuerza en varios lugares del mundo. De hecho, las «orgías nazis» eran todo un género. En efecto, en la Alemania de Hitler se había puesto en vigencia todo el repertorio mítico del hedonismo grecorromano. La exaltación de la virilidad, el desprecio por las mujeres, la apología del militarismo, la creencia en una raza superior que se imponía por la humillación y

la fuerza, la veneración de los símbolos paganos presentes en aquellas ceremonias, como la cruz esvástica, no sólo invadían la esfera pública y política, sino también los ámbitos privados. Durante la Segunda Guerra Mundial, la Argentina también tuvo sus propias orgías nazis. Claro que el nazismo argentino siempre ha estado sometido a un patetismo aun mayor que el original: según su propia lógica xenófoba, era difícil justificar que en las fiestas nazis autóctonas, a los «arios» cadetes del ejército se sumara un boliviano de apellido Calvo, un peruano cuya única relación con la estirpe de los helenos era el priapístico tamaño de su sexo, un inmigrante ruso apellidado Olchansky, un florista paraguayo, un colectivero de la línea 109 y hasta un agente raso de la comisaría 15.^a.

Más allá de estas notables peculiaridades, las orgías animadas por los cadetes iban sumando cada vez más adeptos, hasta que sucedió lo que muchos temían. La bella y joven Blanca Nieve vio la posibilidad de ganar más dinero del que cobraba como reclutadora y, apoderándose de un grueso álbum de fotos que atesoraba Ballvé Piñero, intentó un torpe chantaje que terminó sacando a la luz lo que sucedía en los departamentos de las calles Junín y Beruti. Desde que se radicó la primera denuncia en la fiscalía a cargo de Luciano Landaburu, el escándalo fue mayúsculo y no hubo forma de pararlo. Habida cuenta de que entre los participantes de la orgías había encumbrados abogados, pocos creyeron que la acusación habría de prosperar. Pero el juez Ocampo Alvear impulsó la investigación y ordenó una requisa en los vestuarios del Colegio Militar; en las gavetas de varios cadetes se encontraron cartas, notas, direcciones, nombres y apellidos de muchos concurrentes. Ante los resultados de la pesquisa se constituyó una comisión especial en el Senado para profundizar las actuaciones, hasta que la noticia se filtró a la prensa y una nota explosiva en *Noticias Gráficas* hizo que estallara todo por el aire. Blanca Nieve Abratte, Jorge Ballvé Piñero y Rómulo Naón encabezaban una lista de más de treinta detenidos y procesados. Una veintena de cadetes del Colegio Militar fueron expulsados, dados de baja, detenidos o destituidos. Por esos días, los cadetes no podían siquiera pisar las calles sin ser sometidos al escarnio público. La gente los insultaba, los agredía y todos los días se armaban grescas callejeras entre alumnos del Colegio Militar y civiles indignados. Muchos optaron por salir a la calle de civil, contraviniendo las normas castrenses.

Naón, Ostwald y Subercaseaux lograron huir al Uruguay. Jorge Duggan, un famoso y joven arquitecto, luego de cumplir la condena se suicidó. Una vez más, y confirmando que la sexualidad no es una mera pincelada de color en la historia, la vida privada habría de incidir tanto sobre la vida pública que este episodio sería mencionado como el antecedente de los dramáticos cambios políticos que se avecinaban. En efecto, el escándalo de los cadetes iba a ser esgrimido como una de las principales causas del golpe militar de 1943.

El golpe del 43

Muchos fueron los motivos que confluyeron para que se produjera el golpe de 1943. El contexto internacional signado por la Segunda Guerra Mundial, la sucesión de gobiernos surgidos del fraude, la corrupción, las variables económicas y los cambios sociales provocados por las fuertes modificaciones de las nuevas formas de producción fueron algunos de los elementos que se combinaron para poner en marcha la conspiración. En este marco, no deja de sorprender que una de las razones más mentadas para justificar el golpe haya sido el escándalo de los cadetes. Sucede, sin embargo, que este episodio habría de golpear en el corazón mismo de los factores de Poder. No sólo por los apellidos patricios y las corporaciones implicadas en el caso; el ejército siempre se había presentado a sí mismo, acompañado, claro, por el coro de los golpistas de siempre, como la «reserva moral de la Nación». De pronto, ninguna de las «fuerzas vivas» de la sociedad «decente» estaba exenta de pecado. El ejército siempre había esgrimido razones tales como la disolución moral y el relajamiento de las buenas costumbres para justificar su avance sobre la economía, la política y los recursos públicos. Pero ahora las propias fuerzas armadas mostraban su corrosión desde los cimientos más profundos de su estructura; el mismísimo semillero del ejército estaba moralmente podrido. De acuerdo con la misma lógica cuartelera, la homosexualidad era el peor de los flagelos para el espíritu de la fuerza. La escuela de cadetes era la fragua de los hombres rectos, moldeados a imagen y semejanza de los héroes de bronce que habían fundado este país (al menos en la mitología patrioter). Abogados, estancieros, empresarios, clérigos y ahora también militares aparecían en aquellas fotos escandalosas mostrando sus traseros humillados. Ante aquel panorama desolador, ¿quién estaba en condiciones de arrojar la primera piedra? Como siempre sucede en estos casos, no tardaría en aparecer un movimiento mesiánico listo para ocupar el sitial vacante dejado por aquel evidente «vacío de poder», dispuesto a restaurar el orden y la moral.

Los nuevos salvadores de la patria pertenecían a un grupo con pretensiones de logia secreta, encabezados por los coroneles Urbano de la Vega y Miguel A. Montes, este último en representación de un coronel hábil y desconocido llamado Juan Domingo Perón. Los conjurados se reunían en el bar del Hotel Jousten en la esquina de Corrientes y 25 de Mayo, cuya cercanía con la Casa de Gobierno evidenciaba sus aspiraciones. El principal objetivo del grupo era impedir que se llevara a cabo la elección que, con los mismos métodos fraudulentos que caracterizaron a la Década Infame, llevaría al gobierno al terrateniente salteño Robustiano Patrón Costas. Los conspiradores se agruparon bajo las siglas GOU. Este nombre sintetizaba tres

significados en uno: Grupo de Oficiales Unidos, que aludía a la totalidad de los miembros; Grupo de Organización y Unificación, que se refería sólo a la cúpula de oficiales que integraba el comando clandestino, y Grupo de Obra de Unificación, que sería el nombre que adoptaría la cofradía una vez producida la asonada militar en ciernes. Los propósitos declarados del GOU eran, en primer lugar, recomponer el dañado frente interno del Ejército y combatir la expansión de los focos comunistas que crecían al amparo de las luchas de los trabajadores a medida que se extendía la industria. Por otra parte, la evolución de la política local dependía en gran medida de la marcha de la Segunda Guerra Mundial. El GOU defendía una neutralidad que, en los hechos, se traducía como un solapado apoyo al Eje frente a la posibilidad cierta de que un eventual gobierno de Patrón Costas apoyara a los Aliados. De hecho, los oficiales conjurados no disimularon sus simpatías por Hitler y Mussolini cuando el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Pierrestegui, manifestó su propósito de acordar con las fuerzas aliadas para recibir armamentos por parte de los Estados Unidos.

El GOU se estaba preparando en las sombras. Sin embargo, sin que nadie pudiese preverlo, el 4 de junio de 1943 se produjo un golpe militar encabezado por el general Pedro Ramírez, ministro de Guerra del presidente Ramón Castillo. A diferencia de las anteriores asonadas, en ésta no hubo casi participación de civiles. Excepto el Ministerio de Hacienda, ocupado por Jorge Santamarina, conspicuo dirigente de la Sociedad Rural, el resto del gabinete estaba constituido íntegramente por militares. El 8 de junio *La Prensa* publicaba un pequeño recuadro en el que mencionaba a un desconocido oficial, cuyo nombre a nadie decía nada: «El coronel Juan Perón, del arma de infantería, fue designado ayer jefe de la Secretaría del Ministerio de Guerra». Este cargo evidenciaba la importancia de la tarea que desempeñaba Perón; a pesar de ocupar el número 19.º del escalafón, el joven coronel era el principal mentor del GOU.

Las primeras medidas del gobierno *de facto* estuvieron dirigidas a detener el avance de los trabajadores organizados, los partidos obreros y el fantasma del comunismo. Desde el primer día se impuso una represión feroz y, una vez más, se estatuyó un estado policial. El 5 de junio se disolvió el Congreso y se destituyó a los gobernadores, intendentes y autoridades de las provincias, siendo sustituidos por funcionarios elegidos por el índice dictatorial de Ramírez. Los mismos sectores de la oligarquía que años antes habían apoyado a Uriburu, ahora aplaudían a los nuevos jefes militares. Como siempre ha ocurrido durante los gobiernos autoritarios, la represión política fue acompañada por una fuerte represión sexual. El escándalo de los cadetes, todavía fresco en la memoria de la sociedad, era una mancha que había que limpiar. Con gestos ampulosos y sobreactuados se habría de impulsar una verdadera cacería sobre la comunidad homosexual.

El peor de los pecados

La Argentina no era, tradicionalmente, un país homofóbico; al contrario, durante las dos primeras décadas del siglo xx se respiraba un clima de tolerancia sexual reflejado, como dijimos, en las letras de los primeros tangos, en la producción cinematográfica y en la cartelera teatral. Las sucesivas dictaduras militares demonizaron y persiguieron toda manifestación que exhibiera cualquier aspecto de la sexualidad en general y de la homosexualidad en particular. Lo cierto es que, más allá de la intolerancia propia de los militares que usurpaban el gobierno, la sociedad no se escandalizaba con tanta facilidad como los factores de poder. De hecho, el escándalo de los cadetes había puesto en evidencia que, para ciertos sectores pertenecientes al ejército, a la Iglesia y a la aristocracia, pero también a las clases bajas, aún existía en la sociedad una disposición contraria al rígido discurso social.

A diferencia del clima opresivo que se vivía en España luego de la caída de la República y en otras capitales de Iberoamérica, en Buenos Aires, históricamente, la Iglesia tuvo menor influencia. Durante la Conquista y la época de la colonia, la sociedad porteña fue bastante menos rígida en materia sexual que otras capitales americanas. Basta comparar la arquitectura y ostentación de iglesias en ciudades como Quito, Lima, Oruro, sólo por mencionar algunos ejemplos, con los modestos templos católicos que existían en Buenos Aires para contrastar el control que ejercía el clero en las diferentes ciudades de América. En sus orígenes, Buenos Aires era una aldea remota y sin importancia; sus humildes iglesias lejos estaban de la suntuosidad de las de otras capitales, cuyas catedrales rebosaban de oro. Marginada de la férrea mirada del poder español, cuyo interés estaba puesto en las riquezas mineras del Altiplano, Buenos Aires creció en un clima de relativa libertad. Esto permitió cierto relajamiento en los modos de intercambio sexual que se extendió a lo largo del tiempo y le dio cierta fama de ciudad cosmopolita y desprejuiciada. Tal vez esta imagen de amplitud de criterio fue la que llevó a Miguel de Molina, allá por 1942, a elegir Buenos Aires para refugiarse del franquismo.

Miguel de Molina era un famoso cantor y bailarín nacido en Málaga en 1908. Su vida es digna de una novela. Criado por su madre, su hermana mayor y sus cuatro tías, era el benjamín de una casa en la que sólo vivían mujeres. Cuando entró en la escuela religiosa sintió el duro contraste entre el rigor de los curas, con aquel nido de protección femenina que se respiraba en su casa. Por otra parte, la crianza temprana en aquel universo de mujeres le confería un afeminamiento que, con frecuencia, lo hacía objeto de las crueles burlas de sus compañeros. A los quince años tuvo su primer trabajo: limpiaba los cuartos de un sórdido burdel de Algeciras. La

convivencia con las pupilas del prostíbulo, de alguna manera, lo retrotraían a ese mundo femenino en el que tan cómodo se sentía. Desde el primer día en que se encendió su sexualidad, Miguel de Molina supo que el lazo que lo unía con las mujeres era tal, que, al igual que ellas, también se sentía atraído por los hombres. Desde muy joven mostró un talento privilegiado para el canto y el baile flamencos en los numerosos tablaos de la ciudad. No tardó en ganar fama primero en Valencia, más tarde en Madrid, luego en toda España y, finalmente, sus éxitos como *La bien pagá*, *Ojos verdes* y *Te lo juro yo*, lo convertirían en el más grande exponente de la copla en todo el mundo. Durante la breve primavera de la República española su voz incomparable animaba a los combatientes antifascistas y era símbolo de libertad sexual, en contra de los viejos valores defendidos por la Iglesia, por las huestes de Primo de Rivera y el falangismo reaccionario. Fue amigo de Federico García Lorca, Rafael Alberti y de varios de los poetas republicanos. Con el ascenso de Franco al poder, Miguel de Molina fue extorsionado por un empresario para que trabajara por un sueldo vil; en caso de que no aceptara, lo denunciaría por sus dos grandes crímenes: simpatizar con los republicanos y ser homosexual. Pero el hostigamiento y el estado policial eran de tal magnitud, que, de todas formas, fue delatado a las autoridades fascistas. Capturado como un perro, aquel niño mimado, frágil, dueño de un talento y una sensibilidad conmovedora, fue encarcelado y, víctima de las torturas más feroces, fue obligado al exilio. No conformes los esbirros franquistas, una caterva de matones liderados por José Finat y Escrivá de Romaní, conde de Maylande, en una actitud plena de virilidad, apaleó a Miguel de Molina por el terrible delito de ser homosexual. Gran valentía demostraron los muy católicos defensores de la moral al golpear a un hombre solo cuyas únicas armas eran su voz, sus coplas y su baile.

Empujado al destierro, cuando Miguel de Molina llegó a Buenos Aires, a pesar de ser muy bien recibido por la comunidad artística, comprobó que no había llegado en un buen momento. Poco después del golpe del 43, mientras daba una función en el Teatro Avenida, la policía irrumpió en plena función y detuvo a Miguel de Molina, al elenco que lo acompañaba, a los empresarios del teatro y ni siquiera se salvó parte del público. La pesadilla fascista volvía a repetirse: una vez más, el cantante fue encarcelado, esta vez en el penal de Devoto. Se lo acusó de participar en «grandes orgías» y de propiciar reuniones de gente de «dudosa moralidad». El pasquín filonazi *Cabildo* inició una campaña en la que se lo presentaba como la personificación del anticristo; con una virulencia que en realidad ocultaba sus terrores más primitivos — el miedo a «contagiarse» la homosexualidad y el pánico al avance del comunismo—, la publicación de ultraderecha atacó a Miguel de Molina con argumentos dignos de la Inquisición.

Objeto de agresiones físicas y morales, a Miguel de Molina finalmente le fue aplicada la Ley de Residencia, la misma que, curiosamente, se utilizaba para deportar delegados obreros extranjeros sindicados como comunistas. Una vez más, política y

sexualidad volvían a ser parte de la misma historia. Miguel de Molina pidió visa para exiliarse en Uruguay primero y en Chile después; no sólo le fue negada la petición, sino que ambos países lo declararon «persona no grata». Sometido a una humillación sin límites ni fronteras, en agosto de 1943, con las manos esposadas y llevado a los empujones por la policía, fue expulsado del país y puesto a bordo de un buque con destino a México. Desafiando el poder de la dictadura, en una actitud valiente y peligrosa, en el puerto lo esperaban las actrices Iris Marga, Gloria Guzmán y Sofía Bozán, que apenas si pudieron despedirse de su amigo. Los bienes de Miguel de Molina le fueron confiscados sin razón legal y en una subasta degradante, remataron sus muebles, sus objetos de arte y el vestuario completo que usaba en sus obras.

Sin embargo, después de tanta saña, Miguel de Molina iba a ser reivindicado, no casualmente, por otra mujer acaso tan importante en su vida como las que lo criaron; una mujer que tanto habría de hacer por los humillados, los olvidados y los castigados. En efecto, gracias a ella, algunos años más tarde, Miguel de Molina pudo volver a Buenos Aires y, recibido con todos los honores, volvió a actuar en el mismo Teatro Avenida en el que fuera detenido. En una nota personal fechada el 11 de octubre de 1946, esa mujer dejó constancia del respeto y el reconocimiento que le profesaba:

Saluda con su mayor consideración al señor don Miguel de Molina, y al acusar recibo a su carta por el que compromete su valioso concurso artístico al acto que llevará a cabo el Teatro Colón, se complace en agradecerle viva e íntimamente su dignísimo gesto, que pone de manifiesto una vez más su fina sensibilidad de artista y una clara comprensión a las inquietudes culturales del pueblo argentino.

Más abajo se leía la firma clara y de letras redondas: «María Eva Duarte de Perón».

Sexo, droga y represión

Hacia el año 1943 todavía estaba vigente la ley 12 331, que prohibía el funcionamiento de los prostíbulos. Sin embargo, esta normativa se mostró inútil: no solamente no había conseguido disminuir el comercio sexual, sino, al contrario, la legislación hizo que proliferaran nuevas modalidades y ámbitos clandestinos en los que se mezclaba la prostitución con otras actividades delictivas como el tráfico de drogas. La historia demostró que cada vez que a una actividad más o menos regulada se la colocó al margen de la ley, quedó confinada a la clandestinidad pasando a ser un eslabón más de una sórdida cadena criminal. Como no podía ser de otra forma, eso fue lo que sucedió al prohibirse la prostitución. Según consta en varios archivos judiciales, al cerrarse los burdeles proliferaron departamentos en los que, además de ofrecerse servicios sexuales, los clientes podían comprar y consumir morfina. Así, por ejemplo, en la calle Charcas 948 fueron detenidos en un procedimiento una decena de hombres, entre los cuales se encontraba un médico muy reputado, bajo los efectos de la morfina. Otro de los detenidos, según refiere la crónica, se comportaba como un perro, caminaba en cuatro patas y, durante el operativo, se resistió a los mordiscones. En la calle Lavalle al 700, una francesa conocida como La Nicolette regenteaba un prostíbulo y también vendía morfina y heroína. La esquina de Corrientes y Esmeralda era conocida como «Alaska», metafórica alusión al polvo níveo de la cocaína, que se vendía en varios de los burdeles clandestinos que funcionaban en los alrededores.

Además de las organizaciones mafiosas que explotaban prostitutas y traficaban distintas drogas, había mujeres que ofrecían su cuerpo con el único propósito de conseguir drogas. Éste era el caso de una bailarina apodada La Maleva, quien, de acuerdo con los archivos policiales de la época, conoció a un hombre joven, de buena posición social, adicto a la morfina. Al poco tiempo, bajo la influencia del muchacho, también ella comenzó a consumir hasta convertirse en adicta. Ambos fueron detenidos en un departamento cercano al Congreso, en la calle Alsina, en el que ella se prostituía al tiempo que él le inyectaba morfina. Otro caso que consta en los archivos judiciales es el de seis ciudadanos de origen chino que formaban parte de una cadena de tráfico, venta y consumo de opio traído de contrabando en barcos orientales. La forma de operar de la banda consistía en forzar al consumo y provocar la adicción al opio de mujeres jóvenes para luego prostituirlas. Cabe señalar que la morfina, la heroína y el opio eran mucho más adictivos que la cocaína.

Resulta sumamente ilustrativo indagar en las historias de las drogas para precisar en qué momento y bajo qué circunstancias pasaron de ser objeto de consumo

socialmente tolerado, a convertirse en sustancias no sólo prohibidas, sino demonizadas. El consumo del opio, por ejemplo, estaba asociado a la cultura y a las costumbres chinas. Pero, de hecho, hasta el siglo XIX, el opio y varios de sus derivados estaban aceptados y su consumo, completamente legal, estaba muy extendido en todo el mundo. Una enorme cantidad de productos, desde bebidas, infusiones, medicamentos, pócimas que se vendían en puestos callejeros, hasta caramelos que las madres daban a los niños con perturbaciones del sueño, contenían opio. En las farmacias de todo el mundo podían comprarse tranquilizantes hechos, también, a base de opio con la misma facilidad con que hoy se adquieren ungüentos chinos de alcanfor. Sin embargo, como se verá, el millonario negocio de las drogas estuvo asociado, desde su origen, a la historia de la sexualidad. Según las investigaciones del criminólogo alemán Sebastian Scheerer, cuando en 1898 Estados Unidos venció a España e invadió Cuba y Filipinas, los soldados estadounidenses, al relacionarse con las prostitutas filipinas, fumadoras de opio, no sólo mantenían sexo, sino que también compartían largas fumatas. Si para Marx la religión era el opio de los pueblos, las autoridades norteamericanas, viendo el lamentable panorama, concluyeron que, en realidad, el opio de los pueblos era... el opio. Y, por supuesto, el sexo. Entonces salieron a combatirlos, como en los viejos tiempos, con la cruz y la espada.

En vista de la disolución física y moral de las tropas de ocupación, para exorcizar del cuerpo del ejército el demonio de la droga, el poder político acudió a la religión. Así, el secretario de Guerra de los Estados Unidos dejó el problema en las santas manos del obispo Charles Henry Brent. En 1903, el religioso propuso un plan radical: para terminar con el opio de Filipinas había que acabar, primero, con el opio en el Lejano Oriente. Una comisión integrada por representantes de Inglaterra, Francia, Alemania, Holanda, y, desde luego, Estados Unidos se reunió para aunar políticas en la dirección que proponía el obispo. Así, el nuevo tablero de la política mundial quedó trazado por las coordenadas de las rutas comerciales del opio. De la misma forma que, muchos siglos antes, la ruta de las especias determinó el nuevo mapa del mundo y produjo nada menos que el descubrimiento de América, una vez más, el control de los bienes naturales de «las Indias» iba a quedar determinado por los conflictos entre las grandes potencias. Así lo relata Sebastian Scheerer:

Los ingleses financiaban su reino en India con el comercio del opio. China, para Inglaterra, era una potencial colonia y le vendía cantidades de opio. En esa época Estados Unidos quería situarse en la arena de las potencias en el Asia, y China era una oportunidad. Temían que Inglaterra avanzara sobre China y la ocupara como colonia. O sea, proteger a los soldados del opio en las Filipinas y resolver el problema del opio en China combinó muy bien. Y plantearon resolver el problema con una conferencia en Shanghai, en 1909, donde sólo las grandes potencias se reunieron. El obispo Brent fue el presidente de dicha conferencia y, aunque no se llegó a conclusiones formales, obtuvo una declaración a favor de la autonomía de China y de una reducción a niveles normales del comercio internacional de opio.

A partir de ese momento, Estados Unidos inició una campaña de satanización;

como de costumbre, para conseguir consenso, debía agitar el fantasma del mal. Y en este caso, el mal estaba encarnado por China. Bastaba con ver cómo los chinos, sumidos en el opio y perdidos por las orgías, estaban a punto de convertirse en una colonia inglesa. Sin embargo, aún no se contemplaba penalizar ni prohibir el opio, sino mantenerlo bajo control. En 1912 se celebró la Convención Internacional del Opio en La Haya y, como conclusión, se resolvió crear una ley para reglamentar la producción del opio a nivel mundial. El control se haría mediante un organismo global con sede en Ginebra, peldaño previo a la creación de las Naciones Unidas. Todos los países miembros de este órgano debían suscribir la nueva normativa. Sin embargo, las demás potencias no se mostraron muy contentas con la flamante ley. De hecho, Holanda manejaba el monopolio del opio en sus colonias e Inglaterra lo producía en la India. Alemania no mostraba oposición, siempre y cuando la dejaran controlar el negocio de la cocaína a través del laboratorio Merck, que aquí popularizó su blanco producto con el término «merca». De alguna forma Estados Unidos pudo mantener a raya, valga el pleonasma, la producción del opio de Holanda e Inglaterra, contrapesándolo con la fabricación de cocaína alemana. Pero la Primera Guerra Mundial y la ulterior derrota de Alemania rompieron este equilibrio. Con la caída de los germanos, se interrumpió también la producción de cocaína. La prédica puritana de Estados Unidos se impuso con fuerza y se limitó aún más la elaboración del opio.

La marihuana comenzó a extenderse a partir de la primera posguerra y la crisis económica global, dado que era la hierba que fumaban los pobres del norte africano, que jamás pudieron acceder al opio ni a la cocaína. De pronto, la *cannabis*, que, en comparación con las otras sustancias, no requería grandes costos para su producción, fue trepando en la escala social a expensas de la crisis hasta llegar a las clases altas. Las grandes potencias fueron, desde el comienzo, las principales productoras, traficantes y beneficiarias de la producción de drogas. Por esta misma razón, no es casual que se haya impulsado durante años la estigmatización y la condena de los consumidores antes que la persecución efectiva de los productores. Y una de las grandes argumentaciones para satanizar a las drogas fue vincularlas al sexo, cuando, siempre se supo, ni el opio y sus derivados, ni la cocaína o la marihuana son precisamente estimulantes sexuales. Pero, paradójicamente, el dinero generado por el tráfico de drogas y la prostitución, en nuestro país, iba a parar a los mismos bolsillos gracias a la ley de Profilaxis Social.

7. El sol del 17 viene asomando

En vista del absoluto fracaso de la Ley de Profilaxis, el 20 de abril de 1944 entró en vigencia el decreto 10 638 que autorizaba la reapertura de los prostíbulos, aunque restringidos a una determinada zona. Al principio se fijó esta área «cerca de los cuarteles militares» y donde existiera una «necesidad reconocida». De esta forma, curiosamente, la propia dictadura admitió que, para los militares, la prostitución era una necesidad. Claro, de acuerdo con los preceptos castrenses, era más digno mostrar una sexualidad viril antes que reconocer que dentro de sus filas había una gran cantidad de homosexuales, tal como había quedado demostrado a partir del escándalo de los cadetes. Algunos militares intentaron culpar del episodio, justamente, a la Ley de Profilaxis: si no se hubiese prohibido la prostitución, aquellos pobres cadetes, cegados por la abstinencia y los ímpetus juveniles, no se habrían entregado a aquellas orgías de invertidos. De pronto, como tantas otras veces sucedió a lo largo de la historia, se volvió a esgrimir el argumento de que la prostitución era un mal menor comparado con los innumerables estragos que provocaba su proscripción. Como sucediera en la época de la Conquista, se dijo que la extensión de las prácticas homosexuales, los «desvíos», el aumento de la delincuencia, las relaciones prenupciales, el incremento de las violaciones, el estado de excitación permanente de los jóvenes, la propagación de las enfermedades de transmisión sexual, el crecimiento del número de suicidios y un sinnúmero de otros males, eran consecuencia directa de la prohibición de la prostitución. Es decir, los mismos argumentos que se habían expuesto para prohibir el más antiguo de los oficios fueron exactamente los mismos que se enarbolaron para restituirlo.

Ahora bien, ¿la dictadura militar consiguió revertir la «disolución moral» puesta en evidencia por el escándalo de los cadetes al reabrir los prostíbulos? Resulta sumamente interesante indagar en las estadísticas de la época. Si se revisan ciertas cifras desde 1934, año de la puesta en vigencia de la Ley de Profilaxis, hasta 1937, se encuentran algunos datos elocuentes. Los enfermos de sífilis en el año de la sanción de la ley eran 14 978; al año siguiente bajaron a 13 668; en 1936 fueron 11 709 y en 1937 el número se redujo a 11.161. La blenorragia aguda pasó de casi 7000 casos en 1934 a casi 4500 en 1937 y el chancro simple cayó de 764 a 150 en el mismo período. Es decir, en términos generales, las enfermedades de transmisión sexual se habían reducido a partir de la Ley de Profilaxis. Pero si se cotejan las estadísticas desde la reapertura de los burdeles en 1944 hasta 1945 se comprueba, por ejemplo, que la sífilis aumentó un 74 por ciento.

Según puede acreditarse, el consumo de drogas comenzó un lento y sostenido ascenso. Si bien las cifras oficiales no resultaban muy confiables, se calculaba que en Buenos Aires había hacia 1941 aproximadamente 300 adictos a la cocaína, unos 900 a la heroína y cerca de 1000 a la morfina. Asimismo, el tráfico y la venta «minorista» de alcaloides también había ascendido, mientras los delitos asociados al consumo de drogas, según las mismas estimaciones, habían trepado más de un 50%. De acuerdo con todas estas cifras, la reapertura de los burdeles no sólo no sirvió para morigerar los males que se pretendía combatir, sino, al contrario, todos ellos crecieron considerablemente. Sin embargo, sería ingenuo pensar que una normativa pudiese tener semejante cantidad de efectos en frentes tan diversos. Nadie podría pensar seriamente que el incremento de la delincuencia, la drogadicción y las enfermedades venéreas no guardaran vinculación alguna con el progresivo deterioro social, las reiteradas rupturas institucionales, el estado de la salud pública y, en fin, el conjunto de las variables sociopolíticas. Aun suponiendo que la clausura o la reapertura de los burdeles tuviese una relación directa con estos hechos, resulta asombroso que nadie se preguntara por las causas de la prostitución, como si se tratara de un fenómeno natural e inevitable.

Para comprender la verdadera razón de la situación sanitaria del país es necesario ir más allá de la discusión fútil en torno a la ley de profilaxis y detenerse en el marco político de la época. En materia social, la dictadura del general Ramírez no se diferenció demasiado de los gobiernos anteriores. Más allá de lo meramente retórico, de los discursos nacionalistas e incluso «nazionalistas», el gobierno *de facto* siguió los lineamientos que rigieron la Década Infame: represión social, enajenación del patrimonio nacional por medio de las empresas multinacionales, desprecio por las demandas y derechos de los trabajadores a favor de las corporaciones patronales. Por entonces, la organización obrera argentina era la más avanzada de América latina.

Existían cuatro centrales: la CGT N.º 1, encabezada por los ferroviarios e integrada principalmente por socialistas; la CGT N.º 2, compuesta mayoritariamente por comunistas y socialistas; la USA, un pequeño sindicato de izquierda revolucionaria, y la FORA, minoritaria, representada por trabajadores anarquistas. Igual que sus antecesores, Ramírez estableció desde el principio una férrea represión al movimiento obrero declarando ilegal a la poderosa CGT N.º 2, entre cuyos gremios estaban representados los empleados de comercio, los de la carne y los de la construcción. Sin embargo, esta medida, lejos de debilitar al sindicalismo, paradójicamente lo fortaleció ya que al disolverse la central, sus afiliados pasaron a engrosar la CGT primera (y única a partir de aquella medida) encabezada por el dirigente socialista José Domenech. Al cierre de la central obrera, le siguió la intervención de los sindicatos más fuertes: La Fraternidad y la Unión Ferroviaria. Estas medidas derivaron en una sucesión de huelgas a las que el gobierno respondió de la única forma que sabía hacerlo: con más represión. Así, en octubre de 1943 fueron encarcelados los principales delegados y dirigentes gremiales. Todo parecía

marchar hacia un conflicto creciente y sin retorno entre los sindicatos y los militares. Sin embargo, los coroneles del GOU Domingo Mercante, hijo de un ferroviario, y Juan Domingo Perón, proveniente de una familia humilde de la provincia de Buenos Aires, impulsaron una política de acercamiento con la dirigencia obrera.

Al principio fueron tímidas reuniones casi extraoficiales, hasta que en septiembre del 43 ambos militares encabezaron una negociación pública con cerca de un centenar de representantes obreros que promovían una huelga general declarada por la CGT. Entre varios puntos, los trabajadores pedían la liberación del secretario general del Sindicato de la Carne, José Peter, preso en las cárceles de la dictadura. El coronel Perón tomó cartas en el asunto y no sólo logró la libertad de Peter sino que poniéndose del lado de los trabajadores, conminó a la patronal a someterse al primer convenio colectivo de trabajo que tuvo la actividad de los frigoríficos. A partir de este hecho histórico, Perón consiguió que trabajadores de diversas extracciones (sindicalistas, nacionalistas, socialistas, algunos comunistas, trotskistas y una gran mayoría de independientes) se sumaran a una alianza con sectores del gobierno.

A partir de aquellas gestiones, Ramírez designó a Perón director del Departamento de Trabajo; más tarde se crearía la Secretaría de Trabajo y Previsión Social que, con rango de ministerio, presidiría el propio Juan Domingo Perón. Desde aquel lugar estratégico, quien fuera el mentor en las sombras del GOU, alcanzó un protagonismo que pocos imaginaban. Aquel coronel, carismático y lúcido, llevó adelante una cantidad de reformas que parecían imposibles, incluso para los sindicalistas más revolucionarios. En pocos meses puso en vigencia leyes laborales largamente reclamadas por las organizaciones obreras: la jubilación para los empleados de comercio, la universalidad de la indemnización por despido, la creación de un servicio de salud exclusivo para los trabajadores ferroviarios, el Estatuto del Peón de Campo, la creación de Escuelas Técnicas para Obreros, la creación del Fuero Laboral, el aguinaldo y una serie de derechos cuya consecución parecía inalcanzable.

No hay que olvidar, sin embargo, que uno de los principales objetivos declarados del GOU era impedir el avance del comunismo, cosa que, de manera indiscutible, consiguió. Mercante y Perón desde el frente gubernamental, y los dirigentes Borlenghi y Bramuglia desde el flanco gremial, echaron las bases del futuro sindicalismo encuadrado en el laborismo nacionalista con una fuerte identidad anticomunista. El propio Perón, desde la Secretaría de Trabajo, alentó la creación de nuevos sindicatos paralelos organizados por ramas para erosionar a las agrupaciones gremiales comunistas.

La política proobrera de Perón era observada con sorpresa y preocupación por el propio presidente *de facto* y los sectores de la ultraderecha católica hispanista, mientras el sector liderado por el general Farrell veía en el secretario de Trabajo el factor para articular los postulados del GOU con los sectores populares, principalmente con el nacionalismo yrigoyenista representado por Arturo Jauretche. La situación internacional generada por la Segunda Guerra Mundial y el frente

interno militar dividido, determinaron la renuncia de Ramírez el 24 de febrero de 1944 y al día siguiente asumió el vicepresidente *de facto* Edelmiro Farrell.

Luego de sucesivas crisis, tensiones y pujas entre los sectores militares en pugna, Farrell y Perón se afianzaron en el poder como presidente y vice. Este período estuvo determinado, en gran medida, por la política internacional signada por el curso de la Segunda Guerra Mundial. El gobierno intentaba mantener la neutralidad, mientras los Estados Unidos presionaban para que la Argentina declarara la guerra al Eje. La presión alcanzó su punto máximo cuando el país quedó completamente aislado; Estados Unidos retiró a su embajador y el resto de los países del continente lo imitaron, declarando a la Argentina una «amenaza para la democracia». La banca estadounidense congeló las reservas argentinas, los permisos de exportación de varios productos fueron cancelados y el comercio binacional quedó completamente interrumpido. Estas medidas, lejos de debilitar a la economía, iban a conseguir un efecto completamente distinto del que esperaban los Estados Unidos, ya que impulsó la industria nacional a niveles inéditos en la historia de nuestro país. Este crecimiento vertiginoso de la industria hizo subir, en la misma proporción, los puestos de trabajo y la demanda de mano de obra. Perón profundizó los avances en materia social ampliando la legislación laboral a favor de los obreros. El 4 de diciembre de 1944, 200 000 trabajadores protagonizaron la primera manifestación masiva en apoyo a Perón al sancionarse el régimen de jubilación para los empleados de comercio. Acaso este acontecimiento haya marcado el nacimiento del peronismo.

Más allá de los cambios sociales y políticos, el peronismo habría de significar, desde sus inicios, un cambio cultural, objetivo y subjetivo, un viraje «copernicano» de los actores sociales. Los trabajadores, los peones rurales, los inmigrantes venidos desde el interior profundo, las mujeres en general y las trabajadoras en particular, aquel conjunto que constituía el sustento hasta entonces invisible del país, iba a mostrar su rostro oculto, sus brazos alzados, sus voces desde siempre acalladas reclamando aquella dignidad largamente negada desde el fondo de la historia. Si nos detenemos con cierta minuciosidad en los acontecimientos políticos, es porque la realidad nacional transformó de tal modo al sujeto social que hasta su sexualidad habría de verse conmovida.

Hemos visto desde el comienzo de este estudio, iniciado en *Pecar como Dios manda* y *Argentina con pecado concebida*, de qué manera, a lo largo de la historia, la sumisión política y social implicaba también un modo de sumisión sexual, tal como sucedió con claridad meridiana durante la época de la Conquista. La épica del 17 de octubre fue, entre otras tantas cosas, un acto de emancipación política y social, pero también de liberación sexual, por momentos metafórica, por momentos tangible y real.

III. El sexo durante el peronismo

Proletarios del mundo, desnudaos

Jaqueado por el virtual embargo declarado por los Estados Unidos y las organizaciones patronales nucleadas en torno de la Cámara Argentina de Comercio y la Bolsa de Comercio, hostigado por amplios sectores del movimiento estudiantil, la oposición encabezada por radicales, socialistas y liberales y fustigado por una coalición ecléctica que logró convocar 200 000 personas en una manifestación opositora, el gobierno parecía condenado a caer. Algunos llegaron a afirmar que «Perón era un cadáver político» y que al gobierno de Farrell le quedaban dos semanas de vida, coincidentes con el lapso que Estados Unidos exigió a Inglaterra para que dejara de vender productos a la Argentina. En este marco, el general Juan Pistarini, ministro de Obras Públicas, ocupó el lugar del vicepresidente y Perón fue detenido y encarcelado en la isla Martín García. Spruille Braden, embajador de los Estados Unidos, aliviado, creyó que el peronismo había muerto antes de nacer. Nadie sospechaba que un nuevo protagonismo se había gestado durante los últimos meses; de hecho, cuando los trabajadores fueron a cobrar sus salarios, descubrieron que les habían descontado el feriado del 12 de octubre; ante el indignado reclamo de los obreros, los patrones contestaban con sorna: «Vayan a llorarle a Perón».

Y así lo hicieron.

Mucho se ha escrito sobre el 17 de octubre. Qué no se ha dicho sobre una de las gestas históricas más complejas y conmovedoras de la historia reciente de la Argentina. Cuántas crónicas escritas, documentales, fílmicas, fotográficas ha dejado aquel día que, de una u otra forma, atravesó la existencia de cada argentino. Qué historiador, de la vertiente ideológica que fuese, no ha examinado las consecuencias políticas y sociales de aquella jornada en la que los sectores más olvidados, postergados y desprotegidos, tomaron la Plaza de Mayo por asalto para reclamar la libertad de su líder.

Sin embargo, existe una arista hasta ahora poco visitada de la fecha oficial del nacimiento del peronismo. Más allá de los elementos sociales y políticos, el 17 de octubre tuvo un componente sensual y erótico imposible de soslayar, aunque casi nadie se atrevió a señalarlo. Muy poco se ha dicho del enorme protagonismo que tuvieron los jóvenes y de la presencia, hasta entonces inédita, de las mujeres en una manifestación pública. La política estaba reservada a los hombres y, como en tantos otros aspectos sociales, las mujeres eran consideradas meros objetos ornamentales que los funcionarios exhibían en los actos protocolares de Palacio. Con más razón, la calle como espacio de reclamo, de compulsa o de demostración de fuerza era cosa de

hombres. Ni en la multitudinaria marcha del 12 de julio organizada por la CGT, ni en la manifestación opositora, igualmente masiva, del 19 de septiembre, hubo presencia femenina. En cambio, el 17 de octubre la plaza estaba repleta de mujeres; en las célebres fotos que muestran a los manifestantes refrescando sus pies descalzos en la fuente de Plaza de Mayo pueden advertirse hombres y mujeres mezclados para escándalo de las señoras «bien». Las imágenes son elocuentes: jóvenes trabajadores con el torso cobrizo desnudo, muchachas sentadas alrededor de la fuente con las faldas recogidas exhibiendo sus piernas hasta las pantorrillas y el contacto de los cuerpos transpirados frente a la Catedral eran postales poco menos que pornográficas. Pero además de pedir por la libertad de Perón y defender los derechos alcanzados, las mujeres hicieron saber a voz en cuello que el líder encarcelado no solamente era el artífice de su nueva realidad, sino, también, de sus más íntimas fantasías; una de las consignas más coreadas por las mujeres en la Plaza decía:

*Sin corpiño y sin calzón
Todas somos de Perón.*

Los «descamisados» no sólo escandalizaban a los porteños por la falta de urbanidad, sino, sobre todo, por lo que implicaba moralmente el espectáculo de los cuerpos semidesnudos. No sólo era una afrenta a la moral y las buenas costumbres, sino un problema estético. A comienzos del siglo xx, la Iglesia se opuso a que la *Fuente de las Nereidas*, la obra monumental de Lola Mora, se erigiera en la Plaza de Mayo. El clero, escandalizado ante la voluptuosa sensualidad de la iconografía pagana, prohibió terminantemente que emplazaran una Venus desnuda frente a la mismísima Catedral de Buenos Aires. La fuente sufrió un triste destierro al Paseo de Julio y luego se la confinó a la lejana Costanera Sur. Si aquella fue la reacción frente a una escultura neoclásica que evocaba las deidades helénicas, no resulta difícil entender el escándalo que significaba aquel grupo escultórico de carne, hueso y piel oscura. Aquellos adonis aindiados mostrando sus músculos forjados en el trabajo duro, esas hespérides obreras surgiendo de las aguas de la fuente eran mucho más de lo que el Poder podía tolerar.

Pocos saben que el proyecto de la escultura original que Lola Mora había presentado a Roca no fue el de las Nereidas, sino una fuente monumental cuyas figuras eran fragmentos de la historia de la patria, inspirada en motivos autóctonos y en la mitología incaica. Desde luego, Roca no autorizó el boceto, habida cuenta de que el entonces presidente había dedicado la mayor parte de su vida a masacrar a los «elementos autóctonos» que la artista pretendía plasmar. Y entonces, cuarenta años después, volvían a surgir los descendientes de aquellos que habían sido asesinados, despojados de sus tierras, sumidos en la miseria y olvidados. Con sus torsos desnudos y sus brazos alzados, reclamando lo que les pertenecía, mostrando a la gente *bien* que estaban allí, exigiendo la libertad de aquel que, por primera vez en la historia, les

había devuelto algo de todo lo que les habían arrebatado. El proyecto original de Lola Mora se materializaba, se hacía realidad ante los ojos estupefactos, aterrados, de la civilización: cuerpos desnudos que parecían tallados en bronce surgían del fondo de la historia.

El «aluvión zoológico» los llamó el muy republicano dirigente radical Ernesto Sanmartino, el «malón», los «grasas», los «cabecitas negras» fueron algunos de los calificativos de los que se rasgaban las finas vestiduras en nombre de la República y la democracia. Pero en realidad eran los «descamisados». Ése era el nombre en el que se reconocían y que sintetiza la épica y la estética del 17 de octubre. Hombres descamisados y mujeres que se lanzaban a la calle, mujeres de la calle, putas, dirían las señoras *bien*. Hombres con el torso desnudo mezclándose con mujeres, compartiendo el agua de la fuente, mostrándose ante quienes quisieran verlos. Para los vecinos de la muy europea ciudad de Buenos Aires lo obsceno, lo realmente promiscuo era que aquellas masas se atrevieran a mostrarse gritando y reclamando a voz en cuello; ellos, que debían bajar la cabeza y obedecer; ellas, que debían estar limpiando los elegantes baños de los pisos de Recoleta. Eso era lo realmente escandaloso. No sólo que se exhibieran sin camisas, que se mostraran mezclados hombres y mujeres en las calles y en las fuentes sino, sencillamente, que se hicieran visibles. Pero lo que más asustó a la mayor parte de los porteños de las clases acomodadas fue que aquellos descamisados demostraron un poder hasta entonces inimaginable: los mandos militares no sabían cómo detener a la multitud que virtualmente se había adueñado de la ciudad. La Armada proponía aplastar la espontánea movilización a sangre y fuego, pero el Ejército, por sugerencia del general Ávalos, se opuso con más cálculo que convicción. Finalmente, la presión popular obligó a que el gobierno liberara a Juan Domingo Perón quien, la misma noche del 17 de octubre, dio un encendido discurso desde el balcón de la Casa Rosada. Nunca nadie antes se había dignado a dirigir la palabra a esas multitudes en las que se mezclaban hombres y mujeres descendientes de los antiguos dueños de estas tierras, hijos de inmigrantes pobres y humillados, desterrados de esta y otras geografías, despojados de todo cuanto tuvieron. Nunca antes nadie les había ofrecido su palabra sino para darles órdenes. Esos hombres de torso desnudo y, sobre todo, esas mujeres por siempre ignoradas no sólo estaban allí para reclamar por la libertad de su nuevo líder, sino para recordar al mundo que ellos eran hijos de la barbarie de la civilización tan mentada por Sarmiento. En la piel desnuda de aquellos descamisados todavía estaba la huella del mestizaje, la más salvaje política sexual de los conquistadores, consistente en extender la sangre española violando sistemáticamente a las mujeres de los pueblos originarios.

Pero no puede comprenderse la sexualidad durante el peronismo si se desconocen algunos aspectos de la vida del propio Juan Domingo Perón, ya que la propia sangre de aquel coronel que hablaba desde el balcón estaba hecha de la misma mixtura de la de aquella multitud que lo veneraba en la plaza.

2. Combatiendo al pecado capital

Uno de los elementos más poderosos del peronismo fue su componente plebeyo, su orgulloso origen bastardo. La base social del nuevo movimiento estaba compuesta por una enorme mayoría de hombres y mujeres cuya prosapia no había que buscarla en la copa del patrio árbol genealógico, sino en las raíces confusas e invisibles del barro telúrico. El peronismo no solamente vino a reivindicar los derechos sociales, políticos y laborales de las mayorías, sino también a restituir la dignidad de aquellos que cargaban con el estigma moral y existencial de haber nacido de manera «ilegítima». De hecho, el Código Civil de 1869 discriminaba tres categorías jurídicas para los hijos: los legítimos, nacidos en el seno del matrimonio, que gozaban de los plenos derechos surgidos de la patria potestad paterna, incluido, desde luego, el derecho a la herencia; los llamados «hijos naturales», nacidos del pecaminoso concubinato, que sólo tenían derecho a la cuarta parte de la herencia si además existían hijos legítimos y, por último, los «hijos adulterinos e incestuosos» que no tenían derecho a la herencia. Es decir, salvo los hijos legítimos, los demás eran castigados por haber sido engendrados fuera del sacramento del matrimonio indisoluble regido por los principios patriarcales, de acuerdo con el mandato de la «Ley Natural» sostenida por la Iglesia Católica. Por cierto, el padre del peronismo tenía sobrados motivos para pagar por el pecado de sus progenitores, ya que entraba en la categoría, nada decorosa, de los «hijos naturales». Y no solamente él, sino también la más célebre de sus esposas: Eva Duarte.

La biografía oficial dice que Perón nació en Lobos, provincia de Buenos Aires, el 7 de octubre 1895. De acuerdo con esta misma versión, por las venas del pequeño corría la sangre británica de su bisabuela paterna Ann Hughes McKenzie, hija de escoceses, casada con Mario Tomás Perón, inmigrante sardo. De este matrimonio nació Tomás Liberato Perón, reconocido médico, docente universitario y senador por la provincia de Buenos Aires, quien habría de contraer matrimonio con Dominga Duteil (o Dutey, según otras fuentes), uruguayana descendiente de vascos franceses. De la unión de Tomás Liberato y Dominga habría de nacer Mario Tomás Perón. Este último llegó a estudiar medicina pero abandonó la carrera poco antes de recibirse para dedicarse por completo al campo, hasta convertirse —según algunas reseñas biográficas— en un estanciero. Mario Tomás se casó con Juana Sosa, una mujer de «ascendientes castellanos», y de este matrimonio nacieron Mario Avelio y Juan Domingo Perón, futuro general y tres veces presidente de la Argentina. Hasta aquí la historia autorizada.

En primer lugar, para llegar a oficial del ejército había que mostrar cierto abolengo o, al menos, una familia «decente»; no cualquiera podía aspirar a vestir el uniforme del Colegio Militar. La mayor parte de la oficialidad provenía de la más rancia aristocracia o, cuanto menos, de la alta burguesía criolla. Si bien algunos datos familiares de Juan Domingo Perón eran poco claros, su abuela Dominga consiguió que igualmente lo admitieran en el Colegio Militar: antepasados británicos, un médico prestigioso, un senador y un padre estanciero en el árbol genealógico parecían cartas de presentación suficientes. Sin embargo, la historia verdadera era muy diferente de la que había inventado la abuela Dominga. Juan Domingo Perón no había nacido en Lobos, sino en la localidad de Roque Pérez; su nacimiento no se produjo el 7 de octubre 1895, sino en 1893; no fue inscripto en el Registro Civil como Juan Domingo Perón, sino como Juan Sosa. Su padre, Mario Tomás Perón no era, ni por asomo, estanciero sino apenas administrador de campos ajenos. Su madre, la muy castellana Juana Sosa, era en realidad una brava descendiente de tehuelches, criada de los Perón, y no se casó con Mario sino hasta 1901 a instancias de la abuela Dominga. Es decir, Juan Sosa era hijo natural y por sus venas corría la noble sangre de los indómitos tehuelches. Desde luego, el Ejército jamás habría admitido a un aspirante a oficial con semejantes antecedentes familiares. Muchos años habrían de pasar para que Juan Sosa se convirtiera en Juan Domingo Perón y muchos más para que la verdad saliera a la luz.

La controversia sobre el nacimiento y los antepasados de Perón tuvo aristas políticas, jurídicas, legales, y, sobre todo, históricas. Cuando en el año 2001 el Senado se preparaba para sancionar un proyecto de ley aprobado por la Cámara de Diputados para declarar Monumento Histórico la casa de Lobos en la que supuestamente había nacido Perón, se desató la polémica. Los vecinos de Roque Pérez, indignados, presentaron las pruebas de la verdad ocultada escrupulosamente por Dominga Duteil. Para sostener su posición, el intendente de Roque Pérez citó el libro *Juancito Sosa, el indio que cambió la historia*, de Hipólito Barreiro, médico personal y funcionario del propio Juan Domingo Perón. Apoyado en una enorme cantidad de documentos, fotos y testimonios, el mismo Barreiro inició un juicio contra la Cámara de Senadores, el Museo Justicialista de Lobos y la Gobernación de la Provincia de Buenos Aires. Las pruebas contra la versión oficial eran abrumadoras: constaba todavía en la fe de bautismo el nombre con que inscribieron al pequeño: Juan Sosa. Por otra parte, la casa Museo de Lobos, una modesta construcción de estilo italiano, era a todas luces, muy posterior al nacimiento de Perón. Por si fuera poco, también estaba el testimonio de primera mano de los habitantes de Lobos y de Roque Pérez. Hipólito Salvador Olano, uno de los vecinos más antiguos de Lobos, dijo al diario *Clarín* el 22 de octubre de 2001:

En 1925 yo vi cómo se construía la casa de la calle Buenos Aires 1380 en Lobos. Yo vivía al lado, en el número 1342. Mis abuelos, que tenían panadería, vivían enfrente. Donde hoy está la casa museo, había un baldío donde jugábamos de chicos. Hay varias familias que saben de esto y son vecinas, los Barroso,

Bosch, Burbridge, Bruno, Cortina, Galli, Cambari, Mauricio y Mazzeo. Si Perón hubiera nacido en esa casa, yo tendría 106 años y no 83.

La razón por la que Perón fue inscripto en Lobos y no en Roque Pérez es una y muy sencilla: en aquel entonces el pueblito natal de Juancito Sosa era tan pequeño que ni siquiera tenía Registro Civil, de modo que todos los trámites legales debían hacerse en la localidad más próxima que contara con alguna oficina pública. Y a los vecinos de Roque Pérez les tocaba Lobos. En audiencia pública, conspicuos historiadores, periodistas y dirigentes que tuvieron relación directa con Perón como Jorge Antonio, Enrique Pavón Pereyra, José Luis Tagliafico y Enrique Oliva, acompañaron la versión histórica de Hipólito Barreira. Para echar más sombras sobre la historia oficial, en 1973, muchos años antes de que se desatara la polémica, el propio General dijo a Pavón Pereyra una frase que rememora en el libro *Yo, Perón*:

Yo, como si hubiese jugado al destino en una mágica apuesta, logré conservar hasta hoy el origen de mi nacimiento como un profundo secreto. (...) ante la pregunta del secretario del registro civil de Lobos: ¿cuándo nació el niño?; no dudó en responder que había sido en la víspera. Y así fue anotado mi nacimiento aquel 8 de octubre de 1895, como aconteciendo el día inmediatamente anterior. Pero en realidad yo ya tenía dos años para esa fecha, que fue verdaderamente un 7 de octubre, pero de 1893. (...) Se afirma que fue el pueblo de Lobos quien me vio nacer (...) pero que con toda seguridad no vio mi alumbramiento, pues éste había acaecido en Roque Pérez, Partido de Saladillo.

Si, como todo indica, la reconstrucción literaria de Pavón Pereyra se ajusta a los dichos de Perón, nunca mejor aplicado el refrán: «A confesión de partes, relevo de pruebas».

Aquí están, éstas son las mujeres de Perón

Resulta mucho más comprensible el complejo fenómeno del peronismo a la luz de la biografía verdadera de Perón y de los datos largamente ocultados con tanto empeño. La propia madre del futuro presidente era llamada con desprecio la «India». Esa mujer tehuelche, la criada de la familia Perón, era nodriza, esquilaba ovejas, hacía las tareas domésticas, trabajaba por la casa y la comida y fue la que legó a Juancito su propio apellido, ya que el padre, Mario, se negaba a reconocerlo. Crió a sus hijos con dignidad y amor por la tierra. Perón aprendió a cabalgar como los indios, galopando a pelo detrás del caballo de su madre y vivió en carne propia la pobreza, la humillación y el racismo que recibía Juana Sosa, la «India». No puede comprenderse cabalmente el 17 de octubre si se desconocen estos aspectos de la vida de Perón: el general que se dirigía a la multitud llevaba en su propia sangre y en la memoria la sangre y la memoria de los oprimidos, de los despojados y de los humillados. Pero hubo otra mujer fundamental en los primeros años del pequeño Juancito, aquella que le puso el segundo nombre en homenaje al amor que le prodigaba: la abuela Dominga, la que obligó a su hijo Mario a que se casara con la india a la que había embarazado, a que reconociera a su nieto y le legara el apellido. Dominga Duteil fue quien reescribió las primeras páginas de la vida de Perón y quien lo anotó en el Colegio Militar. Mujer devota, forjó el espíritu religioso de Perón y le inculcó el cristianismo, presente en las bases de la futura doctrina política que habría de fundar su nieto.

La vida de Perón se hilvanó con una sucesión de mujeres que determinaron cada momento de su existencia. El fulgor de Evita brilló con tanta intensidad que acaso las demás mujeres quedaron bajo su sombra. Casi nadie recuerda hoy el nombre de su primera esposa, Aurelia Tizón. El propio Perón fue sumamente reservado y se diría que eludió deliberadamente hablar de su primer matrimonio. Tampoco era un tema al que se refiriera en los extensos reportajes que ha dado a diversos periodistas y escritores ni era algo que mencionara con amigos, ni aun los más íntimos. Habida cuenta de la locuacidad de Perón y su disposición a no retacear recuerdos a sus interlocutores, sobre todo durante su melancólico exilio en Madrid, resulta un silencio elocuente.

Aurelia Tizón era hija de Cipriano Tizón y Tomasa Erostarbe, inmigrantes españoles de buena posición económica. El padre de Aurelia había educado a su hija en un ámbito de lectura y le inculcó desde muy pequeña el gusto por la música, la literatura y la pintura. Perón y Aurelia se conocieron en los bosques de Palermo una

tarde de primavera, en 1926. Ella tenía 17 años y era estudiante de Bellas Artes en la Escuela Prilidiano Pueyrredón. La luz primaveral era excelente para dibujar el paisaje bucólico de Palermo; desde su perspectiva, Aurelia podía abarcar el panorama del Monumento de los Españoles recortado contra el cielo y las copas frondosas de los árboles que asomaban tras las rejas del Zoológico. Perón, que por entonces tenía treinta y tres años, cabalgaba junto a dos camaradas de la Escuela Superior de Guerra con su impecable uniforme blanco de paseo, cuando descubrió al grupo de estudiantes que hacía su práctica de dibujo. El joven oficial detuvo su mirada primero en la delicada espalda de la muchacha, en su cintura entallada y en la nuca provocativa que dejaba al descubierto su corte *garçon*. Interrumpió su cabalgata muy cerca de ella y al ver la cartulina que descansaba sobre su regazo, quedó sorprendido por la destreza con que empuñaba la carbonilla. Su mano ligera y grácil recorría la hoja y a su paso iba representando el paisaje con la precisión y la sensibilidad de los artistas consumados. Perón intentó concitar la mirada de la estudiante con un carraspeo, pero ella, a diferencia de sus compañeras, que sonreían ruborizadas ante el galante jinete, procedía con la mayor indiferencia. Juan Domingo Perón era un pintor amateur que, con más entusiasmo que destreza, solía plasmar su pasatiempo en un lienzo. Intentó iniciar una conversación halagando el dibujo de la muchacha, pero no obtuvo más que un escueto «gracias». Se presentó con su nombre, apellido y grado militar, pero no consiguió que la estudiante le dijera cómo se llamaba. Habiendo perdido la primera batalla, el oficial se despidió gentilmente, aunque se juró no capitular en aquella «guerra» silenciosa que se había entablado.

Juan Domingo Perón regresó varias veces a aquel lugar en el que había conocido a esa estudiante de Bellas Artes hasta que un día, cuando ya no albergaba esperanzas de reencontrarla, volvió a verla exactamente en el mismo sitio, dibujando en su cuaderno de bocetos apoyado sobre su falda. Esta vez, Perón se apeó y en una actitud menos arrogante (literalmente se bajó del caballo), caminó hasta ella y le confesó que desde aquel primer encuentro no había dejado de buscarla. Como una muestra más de humildad, se quitó los guantes blancos, se arremangó la chaqueta immaculada y con la yema de los dedos limpió el polvo del carbón que manchaba los márgenes del papel, a la vez que se ofrecía para sostenerle las carbonillas. Entonces sí, iniciaron una grata conversación sobre artes plásticas, tema en el que Perón era muy versado. Al final de esa extensa charla, Aurelia habría de confesarle que, en realidad, también ella estaba esperando ansiosa que volvieran a encontrarse y que se había arrepentido de no haberle dirigido la palabra en aquel primer encuentro.

El noviazgo de Perón y Aurelia duró poco más de dos años. Fijaron la fecha del compromiso para el 5 de enero de 1928, día en que Perón iba a ser ascendido a capitán, y la boda sería en octubre de ese año; sin embargo, la enfermedad primero y luego la muerte del padre de Perón obligaron a posponer el casamiento. Finalmente contrajeron matrimonio un año más tarde de lo previsto, el 5 de enero de 1929. La relación de Perón con Aurelia Tizón estuvo signada por un amor profundo,

plenamente correspondido, sustentado en una amistad sólida forjada en ideas y gustos compartidos. El padre de ella era un radical yrigoyenista que compartía con Perón la simpatía por el presidente al que ambos habían votado en las elecciones de 1916. El matrimonio se consolidaba sobre una base de confianza mutua, aunque Aurelia deseaba compartir más tiempo con su marido, cosa nada fácil tratándose de un militar. De hecho, le confesaría con pesar a su hermana: «Lo quiero mucho, pero él tiene la cabeza fuera de mí. Es un militar y no puede pensar más que en las cosas de su carrera».

Sin embargo, Perón jamás recibió un solo reproche de su esposa. Aurelia no era una mujer posesiva ni celosa. Jamás puso en duda la fidelidad de su marido. Y cierto es que él nunca le había dado motivos. Se sabe que Perón no fue mujeriego ni en sus épocas de soltero. Antes de casarse, un grupo de jóvenes oficiales había alquilado un «amueblado». Perón pagaba puntualmente su parte del «bulín» pero casi nunca lo utilizaba y las pocas veces que hacía uso era para poder leer tranquilo. A sus camaradas, y sobre todo a sus superiores, les sorprendía el hecho de que a Perón jamás se lo viera con mujeres. La única relación que se le conocía era un breve enamoramiento más bien platónico con su prima Mercedes durante su adolescencia; de hecho, un superior suyo le dijo cierta vez: «Usted no puede ignorar que la familia castrense no ve con buenos ojos su soltería sin motivo aparente. Y cuando se decida, tendrá que elegir con sumo tino, ¿estamos?».

La elección de Aurelia no podía haber sido mejor. No ya por lo que pudieran decir sus camaradas de armas, sino porque nunca había estado tan feliz. Desde su luna de miel en las sierras de Córdoba, la breve convivencia en casa de los padres de ella, la esperada mudanza al departamento de la avenida Santa Fe 3641, la estada en Chile cuando a Perón lo nombraron agregado militar de la embajada argentina en Santiago, el regreso al país hasta que finalmente se instalaron en la casa de Obligado y Virrey Arredondo, en el barrio de Belgrano, fueron años de felicidad sin sobresaltos. Aurelia, además de ser una pintora talentosa, era una excelente guitarrista. Dicen los que los frecuentaban que cuando ella tocaba, Perón se veía obligado a disimular la emoción con un carraspeo que ocultaba las lágrimas. El primer libro que publicó, un volumen sobre operaciones tácticas en la Primera Guerra Mundial, tiene una dedicatoria sumamente tierna en contraste con la temática: «Para mi querida mujercita».

Aurelia soportaba con resignación la vida militar de Perón, sus prolongadas ausencias y su afición compulsiva al trabajo. Su marido dormía unas pocas horas por día, se pasaba las noches estudiando, escribiendo o leyendo. Aurelia le confesó a su amiga íntima Benita Toledo que rara vez tenían sexo. Pero lo que realmente llegó a atormentar a Aurelia era el deseo siempre postergado de tener hijos. En una carta fechada el 10 de septiembre de 1931, Aurelia Tizón escribió a Benita: «Cuando vengas charlaremos de todo un poco, y sobre todo de chicos. A lo mejor vos ya tenés novedades, yo siempre sigo lo mismo, parece que no hay caso... ¡Paciencia! Puede

que algún día...».

Pero ese día nunca llegaba. A instancias de su amiga y preocupada ante la dificultad para quedar embarazada, Aurelia se sometió a diversos estudios ginecológicos: todo estaba bien; los médicos no encontraron ninguna anomalía. Aurelia jamás se atrevió a sugerirle a su esposo la posibilidad de que, acaso, la infertilidad del matrimonio no estuviera en ella. De hecho, en aquel entonces, la infecundidad masculina era considerada una suerte de menoscabo a la virilidad, como si fertilidad, potencia sexual y masculinidad tuviesen alguna relación. Tal vez, por esta misma razón y temiendo perder el respeto de su esposa, Perón nunca se había atrevido a revelar que, hacía algunos años, él había sufrido un severo accidente mientras se ejercitaba en las barras paralelas. Este hecho constaba en su Libreta Sanitaria:

El día 4 de julio de 1913 el Cadete Juan Domingo Perón tuvo un accidente durante ejercitación deportiva con resultado de golpe traumático en zona genital baja. Sin lesiones visibles, estuvo internado cuatro días en observación.

Habida cuenta de este antecedente y la dificultad para que Aurelia quedara embarazada, Perón se sometió secretamente a estudios y el médico le confirmó su sospecha: había quedado estéril a causa de aquel accidente.

Tantas preocupaciones injustificadas había tenido Aurelia por la salud de su fisiología reproductiva, que cuando sufrió la primera hemorragia apenas si le dio importancia. Sin embargo, estas pérdidas empezaron a hacerse más frecuentes y pronto se agregaron nuevos síntomas. Durante una reunión familiar, Aurelia se desplomó ante la mirada atónita y la angustia de todos los presentes. El diagnóstico fue terminante: tenía cáncer de útero. Su salud se deterioraba día a día; fue una agonía cruel que duró dos meses. Juan Domingo Perón, enamorado como estaba de su esposa, no encontraba consuelo al ver cómo la vida de Aurelia se apagaba inexorablemente: el médico la había desahuciado. Fueron dos meses en los que Perón no se despegó de su lado, ni aun cuando la internaron en la Clínica Marini.

La hermana de Aurelia, María Tizón, habría de convertirse en objeto de diferentes versiones. De acuerdo con algunos relatos, el día anterior a su muerte, acaecida el 10 de septiembre de 1938, con su último aliento, Aurelia mandó a llamar a su marido y a su hermana y les hizo jurar sobre una Biblia que luego de su muerte Perón se casaría con María. De acuerdo con este mismo relato, ambos asintieron en silencio sólo para no negarse a su última voluntad, sabiendo que era un voto de imposible cumplimiento. Otra versión de un allegado a la familia Tizón, José da Fonseca Figueira, asegura que a la muerte de Aurelia, Perón comenzó a visitar con demasiada frecuencia la casa de María.

Me comentaba en una oportunidad la hermana de Aurelia que, en sus días francos, Perón acudía a la casa de los Tizón y se encerraba con sus libros durante jornadas enteras o caminaba por la casa absorto en sus cavilaciones. «Una vez le dijimos (con la otra hermana): “Juancito, por qué no salís y te distraés, sos

joven, tené en cuenta que nosotros somos todas mujeres y la gente puede interpretarlo mal”».

Una frase de Perón resume la relación que lo unía con su esposa: «El primer disgusto que recibí de Aurelia en mi vida, fue el de su muerte». Lo cierto es que la muerte de Aurelia habría de significar una de las dos pérdidas más grandes de su vida. El cáncer de útero se iba a convertir en un fantasma cruel que no dejaría de atormentarlo, quitándole las dos mujeres que más quiso.

Amor y fascismo

No puede comprenderse el pensamiento y la práctica política de los personajes públicos más destacados de la historia si se desconocen algunos aspectos de su vida privada. Ya hemos dicho que muchos elementos poco conocidos de la biografía de Perón tornan más comprensible el vínculo que lo unía con las grandes mayorías populares. De la misma forma, tampoco puede entenderse el modo en que se construyó la subjetividad de Perón sino es a la luz de los complejos procesos históricos que signaron su época. El peronismo fue subsidiario de ese trágico período de la historia, forjado a sangre y fuego, entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial.

El ascenso del comunismo a partir de la Revolución de octubre de 1917 en Rusia, la reacción de las burguesías europeas que derivaron en el fascismo italiano, el nacional-socialismo alemán y el falangismo español, tuvieron consecuencias directas y contradictorias en la Argentina. El derrocamiento de Yrigoyen por parte de Uriburu en 1930 iba a desencadenar una serie de alineamientos ciertamente paradójicos entre los seguidores de ambos bandos. Tal como hemos visto, el general Uriburu y sus esbirros mal podían disimular sus simpatías por el fascismo. Pero muchos de los que veían en la doctrina de Yrigoyen una alternativa nacional genuina terminaron acercando posiciones a varios de los postulados nacional-socialistas. Éste fue el caso de Raúl Scalabrini Ortiz, quien, luego de participar de la fallida revolución radical yrigoyenista de 1933 se exilió en la Alemania de Hitler, país en el que comenzaría a forjar su corriente de pensamiento y sus primeros escritos. Dentro de esta misma vertiente estaba también Juan Domingo Perón. Este punto de la historia argentina resulta revelador para comprender de qué manera se cruzan los dilemas existenciales, las alternativas de la vida privada y los avatares de la coyuntura política nacional e internacional para determinar el pensamiento de muchos de sus líderes.

La muerte de su primera esposa sumió a Perón en un silencioso desconsuelo que sólo conseguía morigerar con su actividad intelectual, política y militar. Otra forma de evadirse de la melancolía era mediante los viajes. De hecho, a poco tiempo de quedar viudo solicitó que le fuera concedida la agregaduría militar argentina en la Italia de Mussolini. Este destino no fue en absoluto producto de la casualidad. Perón admiraba profundamente el carisma del *Duce* y su hipnótico manejo de las masas. Por otra parte, encontraba en el fascismo, según sus propias palabras, «un ensayo de socialismo nacional, ni marxista ni dogmático».

Así, en 1939 Juan Domingo Perón partió a Italia como agregado militar con dos propósitos: olvidar y aprender. Puede afirmarse, sin lugar a dudas, que consiguió

ambas cosas con creces. Así, mientras tomaba nota *in situ* de las técnicas mussolinianas de manipulación de las masas, de la formación de un partido en cuyo seno se intentara suprimir la lucha de clases e incluyera en un mismo espacio a sindicatos y gremios patronales, al mismo tiempo intentaba reconstruir su vida sentimental. Entre recepciones y reuniones protocolares, a mediados de 1939 Perón conoció a Giuliana dei Fiori. Todavía guardaba luto cuando, antes de una reunión con el agregado aeronáutico, quedó impactado ante la belleza de una mujer que esperaba sentada en un sillón de la antesala de la Embajada Argentina en Roma. De pronto, al pasar delante de aquella veinteañera, experimentó una sensación que hacía mucho no sentía; a sus cuarenta y cuatro años, a pesar de su viudez, Perón descubrió que aún era un hombre joven. Tal como lo hiciera cuando vio por primera vez a Aurelia, se detuvo frente a la muchacha y se presentó. Pero lejos de la indiferencia con que le contestara su mujer aquel lejano día en que la conoció, la joven italiana le tendió la mano y le devolvió una sonrisa amplia con sus labios generosos. Encandilada ante aquel teniente coronel con acento extranjero y gestos gardelianos, le explicó que estaba esperando a su amiga, una traductora austríaca que trabajaba en la embajada. Perón se sentó en el otro sillón y comenzaron una charla animada, tanto que se olvidó por completo del reloj y de la cita con su compatriota. El diálogo se interrumpió súbitamente ante el sonoro y deliberado carraspeo del coronel Virginio Zucal, que estaba de pie en el vano de la puerta de su despacho, cansado de esperar al galante uniformado. Antes de despedirse, Perón retuvo la mano de Giuliana y la comprometió para una cita. Ante la premura de la situación y siendo que todavía no conocía demasiado Roma, le dijo: «¿Por qué no viene mañana también a buscar a su amiga?». La italiana rio con ganas y asintió.

A partir de ese día se inició un romance intenso. Perón aprovechaba cada momento libre para encontrarse con Giuliana y todos los fines de semana, días francos o licencias que se le presentaran, viajaban a algún lugar diferente. Ella era de Anzio, ciudad que habría de hacerse célebre por una de las batallas decisivas de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, por entonces era una ciudad tranquila con unas playas paradisíacas; Perón y Giuliana solían viajar allí con frecuencia y, de hecho, varias fotos dejaron testimonio de este romance: en una de ellas podía vérselos recostados sobre la arena, acurrucados en un abrazo. Así, a la vez que Perón veía cómo se consolidaba el poder de Mussolini y mantenía reuniones con los altos mandos italianos, en sus momentos libres disfrutaba de la grata compañía de la bella Giuliana; mientras era testigo de las multitudes que convocaba el *Duce*, de la forma en que se apoderaba del nombre del socialismo, de su tradición obrera y de estructura sindical para luchar, paradójicamente, contra el avance de la izquierda, Perón tomaba nota. Luchaba para olvidar su pasado, sobrellevar el presente y construir el futuro que imaginaba para la Argentina como reflejo de aquella Italia ilusoriamente unida y poderosa.

Perón estaba en Roma cuando el 10 de julio de 1940 Mussolini declaró la guerra a

Francia ante una multitud frenética. De acuerdo con algunas versiones, el propio Perón y Giuliana dei Fiori festejaron la noticia mezclados entre la masa apiñada en la Piazza Venezia. Sin embargo, el comienzo de la guerra marcaría el fin de la relación. Los aprestos bélicos, el movimiento de tropas y las febriles tratativas diplomáticas obligaban a Perón a dedicar todo su tiempo a su trabajo como agregado militar. Con la entrada de Italia en la guerra, finalmente todo el personal militar extranjero debía abandonar el país cuanto antes. Pero la salida de Italia no iba a ser una tarea fácil ni rápida, ya que los buques no se arriesgaban a navegar por la zona de conflicto. Lejos de atribularse, Perón se alegraba por cada día que podía estar cerca de Giuliana. «Estoy forzado a partir, pero intento retrasar el regreso todo lo que puedo», le decía a su desconsolada amiga italiana. Para demorar la despedida, Giuliana lo acompañó hasta España y en el puerto de Barcelona se estrecharon en el último abrazo.

A bordo del barco que lo traía de regreso a la Argentina, Perón tuvo la convicción de que aquella mujer había sido un bálsamo para la herida que le había dejado la muerte de Aurelia. Pero además, en la soledad de su camarote, resumió en unas pocas líneas todo lo que había aprendido en la Italia de Mussolini. Esos apuntes serían los principales postulados nacionalistas, de fuerte contenido anticomunista, que darían nacimiento al GOU primero y al justicialismo más tarde.

Mi hija, la «Piraña»

En 1943 Perón era secretario de Trabajo y Previsión. Ideólogo en las sombras del GOU, ya era sin embargo uno de los nombres más mentados y se perfilaba como uno de los hombres más influyentes del gobierno militar. El 16 de diciembre fue invitado al ciclo «Estampas porteñas», que se emitía por Radio Belgrano. El grupo de periodistas y actores que participaban del programa esperaban su llegada con ansiedad: era uno de los invitados más importantes del ciclo. Minutos antes de que la audición saliera al aire, estacionó en la puerta de la radio un resplandeciente Cadillac negro y, para sorpresa de todos, asomó tras la puerta del auto un par de piernas torneadas de pantorrillas firmes. Perón ayudó a descender del auto a la mujer que venía con él y luego avanzaron por el corredor central de la radio tomados del brazo. Ella era muy joven, esbelta y al caminar meneaba sus curvas ceñidas en un vestido ajustado. Tenía el porte de una actriz. Todos sabían que Perón era viudo y no esperaban que viniera acompañado. Era, sin dudas, una gran primicia para aquel grupo de periodistas. Ante el silencio desconcertado de los anfitriones, por si fuese poco el asombro, Perón presentó a la joven:

—Ella es María Cecilia... —Hizo una pausa estudiada y completó—: mi hija.

Alejandro Berrutti, José Antonio Saldías y las actrices Blanquita del Prado y Mary Lewis no atinaban a emitir palabra. Nadie sabía que el notorio secretario de Trabajo tenía descendencia. La noticia corrió como un reguero de pólvora y al día siguiente las revistas comentaron: «La hija del coronel, de no más de quince años, fue homenajeada por Mary Lewis».

Algunos días más tarde, un periodista solicitó una entrevista a Perón, queriendo indagar sobre la misteriosa hija nunca antes mencionada. Pero el coronel, con la ambigüedad que habría de caracterizarlo, preguntó al periodista:

—¿Qué hija? ¿Se refiere a «la Piraña»?

—¿Qué Piraña? —interrogó el periodista, sin entender.

—Y si no sabe, para qué pregunta... —concluyó Perón, evitando las explicaciones por el absurdo.

Nadie sabía en realidad quién era exactamente esa muchacha que hacía ya un tiempo acompañaba a Perón a todas partes, ni qué vínculo los unía. En otra oportunidad, en una reunión en casa de un compañero de juventud, ante la visible curiosidad de los presentes, el coronel la presentó con un gesto ampuloso:

—Les presento a María Cecilia, mi querida sobrina.

Otras veces, cuando recibía visitas en su casa de la calle Posadas, Perón ni siquiera se tomaba el trabajo de presentarla y, ante sus camaradas del GOU, se dirigía

a ella como si fuese una empleada doméstica pidiéndole que sirviera café.

Durante largo tiempo María Cecilia, apodada a veces «la Piraña» y otras «la Pilonga», fue un verdadero misterio. Llegó a hablarse de una relación oscura signada por la perversión y hasta sugerirse un vínculo incestuoso.

¿Quién era en realidad esta jovencita, objeto de tantas conjeturas y habladurías abonadas por el propio Perón? Según puede reconstruirse uniendo distintos documentos y testimonios, a su regreso de Italia Perón fue destinado al Centro de Instrucción de Montaña, en Mendoza. Fue allí donde la conoció. En este punto la historia vuelve a abrir dos senderos: de acuerdo con una de las versiones, María Cecilia Yurbel era hija de un peón rural viudo que no podía mantener a sus hijos. El coronel, encandilado por la belleza de la muchacha, aceptó «desembarazar» al hombre de la carga que significaba su hija. Así, la joven pasó a ser una suerte de «criada» del solitario militar viudo. Es decir, le daba el sustento que no podía darle su padre y, a cambio, recibía todos los «servicios» que requería un hombre. Otra versión, acaso más presentable pero menos verosímil, señalaba que se conocieron en el acto de inauguración del Instituto Nacional Sanmartiniano de Mendoza, celebrado en la Universidad Nacional de Cuyo.

María Cecilia Yurbel nació en Mendoza el 11 de febrero de 1924. Treinta años menor que Perón, María renunció a todo lo que la unía a su familia y a su provincia para marcharse junto a él. Todos los relatos resaltaban la sensual belleza de la niña que obligaba a que los hombres giraran la cabeza a su paso. Así la definían en un artículo de *El Laborista*: «Era una joven de expresión desenfadada, esbeltas piernas y mórbidas caderas».

A juzgar por la belleza de María Cecilia, su estampa curvilínea y su cara aniñada, muchos se preguntaban por qué Perón la apodaba la *Piraña*. Algunos autores lo atribuyen a su buen apetito, aunque no aclaran exactamente a qué voracidad se refieren. Todo indica que, a diferencia del vínculo que lo unía a Aurelia, basado en la comunión espiritual, el gusto por la lectura, las artes y la conversación fecunda, la relación de Perón con su *Piraña* era de la más pura carnalidad.

La forma en que el entonces secretario de Trabajo manejaba la información sobre su vida privada no era muy diferente del manejo que hacía de la información pública; era muy frecuente que Perón inventara noticias estentóreas para mantener otros hechos en secreto. Muchos se preguntaban por qué mintió públicamente acerca de la paternidad sobre María Cecilia. De hecho, la misma publicación, *El Laborista*, cayó en la trampa que había tendido Perón:

Otro hombre en su lugar, se hubiera puesto a cubierto de las miradas de las gentes, pero él prefirió mostrar una paternidad que nadie por otra parte habría intentado someter a prueba. Cuando las revistas publicaron las fotografías de su visita a Radio Belgrano con Pilonga a su lado, presentada como hija, sus íntimos le recriminaron la ligereza, pero él se sonrió restándole importancia al hecho.

La risa de Perón tenía un motivo: con su maniobra distractiva había logrado que

nadie descubriera que esa muchacha, seguramente menor de edad, le había sido «entregada» de manera dudosamente legal. Sin embargo, menos divertido le iba resultar a Perón deshacerse de María Cecilia Yurbel; no sería tan fácil lograr que «la Piraña» soltara su presa.

6.

María la santa, Eva la pecadora

La figura de María Eva Duarte alcanzó una dimensión tal, que habría de eclipsar para siempre a las demás mujeres de Perón. No solamente llevaría el apellido del fundador del peronismo, sino que su nombre, Evita, habría de ascender a la estatura del mito y sobrepasar, incluso, la fama del propio Perón. Juan Domingo Perón no hubiese sido quien fue sin la compañía de Evita; podría asegurarse que ambos llegaron a constituir una unidad indisoluble que dotó al justicialismo de una iconografía tan potente e impactante como la que caracterizó a las grandes religiones y a las principales gestas políticas de la historia. Sin dudas el peronismo no hubiese calado tan profundo en el alma de los hombres y, sobre todo, de las mujeres pertenecientes a las mayorías populares, sin la voz y la prédica de Eva Duarte; acaso la doctrina, la política y los cambios sociales tampoco hubiesen sido tan amplios y profundos sin su decisiva influencia.

Evita sintetizaba en su persona a los dos grandes modelos femeninos arquetípicos opuestos: la santa y la pecadora. Era Eva, la primera mujer, la culpable del pecado original, pero también la figura bíblica antagónica, María, la Santa, la que habría de parir a aquellos hijos del hombre, los pobres, los que nadie quiso reconocer como propios. *Mis* descamisados, *mis* cabecitas negras, *mis* grasitas solía decirles. En aquel adjetivo posesivo se plasmó esa maternidad hacia los desamparados. María Eva Duarte. Fue María, fue Eva, y, antes de ser Duarte, fue Ibarguren; un apellido sin linaje, tan común y corriente como el de cualquier hijo de vecino. De cuna pobre, como María, no significó sólo una metáfora reconocer como propios aquellos hijos de nadie ya que, también ella, era hija natural.

Las coincidencias entre los orígenes de Juan Domingo Perón y Eva Duarte son notables. Aquella misma bruma que cubrió la historia más temprana de Perón parece extenderse, también, a los primeros días de Evita. De igual forma que aún hoy se discute si Juancito Sosa nació en Lobos o en Roque Pérez, idénticas polémicas despierta el lugar donde nació la que habría de ser su segunda esposa. Según consta en el acta número 728 del Registro Civil de Junín, María Eva Duarte nació en esa ciudad el 7 de mayo de 1922. Sin embargo, casi todas las biografías coinciden en que Evita vio la luz por primera vez en la localidad de Los Toldos. También el año de su nacimiento está en duda, ya que, de acuerdo con estos mismos documentos, no habría sido en 1922, sino tres años antes, el 7 de mayo pero de 1919. Las cosas se complican aún más cuando comprobamos que también el apellido con el que fue inscripta no fue Duarte sino Ibarguren, de la misma manera que Perón no fue anotado con el apellido

de su padre, sino con el de su madre. Ni el lugar, ni la fecha, ni la filiación de Evita aparecen con claridad. A pesar de que se ha pretendido establecer como dato definitivo que su nacimiento se produjo en Los Toldos, existen elementos para conjeturar que, en realidad, Evita nació en el campo La Unión, antiguo territorio del cacique Coliqueo, paraje también conocido con el nombre La Tribu, distante unos sesenta kilómetros de Junín. De acuerdo con esta fuente, el alumbramiento de Evita fue asistido por una partera mapuche llamada Juana Rawson de Guayquil.

Pero tal vez el lugar de su nacimiento pueda deducirse fácilmente si se reconstruyen los verdaderos lazos familiares de Evita. Su madre, Juana Iburguren, era descendiente de un humilde cochero vasco, Joaquín Iburguren, y de Petrona Núñez, una puestera criolla. Desde muy joven Juana Iburguren hacía distintas labores en el campo, hasta que consiguió trabajo estable como cocinera en la estancia de Juan Duarte, un conocido político conservador de Chivilcoy. De hecho, fue a partir de sus contactos partidarios como Duarte llegó a quedarse con aquel campo del que habían sido violentamente expulsados los miembros de la colectividad mapuche originaria. Violencia, fraude y saqueo fue la estrategia utilizada por el conservadurismo para que muchos de sus acólitos pasaran de humildes hijos de inmigrantes a prósperos terratenientes. Juan Duarte repartía sus días entre Chivilcoy —donde vivía con su esposa Estela Grisolia y sus hijos— y el campo La Unión, cercano a Los Toldos. Juan se había fijado en las generosas formas de su cocinera y, aunque ella no ignoraba que el dueño de casa tenía familia, no pasó mucho tiempo hasta que quedó embarazada de la primera de sus hijas, Blanca, nacida en 1908. El concubinato de Juan Duarte con Juana Iburguren era tan estable como el matrimonio con su esposa legítima, Estela. Juana vivía con su hija en una modesta casita, pero no en Los Toldos como suele consignarse, sino dentro del campo La Unión. Era un ranchito de adobe y piso de tierra típico, como los que comúnmente ocupaban los caseros. Luego de cada una de las prolongadas estadas en la estancia, cuando Juan Duarte partía a Chivilcoy, Juana, tomándose el vientre con ambas manos, acostumbraba despedirlo con la misma frase: «Creo que estoy preñada».

Así, a un promedio de un hijo cada dos años, luego de Blanca vendrían Elisa, Juan, Arminda y, la menor, María Eva. Todos nacieron en el campo La Unión, cada parto fue asistido por Juana Rawson de Guayquil, y, para no romper la regla paterna, ninguno fue reconocido por Juan Duarte. Igual que Perón, Evita sufrió en carne propia el escarnio público que significaba que el padre le negara el apellido. De hecho, cuando en 1926 Juan Duarte murió, Juana Iburguren y sus hijos viajaron hasta Chivilcoy para verlo por última vez, pero Estela Grisolia les prohibió la entrada al funeral. Tuvieron que dar la vuelta ante la mirada condenatoria de todos los presentes entre quienes estaban, desde luego, los hijos legítimos. Aquella escena humillante habría de marcar a fuego a la pequeña Evita de sólo siete años. Ni un pedazo de tierra del campo en el que trabajaba habría de tocarle a Juana Iburguren ni a sus hijos; de acuerdo con la ley, la estancia —incluida la modesta casa en la que vivían— la

heredó la familia «legítima» de Juan Duarte. Mientras Juana y sus hijos se alejaban, Estela Grisolí, con el mayor desprecio, le hizo saber que debían abandonar la casita del campo La Unión cuanto antes. Quizás el recuerdo de las lágrimas escondidas tras el gesto duro de su madre y el paso cabizbajo y derrotado de sus hermanos mayores al regresar del funeral de su padre —al que ni siquiera pudieron ver—, fue lo que, años más tarde, habría de impulsar a Evita a escribir en *La razón de mi vida*:

Para explicar mi vida de hoy, es decir lo que hago, de acuerdo con lo que mi alma siente, tuve que ir a buscar, en mis primeros años, los primeros sentimientos (...). He hallado en mi corazón, un sentimiento fundamental que domina desde allí, en forma total, mi espíritu y mi vida: ese sentimiento es mi indignación frente a la injusticia. Desde que yo me acuerdo cada injusticia me hace doler el alma como si me clavase algo en ella. De cada edad guardo el recuerdo de alguna injusticia que me sublevó desgarrándome íntimamente. (...) yo tengo y ha nacido conmigo, una particular disposición del espíritu que me hace sentir la injusticia de manera especial, con una rara y dolorosa intensidad.

Muerto Juan Duarte, obligados a dejar la casa del campo La Unión, Juana Ibarguren y sus hijos se mudaron a la localidad de Los Toldos, a la vieja casa de la calle Francia 1021. Acostumbrada desde muy joven a diferentes labores, Juana comenzó a trabajar como costurera. Cuando Evita cumplió once años, la familia volvió a mudarse, esta vez a Junín, a la casa de la calle Roque Vázquez 86 y en 1934, finalmente, se establecieron en Arias 171. Las fotos de aquella época muestran a Evita como una niña muy delgada, de expresión triste y pómulos salientes. En una foto escolar aparece notablemente apartada de sus compañeras con un gesto ausente. Todavía no se revelaba nada de la belleza que habría de caracterizarla después de la pubertad. Fuera del círculo íntimo, Evita era retraída, callada y tímida. Sin embargo, en su casa, frente a sus hermanos, se mostraba muy diferente. Dueña de un histrionismo y una natural disposición a la actuación, solía recitar e improvisar números con sus hermanos como auditorio. Evita no era una buena alumna; de hecho repitió segundo grado. Pero con el tiempo aprendería a utilizar su talento artístico para suplir su escasa inclinación al estudio. De esta época datan sus tempranos deseos de ser actriz y su secreto propósito de viajar a Buenos Aires para probar suerte. Resulta sumamente valioso el testimonio de su maestra, Palmira Repetti, para conocer cómo fueron los primeros pasos de Evita desde aquel pueblito rural hasta llegar a figurar entre los personajes más trascendentes de la historia argentina:

Era una jovencita de 14 años, inquieta, resuelta, inteligente, que tuve por alumna allá por 1933. No le gustaba la matemática. Pero no había nadie mejor que ella cuando se trataba de intervenir en las fiestas del colegio. Tenía fama de ser excelente compañera. Era una gran soñadora. Tenía intuición artística. Cuando terminó la escuela vino a contarme sus proyectos. Me dijo que quería ser actriz y que tendría que irse de Junín. En esa época no era muy común que una muchachita provinciana decidiera ir a conquistar la capital. Sin embargo yo la tomé muy en serio, pensando que le iría bien. Mi seguridad era, sin ninguna duda, contagio de su entusiasmo. Comprendí con los años que la seguridad de Eva era natural. Emanaba de cada uno de sus actos. Recuerdo que ella se inclinaba por la literatura y la declamación. Se me escapaba de clase cuantas veces podía para recitar delante de los alumnos de otros grados. Con sus lindos modos se compraba a las maestras y obtenía permiso para actuar frente a otros chicos.

La situación económica de la familia mejoró mucho desde que los hijos mayores empezaron a trabajar. Juana Ibarguren dejó la costura y llegó a regentar una casa de huéspedes en la que vivía con su familia. Este nuevo trabajo era estratégico para seleccionar entre los pasajeros a los posibles candidatos para sus hijas. Juana, detrás del mostrador, manejaba los hilos para «colocar» a las chicas con el mejor partido posible. Y así lo hizo; rápidamente logró casar a las tres mayores. Elisa contrajo matrimonio con un oficial del ejército y Blanca se casó con un abogado. Juana se felicitaba por haber conseguido para sus dos hijas mayores sendos maridos con trabajos sólidos y situación estable; de Arminda, en cambio, no podía decir lo mismo: su matrimonio estaba, literalmente, signado por constantes altibajos, ya que se casó con el ascensorista de la municipalidad. Evita todavía era demasiado joven para pensar en casarse.

El primer gran amor de Eva fue Damián Gómez, un joven militante anarquista que llegó a Junín con un grupo de compañeros para apoyar una protesta de los ferroviarios. La visión del muchacho arengando sobre un vagón de carga, su gesto firme, su decir claro y aquellas palabras sobre un mundo justo, sin ricos ni pobres, sin oprimidos ni opresores, eran la expresión bellamente pronunciada de esos mismos sentimientos que anidaban en su alma y nunca había sabido cómo expresar. Evita, con sus catorce años, se pasaba las tardes participando en silencio de aquellas reuniones, cebando mate a Damián y a sus compañeros. Por primera vez alguien la llamó «compañera» y se sintió parte de algo mayor; comprendió que eran muchos los que padecían la injusticia y que en esa palabra, «compañero», estaba la llave para que la unión entre los trabajadores del campo y de la ciudad hicieran posible la Revolución en la que desde entonces, aun desconociendo sus alcances y su forma, jamás dejó de creer. Así, en aquel vagón de carga abandonado, entre ejemplares de *La Protesta* y panfletos anarquistas, Evita conoció los primeros escarceos del amor y los de la lucha política, elementos ambos que habrían de quedar unidos para siempre en su corazón como parte de la misma experiencia, acaso la más elemental y elevada: la que surge de la combinación del amor y la libertad.

En 1934 se produjo un hecho que casi todos los biógrafos de Eva Perón han omitido y que sería determinante para forjar su espíritu y comprender muchas de sus acciones posteriores. Por razones comprensibles, tampoco ella lo refirió públicamente. Dos hombres que se habían alojado en el hospedaje invitaron a Evita y a una amiga suya a que viajaran con ellos a Mar del Plata. La propuesta, tan peligrosa como tentadora, abrió paso a ese afán de fuga que desde hacía algún tiempo rondaba la cabeza de la actriz en ciernes que buscaba la oportunidad de ser descubierta en una ciudad importante. Y si bien Mar del Plata no era Buenos Aires, muchos de los ganaderos de la zona tenían allí sus elegantes casas de veraneo, había teatros y, seguramente, también productores importantes. Sin pensarlo demasiado, Evita hizo un bolso con un poco de ropa y al anochecer se escapó con su amiga y los dos hombres escondida en el asiento trasero del auto. La aventura duró poco: en las

afueras de Junín el conductor detuvo el coche y los hombres atacaron sexualmente a Evita y a su amiga. Un camionero que vio a las dos jóvenes desnudas corriendo a la vera del camino, las auxilió cubriéndolas con su abrigo y una manta y las llevó de regreso a Junín. Este capítulo de la vida de Evita que refiere Lucía Gálvez, sin duda, debió haber marcado decisivamente su visión del sexo y de los hombres.

Con apenas quince años, Evita viajó a Buenos Aires. De acuerdo con el relato más conocido, cuando el cantante de tango Agustín Magaldi visitó Junín para presentarse en dos funciones, Juan Duarte, el hermano de Eva, consiguió por intermedio de un amigo que trabajaba en el teatro, que Evita se escabullera hacia el camarín y allí esperara la llegada del cantor. Deslumbrado por la audacia y la pálida belleza de aquella muchachita de pueblo, Agustín Magaldi se dejó convencer y la llevó con él a Buenos Aires. Esta versión novelesca que, de hecho, es la que se presenta en la película de Alan Parker, basada en el musical *Evita* de Andrew Lloyd Webber, no parece tener ningún fundamento: no existe constancia alguna de que Magaldi haya pisado Junín. Todo indica que el primer viaje de Evita a Buenos Aires lo hizo en compañía de su madre el 3 de enero de 1935. El 28 de marzo del 36 debutó en el Teatro Comedias con un papel de reparto en la obra *La señora de los Pérez*, interpretada por la compañía de Eva Franco. El diario *Crítica* calificó la actuación de Eva Duarte con un párrafo escueto pero justo: «Muy correcta Eva Duarte en sus breves intervenciones».

Durante ese período tuvo un breve romance con Pascual Pellicioti, protagonista masculino de la obra. La pieza bajó de cartel en pocos meses y su siguiente trabajo fue un modestísimo papel de lavandera en *Madame Sans Gene*, cobrando apenas tres pesos por función. Siguió una época dura, con poco trabajo y muchas privaciones. En junio de 1936 salió de gira por primera vez con una obra titulada *El beso mortal* que, pese a sus escasos méritos artísticos, ilustraba muy bien la corta visión sobre la sexualidad que imperaba en la época: se trataba de una pieza condenatoria sobre los excesos del sexo, la promiscuidad y los pecados, patrocinada por la Liga Profiláctica Argentina, una institución conservadora conformada por mujeres adineradas vinculadas a la Iglesia. El argumento de la obra parecía inspirado en la propia vida de Evita: trataba sobre el drama de los hijos ilegítimos nacidos en los pueblos rurales. No resulta difícil imaginar el desagrado que causaba en la hija nunca reconocida por su padre, representar un panfleto que reprobaba la «ligereza y la falta de educación» de las mujeres como su madre.

Durante los años siguientes la carrera de Eva Duarte continuó con altibajos, trabajó en diferentes compañías y se hizo varios amigos en el ambiente del teatro. Son muchos los testimonios sobre su generosidad, su calidad humana y la voluntad inquebrantable para no dejarse derrotar en las épocas más duras. A varios biógrafos de Evita les ha llamado la atención el hecho de que, a pesar de los largos períodos que pasaba sin conseguir trabajo o haciendo papeles muy mal pagos, nunca haya dejado de enviarle a su madre una mensualidad de setecientos pesos, cifra nada

despreciable para su época. Muchos han sugerido que sus ingresos no provenían únicamente de su trabajo como actriz. Así lo insinúa, acaso con menos fundamentos que malicia, el autor John Barnes:

Cómo lograba reunir toda aquella cantidad de dinero extra es uno de los misterios que rodean los años de Eva Duarte como actriz. Más adelante nunca se referiría a este período de su vida, excepto de una manera muy vaga, y decía algo así como «mi carrera de artista». Un rumor nunca totalmente aclarado, pero que perduró durante mucho tiempo, fue que Eva pasaba aquellas madrugadas en la ciudad en sitios nocturnos caros y ruidosos, tales como el Tabarís, el Gong, el Embassy, lugares en los que los hombres adinerados llegaban a gastar en una noche de champaña tanto como lo que una actriz de tercera categoría podía ganar durante todo un año de actuaciones en el escenario. (...)

No sabemos a ciencia cierta si Eva llevó este tipo de vida o no. La verdad es que coleccionó una interminable sucesión de amantes, cada uno de los cuales era cuidadosamente seleccionado para que la ayudara en su carrera.

Entre estos amantes, John Barnes menciona al ya citado Pascual Pellicioti, a Emilio Karstulovic, dueño de la influyente revista de espectáculos *Sintonía* quien, por esos días, dedicó una tapa a Evita, y al popular comediante Pedro Quartucci. Otros biógrafos agregan a la lista al actor y director teatral José Franco, al periodista Pablo Suero, los empresarios Raimundo López y Roberto Llauro, quienes patrocinaban su radioteatro, y a Olegario Fernández, dueño de Pampa Films. Cuánto hay de verdadero y cuánto de descalificación política en estas versiones es difícil determinar.

Un párrafo aparte merece la relación de Evita con Pedro Quartucci. Se conocieron en el año 1940, durante el rodaje de la película *Segundos afuera*. Él hacía el papel protagónico. Ella aparecía unos pocos minutos y ni siquiera tenía parlamento. Pedrito Quartucci, primer actor y boxeador amateur, estaba casado con la bailarina Felisa Bonorino, hecho este que, por cierto, no fue obstáculo para iniciar un apasionado romance con la joven actriz llegada de Junín. Para matar dos pájaros de un tiro (tener un lugar donde encontrarse con su amante y ahorrarle el pago de la pensión), Quartucci alquiló un departamento para que viviera Evita. De acuerdo con el testimonio de compañeros de vestuario y actrices que lo conocieron íntimamente, el actor tenía mayores dotes viriles que actorales, que no eran pocas. Cierta primera actriz con muchos años de experiencia, ante el respetuoso pedido de un director joven para que repitieran una escena, le contestó que después de soportar los poderosos embates de Pedro Quartucci podía soportar cualquier otra cosa.

Más allá de los detalles, existieron numerosas versiones acerca de que Evita quedó embarazada y, de hecho, tuvo una hija con Pedro Quartucci. La niña habría nacido el 26 de octubre de 1940 en una pequeña sala clandestina en la calle Acoyte y Machado, muy cerca del Parque Centenario. La partera, Emilia Conte, le hizo saber a la joven madre que la pequeña había nacido muerta. Sin embargo, de acuerdo con esta misma versión, la recién nacida le fue entregada a Pedro Quartucci y fue inscrita por él y por su esposa como Nilda Quartucci. El médico de la familia, Florencio Escardó, comprobó que la niña gozaba de una excelente salud. Todas las revistas del espectáculo mostraron en tapa a un sonriente Pedrito Quartucci alzando a

su flamante hija en brazos. Evita siempre guardó silencio sobre este triste episodio, aunque Nilda no hizo lo mismo: varias veces y en diversos medios declaró ser la hija de Eva Perón y Pedro Quartucci: «Quiero que se me reconozca como la hija de mamá».

Acerca del misterio sobre el modo en que Evita se ganaba la vida durante los días difíciles se conocieron versiones más explícitas, surgidas de testimonios de algunos actores y compañeros que fueron sus amigos de aquellos tiempos; María Marta Sucarrat, basándose en testimonios del actor Marcos Zucker, escribió:

Eva no era la única que estaba en la mala. Su amigo y compañero de trabajo, Marcos Zucker, cumplía sus changas sexuales después de las funciones, en la zona de Constitución. Eva Duarte lo hacía en las puertas de las radios o en alguna tanguería. Siempre estaba nerviosa. A la espera. A la caza. Durante semanas, no supo cuándo era martes o jueves o sábado. A veces se acercaba a algún canillita para leer la fecha en la tapa de algún diario. No sabía, Eva, en qué día vivía. Su medida del tiempo era el grosor del rollito de billetes que guardaba en una bombacha enroscada en el único cajón de una mesa vieja puesta al costado de su cama.

En esta misma dirección apuntó el testimonio de la amiga que protegió a Evita a su llegada a Buenos Aires como una hermana mayor, la actriz Pierina Dealessi:

Eva tenía un aspecto tan delgado y delicado, que yo siempre le agregaba un poco de leche a su mate a fin de que ingiriese algo nutritivo. Pesaba muy poco. A fuerza de hambre, pobreza, necesidad y negligencia general, sus manos estaban siempre frías y húmedas. (...) Tenía un hermoso busto, pero estaba tan delgada que sus vestidos siempre le colgaban por delante. Una vez me pidió prestadas las medias de seda para rellenarlo un poco... pobre niña.

Fue precisamente Pierina Dealessi quien respondió con un silencio piadoso el misterio de los giros que le hacía llegar Evita a su madre:

Una y otra vez yo le decía: «Come más, mujer; no te quedes levantada hasta tan tarde, no estás en condiciones de traspasar de esa forma». Me contó que por las mañanas realizaba otros trabajos para poder enviar a su madre setecientos pesos. Aquello era una buena cantidad de dinero en esos días. ¡Pobre Evita!

El modo en que Evita se ganó la vida durante las épocas difíciles no debería ser motivo de ocultamiento ni considerarse como un menoscabo a su persona ni, mucho menos, a la causa política a la que se entregó por completo; al contrario, el conocimiento de ciertos aspectos de su vida debería agregar méritos a su gesta conmovedora, a la épica protagonizada por esa mujer, cuya salud quebrantada no significó un obstáculo para luchar hasta el día de su muerte por los más pobres y humillados, porque también ella era pobre y debió humillarse. A la iconografía de Evita debería sumársele otro símbolo: María Eva Duarte fue María, la Santa; fue Eva, la pecadora, y también fue Magdalena. Muy pocas mujeres en la historia de la humanidad han sido objeto de semejante adoración. Muchos de los calificativos con que Evita fue atacada por la forma en que se ganó la vida son, en realidad, el mejor elogio en la medida que explican las razones profundas que la llevaron a defender a

los más necesitados.

Lo cierto es que la carrera de Eva Duarte se consolidó al conseguir trabajo como actriz de radioteatro en Radio Belgrano; llegó a representar tres obras por día y, de esta forma, pudo reunir un sueldo importante. Así, en 1942 dejó la modesta pensión en la que vivía y consiguió comprar un departamento en el barrio de Recoleta, en la calle Posadas 1756, cerca de los estudios de Radio Belgrano. Pudiendo dedicarse por completo a la actuación y dejarse encandilar por la fama y el éxito, en 1943, junto a otros actores, fundó la Asociación Radial Argentina, el primer sindicato de actores de radio. Su militancia gremial no le impedía, sin embargo, soñar con ser la gran actriz argentina; lo que seguramente ni siquiera sospechaba era que este anhelo habría de quedar inconcluso por el hecho fortuito de que pronto habría de convertirse en la mujer más importante de la historia argentina.

El primer encuentro

Cómo se conocieron Perón y Evita y los motivos que originaron su matrimonio ha sido materia de interminables polémicas y numerosas versiones contradictorias entre sí. El relato más conocido y, de hecho, el que ha quedado como la versión histórica oficial, fue el del célebre encuentro de 1944 en el Luna Park, durante el acto multitudinario para recaudar fondos para las víctimas del terremoto de San Juan, ocurrido en enero de ese año. El primer comunicado sobre la tragedia, emitido por la Secretaría de Trabajo y Previsión a cargo del coronel Juan Domingo Perón, fue redactado por el propio titular de la cartera. El texto, publicado el 17 de enero de 1944 en el diario *La Nación*, decía:

Se convoca a todos los representantes del trabajo, bancos, industrias, comercio, entidades deportivas y culturales, del teatro y la cinematografía, a fin de organizar una comisión que tendrá a su cargo la organización de una colecta en beneficio de las víctimas del terremoto.

Evita, profundamente conmovida por la dimensión de la tragedia —decenas de miles de familias se quedaron sin hogar, más de catorce mil heridos y siete mil muertos—, se sintió llamada a participar activamente a través de la Asociación Radial Argentina de la que era parte fundadora. Ella se encargó de cada detalle de la organización: dispuso que se formaran cuadrillas encabezadas cada una por una actriz famosa y recorrieran calles y comercios para recaudar la mayor cantidad de dinero. Niní Marshall, Libertad Lamarque, Blanca Podestá, Luisa Vehil, Olinda Bozán, Lydia Lamaison y la misma Eva Duarte fueron las caras conocidas de los distintos grupos de voluntarios que recorrían los barrios porteños. Para reunir más dinero, surgió la idea de organizar un acto masivo del que participarían los artistas más destacados del espectáculo. La intervención de Evita fue tan activa que el coronel Perón habría de recordarla especialmente:

Entre los tantos que esos días pasaron por mi despacho, había una mujer joven, de aspecto frágil pero de voz resuelta, de cabellos rubios que dejaba caer sobre su espalda, y de ojos afiebrados. Decía llamarse Eva Duarte, era actriz de teatro y de radio (...). Hablaba vivamente, tenía las ideas claras y precisas e insistía para que se le consagrara una misión. Yo la miraba y sentía que sus palabras me conquistaban, estaba subyugado por el valor de su voz y su mirada.

Las palabras de Juan Domingo Perón fueron elocuentes. La noche del acto en el Luna Park, en el sector reservado a las autoridades y visiblemente custodiado por uniformados, podía verse al presidente Ramírez junto a su esposa, al secretario de Comunicaciones, el coronel Aníbal Imbert, y al grupo de oficiales de mayor influencia en el gobierno, entre quienes estaban Domingo Mercante y, por supuesto,

el coronel Perón junto a una vistosa acompañante, Blanca Luz Brum. Muy cerca de allí pero fuera del pequeño espacio destinado a los miembros del gobierno, estaba Eva Duarte con Rita Molina. Entonces sucedieron dos cosas a un tiempo: el coronel Imbert, que estaba sentado junto a Perón, se puso de pie y se despidió; en ese mismo momento, el oficial a cargo de custodiar la entrada de aquel sector se distrajo saludando a otro militar que también se retiraba: el camino estaba franqueado y el asiento junto al de Perón acababa de quedar vacío. Era aquel el exacto segundo que podía cambiar para siempre el destino de Eva Duarte. No lo pensó. Con paso decidido sorteó al oficial de custodia que estaba de espaldas y se sentó en la silla contigua a la del secretario de Trabajo. Tiempo después Evita diría en una entrevista:

Yo no sé cómo me animé a hacerlo. No lo pensé, porque si lo hubiera hecho me hubiera quedado donde estaba... Pero el impulso lo hizo todo. Vi el asiento vacío y corrí hacia él sin pensar si me correspondía o no.

La mujer que acompañaba a Perón, Blanca Luz Brum, tenía una larga lucha en las filas del comunismo: fundadora de la revista *Guerrilla* junto a Mariátegui, organizadora de la Confederación de Trabajadores Intelectuales, esposa del escritor Juan Parra del Riego primero y del pintor comunista mexicano David Siqueiros, quien la retrató desnuda en varias de sus obras, se mostró molesta por la atención que de pronto el solicitado coronel le dispensó a la joven actriz. No era la primera ni sería la última vez que Perón daría la espalda a un interlocutor comunista. Blanca Luz nunca le guardó rencor; de hecho, habría de escribir acaso el más conmovedor de los relatos sobre la gesta del 17 de octubre. El secretario de Trabajo ni siquiera notó en qué momento se fue su acompañante, ya que todo el resplandor lo acaparó súbitamente Evita. Mutuamente encandilados, no dejaron de hablar durante el resto de la función. Ella, en la misma entrevista, lo recordaría así: «Hablamos de cualquier cosa. Qué sé yo... de la fiesta, de la necesidad de colaborar. Era como si nos conociéramos de toda la vida. Él me dijo que le gustaban las mujeres decididas. De eso no me olvidaré nunca».

La función en el Luna Park terminó. Pero la noche, no. Luego del acto, estaba prevista una cena con los organizadores; sin embargo, Perón se disculpó y, tomado del brazo de su nueva amiga, se escabulló hasta su auto. Evita llegó a su casa de Recoleta dos días después en un auto oficial; habían pasado el fin de semana en una isla de El Tigre, en la misma casa a la que solía escaparse con su amante Blanca Luz Brum. A partir de ese momento Perón y Evita no dejaron de verse ni un solo día. Cuando terminaba su jornada de trabajo en la Secretaría, Perón pasaba a buscarla por su departamento; iban a cenar y luego él la dejaba en su casa. A Evita le resultó sospechoso que él jamás la hubiese llevado a su departamento; cada vez que ella le sugería ir a su casa, él le tapaba la boca con un beso o bajaba la mirada cambiando de tema. Resuelta como era y habida cuenta de que a Perón le gustaban las mujeres decididas, tal como le decía una y otra vez, no le temblaron las piernas ni el pulso

para tocar el timbre de la casa del mismísimo secretario de Trabajo de la Nación. Entonces, pudo confirmar su sospecha cuando se entornó la puerta y vio a una mujer alta de formas redondas que, a todas luces, no era una empleada doméstica. Era María Cecilia Yurbel. Diría después: «Encontré toda una sorpresa. Una pirujita veinteañera estaba allí».

Pero por muchos dientes que tuviera «la Piraña», Evita no se iba a amedrentar. Abrió la puerta de un empujón y con esa voz estremecida que más tarde habrían de conocer todos los argentinos, le dijo: «Mirá, chiquitita, es mucho mejor que te mandes a mudar de acá. Ahora la única mujer del coronel soy yo. ¿Podés entender? Que te vayas, digo. Vía, ya».

Tan elocuente fue Evita en aquella oportunidad que ese mismo día «la Piraña» hizo sus valijas y se fue a Mendoza. Nunca más, ni aun después de la muerte Evita, María Cecilia Yurbel se atrevió a ver a Perón ni a mencionar públicamente su relación con él. Pocos meses después de aquel episodio, Evita y Perón se fueron a vivir juntos a un departamento en el mismo edificio de la calle Posadas, donde vivía ella.

En ese sentido, el testimonio de Laura Yurbel, hermana de María Cecilia, no deja lugar a dudas sobre el carácter de Evita:

Ella era terrible, María Cecilia no pudo verlo nunca más a Perón. A mi hermano lo echaron del trabajo. Nos persiguieron. No ha sido nada fácil. Tampoco podíamos ir a verlo allá. Sabían el apellido y nos tenían prohibido que nos acercáramos a él. Perón era muy bueno, pero ella era terrible.

Pero ésta no era la única versión de la historia. Existió un relato poco citado según el cual las relaciones de Evita con el poder no se originaron a partir de su vínculo con Perón, sino de una relación anterior de ella con el presidente *de facto* Pedro Ramírez. De acuerdo con la investigación de John Barnes, en una oportunidad Evita hizo participar de sus charlas con Ramírez a sus compañeras de elenco de Radio Belgrano:

«Chicas, oigan esto», mientras marcaba un número. «Oiga, ¿hablo con la Casa de Gobierno? Por favor, póngame con el presidente Ramírez» y entonces, mientras las muchachas se quedaban sin aliento y con los ojos desorbitados, agregó: «Hola, señor presidente. Habla Eva Duarte... Sí, me encantaría cenar con usted mañana por la noche. A las diez. Bien. Hasta entonces».

Enterado de estas conversaciones, Jaime Yankelevich, dueño de Radio Belgrano, decidió sacar provecho de las habilidades seductoras de su empleada. Su blanco no era el presidente sino su secretario de Comunicaciones, Aníbal Imbert, hombre clave en el negocio de la radiofonía. Yankelevich sabía que Eva Duarte había utilizado a Imbert para acceder a Ramírez. Lo que ignoraba el empresario radial era que el objetivo de Evita no era ni el presidente Ramírez ni el secretario Imbert, sino aquel oficial misterioso y carismático que desde la Secretaría de Trabajo movía los hilos de la interna militar. La forma en que Evita consiguió dejar una modesta pensión en La

Boca para mudarse al elegante departamento de la calle Posadas ha dado lugar a varias versiones: desde los calumniosos rumores acerca de sus incursiones nocturnas en los *cabarets* o del modo en que conseguía el sustento en las puertas de las radios, o aquella otra que señalaba que el alquiler lo costeaba el actor Pedro Quartucci, mucho es lo que se ha dicho y escrito. De acuerdo con la investigación de John Barnes, quien le puso el famoso departamento de Recoleta habría sido Aníbal Imbert. Según este relato, Evita habría llegado al acto del Luna Park acompañando al secretario de Comunicaciones. Perón, por su parte, no habría estado en compañía de Blanca Luz Brum, sino de Libertad Lamarque.

Eva que había llegado del brazo del coronel Imbert, pudo ver a Libertad Lamarque (...). Libertad mantenía una conversación con un alto y guapo oficial del ejército. Eva sabía de quién se trataba... Era el coronel Juan Domingo Perón. (...) Eva se dirigió hasta donde se encontraba Libertad Lamarque, a quien apenas conocía, y le pidió que la presentara. Luego, cuando llegó el turno a la famosa actriz para actuar frente a los micrófonos, Eva se deslizó furtivamente hasta ocupar la silla vacía al lado del coronel.

Quienes sostenían esta versión aseguraban que éste fue el motivo del odio visceral y el resentimiento que Libertad Lamarque habría de profesarle a Evita y la razón que la llevaría a exiliarse más tarde en México. Pero las conjeturas no terminaban en el modo en que se conocieron Perón y Evita, sino también en las motivaciones que los llevaron a emprender un destino común. A la versión sobre el amor mutuo e incondicional que se prodigaban, se opuso aquella otra que afirmaba que, en realidad, el casamiento fue producto de la conveniencia y el cálculo político. Esta última posibilidad no parecería la más verosímil, si no hubiera sido porque no sólo fue sostenida por la oposición, sino por el más destacado teórico del peronismo y uno de sus más férreos defensores. En efecto, Arturo Jauretche ha declarado que la relación entre ambos fue una suerte de pacto en el que no primaba precisamente el amor.

Pero la imagen de la pareja no podía ser más sensual ni despertar más fantasías entre los hombres y, sobre todo, entre las mujeres. Perón tenía el aspecto de un galán de cine y ya tenía un enorme predicamento en los sectores populares y los trabajadores. La vida de Evita era digna de una heroína novelesca: la chica pobre y deslucida de pueblo que luego de consagrarse en la gran ciudad, consiguió enamorar al príncipe azul con el que soñaban todas las mujeres. El casamiento era el final feliz de la enorme épica popular que significó el 17 de octubre. Sin embargo, Arturo Jauretche ha señalado que Perón no estaba enamorado de Evita como sí lo estuvo de Aurelia Tizón, y que ni siquiera los unía un vínculo de sensualidad como el que mantuvo él con Giuliana o con María Cecilia, ni ella con Pedro Quartucci. A propósito, Jorge Camarasa escribió:

Arturo Jauretche diría que ni Perón ni Eva estaban dominados por el sexo o enamorados, y que se trataba simplemente de dos voluntades unidas, dos pasiones por el poder que se expresaban comunitariamente. (...)

Aunque nadie los comentaba, todos conocían los chistes de moda. Uno de ellos había aparecido en un

semanario y era una caricatura que representaba a Perón y al coronel Imbert. Perón decía: «Por qué no me saluda? Los dos hemos servido en el mismo cuerpo».

Una carta que escribió Perón cuando estuvo preso en la isla Martín García resultó fundamental para conocer mejor el espíritu, el pensamiento y las estrategias del por entonces coronel. En este documento de enorme importancia, Perón expresaba por primera vez no sólo sus deseos de casarse con Evita, sino, además, un anhelo que, de haberse concretado, habría modificado por completo la historia de la Argentina:

Mi adorable tesoro: sólo cuando estamos apartados de quienes amamos, sabemos cuánto les amamos. Desde que te dejé ahí, con el mayor dolor que se pueda imaginar, no he podido sosegar mi desdichado corazón. Ahora sé cuánto te amo y que no puedo vivir sin ti. Esta inmensa soledad está llena de tu presencia. Tan pronto salga de aquí, nos casaremos y nos iremos a vivir en paz a cualquier sitio... Dile, por favor, a Mercante que hable con Farrell para saber si autorizan que nos vayamos a Chubut. Amor mío, tengo en mi cuarto aquellas pequeñas fotos tuyas y las contemplo todos los días con los ojos húmedos. Que no te pase nada o, de lo contrario, mi vida habrá acabado. Cuídate mucho y no te preocupes por mí, pero quíereme mucho porque necesito tu amor más que nunca... Escribiré un libro sobre todo esto... Lo malo de este tiempo y especialmente de este país, es la existencia de tantos idiotas y, como sabes, un idiota es peor que un canalla... Muchos, muchísimos besos a mi queridísima chinita.

Desde su celda en la isla Martín García, Perón propuso a Evita abandonar cualquier proyecto político para dedicarse sólo a ella. El documento era concluyente: qué duda podía haber acerca del amor incondicional de Perón, literalmente dispuesto a renunciar a todo lo que había construido desde el GOU en adelante con tal de casarse con ella. Ahora bien, ¿esta carta estaba dirigida realmente a Evita? A la luz de los hechos históricos, quedó claro que la carta tenía otro destinatario y un propósito muy concreto. Perón sabía mejor que nadie que las cartas eran sistemáticamente abiertas y leídas; esa carta de amor no estaba dirigida a Evita, sino al Estado Mayor del Ejército y, particularmente, al mencionado Farrell. Además, se daba el lujo de tratarlo de idiota en sus propias narices. Aquella carta constituía una de las típicas maniobras distractivas de Perón con las que hacía creer a sus enemigos que estaba decidido a dejar la actividad política: sólo necesitaba la autorización de Farrell. Como ya hemos visto, no era la primera vez que Perón decía una cosa para que creyeran otra. El escritor Manuel Urriza, a propósito de esta carta, profundiza en esta misma idea:

La carta existió, la escribió Perón y eso es cierto, no hay dudas. Lo que quiero decir es que fue una carta de Perón para despistar a los militares que lo habían encarcelado. Con esa carta de amor buscó que los militares que lo sacaron del medio picaran el anzuelo de su retiro. Él y Eva sabían que nada de eso era cierto, que estaban dispuestos a la pelea, que se coronaría con la noche de su libertad y su encuentro con el pueblo argentino, aquella noche del 17 de octubre de 1945. (...)

Si no, no podría explicarse que el mismo Perón que le pedía a Evita un ostracismo romántico y para siempre, a los pocos días estaba anunciando su proyecto político frente a la más poderosa y trascendente movilización de los trabajadores argentinos. Es más, en este documento que editamos ahora el mismo Perón cuenta que cuando conoció a Eva ya tenía en mente su plan político. La carta de renunciamento antes del 17 la escribió porque quería disimular en todo lo posible la estrategia que tenía en la cabeza.

No sería de extrañar, entonces, que el casamiento con Evita formase parte de una

estrategia más amplia que no excluía en absoluto el hecho de que pudieran estar efectivamente enamorados, tal como afirma Urriza. Muchos han sostenido que la unión de Perón y Evita era una puesta en escena destinada a dar al peronismo un relato para conmover a las masas. De acuerdo con esta versión, la voz quebrada de Evita, sus lágrimas, besos y abrazos a Perón frente al pueblo formaban parte de un ardid hecho con los recursos actorales y cinematográficos que ella había aprendido sobre las tablas. Sin embargo, resultaría tan absurdo sostener semejante intriga, como inocente suponer que no existió ningún componente propagandístico en la poderosa leyenda que se construyó en torno de Perón y Evita.

El casamiento de Juan Domingo Perón y Eva Duarte no fue un trámite sencillo. Según constaba en su partida de nacimiento, Eva Ibarguren —tal el apellido con el que había sido anotada— era hija «adulterina». De acuerdo con los rígidos criterios del Ejército, un soldado no podía contraer matrimonio con una mujer nacida en tan pecaminosas circunstancias, de manera que falsificaron una nueva partida cambiando el apellido materno por el de Duarte y reemplazando el año de nacimiento: en lugar de 1919 pusieron 1922. De manera que este matrimonio civil celebrado el 22 de octubre no tuvo validez legal. El acta fue labrada por un notario de Junín, Hernán Ordiales, pero en realidad se celebró en el departamento de la calle Posadas. La boda religiosa tuvo lugar en la Iglesia San Ponciano de La Plata el 9 de diciembre de 1945.

Así como el peronismo construyó un relato con elementos tomados de la épica y del melodrama, tan popular en su época, el antiperonismo construyó otro, de mal gusto y carente de toda inventiva, que intentó borrar el primero con los paupérrimos recursos de la censura, la infamia y la calumnia. No sólo hicieron pública la interminable lista de los supuestos amantes de Evita antes de casarse, sino que la extendieron aun después de su matrimonio con Perón. Así, durante la extenuante gira oficial de la Primera Dama por Europa, por si hubiesen sido pocas las reuniones, agasajos y recepciones, a la nutrida agenda publicada día por día, la oposición le agregó un apartado «secreto» que incluía un romance con Aristóteles Onassis en París y otro con el compositor Peter Kreuder en Zúrich. En fin, nada que merezca siquiera ser reproducido más que como una burda pieza de difamación.

8. Sexo: el Palacio y el pueblo

Más allá de las innumerables historias palaciegas, para entender cabalmente cómo se determinaron las sucesivas concepciones sobre el sexo en las distintas épocas, es necesario extender la mirada más allá de los muros del Palacio y examinar qué sucedía en la calle. El peronismo fue un movimiento heterogéneo y contradictorio amalgamado por la atracción que ejercen los polos opuestos. A diferencia de la concepción del marxismo, basada en la lucha de clases, el peronismo hizo de la conciliación entre el capital y el trabajo, entre los intereses obreros y los de la burguesía, una bandera ciertamente difícil de explicar en términos ideológicos. Estas contradicciones se hicieron extensivas, también, a los cánones morales y sexuales de la época. Por momentos el justicialismo fue tan conservador como la Iglesia y, por otros, fue mucho más allá de lo que cualquier clérigo podía soportar. De acuerdo con esta misma lógica contradictoria, por un lado el peronismo significó una enorme ruptura con los postulados del gobierno surgido del golpe del 43 —en el cual Perón tuvo un papel decisivo— y, por otro, fue una clara continuación.

El golpe de 1943 retomó las prácticas autoritarias y represivas de la dictadura de Uriburu, a tal punto que a pocos días de producirse el alzamiento del 4 de junio, mediante un decreto, se estableció el festejo del aniversario del 6 de septiembre, día fatídico en que se produjo el inicio de las sucesivas dictaduras. El justicialismo jamás abandonó la fuerte impronta anticomunista, herencia del discurso de Uriburu, que atravesó la Década Infame, se extendió hasta al golpe de Ramírez, se fortaleció en el seno del GOU, continuó con Farrell y se afianzó con el ascenso de Perón al poder. Esta afirmación no surgió de una interpretación histórica, sino que estuvo presente en los hechos y en las propias palabras de Juan Domingo Perón. En un discurso pronunciado el 21 de diciembre de 1945, el líder máximo del justicialismo presentó de este modo el principal postulado que lo guió en su marcha hacia el gobierno: «Conjurar con eficacia el peligro comunista y crear organizaciones conscientes que, por medio del convenio colectivo, puedan establecer las bases de las relaciones del capital y el trabajo, en cada actividad».

Estos resabios conservadores se hicieron notar fuertemente, también, en la construcción de la moral sexual del peronismo. A partir de 1946, el religioso jesuita Leonardo Castellani, amigo y confesor de Leopoldo Lugones, escritor como él y ferviente partidario de los sectores nacionalistas del gobierno de Uriburu, dio una serie de conferencias en la Escuela Superior del Ejército. El título de sus disertaciones no dejaba lugar a dudas: «El soldado y las mujeres». El contenido de los

sermoneos del padre Castellani no solamente aludía al comportamiento que los militares debían guardar con las mujeres, sino que, además, estaban cargados de la misoginia propia de los regímenes fascistas que acababan de ser derrotados en Europa. Leonardo Castellani tampoco se privaba de denostar ante las tropas al orden constitucional y al sistema democrático, calificándolos como un cáncer que había que extirpar.

Asimismo, personajes de larga militancia en las vecindades del nacionalsocialismo local tuvieron puestos destacados en el peronismo. Tal es el caso del escritor filonazi Gustavo Martínez Zuviría, autor de numerosos libelos antisemitas, que fue nombrado director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Su aprensión a las mujeres era tal, que, acaso sin quererlo, en su exaltación de la virilidad solía dejar algunas dudas sobre sus propias preferencias sexuales. Llegó a decir incluso: «Adoro las armas, me gustan los soldados». Semejante confesión, digna de aquellos que participaban de las orgías homosexuales que derivó en el escándalo de los cadetes, no fue pronunciada por Martínez Zuviría en la intimidad de una relación clandestina, sino en un acto público en dependencias del Ejército, ante el carraspeo incómodo de los oficiales.

El indiscutible avance de los derechos de los trabajadores durante la época del peronismo no corrió en el mismo sentido de las libertades y los derechos en materia sexual: la censura y los límites a la libertad de expresión fueron moneda corriente. A propósito, Ricardo Rodríguez Molas escribió:

Prohíben la circulación y la venta de revistas, periódicos, películas, obras de teatro, toda expresión, en síntesis, ajena a lo que denominaban el espíritu «cristiano y occidental». Revitalizan la vieja concepción ascética de la vida, sólidamente impuesta a través de la enseñanza e inserta en la doctrina que se iba elaborando sobre la marcha, a veces sin un plan determinado. Esa realidad la señala, el 24 de octubre de 1946, el director de Espectáculos de la Subsecretaría de Informaciones. «Se me entrega —expone antes de asumir el cargo— la dirección y la conducción del espectáculo público, vale decir, la salvaguarda de la salud moral del pueblo (...). La tarea de discriminar fuera de lo superficial». La salud moral del pueblo, el hecho de impedir toda contaminación, era primordial para el Estado.

Ahora bien, mientras éstas eran las medidas que se impartían para que fuesen cumplidas por los ciudadanos de a pie, en el Palacio las cosas eran bastante diferentes. Tal vez el personaje que mejor representaba esta contradicción era Juan Duarte, el hermano de Eva. Lejos de mostrarse como un ejemplo de la moral que se pretendía imponer, Juancito, tal como le decía su hermana no sin indulgencia, llevaba una vida licenciosa y plagada de excesos. Antes de que Evita llegara a ser la Primera Dama, Juan era un humilde corredor de jabones. A diferencia de su hermana, él no tenía ninguna vocación política ni ambición de poder; de hecho, su mayor interés eran las mujeres, la noche y la diversión. Sin embargo, Evita, en su ascenso, habría de llevarlo con ella al corazón mismo del gobierno, allí donde se tomaban las decisiones más trascendentes. A instancias de la Primera Dama, Juan Domingo Perón lo nombró, nada menos, su secretario personal. Desde luego, ese habría de ser su pasaporte a la

vida con la que siempre soñó.

Juan Duarte tocaba el cielo con las manos. De Juancito no podía esperarse recato ni discreción. De la noche a la mañana se encontró con una fortuna a su disposición y un poder sin límites. Alejado por voluntad propia de las internas políticas e indiferente por completo a la *res publica*, se dedicaba a comprar los trajes más caros, los cabriolets más vistosos y, con sólo tronar los dedos, hacía correr ríos de *champagne* en los *cabarets* que, junto a sus amigos y rodeado de mujeres, recorría noche tras noche. Juancito escondía su origen humilde detrás de una imagen excesivamente atildada: su pelo brillante y engominado, su bigotito que parecía dibujado a plumín, le conferían aquel aire algo caricaturesco de quien, a causa de la exagerada suntuosidad, pone en evidencia todas sus carencias. Juan Duarte, el hijo ilegítimo de la cocinera y el patrón del campo que nunca lo reconoció ni le dejó un lote de tierra, lo primero que hizo fue comprar una estancia en la localidad de Monte para demostrar que no era menos que sus medio hermanos, legítimos herederos del campo La Unión. Secretario privado del presidente Juan Domingo Perón, hermano preferido de la Primera Dama, Juancito exhibía sin pudor los numerosos —y a veces simultáneos— romances con bataclanas y actrices de cine y teatro. Juan Duarte se convirtió rápidamente en el símbolo de aquel peronismo «apolítico» y corrupto que tanto señalaba la oposición. Los episodios que rodearon su vida escandalosa, su ascenso súbito y su extraño y sospechoso suicidio, tuvieron ribetes novelescos. Existieron numerosos elementos para conjeturar que el arma de donde salió la bala que atravesó su sien y la lapicera con la que escribió la carta final no fueron impulsadas por su propia voluntad.

La conducta de Juan Duarte y otros miembros cercanos al entorno de Perón no podría encuadrarse dentro del marco moral que proponía la Iglesia. Sin embargo, las relaciones entre el peronismo y la Iglesia no siempre fueron iguales. En los albores del primer gobierno de Juan Domingo Perón los contactos entre el Estado y la jerarquía eclesiástica no podían ser más amables. A punto tal que el líder del justicialismo escribió y repitió con insistencia: «Mi doctrina es la Doctrina Social Cristiana».

De hecho, durante la primera campaña electoral de Perón en 1945, muchos vieron en las palabras y la liturgia del justicialismo numerosos puntos de coincidencia con la Iglesia. O, dicho a la inversa, no existía ninguna contradicción entre los postulados de Perón y las creencias religiosas populares, como sí solía suceder con otras vertientes políticas que pretendían hacer pie sobre bases sociales más amplias. La adhesión al comunismo, al socialismo o al anarquismo implicaba un inevitable quiebre con la fe. Éste fue, sin dudas, uno de los puntos de mayor complejidad que debió enfrentar la izquierda para ganar a las mayorías. Las masas que se volcaron con fervor al peronismo estaban compuestas por hombres y mujeres criados de acuerdo con los cánones religiosos populares; Perón no sólo no les pedía que renunciaran a sus creencias, sino, al contrario, las incluía en su propia doctrina. La Iglesia vio en el

peronismo un aliado en su lucha contra el comunismo que, eventualmente, podía colaborar con sus pastores para encauzar al rebaño por la buena senda. En la vereda de enfrente, la de la Unión Democrática, estaban el Partido Comunista, los impulsores del Estado laico y los liberales que ponían al mercado por delante de Dios. El 25 de agosto de 1944 Perón pronunció su famoso discurso en la Bolsa de Comercio citando a León XIII, y ya en diciembre del 45 recitó las palabras que sonaron como música para el clero argentino: «Nuestra política social ha salido en gran parte de las encíclicas papales, y nuestra Doctrina es la Doctrina Social Cristiana».

En una reunión con representantes de las Vanguardias Obreras Católicas, dijo Perón:

En mi doble carácter de católico y de soldado, aprecio este presente que colma mi orgullo (...). La República Argentina es producto de la colonización y conquista hispánica, hermanadas a nuestra tierra, en una sola voluntad, la cruz y la espada. Y en los momentos actuales parece que vuelve a formarse esa extraordinaria conjunción de fuerzas espirituales y de poder que representan los dos más grandes atributos de la humanidad: el Evangelio y las armas.

Estas palabras eran una síntesis clara del pensamiento más conservador expresado en el pasado por los sectores más ultramontanos que impulsaron el golpe de 1930, y los del hispanismo ultracatólico que en España exaltaban Primo de Rivera y el dictador Francisco Franco. Para que no quedara ninguna duda acerca del espíritu pío de Perón y de las convicciones que lo guiaban, la campaña electoral incluyó una peregrinación a Luján.

Todas estas declaraciones de principio no parecían, sin embargo, adecuarse a determinados actos públicos y privados del propio general Perón, desde la pecaminosa convivencia con Evita antes de que se casaran hasta ciertos turbios episodios con adolescentes, luego de la muerte de su segunda esposa. Hacia el año 1953 era frecuente ver una enorme cantidad de fotos de Juan Domingo Perón rodeado de jóvenes estudiantes en diferentes actitudes: paseando con ellas en motoneta o en el centro de un grupo de muchachas atléticas mostrando sus piernas desnudas; en otras fotos se veía al líder, ya maduro, contemplando a las alumnas mientras posaban en sugestivos trajes de baño. El pueblo todavía no había superado el duelo por la muerte de Evita y asistía, absorto, a la inauguración de obras en la Quinta Presidencial de Olivos destinadas a alojar contingentes de la Rama Femenina de la Unión de Estudiantes Secundarios.

Todos los días Perón recibía en persona a los nutridos grupos de adolescentes que hacían exhibiciones atléticas para regocijo de sus ojos. No pasó mucho tiempo hasta que empezaron a circular distintas versiones sobre la naturaleza de estas visitas. La oposición denunció que la Quinta de Olivos se había convertido en un gigantesco harén y que en las instalaciones construidas a la sazón, el general y su «entorno» mantenían orgías inenarrables con las chicas de la UES. Si bien estas denuncias no tenían demasiado asidero, cierto era que la imagen de este Perón viudo y avejentado

pretendía mostrar que seguía siendo «El Macho» y que aún podía arrancar suspiros a las jovencitas.

Aquel Perón rodeado de adolescentes no parecía ser el mismo que, antes de que se desatara la guerra abierta con el clero, asistía a todas las misas oficiales con fervor. La Iglesia había festejado que el presidente decidiera celebrar misas de campaña en los actos conmemorativos del 17 de octubre. En los albores del gobierno de Perón, no sólo el Ejecutivo hacía gestos para congraciarse con la Iglesia, sino que la Iglesia acompañaba al justicialismo en diferentes actos políticos. Entre los años 1946 y 1949 la relación entre el Poder y la jerarquía eclesiástica era muy semejante a una alianza política. El cardenal Copello, de reconocida simpatía hacia el fascismo, solía acompañar a Perón, Evita y los ministros más destacados cada vez que se inauguraba una escuela, un barrio obrero o cualquier obra pública. Incluso Copello presidía aquellos actos de mayor importancia simbólica, como cuando a la Escuela N.º 20 se le cambió el nombre por el de Escuela 17 de Octubre.

La relación entre el justicialismo y la Iglesia llegó a ser tan carnal, por así decirlo, que hubo incluso un grupo de religiosos conocidos como los «curas peronistas», cuyas caras visibles fueron las del padre Virgilio Filippo, de fray José Pratto y del propio cardenal Copello. Filippo, virtual miembro del gobierno, ocupó el cargo de Adjunto Eclesiástico del presidente y su función era bendecir las misas de la campaña proselitista, los actos oficiales y las misas del Partido Peronista. Y fue el propio Virgilio Filippo quien ofició el servicio de homenaje a Evita en sus últimas horas. Tanta lealtad habría de llevar al religioso a desertar de las filas de la Iglesia para ocupar una banca en el Congreso como diputado del peronismo.

Pero mientras el general Perón daba muestras de un catolicismo ferviente por un lado, por otro preparaba un nuevo proyecto de Ley de Profilaxis que habilitaría nuevamente los prostíbulos. Los «curas peronistas» no sabían cómo justificar ante el obispado el tratamiento de la regulación legal de asuntos tales como la prostitución. Fray Pratto fue el encargado de explicar los alcances del proyecto ante los representantes del clero. Las presiones de la Iglesia, desde adentro y desde afuera del peronismo, fueron tantas que, finalmente, el Ejecutivo desechó la iniciativa. Sin embargo, a medida que el peronismo avanzaba en otras cuestiones sensibles a la Iglesia, esta relación, tan amigable en sus orígenes, se fue resintiendo. En todos los órdenes de la vida, pública y privada, los progresos en materia de derechos civiles, laborales y sociales siempre tardaron mucho más tiempo en llegar a las mujeres. Por cierto, la Iglesia fue un factor decisivo para que estos cambios no se produjeran o se retrasaran algunos siglos. Una de las luchas más trascendentes de Evita fue, justamente, la de la reivindicación de los derechos de la mujer. Las palabras de Lila Caimari en *Perón y la Iglesia católica* ilustran bien el panorama de aquel momento:

Parece claro que la trayectoria de Eva Perón tocó numerosos puntos que afectaban a la Iglesia católica. Utilizó al catolicismo como autoridad para la reivindicación de los derechos de las mujeres, se apropió del ámbito tradicionalmente católico de la beneficencia y de las fiestas de Navidad, y comparaba a Jesús con

Perón. Su enfermedad provocó multitudinarias misas en las que la jerarquía no tenía ninguna participación, y finalmente, el aparato de propaganda hizo de ella una especie de santa-mártir después de su muerte.

Por un lado la apropiación por parte del peronismo de cierta iconografía y liturgia propias de la Iglesia y, por otra, la reivindicación de varios derechos sociales a los que el clero se oponía, hicieron que estas relaciones originariamente fraternales terminaran por quebrarse definitivamente, al punto de que la Iglesia se convirtiera en un factor determinante en el derrocamiento del gobierno constitucional de Juan Domingo Perón. Las leyes más conflictivas y, de hecho, las que resquebrajaron el virtual frente que constituía el peronismo y la Iglesia fueron tres: la ley de enseñanza religiosa fue una promesa que Perón cumplió a medias; si bien se sancionó, jamás se implementó de la forma que quería la Iglesia, ya que la Dirección de Enseñanza Religiosa quedó a cargo de funcionarios designados por el gobierno y no exclusivamente por el clero. Por otra parte, la obligatoriedad de la «educación higiénica» y el impulso de la educación física y el deporte acercaban a los jóvenes a un terreno mucho menos espiritual que el que esperaba la Iglesia.

Otra medida conflictiva fue la reforma del Código Civil, que abolió la vergonzosa discriminación de los hijos legítimos, ilegítimos y adulterinos. No hay que olvidar en este punto que Juan Domingo Perón era hijo ilegítimo y Evita, lisa y llanamente, adulterina. Para la Iglesia, la equiparación de los derechos de los hijos matrimoniales y extramatrimoniales significaba la legalización del grave pecado de amancebamiento. En 1946 el peronismo reemplazó la denominación de «hijos adulterinos e incestuosos» por la de «hijos naturales», convalidó los matrimonios celebrados en el exterior y en 1952 igualó jurídicamente a los hijos legítimos e ilegítimos. Por último, la consagración del voto femenino impulsado por Evita introdujo otro factor de discordia, no sólo con la Iglesia, sino con los sectores más conservadores de la sociedad. A tal punto que se dio la paradoja de que la Asamblea Nacional de Mujeres presidida por Victoria Ocampo se opusiera denodadamente a la ley de sufragio femenino, haciendo primar su antiperonismo visceral a su larga prédica a favor de los derechos de la mujer.

La imagen de aquel Perón devoto que asistía a misa y se rodeaba de sacerdotes para inaugurar obras, contrastaba con aquel que se dejaba fotografiar con estudiantes secundarias ligeras de ropa. Todas las versiones sobre las orgías de Perón en la Quinta de Olivos con las muchachas de la UES no hubiesen encontrado ningún fundamento de no haber sido por un escándalo que asomó como un rumor durante el gobierno de Perón y se conoció en detalle luego de su derrocamiento: la relación del presidente con la estudiante secundaria Nelly Rivas. Juan Domingo Perón tenía cerca de sesenta años y Nelly Rivas sólo catorce. A pocos días de la caída del gobierno constitucional, la dictadura dio a conocer a la prensa las cartas que Perón, a bordo de la cañonera paraguaya que le daba asilo, escribió a su amante adolescente. Dos años más tarde, en 1957, fue la propia Nelly Rivas quien publicó en algunos diarios estadounidenses una serie de artículos en los que contaba varias intimidades de esta

relación prohibida. En el año 1968 concedió un reportaje a *Primera Plana*, ilustrado con varias fotos en las que aparecía junto a Perón.

De acuerdo con todos los artículos, reportajes y testimonios, Nelly Rivas conoció al presidente durante una de las mentadas visitas que hacían las alumnas agrupadas en la UES a la Quinta presidencial de Olivos en 1953. Conociendo los gustos de Perón, el ministro de Educación, Armando Méndez San Martín, presentó al presidente y a la niña. Desde aquel momento se inició una relación acaso muy semejante a la que había mantenido años antes con María Cecilia Yurbel, la jovencita a la que Eva sacó a empujones de la casa de su futuro marido. No pasó demasiado tiempo desde el inicio del romance hasta que Nelly Rivas se instaló en la residencia presidencial de la avenida Alvear. De la misma forma que se exhibía públicamente con «la Piraña» cuando el entonces coronel era secretario de Trabajo, durante los últimos años de su segundo mandato, Perón también se mostró en varias oportunidades con su «amiguita», sólo que a Nelly no podía presentarla como si fuera su hija. Se los vio juntos y tomados del brazo en el Festival de Cine de Mar del Plata del año 1954, en una pelea de box en el Luna Park, e incluso en algunos ámbitos oficiales. Por supuesto, todos los miembros del gobierno de mayor y menor rango estaban perfectamente al tanto de la relación de Perón con su amante adolescente. De hecho, él jamás hizo nada por ocultarlo. Pero estos escándalos, que irritaban a la Iglesia, fueron apenas pequeños detalles en comparación con lo que se avecinaba.

El romance inicial del peronismo con la Iglesia terminó de manera sangrienta. El 16 de junio de 1955 acaso haya sido uno de los días más trágicos de la historia de nuestro país. Aviones de la Marina de Guerra bombardearon salvaje y cobardemente la Plaza de Mayo repleta de gente a plena luz del día, dejando 384 muertos y cerca de 1000 heridos. Los aviones que surcaron el cielo sobre la plaza llevaban la misma frase pintada en el fuselaje: «Cristo vence». El golpe, cuyo objetivo de máxima era asesinar a Perón, fracasó y los instigadores del bombardeo fueron detenidos. Esa misma noche, en respuesta a la masacre, grupos fieles al gobierno se lanzaron a las calles a incendiar y saquear varias iglesias del centro porteño.

Todo había comenzado el sábado 11 de junio, durante la celebración de Corpus Christi en la Catedral. La ceremonia se convirtió en una multitudinaria manifestación contraria al gobierno. Un grupo de fieles enarboló frente al Congreso la bandera argentina y la amarilla y blanca del Vaticano. Luego de algunas refriegas, apareció quemada una bandera nacional y el gobierno acusó del agravio a los manifestantes católicos. El domingo 12, luego de la misa vespertina, una manifestación peronista atacó la Catedral de Buenos Aires. Otra vez se produjeron enfrentamientos y hubo varios heridos y detenidos. Juan Domingo Perón expulsó del país a monseñor Manuel Tato, obispo auxiliar de Buenos Aires, y a Ramón Novoa, asesor de la Acción Católica. En este punto, ya sin retorno, el gobierno decidió la clausura de todos los locales de la Acción Católica, mientras el ministro de Educación, Méndez San Martín, propuso la expropiación de la Catedral y de la Curia. Éste fue el último

capítulo del matrimonio entre el peronismo y la Iglesia y el prólogo de la masacre provocada por el bombardeo a Plaza de Mayo. El golpe que habría de derrocar a Perón ya estaba en marcha.

Prostitutas y opositoras

Para comprender al peronismo es necesario examinar un complejo conjunto de factores, muchas veces contrapuestos. Por un lado deben destacarse los indiscutibles avances en materia de derechos sociales, laborales y políticos, tales como la aplicación de leyes largamente reclamadas por el socialismo en beneficio de los trabajadores, el acceso de los sectores más postergados a la educación, la salud y la vivienda y la sanción del voto femenino, entre otras tantas medidas. Pero por otra parte debe señalarse el clima opresivo que caracterizó, sobre todo, al segundo mandato de Juan Domingo Perón, que incluyó la persecución y el encarcelamiento de opositores, la fuerte censura previa, el asfixiante aparato propagandístico, la presión a los medios de comunicación y una moral sexual represiva que equiparaba, por ejemplo, la prostitución con las actividades políticas contrarias al gobierno. Estos últimos factores fueron la aciaga contrapartida de todos los avances sociales.

Desde la época de la Conquista española, pasando por la mazorca rosista, hasta la dictadura de Uriburu, la tortura fue una suerte de rémora siniestra que acompañó los períodos más oscuros de la historia argentina. El peronismo, en contraste con todos sus méritos, no fue ajeno a esta regla. Poco tiempo antes de ser electo presidente, Perón expuso algunos lineamientos que habría de sostener durante el tiempo que duró su poder:

He trazado un plan ideal y otro moral, ayudado por un sistema de propaganda, que deberíamos llamar preventiva, encaminado a que las masas ciudadanas, y en especial el obrero, empleen el discernimiento al leer el diario, inmunizando así al pueblo y a los trabajadores contra ciertas versiones.

Esta frase resulta elocuente, por cuanto deja ver todos los elementos que, años más tarde, habrían de conducir los reglamentos, no siempre confesos, de la temible Sección Especial de la Policía Federal. Si para imponer los nuevos planes ideales y morales no alcanzaba con la propaganda y la lectura aguda de los diarios, los guardianes del orden público tenían otros métodos: el viejo recurso que venía a recordar, una vez más, que la letra con sangre entra. En 1953 el diputado Santiago Nudelman denunció que la tortura estaba a la orden del día:

En la cámara de tormentos, elegida la víctima, después de vendársele los ojos, se la desnuda tapándole la boca para impedir que se escuchen sus gritos. Se le coloca sobre una mesa de madera y atan los cuatro miembros (...). El aparato de corriente eléctrica continua funciona a pila eléctrica, y otras veces adaptado a un acumulador, que puede ser el de un automóvil. Tiene una bobina Rumkorf para levantar el voltaje y reducir la intensidad. En los extremos de cada polo se adapta un cable que termina en un manguito cubierto de material aislante. Los terminales son de cobre o bronce (...) se usa en los sitios más sensibles del organismo. A veces en la profundidad de la cavidad bucal, fosa nasal, etc., para ocultar los rastros de una futura pericia médica.

El viejo invento del hijo de Leopoldo Lugones seguía vigente durante el peronismo. Los testimonios eran numerosos y las víctimas más conocidas fueron, en muchos casos, seguidores de Perón en sus comienzos, tal el caso del dirigente laborista Cipriano Reyes, principal aliado en el triunfo electoral del justicialismo en 1946. Reyes fue encarcelado y torturado junto con un grupo de militantes en 1948 y permaneció preso hasta 1955.

A la tortura física y la humillación sexual había que agregar los numerosos casos de tortura psicológica, producto de la persecución, el espionaje y el encarcelamiento. El caso de Esther Fainzilber resulta ilustrativo por varias razones. Inmigrante rusa llegada a la Argentina con apenas cinco años, vinculada desde su juventud a diversas actividades culturales, participaba de un grupo de mujeres que se reunían con el único propósito de compartir lecturas en el Idisher Folks Teater, conocido hasta nuestros días como Teatro IFT. Ubicado en la calle Boulogne Sur Mer 549, el IFT fue fundado en el año 1932 y era una de las escuelas de teatro independiente más antiguas de América latina. Miembro de la Federación de Entidades Culturales Judías de Argentina, era una institución abierta a cualquier miembro de la sociedad, fuera judío o no, y tenía una clara orientación de izquierda.

Entre las diversas actividades del IFT estaban los *Leienkrais*, grupos de lectura integrados por mujeres que se reunían semanalmente para leer y comentar obras literarias clásicas y de la época, desde el *Quijote* o *La Ilíada* hasta novelas de John dos Passos o Simone de Beauvoir. En el año 1953 el teatro fue clausurado por el aparato de censura peronista con el argumento de que llevaba a cabo actividades conspirativas. A partir del cierre, los *Leienkrais* continuaron haciéndose de manera clandestina e itinerante en las casas de los distintos miembros de cada grupo.

Esther Fainzilber, casada con un militante comunista y madre de dos hijos adolescentes, participaba de uno de estos encuentros de lectura en un departamento cercano al teatro, cuando un grupo de policías literalmente echó la puerta abajo y detuvo a todas las mujeres. El clima de delación imperante durante aquellos años era tal, que un vecino del edificio, sospechando del carácter clandestino de estos encuentros, denunció a las mujeres por «comunistas y judías». Esther Fainzilber fue llevada detenida a la comisaría 7.^a, de Lavalle y Pueyrredón. Allí estuvo encerrada en un calabozo durante dos días y, sin que se le concediera la asistencia de un abogado, fue trasladada al Departamento Central de Policía, donde la prontuariaron. El oficial a cargo, al tiempo que leía los términos de la denuncia, le dijo a la mujer:

—Veo que es amante del arte. ¿Le gusta la música?

Esther Fainzilber, sorprendida, asintió con la cabeza.

—Entonces nos va mostrar cómo toca el piano —repuso el policía, a la vez que ordenaba que le pusieran tinta negra en los dedos para que dejara sus huellas dactilares.

Otros dos días permaneció detenida en una celda del Departamento de Policía hasta que le dieron la noticia que nadie quería escuchar: iba a ser trasladada a la

temible Sección Especial, famosa por aplicar las más crueles torturas a los disidentes políticos. Una vez allí, Esther pudo escuchar los gritos provenientes de las celdas de tormentos. La mujer fue llevada a los empujones frente al escritorio de un comisario de aspecto prusiano. El hombre se puso de pie y con un tono intimidante, examinando sus documentos le dijo:

—Veo que ha nacido en Rusia...

Esther Fainzilber, aterrada, le explicó que hacía muchos años se había hecho ciudadana argentina.

El comisario, de pronto con una voz amable, le preguntó:

—Dígame, señora Fainzilber, ¿a usted le gustan los deportes?

Desconcertada y habida cuenta de que hacía algunos años ella había practicado remo, le contestó:

—Sí, ¿por qué?...

—Porque si le gustan los deportes la vamos a deportar.

De ahí fue llevada nuevamente a una celda, con la convicción de que habrían de regresarla a Rusia. De hecho, le dijeron que sería embarcada en el primer vapor con destino a la Unión Soviética. Imploró desesperada, ante la amenaza de no volver a ver sus hijos ni a su marido. Cada hora, se acercaba un oficial para decirle que pronto sería llevada al puerto. Así estuvo otros dos días en la Sección Especial, hasta que la subieron a un camión celular junto con otras mujeres. Esther Fainzilber miraba las calles a través de las rejas pensando que sería la última vez que vería Buenos Aires.

Sin embargo, para su enorme alivio, le informaron que en lugar de deportarla, la llevarían presa al asilo San Miguel, en la calle Riobamba entre Lavalle y Tucumán. El asilo era, en realidad, un convento donde trasladaban a las mujeres sospechadas de actividades políticas contrarias al gobierno. Allí, por primera vez en varios días pudo recibir la visita de su esposo y sus hijos. Esther Fainzilber permaneció privada de la libertad durante un mes en el asilo San Miguel. Al entrar en su nuevo lugar de cautiverio descubrió con asombro que la mayor parte de las detenidas eran prostitutas. Estas últimas no recibían visitas y eran sometidas a un trato humillante y despótico: eran obligadas a limpiar los baños, dormían en el suelo sin abrigo y apenas si les daban alimentos. Esther Fainzilber compartía con ellas la comida, el abrigo y el dinero que le llevaba su familia y, pese a las diferencias culturales que existían entre las detenidas políticas y las prostitutas, trabó una gran amistad con varias de ellas. Conocí este testimonio de primera mano, ya que Esther Fainzilber era la madre de mi madre.

IV. El sexo del antiperonismo

La caída del ídolo

La primera sublevación al gobierno del general Perón fue encabezada por el general Benjamín Menéndez en 1951. Aunque fue rápidamente sofocada al no encontrar adhesiones importantes en las fuerzas armadas, la semilla golpista ya había caído en tierra fértil. El salvaje bombardeo sobre la Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955, con su trágico saldo de 384 muertos y cerca de mil heridos, fue la negra cosecha de la simiente sembrada por Menéndez y el prólogo del golpe militar que se avecinaba. Las fuerzas armadas fueron la cara visible de la asonada; sin embargo, como ya hemos señalado, la Iglesia, antes aliada del peronismo, tuvo un papel fundamental en el derrocamiento del gobierno constitucional.

La insurrección militar que desembocó en el golpe comenzó el 16 de septiembre y finalizó el 21, después de cinco días de sangrientos enfrentamientos en diferentes ciudades del país que dejaron cerca de dos mil muertos entre civiles y militares. El día anterior, Perón había solicitado asilo en la embajada de Paraguay; cuando su amigo el dictador Alfredo Stroessner se lo concedió, el general consiguió embarcarse en una cañonera militar de aquel país. El 23 de septiembre el general Eduardo Lonardi asumió *de facto* la presidencia de la Nación, estableciendo la sede provisional del gobierno en la ciudad de Córdoba. Los primeros gestos del gobierno militar parecían encaminados a acercar posiciones. Por aquellos días, citando la célebre frase de Urquiza luego de la batalla de Caseros, Lonardi sentenció «ni vencedores ni vencidos».

Perteneciente al ala nacional-católica del Ejército, Lonardi proponía negociar con algunos sectores del peronismo y conservar la mayor parte de la legislación social establecida por Perón. Sin embargo, los generales enrolados en el ala liberal, profundamente antiperonista, no estaban dispuestos a escuchar palabras tales como «pacificación» o «reconciliación nacional», tantas veces mentadas por Lonardi. Bajo la acusación de llevar adelante una política de «mano blanda», Lonardi fue reemplazado cincuenta y dos días después por uno de los generales más duros del ala dura antiperonista: Pedro Eugenio Aramburu. El autoproclamado nombre de *Revolución Libertadora* fue uno de los más ignominiosos eufemismos para nombrar a la recalcitrante dictadura militar. Con el parlamento disuelto y las provincias intervenidas militarmente, se inició una vengativa persecución y proscripción del peronismo y sus símbolos más emblemáticos, como si se lo quisiera eliminar no sólo de la historia y de la memoria, sino, incluso, del lenguaje. En el prólogo a la cuarta edición de *Operación Masacre*, su autor, Rodolfo Walsh, sintetiza el espíritu de la llamada Revolución Libertadora y su demencial afán de borrar toda huella del

peronismo mediante la censura, la prohibición y el silenciamiento:

El gobierno de Aramburu encarceló a millares de trabajadores, reprimió cada huelga, arrasó la organización sindical. La tortura se masificó y se extendió a todo el país. El decreto que prohíbe nombrar a Perón o la operación clandestina que arrebató el cadáver de su esposa, lo mutila y lo saca del país, son expresiones de un odio al que no escapan ni los objetos inanimados, sábanas y cubiertos de la Fundación incinerados y fundidos porque llevan estampado ese nombre que se concibe como demoníaco. Toda una obra social se destruye, se llega a cegar piscinas populares que evocan el «hecho maldito», el humanismo liberal retrocede a fondos medievales: pocas veces se ha visto aquí ese odio, pocas veces se han enfrentado con tanta claridad dos clases sociales.

En efecto, el primer artículo del decreto 4161 promulgado el 5 de marzo de 1956 declaraba:

Art. 1º Queda prohibida en todo el territorio de la Nación:

a) La utilización, con fines de afirmación ideológica Peronista, efectuada públicamente, o propaganda Peronista, por cualquier persona, ya se trate de individuos aislados o grupos de individuos, asociaciones, sindicatos, partidos políticos, sociedades, personas jurídicas públicas o privadas de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas artículos y obras artísticas, que pretendan tal carácter o pudieran ser tenidas por alguien como tales pertenecientes o empleados por los individuos representativos u organismos del Peronismo.

Se considerará especialmente violatoria esta disposición, la utilización de la fotografía retrato o escultura de los funcionarios Peronistas o sus parientes, el escudo y la bandera peronista, el nombre propio del presidente depuesto el de sus parientes las expresiones «peronismo», «peronista», «justicialismo», «Justicialista», «tercera posición» la abreviatura PP, las fechas exaltadas por el régimen depuesto las composiciones musicales «Marcha de los Muchachos Peronista» y «Evita Capitana» o fragmentos de las mismas, y los discursos del presidente depuesto o su esposa o fragmentos de los mismos.

b) La utilización, por las personas y con los fines establecidos en el inciso anterior, de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrina artículos y obras artísticas que pretendan tal carácter o pudieran ser tenidas por alguien como tales creados o por crearse, que de alguna manera cupieran ser referidos a los individuos representativos, organismos o ideología del Peronismo.

c) La reproducción por las personas y con los fines establecidos en el inciso a), mediante cualquier procedimiento, de las imágenes símbolos y demás, objetos señalados en los dos incisos anteriores.

La insólita veda lingüística intentaba borrar no ya las efemérides, las marchas y los discursos, sino que pretendía que el peronismo jamás había existido, que fue una suerte de pesadilla colectiva condenada al olvido. El carácter absurdo e imposible de la medida quedaba expresado en el aporístico hecho de que el propio decreto mencionaba las palabras prohibidas: habida cuenta de que la norma castigaba con cárcel a quien osara mencionar los nombres de Juan Domingo Perón y a María Eva Duarte, era de esperarse, en homenaje a la lógica más elemental, que los propios redactores hubiesen sido detenidos y encerrados. Igualmente notable resultaba el párrafo dedicado a la prohibición de los símbolos «creados y por crearse» y los términos acuñados para referirse al general Perón como «el dictador depuesto» y «el tirano prófugo».

La persecución fue metódica: se crearon cincuenta comisiones investigadoras para denunciar los «crímenes» del «régimen» depuesto. Al margen de todo apego al derecho se invirtió la carga de la prueba y eran los acusados quienes debían probar su inocencia. A Juan Domingo Perón se lo acusó de más de ciento veinte delitos. Resulta

sumamente llamativo que entre la enorme cantidad de cargos que se le imputaron, desde malversación de fondos públicos hasta traición a la patria, al que mayor publicidad se le dio y, ciertamente, el que más impacto causó fue la denuncia por su relación con Nelly Rivas.

Una vez más el sexo volvía a ser protagonista de la historia para presentar a Perón no sólo como un tirano, sino como un verdadero monstruo que abusaba de estudiantes secundarias y se entregaba a orgías frenéticas con las adolescentes de la UES. Mientras estaba en el poder, esta relación de Perón era conocida por los miembros de su entorno y no pasaba de ser un rumor al otro lado de los muros de la residencia de Olivos. Pero sólo se hizo pública a partir del golpe militar. La prensa incondicional a la dictadura se regodeaba con los detalles más escandalosos y no ahorra sus propios ingredientes de morbo.

La figura del general Perón, que para entonces era la de un galán maduro, todavía estaba investida de una potente sensualidad; de hecho, la absurda prohibición de mencionar su nombre había popularizado uno de los apodos que reforzaban este carácter fuertemente sexual: el Macho. Pero pronto la dictadura habría de ocuparse de poner en duda la virilidad del presidente derrocado, primero intentando asociar su imposibilidad de tener descendencia a una supuesta impotencia y, luego, con un argumento que pretendía humillar no sólo su fisiología, sino también su anatomía: el exdiputado Raúl Damonte Taborda, al romper con el peronismo, luego de haber formado parte de su núcleo íntimo, declaró que la infertilidad de Perón se debía a una patología llamada *membrum puerile*. De la noche a la mañana, Perón pasó de ser el Macho a tener un miembro igual al de un niño. Cualquier cosa valía para menoscabar el prestigio del general derrocado: podía ser un sátiro que abusaba de las colegialas o, al contrario, un viejo impotente, dueño de un triste micropene.

El régimen militar no sólo se había propuesto cercenar el lenguaje, sino también castrar al propio líder de masas. Pero si el cuerpo de Perón fue sometido a una serie de disparatados infundios, el cuerpo de Evita iba a sufrir el más atroz de los calvarios.

Evita: el cuerpo del delito

Así como la vida de Evita ha sido objeto de la más variada literatura y cinematografía, el tortuoso periplo de su cadáver dio origen, también, a una numerosa cantidad de cuentos, novelas e investigaciones. Desde el magnífico relato de Rodolfo Walsh, *Esa mujer*, hasta *Santa Evita*, la novela más difundida de Tomás Eloy Martínez, la increíble historia del secuestro del cuerpo de Eva Perón no ha dejado de suscitar el asombrado interés de generaciones de autores y lectores. Este caso ilustra de manera cabal los sombríos cruces entre política, sexo y terror, términos éstos que se resumen en una sola y aciaga palabra: necrofilia.

Evita murió el 26 de julio de 1952 a los treinta y tres años. Luego de las exequias más conmovedoras y multitudinarias de nuestra historia, de las que participaron más de dos millones de personas, el cadáver de Evita fue embalsamado por el patólogo español Pedro Ara. El complejo trabajo de taxidermia duró cerca de un año y costó más de cien mil pesos de la época. El resultado fue asombroso: el cuerpo de Eva Perón conservaba la expresión y la lozanía de sus mejores épocas, antes de que la enfermedad le arrebatara aquella frescura de sus primeras películas.

Si en vida Evita había despertado las más encendidas pasiones de amor y de odio, a su muerte se convirtió en objeto de culto por parte de vastos sectores populares y en una suerte de fetiche maldito para sus detractores. Su cadáver, que descansaba en la sede de la CGT, se transformó en una reliquia equivalente a las que se disputaban cristianos y moros durante las cruzadas. En las postrimerías del segundo mandato de Perón se desató una verdadera explosión iconográfica: no había institución pública que no tuviera alguna imagen de Evita y se encargaron varios proyectos para construir monumentos y altares para recordarla. Sin embargo, al producirse el golpe sobrevino una suerte de movimiento iconoclasta que barrió con toda la imaginería peronista. Y, desde luego, no iba a escapar a esta furia el máspreciado de los íconos del peronismo: uno de los primeros trofeos de la dictadura habría de ser, precisamente, el cuerpo de Evita.

Igual que las tropas cruzadas cuando atacaban una ciudad enemiga, los militares de la llamada Revolución Libertadora profanaron y saquearon los lugares sagrados para el pueblo: exhibieron las joyas de Evita como un trofeo, expropiaron la colección de motos y autos deportivos de Perón como jefes cruzados que se paseaban sobre el caballo preferido del sultán decapitado y mostraron el harén donde el «tirano prófugo» mantenía sus orgías con las estudiantes de UES. Sin embargo, estas acciones «libertadoras» no sólo no conseguían que el pueblo olvidara a Perón, sino, al contrario, el culto fervoroso a Evita, muerta a la edad bíblica de 33 años, se hacía

cada vez más profundo y místico. El general Lonardi, primer presidente *de facto* de la Libertadora, decidió que para suprimir de la memoria popular la figura de Evita, era necesario destruir su cadáver. Sin embargo, antes que pudiera ejecutar tan magnánimo plan, Lonardi fue destronado y sustituido por Pedro Eugenio Aramburu.

El cuerpo embalsamado de Evita permanecía en la sala 63 de la Confederación General del Trabajo. La noche del 22 de noviembre de 1955 un grupo de asalto a cargo del coronel Carlos Moori-Koenig, un rabioso antiperonista, a la sazón jefe del Servicio de Informaciones del Ejército (SIE), irrumpió en la sede de los trabajadores. Cuando el comando ingresó en el recinto derribando la puerta a patadas, se llevó una verdadera sorpresa: junto al cuerpo, mirando embelesado su propia obra, el doctor Ara estaba prodigándole cuidados a Evita como un peregrino que dejara ofrendas a los pies de la imagen de una Virgen. El coronel Moori-Koenig ordenó que apartaran al patólogo español y sacaran el cuerpo del féretro. Pero Pedro Ara se aferró a su rubia criatura protestando al borde de la desesperación. La escena era patética: dos soldados tomaban por los brazos al taxidermista y otros dos tiraban del cadáver que, con aquel gesto beatífico e impasible, permanecía con la mirada perdida en un punto impreciso del cielo raso. Finalmente, después de un intenso forcejeo, cuando el comando fúnebre consiguió hacerse del cuerpo, el jefe del operativo ordenó que pusieran a Evita en un cajón ordinario y lo cargaran en el camión del ejército que esperaba en la calle con el motor encendido. Finalmente, el coronel Moori-Koenig huyó a toda velocidad con su carga mortuoria.

La desaparición del cadáver de Evita no tardó en trascender a los medios de comunicación. Frente a la indignación popular y las manifestaciones espontáneas en muchas ciudades del país, la dictadura apeló a su recurso más frecuente: la mentira y la difamación. ¿Quién podía ser el culpable del secuestro del cuerpo sino el propio Perón?

La cuestión es que, a partir del momento en que el grupo comando se llevó el cadáver de Evita de la CGT, se desató una sucesión de hechos que, si no estuviesen documentados, parecerían tan inverosímiles como aquellas tramas cinematográficas del estilo de *La maldición de la momia*.

Moori-Koenig había recibido una orden muy precisa por parte del mismísimo general Aramburu: «Haga desaparecer el cuerpo de esa mujer». Sin embargo, el coronel, cegado por una mezcla de odio, fascinación y una enfermiza atracción necrofílica, decidió guardar el cadáver de Evita en la casa del mayor Antonio Arandia, su mano derecha. Además de las diferencias políticas, Moori-Koenig sentía por Perón un odio personal originado en cierto entredicho que culminó con una humillación proferida por el general a su subordinado delante de varios oficiales. El coronel juró vengarse. Y entonces, teniendo en su poder al máspreciado trofeo del peronismo, haría tronar un sordo e íntimo escarmiento en el cadáver de la esposa de su archienemigo. Entonces, el mayor vengó la ofensa de Perón vejando el cuerpo inerte de la esposa del general una y otra vez. Moori-Koenig le encomendó a su

colaborador, Antonio Arandia, que cuidara el cuerpo con su propia sangre. Y así lo hizo. Obsesionado con la idea de que miembros de la resistencia peronista entraran en su casa para recuperar el cadáver, el mayor dormía con un arma debajo de la almohada. Cuando no padecía de insomnio, descansaba con un sueño leve y solía despertarse aterrado en la mitad de la noche.

Una madrugada, Arandia escuchó pasos; tuvo la certeza de que alguien lo estaba acechando. Haciéndose el dormido apretó el revólver debajo de almohada, miró por el rabillo del ojo y vio una figura que se deslizaba dentro de su cuarto, en cuyo ropero ocultaba el cadáver. No dudó un segundo: en un mismo movimiento se incorporó y descargó el contenido del tambor en el voluminoso abdomen de la persona que acababa de pasar por debajo del vano de la puerta del baño. Saltó de la cama como un resorte y fue a ver la identidad de quien yacía sobre un charco de sangre. Con espanto, descubrió que acababa de matar a su esposa, que estaba muy cerca de parir.

Sin importarle demasiado la tragedia de su mano derecha, Moori-Koenig decidió que nadie más que él podía cuidar el cuerpo de Evita. Después de ocultar el cadáver en las bambalinas del cine-teatro Rialto primero y en el edificio de Obras Sanitarias después, el coronel resolvió llevarse el cadáver a su propio despacho en el cuarto piso del edificio de la SIE, en la esquina de la avenida Callao y Viamonte. Para disimular el ataúd, el jefe del Servicio de Inteligencia mandó fabricar un original sarcófago para la momia: se trataba de un maletón de herramientas con un rótulo que rezaba «Equipos de radio» apilado junto con otros baúles iguales. En esa oscura oficina permaneció Evita, hasta que Moori-Koenig fue removido de su cargo. Cuando su sucesor, el coronel Héctor Cabanillas, ocupó el despacho, se encargó personalmente de hacer un inventario de la oficina. Es de imaginarse la expresión del flamante jefe del Servicio de Informaciones al abrir el baúl y descubrir el cadáver de Eva Perón.

A partir de ese momento, el cuerpo inició un nuevo e intrincado periplo: primero fue embarcado con rumbo a Bruselas, más tarde trasladado a Bonn y escondido en el sótano de la embajada argentina sin que el mismísimo embajador lo supiera. En 1956 un agente del servicio secreto de Aramburu pergeñó una idea tan ingeniosa como macabra: aprovechando la muerte de una ignota ciudadana italiana en la Argentina, una tal María Maggi, el ejército hizo desaparecer el cuerpo de la mujer y lo reemplazaron por el de Evita para darle sepultura en Milán. Por increíble que pudiera parecer, Eva Perón fue enterrada en el cementerio de Mussoco bajo el nombre de María Maggi. Allí, en la parcela número 86, permaneció durante quince años sin que nadie sospechara quién era la verdadera moradora.

El 2 de septiembre de 1971 el hermano de María Maggi, Carlos, se presentó ante las autoridades del cementerio para solicitar la exhumación del cadáver de su pariente: explicó que él vivía en España y que, por razones sentimentales, quería que su hermana descansara cerca de él. El anciano finalmente consiguió la autorización para sacar el cuerpo de Italia en un coche fúnebre con destino a Madrid. Al día siguiente el cadáver llegó a España. Sin embargo, el auto no se dirigió al cementerio

sino a una lujosa residencia en cuya puerta esperaba ansioso un hombre corpulento y elegantemente vestido. Cuando vio llegar el coche fúnebre corrió a su encuentro y lo hizo entrar en el garaje. Finalmente, el féretro fue llevado al centro del amplísimo living y allí se produjo una ceremonia íntima y secreta. El hermano de María Maggi abrió el féretro con una barreta, levantó la tapa y, sin mirar el cadáver, se apartó y salió del salón. Entonces el dueño de casa se inclinó sobre el cuerpo y no pudo evitar un llanto contenido durante años. El hombre que sollozaba mientras acariciaba el pelo de Evita era Juan Domingo Perón. Él ya era un hombre viejo, abatido por el exilio forzado y la ignominia; ella, en cambio, estaba igual, conservaba la misma expresión fresca y juvenil de una muchacha de 33 años. Tan viva era su apariencia que Perón, entre sollozos, dijo: «No ha muerto, sólo está dormida».

El hombre que había trasladado el cuerpo desde Milán a Madrid, el supuesto hermano de María Maggi era, en realidad, Héctor Cabanillas, el jefe de la Secretaría de Inteligencia, que acababa de cumplir su última misión encargada por el dictador Alejandro Agustín Lanusse después de una larga negociación para acordar los términos del retorno de Perón a la Argentina.

Juan Domingo Perón regresó al país en 1972, pero ante la convulsionada situación política, decidió que el cuerpo de Evita quedara en España. A la muerte de Perón, su última esposa, Isabel Martínez, asumió la presidencia y en 1974 dispuso el traslado de Evita a la Argentina. El cuerpo embalsamado de la abanderada de los humildes conservaba no sólo el aspecto que tenía en 1952: también estaba intacta la devoción popular. De hecho, una multitud agolpada a la vera de la ruta que unía Ezeiza con la capital arrojaba flores al paso del cortejo fúnebre. Finalmente, el cuerpo de Evita y el féretro de Perón fueron exhibidos juntos en una capilla ardiente en la quinta presidencial de Olivos. Si el cadáver de Evita fue objeto de una sucesión de abyectos actos de necrofilia por parte de sus distintos captores, José López Rega, el funesto secretario privado, primero de Perón y luego de su viuda, iba a someterlo a una nueva profanación. Entregados a oscuras prácticas espiritistas, López Rega — apodado el Brujo— e Isabel Martínez protagonizaban ceremonias mortuorias junto a los cuerpos de Perón y Evita para que el espíritu de la amada segunda esposa de Perón propagara su influjo en el de Isabelita.

Obstinados en negar la paz al cadáver, los militares que derrocaron a Isabel Martínez de Perón volvieron a hacerse del cuerpo y lo trasladaron a un depósito. Una vez más, la nueva dictadura se aferró a la supersticiosa idea de que si alejaban su cadáver conseguirían alejar a Evita de la memoria popular. Luego de varias deliberaciones, en octubre de 1976, los jefes de la dictadura militar decidieron entregar el cuerpo a la familia Duarte, que tomó la precaución de construir una suerte de búnker funerario de concreto y acero enterrado a cinco metros del suelo del cementerio de la Recoleta para que nadie volviera a interrumpir el merecido descanso de Evita.

Borges y su infierno

A esta altura no resulta original afirmar que Borges es uno de los personajes más emblemáticos de nuestro país. Su nombre se ha convertido en epítome de la literatura argentina y, acaso a su pesar, su persona ha encarnado las más profundas contradicciones nacionales. Su producción literaria ha inaugurado una narrativa cuya originalidad radica en su permanente diálogo con la literatura universal, forzando los límites del pensamiento hasta las fronteras de la aporía. Sin embargo, sus opiniones políticas revelaban un conservadurismo arcaico, muchas veces desdeñoso de la democracia. He aquí la primera gran contradicción: mientras la obra de Borges significó un avance fenomenal de las letras argentinas, sus posiciones políticas iban en sentido contrario. Existe un abismo incomprensible entre el Borges que escribió *Ficciones* y aquel que tuvo palabras elogiosas para los jefes de las sucesivas dictaduras militares que asolaron la Argentina. Su odio visceral hacia el peronismo lo convertiría en un involuntario paladín del antiperonismo, incluso para muchos de aquellos que jamás se detuvieron a leer uno solo de sus cuentos. Como contrapartida, justo es consignar que Perón había alimentado el encono de Borges con una cruel humorada: en julio de 1946 el intendente peronista Emilio Siri desplazó a Borges de su cargo de bibliotecario y lo nombró Inspector de Pollos, Gallinas y Conejos en las Ferias Municipales. Borges celebró el golpe de 1955 y la dictadura lo premió lavando la vieja afrenta de Perón al designarlo director de la Biblioteca Nacional, cargo que ejerció durante dieciséis años.

Pero si las opiniones políticas de Borges no aportan luz suficiente para develar los resortes de su singular producción literaria, tal vez algunos aspectos de su vida íntima expliquen muchos de los vericuetos existenciales que motivaron gran parte de su obra y revelen algunos de los fantasmas que atraviesan la moral de, al menos, un sector de la sociedad argentina. Estela Canto, estrecha amiga de Borges, a quien el autor dedicara *El Aleph* y cuyo manuscrito a ella legara, ha escrito: «La actitud de Borges frente al sexo era de terror pánico, como si temiera la revelación que él podía hallar. Sin embargo, toda su vida fue una lucha por alcanzar esa revelación».

La literatura de Borges expresa desde la primera hasta la última línea ese afán de conocimiento y la esperanza de encontrar en los libros, propios y ajenos, aquella revelación que está en el origen de toda filosofía. Su cuento *El Aleph*, acaso sea la síntesis de ese desvelo que recorre la totalidad de su obra: el acceso a la llave mágica de las puertas del conocimiento absoluto.

La eterna discusión filosófica entre la opción por el conocimiento o la felicidad se resumía en Borges mediante la síntesis de la antítesis: para él, al menos en términos

ideales, la felicidad sólo podía alcanzarse a través del conocimiento. Desde luego, él sabía que esta meta estaba destinada al fracaso. Su célebre frase, «He cometido el peor de los pecados que un hombre puede cometer. No he sido feliz», es la admisión de ese fracaso. Sin embargo, Borges intentó denodadamente alcanzar la dicha, no sólo por medio de la literatura, sino, también, buscando descifrar el enigma que para él constituían las mujeres. A propósito, Estela Canto escribió en su libro *Borges a contraluz*:

Borges buscó esa felicidad en los libros y en algunas mujeres. Como todos, debió aprender en la dura escuela del dolor y del fracaso. La felicidad la encontró finalmente en el conocimiento del amor sublimado y —no más y no menos— en la admiración que suscitaba en todas partes.

La mirada de Estela Canto sobre Borges resulta particularmente testimonial, ya que no se trata del punto de vista de una académica imparcial, habida cuenta de que, además de la mutua pasión por las letras, los unió una relación por momentos tortuosa, por momentos inenarrable. Así lo afirma ella misma: «Nuestra amistad es el relato de un amor frustrado».

Borges y Estela Canto se conocieron en 1944 en casa de Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo. En aquel entonces Borges era un personaje que gozaba ya de prestigio en los pequeños círculos literarios e intelectuales, aunque aún era desconocido para el gran público. Ella, en cambio, era apenas una aspirante a escritora, que sólo había publicado un par de cuentos en la revista *Sur* y en el suplemento cultural de *La Nación*.

Estela Canto escribió sobre el momento histórico y político durante el que ambos se conocieron:

Un golpe de Estado en 1943 había reinstalado lo que habría de ser una larga serie de gobiernos militares. Una nueva voz, con tono fascista modernizado, más perceptivo, atronaba desde la recién creada Secretaría de Trabajo y Previsión (...) la conciencia de Borges estuvo vinculada a este trastorno social (*el peronismo*) que él nunca entendió y —lo que es más— nunca quiso entender, como si entender fuera un poco aprobar. Baste decir aquí que el «peronismo» —palabra que aún no había sido acuñada— nos parecía a algunos el coletazo del tambaleante fascismo europeo.

Es preciso señalar enfáticamente que no puede entenderse la historia de la cultura nacional si se hace abstracción de la enorme división que significó en el campo intelectual la interpretación y la toma de posición frente al naciente peronismo. Se trató de una divisoria de aguas que jamás volvió a encauzarse. Resulta imprescindible ubicarse en la época: no se trataba de una mera discusión teórica; al otro lado del océano millones de personas estaban siendo masacradas por el nazismo. Así presentó esta disyuntiva Estela Canto al rememorar aquel primer encuentro con Borges:

Esa reunión en casa de los Bioy era, en realidad, más política que literaria y representaba un intento por juntar fuerzas democráticas entre los intelectuales y frenar el avance de lo que no podía ser frenado. Aquí estaban los escritores más conspicuos de ideas liberales; los escritores pronazis, o nacionalistas meramente anglófobos, eran despreciados por este grupo, pese a que tenían una relación mucho más fluida y positiva

con las fuerzas reales del poder.

Estela Canto evitó nombrar a aquellos intelectuales filofascistas o nacionalistas, pero no es difícil adivinar a quiénes se refería. El más conspicuo de los escritores nazis, siempre ligado al poder, era Gustavo Martínez Zuviría, quien firmaba sus panfletos antisemitas bajo el seudónimo de Hugo Wast, nombrado director de la Biblioteca Nacional durante el golpe de Uriburu, presidente de la Comisión Nacional de Cultura por Agustín P. Justo, ministro de Justicia de la dictadura del 43 y simpatizante de Perón durante los albores de su primer gobierno. El grupo al cual pertenecía Borges estaba en las antípodas de este nefasto personaje, ciertamente influyente durante más de un cuarto de siglo.

En cuanto a los «nacionalistas o meramente anglófobos», Estela Canto aludía en forma tácita a los referentes del grupo FORJA, cuyos máximos exponentes eran Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz. Ambos escritores eran fervientes partidarios de la neutralidad argentina durante la Segunda Guerra Mundial; sin embargo, no dudaron en retirar su apoyo al gobierno *de facto* de Ramírez al mostrarse éste proclive a alinearse con Estados Unidos; es decir, su «neutralidad» parecía ser mucho más neutra hacia los Aliados que hacia el nacionalsocialismo. De hecho, Scalabrini Ortiz, al verse obligado a abandonar el país durante el gobierno de Justo, decidió exiliarse, nada menos, en la Alemania de Hitler. Allí escribió gran parte de su obra y como testigo directo del régimen nacionalsocialista, publicó en la mismísima Alemania nazi sus más tempranas ideas sobre el nacionalismo, que habrían de plasmarse más tarde en su libro *Política británica en el Río de la Plata*. Como puede advertirse, ninguno de los grupos intelectuales podía exhibir credenciales de pureza democrática: ni los de FORJA, que luego vieron en el peronismo la verdadera democracia nacional y popular, ni los llamados anglófilos, que saludaban cada golpe de Estado en nombre del orden institucional.

Lo cierto es que en aquellas reuniones en casa de Bioy y Silvina Ocampo no sólo se hablaba de política y literatura; esos encuentros solían ser también propicios para que se establecieran relaciones algo más personales entre los invitados. Estela Canto era una mujer sensual, no ignoraba sus visibles atributos y, como ella misma confesó, le gustaba vincularse con los hombres —«En aquellos días yo daba por supuesto que los hombres tenían que impresionarse conmigo»—, cuya atención no le costaba suscitar contoneando su cuerpo mientras bailaba —«Silvina y yo solíamos bailar, creando en ocasiones nuevos pasos».

Sin embargo, las expectativas que la sensual Estela guardaba hacia Borges no eran muy promisorias: había leído en la revista *Sur* «La muerte y la brújula» y, a pesar de que había quedado maravillada, tenía muy claro qué tipo de hombre le gustaba y cuál le resultaba indiferente: «no estaba mayormente interesada en conocer a Borges: nunca me he sentido atraída por los hombres de letras». De todos modos, estaba dispuesta a hacer un esfuerzo y pasar una buena velada. Cuando finalmente

Borges apareció en el living, las perspectivas de la mujer cambiaron... para peor.

«Yo había oído que Borges no era exactamente buen mozo, que ni siquiera tenía un físico agradable. Sin embargo, estaba por debajo de lo que yo había esperado», recordaría muchos años después. Incluso, no se privó de ser lapidaria al describirlo:

Borges era regordete, más bien alto y erguido, con cara pálida y carnosa, pies notablemente chicos y una mano que, al ser estrechada, parecía sin hueso, floja, como molesta por tener que soportar el inevitable contacto. La voz era temblorosa, parecía tantear y pedir permiso.

No hace falta aclarar que la muchacha no cayó rendida a los diminutos pies del escritor. A partir de esa noche Estela Canto se integró al grupo y comenzó a visitar casi a diario la casa de Bioy y Silvina Ocampo, un caserón de tres plantas en avenida Santa Fe y Ecuador. Borges y Estela se prodigaban una indiferencia mutua: ella no le dedicaba ni una mirada, y él ni siquiera se dignaba a saludarla al retirarse. Borges aún no había perdido la vista, pero con Estela procedía como si ya estuviese ciego; jamás se había fijado en su pelo negro, largo y ondulado, ni en su figura espigada, siempre ceñida en un vestido ajustado, ni en sus piernas torneadas, a menudo realizadas por unos zapatos de taco alto. Nada hacía prever que entre ambos pudiese establecerse un vínculo. Sin embargo, quiso el azar que una noche coincidieran en el zaguán de la casa cuando se retiraban. Para completa sorpresa de Estela, Borges, por primera vez, se dirigió a ella para preguntarle hacia dónde iba. Fue el comienzo de una charla que se extendió durante horas y el inicio de una caminata de varios kilómetros a través de media docena de barrios porteños.

Ella vivía en San Telmo, en la esquina de Chile y Tacuarí. Caminaron desde Santa Fe y Pueyrredón hasta la Plaza San Martín mientras cambiaban opiniones sobre la obra de George Bernard Shaw. Citando de memoria párrafos en inglés, llegaron hasta la puerta de la casa de Borges. De pie, uno frente al otro, él reparó en que debía tomar una decisión: no podían seguir conversando en la entrada de la casa indefinidamente. Estela Canto tenía veintiocho años, un espíritu aventurero, un cuerpo voluptuoso y bastante experiencia con los hombres, según ella misma había confesado: «Había llevado una vida agitada y me sentía atraída por la aventura».

Desde luego, no se hubiese escandalizado si Borges la invitaba a pasar a su departamento. Pero el escritor, con la voz más trémula que de costumbre, continuaba hablando de literatura para ocultar su incomodidad. Sin atreverse a mirarla a los ojos, Borges carraspeó, respiró profundo y se atrevió a proponer:

—La puedo invitar a... —titubeó.

Estela revoleó los ojos haciéndose la ingenua y lo instó a completar la frase asintiendo con la cabeza por anticipado.

—La puedo invitar a... dar otro paseo.

Había pasado la medianoche cuando Borges y la muchacha continuaron la caminata. Tal vez Estela todavía no supiera que Borges no vivía solo en el departamento de Maipú 994.

Desde Plaza San Martín anduvieron por Florida hasta Diagonal Sur, desde allí a 9 de Julio. En la Avenida de Mayo entraron en un bar. Ella esperaba que Borges se anticipara a preguntarle si la acompañaría con algo fuerte o, al menos, que contribuyera a desinhibir sus espíritus que apenas empezaban a conocerse. Pero cuando llegó el mozo, Borges ni siquiera le dio la oportunidad de hablar y se apuró a pedir... un vaso de leche. A Estela no le quedó más remedio que conformarse con un café. Permanecieron durante un rato en un incómodo silencio y, luego del primer sorbo, Borges dijo galante: «*The smile of the Mona Lisa and the movements of a little horse chess*».

Satisfecho con su halago, Borges sonrió con la boca enmarcada en un pueril bigote de leche. Estela dejó escapar una carcajada franca hecha de una mezcla de estupor y ternura. Aquel antihéroe había conseguido conmovérsela por primera vez.

A partir de aquella salida, Borges y Estela comenzaron a verse casi todos los días. No fue una relación signada precisamente por la sensualidad ni la comunión física. Estela recordaría los sentimientos eróticos que Borges despertaba en ella con las siguientes palabras:

Sexualmente me era indiferente..., ni siquiera me desagradaba. Gozaba de su conversación, pero su convencionalismo me agobiaba. Sus besos, torpes, bruscos, siempre a destiempo, eran aceptados condescendentemente. Nunca pretendí sentir lo que no sentía.

Resulta notable que un escritor de prosa tan original, dueño de una adjetivación inédita hasta entonces, dotado de un sentido del humor tan sutil y cuyas temáticas escapaban por completo a las convenciones de la época, fuese el exacto opuesto en su vida íntima. Estela Canto no dejaba de sorprenderse ante este contraste. Borges era un hombre gris, aburrido hasta el hartazgo cuando no hablaba de literatura y desprovisto de toda disposición a la sensualidad. Por otra parte, parece increíble que un hombre cuya existencia estaba directamente enlazada al lenguaje, a la elección de la palabra exacta, careciera por completo de la menor noción del doble sentido: es inexplicable que Borges pudiera haber apelado a un título tan ridícula e involuntariamente obsceno como *El tamaño de mi esperanza*, anhelo acaso directamente proporcional a vaya a saber qué pequeño asunto que lo aquejaba.

Lo cierto es que el «romance» de Borges con Estela parecía consistir en extensísimas caminatas por la ciudad, salidas al cine o al teatro y cenas en restaurantes baratos de Constitución en las que Borges, invariablemente, pedía lo mismo: caldo de arroz, un bife muy cocido, queso y dulce de membrillo y, para beber, sólo agua. Estela lo miraba azorada a través de su copa de vino que, ciertamente, no compartían. Al final de la cena, otra vez a caminar. Borges nunca, jamás, se atrevió a invitarla a su departamento de Plaza San Martín.

Al principio, Estela creyó que la causa de esto que ella llamaba convencionalismo había que encontrarla en las taras tradicionales de la educación propia de su ámbito social: el inculcado desprecio por las mujeres, en Borges se traducían en temor. El

mundo prostibulario de los cuchilleros de sus relatos, las múltiples referencias a la sexualidad en cuentos como *Emma Zunz* o *La intrusa* pertenecían al mundo de la ficción y eludían toda autorreferencia. Sin embargo, Estela Canto no tardaría en descubrir que el origen del problema de Borges con el sexo era uno muy preciso y no menos perturbador.

No había noche, estuviesen en el lugar que estuviesen, en que Borges no se disculpara para buscar un teléfono público y hacer una llamada. Si estaban en un restaurante, pedía el teléfono al encargado, hablaba unos breves segundos y volvía a la mesa aliviado. Si estaban en la calle y durante alguna de las largas caminatas de costumbre no encontraba un teléfono público o al hallarlo no funcionaba, a Borges lo asaltaba una preocupación inocultable. Si la velada se extendía un poco más, podía hacer dos o tres llamadas con intervalos de una o dos horas. A menudo sucedía que, luego de una llamada, Estela notaba que Borges comenzaba a impacientarse mirando el reloj con frecuencia, como si ya fuese hora de dar por concluida la salida. Entonces Estela tuvo la certeza de que el escritor hablaba con otra mujer. Y no se equivocaba.

En una ocasión, mientras cenaban en un hotel de Constitución, cuando él se levantó de la mesa para hacer su llamado habitual, ella se dirigió al *toilette*. Sin que él lo percibiera, se acercó al mostrador y, al escuchar parte de la conversación, comprobó su sospecha: «Sí, madre... Sí..., de aquí vamos al Ambassador... Sí madre, sí... Estela Canto... Sí, madre». Estela no pudo evitar un escozor. «La señora Borges se mantenía informada de cada uno de los pasos de su hijo», contó. Y detalló algo más: «Su hijo le telefoneaba para darle cuenta de dónde estaba, con quién estaba, qué hacía y cuándo iba a volver a casa».

Tal vez convenga aclarar que Borges tenía por entonces cuarenta y cinco años. Aunque para su madre, Leonor Acevedo, nunca dejó de ser su pequeño «Georgie»; de hecho siempre vivieron juntos. Él se dirigía a ella llamándola «madre», apelativo poco frecuente y extrañamente neutro. De hecho, Estela se preguntaba si era ésta una muestra de respeto o de sumisión. No tardaría en descubrir la respuesta:

ella daba por supuesto que intervenir en la vida de Georgie, manejarlo, era su derecho, algo normal, indiscutible, que entraba en el orden del mundo. Lo que es más, Georgie nunca cuestionó este derecho. Ni siquiera después de la muerte de ella, cuando él tenía setenta y seis años.

La influencia de Doña Leonor sobre Borges fue asfixiante. Ella se encargó, por ejemplo, de dar el visto bueno en 1972 a la versión final de las *Obras Completas*, eliminando artículos que consideraba inconvenientes o polémicos. Con el pretexto de ayudarlo en las traducciones, era ella quien tenía la última palabra y, oficiando virtualmente de representante, no dejaba que nadie se acercara a su hijo sin su consentimiento y se ocupaba de mantener bien lejos a quien ella considerara poco conveniente o una mala influencia para su Georgie. La propia Estela Canto sufrió en carne propia esta barrera infranqueable. Borges estaba profundamente enamorado de aquella muchacha con la que compartía un vasto universo literario y de la cual lo

separaba un abismo ideológico y una concepción muy diferente de la vida. Ella era una mujer de izquierda, proveniente de una familia comunista que, aunque no adhiriera, comprendía el fenómeno del peronismo. Borges era un conservador típico y un antiperonista cerril. Ella era un espíritu libre y no se sentía atada a dogmas ni a convenciones. Acaso aquellas diferencias no sólo deslumbraron a Borges, sino que, por primera vez, pudo imaginar una existencia y un destino contrario al que había trazado su madre. Estela recuerda las dramáticas palabras con que Borges describía su situación: «Me repetía que él era Dante, que yo era Beatrice y que habría de liberarlo del infierno».

A medida que la relación de Borges y Estela avanzaba, ella podía advertir que él no tenía forma de escapar de aquellos tormentos que, entre otras cosas, le impedían pensar siquiera en el sexo: «Cuando me apretaba entre sus brazos, yo podía sentir su virilidad, pero nunca fue más allá de unos cuantos besos».

Y cada vez que a Borges lo desbordaban estos sentimientos voluptuosos, de inmediato intentaba apaciguarse recitando un poema perturbador. Estela Canto escuchaba con pasmo los versos en inglés: «*Who thought, as his own mother kissed his eyes? / Of what her kiss was when his father wooed*». (¿Quién pensó, cuando su madre le besaba los ojos? / En lo que era ese beso cuando su padre la cortejaba).

Esas palabras horrorosas, con resonancias incestuosas en medio de aquellas escenas de pasión, eran las que debía oír Estela. Versos doblemente perturbadores en boca de alguien sometido a la dulce tiranía de una madre y que, años más tarde, habría de perder la vista.

A pesar de estos desagradables episodios, aquella relación sin nombre, signada por una abstinencia oscura y enfermiza, continuaba avanzando. Una noche, luego de una de esas interminables caminatas, sentados en un banco de la estación José Mármol, Borges, con su particular falta de la oportunidad y la torpeza que describió Estela Canto, de pronto, sin que nada lo anunciara, le propuso matrimonio. Cuando la muchacha recobró el aliento después de semejante sorpresa, le contestó: «Lo haría con mucho gusto, Georgie. Pero no olvides que soy una discípula de Bernard Shaw. No podemos casarnos si antes no nos acostamos».

La respuesta de Estela quiso ser una negativa: sabía que a Borges el sexo le despertaba terror. Puestas las cosas de ese modo, ella quedaba exenta de culpa y dejaba la ruptura de la relación a cuenta y cargo de Borges. Ella misma habría de arrepentirse de la crueldad de la respuesta. Borges no atinó siquiera a contestar a semejante desafío. Quedó petrificado en el asiento.

En adelante, aquel vínculo hasta entonces innombrable se transformó, al menos para ella, en una profunda amistad. Pero Borges, a pesar de todo, no parecía dispuesto a renunciar al amor que sentía por Estela. Incluso, para desagrado de ella, en algunas ocasiones Borges utilizaba la palabra «novios» para referirse a esa relación desprovista de toda carnalidad. Sin embargo, la madre de Georgie veía en Estela

Canto una amenaza de la cual había que desembarazarse.

Leonor Acevedo comenzó a construir un muro alrededor de Borges del que fue su celosa centinela. Desde aquella fortificación, declaró una guerra paciente y cruenta contra Estela. Como si su hijo fuese una doncella quinceañera y no el cuarentón que era, cada vez que Estela Canto iba de visita a la casa, Leonor Acevedo no los dejaba un minuto a solas y encontraba cualquier excusa para incomodar a la visitante e incluso ofenderla con tal de que se fuera. En una oportunidad, cuando ella se despedía, Borges, ya no ciego sino completamente sordo a las agresiones de Doña Leonor, preguntó a Estela si volvería al día siguiente. Antes de que la muchacha pudiese contestar, la madre de Georgie se apresuró a decir que eso sería imposible ya que ella no estaría en la casa. Estela se retiró sin saludar y más tarde llamaría a Borges para decirle a los gritos: «¿Qué me ha querido decir tu madre? ¿Qué voy a violarte si ella no está? Esto es un insulto...».

Los intentos de justificar a su madre provocaron la primera gran pelea entre Borges y Estela. A partir de entonces las cosas nunca fueron iguales. Leonor Acevedo había ganado la primera batalla y su hijo parecía resignado a no dejar de ser el más fiel soldado en la guerra contra él mismo. Por momentos Borges hacía esfuerzos ingentes para salir del infierno y por otros se aferraba con uñas y dientes a la fuente de sus tormentos. Pero si su madre no contribuía a que Georgie pudiese liberarse de las ataduras que él mismo se imponía, su padre no había tenido una participación menos nociva. Estela recuerda el relato que el mismo Borges le refiriera:

(...) su padre le había ordenado acostarse con una mujer que él, Georgie, no conocía. Si esa mujer estaba dispuesta a acostarse con él era porque había tenido *ya* relaciones sexuales con su padre (...). Llegó a la casa, vio a la mujer y, como era natural, no pasó nada.

Aparte de la brutalidad del hecho escueto —suficiente para provocar impotencia en un adolescente de sentimientos delicados—, allí estaban las imágenes que surgían en su mente. La mujer que se le ofrecía era una mujer que él iba a *compartir* con su padre. La reacción de su cuerpo y alma fue natural.

El estigma de la impotencia acompañó a Borges desde la adolescencia. Ante el «fracaso» de esta primera vez, que sus padres atribuyeron a una enfermedad física, lo sometieron a toda clase de tratamientos, tales como tónicos, medicamentos y estimulantes utilizados en aquella época. Muchos años más tarde el doctor Cohen Miller, psicoanalista que había atendido a Manuel Peyrou, también escritor y muy amigo de Borges, entendió que sólo él podía ser el autor de su propio destino. Sin embargo, Borges nunca pudo dejar de ser aquel pequeño Georgie y, habiendo escrito muchas de las mejores páginas de la literatura argentina, jamás pudo escribir el final de su propia tragedia.

Hasta el día de su muerte, acaecida a los 99 años, Leonor Acevedo se las ingenió para intervenir en todas y cada una de las relaciones sentimentales de Borges. Fuera para separarlo de Estela Canto o para arreglar su casamiento con Elsa Astete Millán cuando Georgie tenía 68 años, su madre fue una figura omnipresente a quien Borges habría de dedicar sus *Obras Completas* y por quien decidió inmolarse en vida en

aquel infierno del que nunca pudo salir, según reza su más famoso y descarnado testimonio:

*He cometido el peor de los pecados
que un hombre puede cometer. No he sido
feliz. Que los glaciares del olvido
me arrastren y me pierdan, despiadados.
Mis padres me engendraron para el juego
arriesgado y hermoso de la vida,
para la tierra, el agua, el aire, el fuego.
Los defraudé. No fui feliz. Cumplida
no fue su joven voluntad. Mi mente
se aplicó a las simétricas porfías
del arte, que entreteje naderías.
Me legaron valor. No fui valiente.
No me abandona. Siempre está a mi lado
La sombra de haber sido un desdichado.*

Prostitutas y amas de casa

Así como el peronismo se caracterizó por los enormes avances en materia de derechos sociales y laborales, en el ámbito de las libertades sexuales se respiraba un ambiente francamente opresivo. A propósito, resulta tan elocuente como asombroso que el propio Jorge Luis Borges, hombre que ha llevado una vida de castidad al servicio de las letras, haya sido detenido bajo el cargo de «escándalo en la vía pública». ¿Cuál fue el terrible escándalo que protagonizó Borges? La contravención que se le imputó fue la de mostrarse a medianoche en compañía de una mujer, su amiga Estela Canto, mientras la tomaba de la mano en un banco de Parque Lezama. Un policía los sorprendió en tan indecorosas circunstancias y los llevó detenidos a la comisaría 14.^a. No fue siquiera un acto de persecución política solapada, ya que ni el policía que los detuvo ni el comisario que los «fichó», tenían la más remota idea de quién era Borges y, mucho menos, Estela Canto. De nada les hubiese servido explicar que sólo los unía una relación de amistad, ya que por entonces era inadmisibile la amistad entre hombres y mujeres. Los hombres se reunían en público, por lo general en cafés, y las mujeres, siempre puertas adentro, en las casas.

La homosexualidad era fuertemente perseguida por las autoridades, pero la marcada separación del universo masculino del femenino, paradójicamente, quedaba facilitada en la medida en que los encuentros entre homosexuales pasaban inadvertidos en estos ámbitos. Era frecuente que hombres que buscaban relacionarse sexualmente entre sí lo hicieran en sitios tradicionalmente masculinos como los salones de billar o las mesas de dominó de los bares. La herramienta de persecución legal de la homosexualidad durante el peronismo fue el Reglamento de Procedimientos Contravencionales creado por decreto del Poder Ejecutivo. Esta norma otorgaba al jefe de policía atribuciones de juez de segunda instancia, pudiendo dictar condenas de manera sumaria sin intervención del Poder Judicial. De esta manera la policía podía aplicar edictos no contemplados en las leyes, en prácticas tales como las homosexuales que, de hecho, no estaban tipificadas como delitos en el Código Penal. Estaba claro que detrás de las restricciones morales se ocultaba el verdadero motivo que las impulsaba: el recorte de las libertades políticas. Los edictos policiales eran una herramienta nada sutil para limitar los derechos individuales y la oposición política. No resulta casual que prostitutas y opositoras compartieran los mismos ámbitos cuando eran detenidas, por lo general en los conventos, en virtud de un mismo edicto.

Durante el gobierno *de facto* de Aramburu se declaró inconstitucional el

Reglamento de Procedimientos Contravencionales creado por el peronismo. Por cierto, a la Revolución «Libertadora» no la animaba ningún afán libertario en materia de sexualidad (ni de ninguna otra índole, por supuesto); de hecho, un fiscal tristemente célebre, Guillermo de la Riestra, consagró su cargo a perseguir y censurar obras literarias, piezas teatrales y películas que hicieran alusión al sexo. Bajo la acusación de pornógrafo consiguió encarcelar en 1957 al novelista Renato Pellegrini, a la vez que prohibió su libro *Asfalto* por considerarlo una apología de la homosexualidad. En 1959 el obseso fiscal De la Riestra ordenó secuestrar toda la tirada de la revista *Centro*, perteneciente el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de la UBA, por osar publicar *La narración de la historia*, una crónica de Carlos Correas sobre las costumbres y los modos de relacionarse de los homosexuales en la ciudad de Buenos Aires. El autor, el editor Jorge Lafforgue y la totalidad del comité de redacción y la comisión directiva de *Centro* fueron encarcelados.

Fue notable el hecho de que la mayor parte de las leyes en materia sexual que modificó la «Libertadora» tuvieran el único propósito de oponerse a todo lo que proviniera del peronismo, ya que el espíritu del nuevo gobierno no se apartaba un ápice de la moralidad castrense del justicialismo. Hubo un ejemplo que ilustra perfectamente el carácter meramente antiperonista de los cambios de la legislación atinente a la sexualidad: durante el peronismo estaba prohibido el ejercicio de la prostitución, eran frecuentes las razias en bares y *cabarets* que dejaban centenares de hombres y mujeres detenidos. A modo de ejemplo, en una sola redada dispuesta a mediados de 1951 se detuvo a más de 3000 personas, en su mayoría mujeres, que fueron encarceladas en la comisaría 33.^a, 23.^a y el cuartel de la Policía Montada. Sin embargo, cuando empezó a quebrarse el romance entre Perón y la Iglesia, las cosas cambiaron abruptamente. Desafiando a las autoridades eclesiásticas, el gobierno peronista dispuso la apertura de los prostíbulos mediante el decreto 22.352. Esta norma fue inmediatamente derogada luego del golpe militar de 1955; es decir, paradójicamente, se volvió a la normativa creada durante los albores del primer gobierno de Perón.

La prohibición de la prostitución durante la llamada Revolución Libertadora tuvo varios aspectos sociales interesantes de examinar. Al cerrarse nuevamente los burdeles, los *cabarets* y otros locales donde las mujeres ofrecían sus servicios, una vez más las prostitutas se quedaron, literalmente, en la calle. Sin embargo, «hacer la calle» entrañaba riesgos tanto para las mujeres como para los clientes. De manera que las prostitutas apelaron a un método tan ingenioso como eficaz: abandonaron sus ropas provocativas, los colores vistosos y los maquillajes ostensibles y se mimetizaron con el aspecto de las amas de casa; de hecho, su nuevo lugar de exhibición fue el «Sector Familias» o el «Reservado» de los cafés tradicionales de Buenos Aires.

Ataviadas con trajes recatados como verdaderas madres de familia, las prostitutas

se sentaban a las mesas a esperar tranquilamente que los hombres se acercaran. Se creó entonces un nuevo código para que los potenciales clientes pudieran diferenciarlas de las señoras que iban a tomar el té. Las carteras vistosas y alargadas meciéndose sutilmente colgadas del brazo era la señal inequívoca. Sin embargo, este distintivo, eficaz al comienzo, con el tiempo empezó a delatarlas. Así, debían cambiar una y otra vez de accesorio para ser reconocibles sin quedar en evidencia ante la policía. A las carteras les sucedió el uso de vaporosos pañuelos alrededor del cuello, para cambiarlos luego por tocados en el pelo. Más tarde llegarían los cinturones anchos con enormes hebillas doradas, los pantalones ajustados a las piernas y así sucesivamente.

De manera paradójica, en su afán por parecer señoras de su casa, las prostitutas comenzaron a marcar la tendencia de la moda: los diseñadores más exclusivos tomaban prestados los adminículos de las chicas «mal» y los ponían de moda desde las revistas entre las chicas «bien». Muy pronto todas las mujeres exhibían carteras vistosas, hebillas doradas, pañuelos de seda, pantalones ajustados y cuanta cosa se pusieran las prostitutas para distinguirse de las señoras que tomaban el té en el «Sector Familias» de los cafés del centro. Así, mientras las prostitutas corridas de los lupanares tenían que parecer señoras de su casa, las madres de familia terminaron imitando a las prostitutas. En fin, lo que muchos hombres anhelaban, de pronto se hizo realidad: que su esposa fuese *su* ramera y que las ramera parecieran dulces mujercitas fieles.

Esta relación ambigua entre el repudio y la fascinación, entre lo marginal y lo socialmente aceptado es lo que, en definitiva, ha caracterizado al más antiguo de los oficios desde las épocas bíblicas hasta nuestros días.

Venerables venéreas

Durante esta época tuvo lugar uno de los hallazgos más trascendentes del siglo que, sin dudas, habría de cambiar para siempre la sexualidad, principalmente de las mujeres: la píldora anticonceptiva. En 1951 el químico mexicano Luis Ernesto Miramontes Cárdenas, con sólo 26 años, logró sintetizar la noretisterona, esteroide base del primer anticonceptivo oral femenino. Este descubrimiento significó una verdadera revolución no sólo en materia sexual, sino que fue materia de encendidos debates entre diversos sectores. El discurso feminista se dividió: una parte sostenía que se trataba de un enorme paso en el camino de la emancipación femenina, mientras que para la otra se trataba de una herramienta de control sobre el cuerpo de la mujer. En otros ámbitos se argumentaba que la píldora contribuía a la liberación de las ataduras sociales, mientras para otros era una herramienta de control demográfico orquestada por el imperialismo. Más allá de estas controversias, el hecho objetivo de que las mujeres tuviesen en sus manos la posibilidad de prevenir el embarazo sin depender únicamente de la voluntad masculina, produjo un cambio radical en diversos ámbitos sociales. Fue una eficaz herramienta para permitir un modo inédito de planificación familiar y, a la vez, un reaseguro para las mujeres que, por la razón que fuese, querían tener sexo pero no hijos. Hasta entonces esta decisión crucial para ellas parecía ser, moral y físicamente, privativa de los hombres mediante el uso del condón que, dicho sea de paso, en la Argentina adoptó el nombre de «profiláctico» en virtud de la ya mencionada Ley de Profilaxis.

La píldora anticonceptiva ha tenido, sin embargo, su lado oscuro. En la Argentina se la utilizó por primera vez en el marco de un programa de planificación familiar implementado por la Universidad de Buenos Aires (UBA) en la isla Maciel. En aquel humilde asentamiento a orillas del Riachuelo confluían tres elementos: prostitución, pobreza y, en ese contexto, altas tasas de natalidad. El médico que estaba al frente del programa era Roberto Nicholson, un militante católico titular, a la sazón, de las cátedras de Ginecología de la Facultad de Medicina y de la Universidad del Salvador. Muchas mujeres que vivían o ejercían la prostitución en la isla Maciel denunciaron haber sido utilizadas como cobayos para experimentación: por un lado se probaban los efectos clínicos de la droga y, por otro, se propiciaba una suerte de plan piloto para combatir los nacimientos «no deseados». Hay que aclarar que estos nacimientos eran menos deseados por los sectores conservadores que por las propias mujeres en cuestión; para estos grupos siempre fue más importante combatir los efectos de la pobreza que la pobreza misma. A pesar de que la Iglesia condenaba el uso de la píldora, Nicholson sostenía que era preferible la prevención del embarazo que el

recurso del aborto. Ante la controversia, el programa concluyó abruptamente en 1961.

El uso de la píldora anticonceptiva, por razones culturales y económicas, se extendió rápidamente en la clase media. Sin embargo, tanto en la base de la pirámide social como en la cúspide, nunca llegó a masificarse: la clase alta la desestimaba por razones morales y religiosas y las clases bajas por falta de información y, sobre todo, por imposibilidad económica. Así, tanto los matrimonios aristocráticos como los que habitaban las barriadas más pobres se caracterizaban por tener una enorme cantidad de hijos.

Pero la sustitución del viejo y noble preservativo por la práctica y cómoda píldora habría de tener su contracara: la rápida expansión de las venéreas. Así, cuando la aparición de los antibióticos parecía haber alejado para siempre las enfermedades infecciosas, hacia fines de la década del 50 hubo un inesperado rebrote de la sífilis, la blenorragia y otras enfermedades de transmisión sexual. En este punto resulta interesante recurrir a las estadísticas de la época. En 1958, sólo en el Hospital Argerich se registraron 248 infectados de sífilis en mayo. De este total, 213 eran hombres y 71 mujeres. Según pudo establecerse, en 44 casos la fuente de los contagios fue la relación con prostitutas; en 19, el contagio lo produjo el cónyuge; en 12 se trató de relaciones homosexuales y los 106 restantes no se han especificado. De acuerdo con estas estadísticas, la causa de la propagación de la enfermedad se debió a tres factores: el incremento de la homosexualidad masculina, el aumento de la prostitución clandestina y las condiciones económicas y sociales que facilitaban la prostitución.

Es preciso hacer notar que en muchas ocasiones las estadísticas no son meros números asépticos, sino que, en sus fundamentos, pueden percibirse las huellas de los prejuicios propios de una época y de un determinado régimen político. Consignar en primer lugar y como principal causa de la propagación de las enfermedades venéreas a la homosexualidad, por encima de los factores socioeconómicos que empujaban a numerosas mujeres a ejercer la prostitución, constituía sin duda no sólo una prevención moral, sino la intención de esconder debajo de la alfombra la pobreza y los factores que la determinaban. En este mismo orden de cosas podemos encontrar la explicación de los resultados de otros relevamientos. Veamos, por ejemplo, a qué agentes de contagio se atribuía la propagación de la sífilis entre las mujeres solteras: el novio, 4 casos; relación ocasional, 37; desconocidos, 40; el amante, 185 casos. De acuerdo con estas cifras, el número de contagios se elevaba en proporción directa a la gravedad del «pecado», por así decirlo. Si una mujer soltera tenía más de un amante, la condena estadística ascendía de 4 a... ¡185! Esos resultados, más que un estudio científico, parecían un sermón proferido desde un púlpito.

En cuanto a las razones del contagio en las mujeres casadas, de acuerdo con estos mismos estudios, el principal agente de contagio era el esposo en 107 casos; no consignado, 51; desconocido, 39; con el amante, 35; accidental, 4; ocasional, 3.

Como se puede ver, la mayor incidencia de origen identificable era la promiscuidad de ambos cónyuges. Por último, los motivos del contagio entre las viudas eran, en primer lugar, las relaciones con el amante (17 casos) y desconocidos y no consignados, 4 casos. Es decir, al igual que en el caso de las mujeres solteras, las razones estaban relacionadas con la promiscuidad. Digamos, de paso, que el carácter de la investigación parecía más una requisitoria policial para perseguir conductas «indebidas» que una genuina indagación para prevenir enfermedades de transmisión sexual.

Lo que sucedía, en rigor, era que el poder intentaba dar respuestas «científicas» a los cuestionamientos en materia social, política y sexual. Esta manera solapada de ejercer la represión moral era una reacción ante las nuevas interpelaciones que empezaban a aparecer desde distintos lugares de la sociedad. De pronto, comenzaba a hacerse oír con mayor fuerza la voz de los jóvenes, de las mujeres y de los sectores postergados. Todos estos elementos fueron los que dieron forma a los irreverentes años sesenta.

V.
Los sesenta:
los nuevos años locos

Fronzizi y la tía Margarita

En sus postrimerías, la dictadura militar que derrocó a Perón en 1955 contaba con indicios muy concretos para saber que el justicialismo seguía siendo la fuerza política más numerosa del país, a pesar —e incluso a causa— de la férrea proscripción al que fue sometido. Cuando en 1956 el general Aramburu declaró nula la Constitución de 1949, se topó con el cuestionamiento legal de diversos sectores: cómo un gobierno *de facto* podía atribuirse la potestad de reformar la Constitución desde el momento en que su autoridad se basaba en la violación de la misma Carta Magna. De hecho, la decisión de Aramburu derivó en una crisis con la Corte Suprema de Justicia. Para enmascarar el fraude y vestir este atropello con un manto de legalidad, el régimen resolvió convocar a una Convención Nacional Constituyente que convalidara la derogación de la Constitución de 1949. Así, los convencionales deberían ser electos por la voluntad popular. Pero, como no podía ser de otra forma, el espíritu democrático del gobierno militar tenía un horizonte estrecho y un límite muy preciso: el peronismo quedaba excluido de la posibilidad de ser elegido y tener representación en la convención. Desde el exilio, Perón llamó a votar en blanco. Entonces la fidelidad al viejo líder quedó literalmente expuesta blanco sobre negro: en las elecciones del 28 de julio de 1957 el voto en blanco se quedó con la primera minoría superando a todas las fuerzas políticas que se presentaron. Pero, claro, el peronismo, cuyo caudal subterráneo se hizo manifiesto en los masivos votos en blanco, estaba amordazado y no tuvo representación en la Convención Nacional Constituyente. Este antecedente permitió a la dictadura pronosticar el resultado de las elecciones generales convocadas para el año siguiente y, en consecuencia, tomar nuevamente medidas proscriptivas.

Con el Partido Justicialista otra vez prohibido de cara a las elecciones de 1958, Perón y Fronzizi negociaron a través de sendos delegados, John William Cooke y Rogelio Frigerio, el apoyo del general exiliado en España a la candidatura de Fronzizi. A cambio de este aval, el candidato por la Unión Cívica Radical Intransigente se comprometió a legalizar la CGT y a levantar la proscripción del peronismo. Con el determinante caudal electoral del justicialismo prohibido, Arturo Fronzizi triunfó ampliamente en las elecciones del 23 de febrero de 1958, imponiéndose por más de 4 millones de votos, cerca del doble de los sufragios que cosechó la fórmula Balbín-Del Castillo por la UCR del Pueblo. Arturo Fronzizi asumió la presidencia el 1.º de mayo poniendo fin a la oprobiosa dictadura militar de Pedro Eugenio Aramburu.

Durante su gobierno se acuñó el término «desarrollismo» para describir el perfil

de su administración. A diferencia de las políticas industrialistas del peronismo, basadas en el apoyo a la producción nacional mediante la intervención del Estado, la gestión de Frondizi, signada por las ideas de Rogelio Frigerio, impulsó la industria pesada mediante la radicación en el país de empresas multinacionales. Este esquema de producción, que afectaba principalmente a la pequeña y mediana industria y a los sectores del trabajo ligados a ella, provocó fuertes tensiones sociales caracterizadas por huelgas obreras y movilizaciones estudiantiles. En contrapartida, el gobierno aplicó el tristemente célebre Plan Conintes (Plan de Conmoción Interna del Estado), un programa de represión sistemática que habilitaba a las fuerzas armadas para reprimir huelgas, disolver protestas, manifestaciones y detener activistas para que pudieran ser juzgados por tribunales militares. La sumisión del gobierno de Frondizi a las continuas presiones castrenses terminó por atar de manos a la administración, a punto tal que los sucesivos ministros de Economía, como Álvaro Alsogaray y Roberto Alemann, fueron impuestos desde los cuarteles.

En cuanto a las normativas que, directa o indirectamente, tenían incidencia sobre la vida sexual de los argentinos, las cosas parecían ir por el mismo y estrecho andarivel determinado por el poder militar y eclesiástico. Como ya hemos dicho, el gobierno *de facto* de Aramburu había declarado inconstitucional el Reglamento de Procedimientos Contravencionales que otorgaba poderes judiciales a la policía, la que podía determinar el arresto tanto de prostitutas como de homosexuales o disidentes políticos de manera sumaria. Pero Frondizi, para congraciarse con la Iglesia, anuló aquella resolución reinstaurando la legislación anterior, represiva y retrógrada.

Durante la presidencia de Arturo Frondizi se encumbró uno de los personajes más oscuros, nefastos y patéticos de la historia de los últimos años: el comisario Luis Margaride, una suerte de Savonarola del siglo xx, un cruzado contra la homosexualidad, las «depravaciones» y el adulterio. Desde la Sección Moralidad, a cuyo frente fue nombrado en 1959, el comisario se propuso, entre otras tantas elevadas actividades, exterminar la homosexualidad, aunque en su espíritu anidara el anhelo de erradicar, lisa y llanamente, la sexualidad. Hombre proveniente del riñón de la Iglesia, no sólo organizaba feroces razias en diferentes locales para poner al descubierto y detener homosexuales, aprehender a parejas heterosexuales por el escandaloso hecho de que se besaran en la vía pública, sino que fue incluso mucho más allá de lo que nadie había llegado, persiguiendo el venerable propósito de extirpar el pecado de la ciudad de Buenos Aires, a la que veía como una Sodoma rediviva.

El comisario Margaride solía encabezar personalmente los allanamientos a numerosos hoteles alojamiento; en estos procedimientos, una comisión policial iba forzando las puertas habitación por habitación, requisando e identificando a los sospechosos que temporariamente ocupaban las camas. Así, los pecadores sorprendidos en paños menores —en el mejor de los casos— debían dar explicaciones a los uniformados. Si los circunstanciales moradores de un cuarto

resultaban ser adúlteros, eran inmediatamente denunciados a sus cónyuges por la expeditiva vía telefónica y luego conducidos a una comisaría. Algunos años más tarde, en mayo de 1963, la película *La cigarra no es un bicho*, una comedia dirigida por Daniel Tinayre, satirizaría estos grotescos operativos policiales tragicómicos y las contradicciones entre los nuevos vientos de libertad sexual que empezaban a soplar en la década del 60 y el choque con los viejos moldes represivos aún vigentes. A causa de esta mojigatería activa y su puritanismo militante, Luis Margaride se ganó el mote popular de Tía Margarita.

En materia de libertades sexuales, el desarrollismo de Frondizi no parecía haber llegado siquiera a la pubertad.

El ascenso de la juventud

Creen esos degenerados pornógrafos que vosotros no pensáis más que en el sexo; por eso os sirven películas, revistas, libros, espectáculos sicalípticos. ¿Quién ciñe la espada? ¿Quién se adelanta y triunfa? ¿Nadie? ¡Vergüenza para un pueblo que en un tiempo crió gigantes!».

Estas palabras, semejantes a las de un juicio inquisitorial de la Edad Media, bien podía haberlas pronunciado el acusador de Galileo Galilei o de Giordano Bruno. El uso del español antiguo, incluso, tenía resonancias muy lejanas en el tiempo y en el espacio. Sin embargo, el autor de esta proclama vociferada frente a una multitud reunida en una plaza pública no pertenecía a la Edad Media ni aquel alegato era el prolegómeno de la quema de un hereje; al menos, no en ese momento. Quien pronunció esas palabras, elevando el índice admonitorio, fue monseñor Víctor Bonomino, vicario castrense, frente a un grupo de exaltados jóvenes nacionalistas a comienzo de los años sesenta. Como en el pasado lo hiciera Leopoldo Lugones, el clérigo que bendecía las armas del ejército volvía a reclamar, textualmente, la perentoria hora de la espada.

Eran tiempos en los que ya no solamente la palabra cuestionadora hacia los factores tradicionales inquietaba al Poder; las faldas habían empezado a acortarse de un modo inédito mucho más arriba de la rodilla, las guitarras eléctricas ensordecían y los movimientos pélvicos del *rock'n roll*, todavía vacío de contenido contestatario, escandalizaban a los sectores más conservadores de la sociedad. Para ejemplificar el carácter vacío de los primeros referentes del rock, bastaba con señalar que el icono máximo de la época, Elvis Presley, tenía como más elevado ideal la obtención de una placa de agente del FBI. De igual modo, aquí en la Argentina los nacientes representantes de la llamada «nueva ola», Palito Ortega, Johnny Tedesco, Sandro, el Club del Clan y varios otros, no solamente cantaban canciones desprovistas de cualquier tono confrontativo, sino, al contrario, solían hacer paupérrimas apologías de la familia, de las creencias religiosas y del amor basado en los valores tradicionales. Sin embargo, otras expresiones juveniles ligadas a la literatura, la plástica y las artes en general se alejaban cada vez más de los viejos moldes establecidos e incluso se acercaban a la política y a los movimientos estudiantiles y obreros.

Hacia comienzos de los sesenta había un ambiente de ebullición juvenil que cuanto más se lo intentaba acallar, mayor era la presión que se generaba en su interior como una caldera a punto de estallar. Explosión que, ciertamente, no tardaría en producirse. La juventud se convirtió en una categoría a la que se le atribuyó un valor hasta entonces despreciado. Si hasta la década del 50 los jóvenes querían parecer

mayores, vestir trajes de hombres adultos y adoptar un aire de aplomada experiencia, en la década siguiente los papeles se invirtieron; la tendencia, de pronto, la imponían los jóvenes: el atuendo, el aspecto y hasta el modo de hablar surgía de los jóvenes y se extendía hacia los adultos. Las faldas de las mujeres, incluso las mayores, se iban acortando año tras año. Los hombres que al principio miraban con asombrado prejuicio el pelo largo y las patillas extensas de los jóvenes, no tardaron en dejarse, ellos también, voluminosas cabelleras que llegaban a tocar la ancha solapa del saco y flequillos que les cubrían la frente.

Las mujeres, cada vez más pintadas, usaban pestañas postizas, pequeños vestidos ajustados que realzaban la estrechez de la cintura, el largo de las piernas y se dejaban crecer unas uñas felinas. No sin escándalo, en las populosas playas de Mar del Plata empezaban a verse las primeras biquinis. La apología de la juventud y el progresivo desprecio por la vejez fueron algunos de los temas que tomó Bioy Casares en su novela *Diario de la guerra del cerdo*, de 1969.

Desde los sectores conservadores ligados principalmente a la Iglesia y al ejército, cada vez se hacían más frecuentes las proclamas que llamaban a combatir la inmoralidad. Como de costumbre, desde los púlpitos y las arengas castrenses se empezaron a agitar los fantasmas del «materialismo», ese mal siempre en ciernes en cuyo interior se mezclaban la sexualidad descontrolada con el comunismo. Sumándose a los sermones apocalípticos de monseñor Bonomino, tronaba la voz ronca y cuartelera del contraalmirante Gastón Clement:

Ante el disloque de los principios morales en progresiva crisis que afectan las reservas del espíritu argentino, contra la penetración sutil del comunismo que persigue la destrucción de nuestra individualidad como Nación soberana y democrática, en el culto de los valores supremos del alma humana está el mejor antídoto contra el sensualismo y la concupiscencia.

El «sensualismo» evidenciado en los muslos desnudos y apetitosos de las adolescentes que vestían aquellas escandalosas falditas eran el caballo de Troya del comunismo. Los vicarios castrenses llenaban los oídos de los militares con escenas dignas del infierno del Dante: hordas de barbados como las que habían desembarcado en Cuba y pretendían extender la Revolución a todo el mundo se mezclaban en delirantes orgías con las modelos de Mary Quant, mentora de la minifalda. Todas estas febriles pesadillas del avance porno-comunista no tenían ningún asidero si se examinaba, por ejemplo, la férrea moral sexual que imperaba en la Unión Soviética o Cuba. Pero la jerarquía eclesiástica, militar y, desde luego, los factores más concentrados de la economía necesitaban agitar el fantasma de la corrupción moral para poner en caja aquello que realmente les preocupaba: la protesta social. Por si fuese poco, en aquellos días el presidente Frondizi había tenido el tupé de reunirse con el Che Guevara. Fue la gota que colmó el vaso. En los cuarteles sordos ruidos oír se dejaban de corceles y de aceros; las hojas de las espadas empezaban a desenvainar y los fusiles ya tenían en el centro de la mira al ocupante del sillón de Rivadavia.

3.

Santos pecadores

La libertad de acción de Frondizi estuvo seriamente limitada por las continuas presiones militares; en el curso de sus cuatro años de mandato, además de las imposiciones castrenses sobre la composición del gabinete de ministros, el gobierno soportó veintiséis levantamientos militares y seis conatos de golpe de Estado. Los sucesivos intentos de legalizar al peronismo tuvieron numerosas idas y vueltas a causa de la sistemática oposición de los militares. Ni siquiera la proscripción del justicialismo alcanzó para contentar a las Fuerzas Armadas. Tras negarse a anular las elecciones de 1962, el 29 de marzo de ese año Frondizi recibió un llamado en su despacho. Era el contraalmirante Gastón Clement, el mismo que tiempo antes denunciara la demencial conspiración porno-comunista. El mensaje fue claro:

Señor presidente, quiero comunicarle que se ha resuelto su destitución y vamos a detenerlo. Lo siento mucho, pero yo no puedo hacer nada y dentro de un rato lo va a visitar el jefe de la casa militar. Se lo anticipo por si tiene que hacer algún preparativo.

La respuesta del Presidente fue más terminante aún: «No, muchas gracias».

Esa misma madrugada se hizo presente en su despacho un grupo de militares que venía a detenerlo. Pero el presidente, firme en su convicción, se resistió con una frase que había pronunciado unos días antes en un discurso televisado: «No renunciaré, no me suicidaré, no me iré del país».

La contestación de Frondizi tuvo un efecto inesperado y abrió un compás de espera, en el curso del cual se produjo un silencioso complot civil en el seno de la conjura pergeñada por los militares encabezados por el general Raúl Poggi: el senador radical intransigente José María Guido aprovechó el agotamiento de los militares quienes, luego de la larga vigilia conspirativa, se retiraron a descansar. Literalmente, los militares «durmieron»: cuando quisieron asumir el poder, descubrieron que la Corte Suprema de Justicia ya le había tomado juramento a Guido como presidente provisional de la Nación. Sin margen de maniobra para una nueva asonada, los militares golpistas, en un pacto que les evitara la befa pública, resignaron los cargos pero no el poder: Guido firmó un acta en la que, virtualmente, se comprometía a obedecer al Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas. En tanto, Arturo Frondizi fue detenido y permaneció preso durante más de un año.

La primera medida de gobierno de Guido fue anular por completo las elecciones de 1962 incluidos los demás distritos tal como exigían los militares. Inmediatamente después dispuso la disolución del Congreso Nacional, a la vez que todas las

provincias eran intervenidas por gobernadores *de facto*. El gabinete de ministros, y particularmente el Ministerio de Economía, fueron ocupados por funcionarios provenientes de los sectores más liberales: Federico Pinedo permaneció 19 días en el ministerio y renunció tras la drástica devaluación del peso a la mitad. La política general de gobierno y la crisis en que ya estaba sumida la economía, generaron cerca de cien mil despidos sólo en la industria metalúrgica y la textil. A Pinedo lo sucedió Álvaro Alsogaray, quien recortó los pagos del Estado y emitió bonos para pagar sueldos. Así como en el pasado el término «patriótico» se utilizó para sacralizar el fraude o para bendecir la simiente de lo que sería la infame deuda pública mediante el eufemismo «empréstito patriótico», Alsogaray volvió a apelar al viejo ardid para nombrar la estafa a los trabajadores con papeles pintados bautizándolos «bonos patrióticos 9 de Julio». Por estos años, luego de iniciarse en la «Libertadora», continuaría su ascendente carrera política José Alfredo Martínez de Hoz. La débil figura de Guido, de por sí sometida al poder castrense, además quedó asediada bajo el fuego cruzado de las facciones militares en pugna conocidas como *azules* y *colorados*.

En este contexto político y social, uno de los pocos funcionarios que permanecieron en sus cargos fue el cruzado Luis Margaride, aquel que se encargaba de perseguir homosexuales y allanar hoteles para cazar adúlteros. Acaso la historia sexual de los argentinos podría resumirse en unas pocas palabras; sin dudas, uno de los términos que mejor sintetizaría el nexo entre la vida pública y la vida privada de muchos de los que ocuparon sitios encumbrados en la historia de nuestro país es «hipocresía». Tal vez uno de los pocos hechos memorables del breve gobierno provisional de Guido haya sido un crimen, en apariencia policial, que, sin embargo, puso de manifiesto la inconmensurable distancia entre lo que se declamaba desde los estrados públicos a la luz del día y lo que esos mismos defensores de la moral hacían en otros ámbitos menos visibles.

La gélida mañana del 29 de mayo de 1962, Norma Mirta Penjerek, una estudiante de 16 años, como todos los días se dispuso a ir al colegio, el Liceo de Señoritas N.º 12. Ese día había huelga general; su madre, Clara Breitman, le sugirió que se quedara en casa. Pero ella prefería ir al colegio y encontrarse con sus amigas a quedarse encerrada en su cuarto. A la tarde, además, tenía su clase particular de inglés.

A pesar de la huelga y el frío polar, Norma hizo su rutina: por la mañana fue al colegio, al mediodía regresó para almorzar en su casa y a las seis y media de la tarde volvió a ponerse el abrigo para ir a su clase de inglés. Esta vez fue su padre, Enrique Penjerek, quien le insistió para que no volviera a salir, habida cuenta de que no funcionaban los colectivos. Ella sonrió, se levantó el cuello del tapado y le dijo a su padre que no le importaba caminar. Fue la última vez que la vieron. Jamás regresó.

La profesora de inglés, Perla Stazauer, confirmó que Norma estuvo en su clase habitual desde las siete hasta las ocho de la noche. ¿Qué pasó durante el trayecto desde la casa de su profesora en la calle Boyacá 420 hasta su casa en Juan Bautista

Alberdi 3252 a la que nunca llegó? Nadie pudo decir qué sucedió en aquellas diecisiete cuadras; no había testigos: nadie declaró haber visto a Norma esa noche luego de la clase de inglés.

Los días se sucedían, lentos y desoladores, y los padres de Norma, a pesar de la falta de noticias, no se resignaban a ese silencio opresivo. No había ninguna pista, ninguna hipótesis firme, ni siquiera una versión extraoficial. Nada. Ni en los libros de guardia de los hospitales, ni en las comisarías, ni en las morgues había registro alguno de Norma Penjerek. Por aquellos días, apenas salió una pequeña nota en la prensa titulada *Extraña desaparición de una joven*. Pasadas dos semanas desde la desaparición de Norma, Enrique Penjerek decidió publicar una solicitada en los diarios acompañada de una foto de Norma, apelando a la buena voluntad de aquellos que pudieran aportar algún dato. Pero no obtuvo más que los típicos llamados de fabuladores y algún aprovechador que pretendían lucrar con su desesperación.

Cuando el caso parecía condenado al limbo de los expedientes de la Sección Desaparecidos del Departamento Central de Policía, el 16 de julio de 1962 apareció el cadáver de una mujer joven en un descampado de la localidad de Llavallol en la provincia de Buenos Aires. El cuerpo estaba desnudo, a medio enterrar y en avanzado estado de descomposición. De inmediato llegó la policía y tomó cartas en el asunto. El procedimiento estuvo plagado de irregularidades, impericias y torpezas: no se tomaron huellas dactilares, los efectivos pisotearon la escena del crimen borrando indicios y desechando evidencias; ni siquiera se analizaron las prendas interiores que se encontraron a pocos metros del lugar. Tanta ineptitud resultaba sospechosa. Desde el primer momento se hizo evidente que la policía intentaba ocultar algo.

El cadáver estaba irreconocible: la víctima había sido estrangulada con un alambre y presentaba, además, un corte en la vena cava superior. De acuerdo con la primera autopsia, se determinó que se trataba de una mujer de un metro sesenta y cinco y aproximadamente veinte años de edad. A pesar de que Norma tenía cuatro años menos, medía poco más de un metro cincuenta y de que la ropa encontrada cerca del cuerpo, según declararon sus padres, no pertenecía a su hija, la policía se apresuró a determinar que la víctima era Norma Mirta Penjerek. Pero más grave aún resultaba el hecho de que los padres no reconocieron a su hija en aquel cuerpo desfigurado. Evidentemente, algún encumbrado personaje con poder suficiente para adulterar el expediente e influir sobre la investigación estaba detrás de estas oscuras maniobras. La policía pretendía clausurar rápidamente el caso a pesar de que nada cerraba. Por añadidura, la autopsia indicaba que la muerte se había producido entre el 4 y el 8 de julio, lapso que no guardaba relación con el avanzado estado de descomposición que presentaba el cadáver el día en que fue encontrado. Sin embargo, la policía logró amañar una dudosa pericia odontológica con una presunta prueba dactilar y pretendió poner punto final al asunto. El escándalo no tardaría en estallar.

El expediente dormía el sueño de los justos en algún cajón de Tribunales y no había el menor indicio de que la causa se reactivaría. Sin embargo, el 15 de julio del

año siguiente al crimen, María Sisti, una prostituta detenida en la Sección Moralidad, cuya jefatura estaba al mando de Margaride, dijo conocer al asesino: «Yo sé quién mató a la chica Penjerek», declaró y el largo silencio se convirtió en conmoción. La mujer apuntó a Pedro Vecchio, un concejal de Florencio Varela por la Unión Vecinal, agrupación vinculada al peronismo. Los vecinos habían notado que, en muy poco tiempo, Vecchio había pasado de ser un modesto comerciante que atendía una humilde zapatería cerca de la estación Florencio Varela a pasearse en un ostentoso Kaiser Carabela y llevar un tren de vida difícil de justificar. María Sisti denunció que el concejal dirigía una organización dedicada al reclutamiento, el tráfico y la explotación sexual de mujeres. Además de producir material pornográfico, el honorable edil organizaba fiestas sexuales a las que asistían encumbrados funcionarios nacionales y provinciales y, como era de esperar, militares y policías aseguraban la impunidad participando del negocio. La mujer dio nombres y datos muy precisos; señaló, incluso, el lugar donde se llevaban a cabo las orgías: una quinta llamada Los Eucaliptos, en la localidad de Bosques.

Esta inesperada declaración trascendió a la prensa y produjo un efecto inmediato: al romperse el férreo pacto de silencio, otras mujeres decidieron hablar. Así, tres prostitutas más confirmaron la denuncia de María Sisti, lo que permitió imputar a Pedro Vecchio y a una mujer que lo secundaba en el reclutamiento de mujeres. El escándalo explotó en los medios. De hecho, un modesto diario sensacionalista salido a la calle poco tiempo atrás sin demasiadas expectativas de mantenerse a flote, a partir de los titulares tamaño catástrofe que en sus portadas difundía las alternativas del caso Penjerek, multiplicó sus ventas hasta convertirse en el vespertino más vendido. De alguna manera, podría afirmarse que *Crónica* debe su larga vida a la prematura muerte de Norma. De pronto se había puesto al descubierto una red criminal que mezclaba funcionarios, políticos y personajes poderosos con asuntos vinculados a la trata de mujeres, el sexo, la pornografía y las drogas. Todo se había invertido: aquellos mismos que denunciaban la famosa conspiración porno-comunista, los que vinculaban las drogas con los nuevos movimientos compuestos por jóvenes de incipiente pelo largo y asociaban la violencia con el marxismo, se veían obligados a dar explicaciones.

Más allá de las implicaciones policiales, el caso Penjerek puso al descubierto la cara oculta de los guardianes de la moral. Pero de repente, cuando todo el mundo esperaba conocer los nombres de los funcionarios implicados en el crimen, que era sólo la punta de aquel ovillo que anudaba sexo, muerte y poder, un pesado telón cayó delante de los ojos de la opinión pública. La función terminó abruptamente. Desde las más altas esferas se obstruyó sistemáticamente la acción de los sucesivos jueces que tuvieron la causa —ocho en total—, hasta que el 5 de abril de 1965 Pedro Vecchio, finalmente, fue sobreseído. Se han tejido múltiples hipótesis, incluso una que señalaba la autoría del crimen a un grupo nazi vinculado a Adolf Eichmann, a cuya captura en Buenos Aires habría contribuido Enrique Penjerek el 11 de mayo de 1960.

Sin embargo, no se encontró ninguna evidencia cierta que apuntalara esta posibilidad. No solamente nunca se supo quién fue el asesino, sino que hasta la fecha subsisten serias dudas acerca de la identidad del cadáver desfigurado que se encontró en Llavallol.

El muy católico comisario Margaride, mucho más dispuesto a perseguir adúlteros en hoteles que a investigar redes criminales de explotación de mujeres, esta vez no levantó su índice acusatorio —en rigor, no movió un dedo— para encontrar a los asesinos. De hecho, algunos de los policías vinculados con la causa fueron acusados de haber participado en la siniestra Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) algunos años más tarde. El caso Penjerek no sólo puso de manifiesto la sórdida hipocresía de los custodios de la decencia, sino que sería uno de los prolegómenos del largo período signado por la sangre que se avecinaba.

El sexo de las tortugas y los halcones

Las elecciones del 7 de julio de 1963 estuvieron nuevamente marcadas por la proscripción del peronismo impuesta por los militares a la decorativa figura de José María Guido. En este opaco escenario resultó triunfante Arturo Illia, victoria que sería refrendada por el Colegio Electoral reunido el 31 de julio de ese mismo año. Illia, perteneciente a la Unión Cívica Radical del Pueblo, era un médico de vida austera y discreta. En Cruz del Eje, ciudad cordobesa en la que residía, silenciosamente y sin demagogia, se había ganado el afecto de los más pobres a fuerza de trabajo duro y desinteresado. Como médico rural solía recorrer las tortuosas distancias serranas a lomo de mula para atender pacientes sin recursos y llevarles medicamentos que él mismo pagaba de su bolsillo.

La primera decisión política de Arturo Illia fue la de legalizar el peronismo y devolverle todos sus derechos. Por primera vez desde el derrocamiento de Perón en 1955 se celebró el acto del 17 de octubre. Las medidas del gobierno de Illia atacaron varios frentes y tocaron intereses muy poderosos: cambió la matriz petrolera impuesta por Frondizi, anulando los contratos que beneficiaban a las multinacionales y oligopolios por ser «dañosos a los derechos e intereses de la Nación»; sancionó la Ley de Salario Mínimo, Vital y Móvil; estableció el Consejo del Salario integrado por representantes del gobierno, empresarios y sindicatos; impulsó la Ley de Abastecimiento para asegurar el acceso a la canasta familiar y fijó montos mínimos para las jubilaciones y las pensiones. En el plano de la educación, durante la gestión de Illia el presupuesto se multiplicó del 12% al 23% en sólo dos años; puso en marcha el Plan Nacional de Alfabetización y en 1966 se tocó el techo histórico de graduados de la Universidad de Buenos Aires al otorgar 40 000 títulos. Muchas de las medidas económicas de la gestión de Arturo Illia provocaron el repudio de los factores de poder cuyos intereses fueron afectados; pero acaso la sanción de la ley 16 462 marcó el principio del fin de su gobierno. La norma conocida como Ley Oñativia, en referencia al ministro de Salud Arturo Oñativia, establecía una política de control de precios y expedición de medicamentos bajo receta según la droga genérica y no la marca. Asimismo, se reguló la publicidad y los desembolsos a los laboratorios extranjeros, y se exigió un análisis de costos que puso en evidencia una escandalosa brecha del 1000% entre el costo de fabricación y el precio al paciente. Así, las grandes multinacionales de la industria farmacéutica encontraron en los militares un hombro amigo para llorar las medidas del «gobierno comunista» que amenazaba recortar sus ganancias obscenas a expensas de la salud del pueblo. Por

otra parte, Illia impulsó una política activa para dotar al Estado de herramientas de control de la producción industrial, creando la Sindicatura de Empresas del Estado.

Como puede advertirse, tras una somera enumeración de actos de gobierno, la administración de Illia no fue tibia, ni lenta ni perezosa como quiso presentarla el poderoso y variado arco opositor compuesto por voceros de empresas extranjeras, militares vociferantes, conservadores de distinto pelaje y sindicalistas rápidos para arreglar con la patronal. A pesar —o mejor, a causa— de haber hundido el bisturí en el órgano más emponzoñado de la anatomía argentina con la firme decisión de extirpar aquel nódulo hecho de prebendas, corrupción, cipayismo y excrecencias autoritarias, Illia fue caracterizado como un anciano irresoluto, incapaz de conducir los destinos del país. Se desató entonces una campaña de prensa tenaz y organizada, cuyos brulotes fueron las revistas *Primera Plana* y *Todo*, mientras en el plano político, la CGT fue la punta de lanza al poner en marcha el «Operativo Tortuga», consistente en caricaturizar al presidente con una caparazón y una expresión morosa y timorata. Los periodistas Mariano Grondona, desde las páginas de *Primera Plana*, y Bernardo Neustadt, desde *Todo*, no utilizaban siquiera eufemismos para exigir la intervención de los militares con el fin de terminar con el «desgobierno». Aferrados uno a cada bota del general Juan Carlos Onganía, Neustadt y Grondona no dejaban de exaltar la viril resolución del militar en detrimento de la supuesta lentitud de Illia. En rigor, lo que llamaban «lentitud» era, paradójicamente, la vitalidad del presidente para tomar medidas que disgustaban al poder económico, militar y eclesiástico. Lo que le reclamaban, en verdad, era la velocidad con que Guido, su antecesor, solía obedecer las órdenes que recibía de las Fuerzas Armadas.

La mayor parte de los medios presentaban a Illia como un presidente viejo, lento y, por así decirlo, carente de *glamour* y hasta del erotismo surgido de los nuevos ideales asociados a la juventud y el vértigo. La imagen del presidente-tortuga era todo lo contrario de lo que podía verse en las tapas de las revistas pletóricas de cantantes de pelo largo posando en veloces convertibles deportivos. Lo cierto es que los gobiernos más conservadores fueron sumamente rápidos para poner en práctica políticas retrógradas y ágiles para resucitar cánones morales medievales. Periodistas conservadores, o lisa y llanamente golpistas, como los infatigables Mariano Grondona y Bernardo Neustadt, fueron pioneros en asociar la inutilidad de la democracia con la supuesta morosidad del Estado en comparación con la presunta eficacia de la iniciativa privada y la resolución castrense. Así, para estos nuevos ideólogos de la derecha más rancia, se trataba de vincular los conceptos de juventud y eficacia con los de iniciativa privada y libre empresa. En la vereda opuesta quedaban los moldes supuestamente obsoletos del peronismo y de la tradición popular del radicalismo asociados, de acuerdo con esta lógica, con el «Estado elefantiásico».

Fue un trabajo propagandístico carente de toda sutileza; de hecho, cuando la perorata neoconservadora de *Primera Plana* no resultaba lo suficientemente convincente, ahí estaban las Fuerzas Armadas para hacer entrar la letra con sangre.

Mediante un curioso proceso de travestismo, de pronto los conservadores militaristas eran los paladines de la modernidad e investidos de un erotismo del que siempre abominaron, seguían el ritmo de las canciones del Club del Clan con una sonrisa falsa y una torpeza inocultable. Así, por ejemplo, un actor emblemático de la vieja escuela como Luis Sandrini, abanderado de la moral, la familia y la tradición, de repente se transformó en un profesor *hippie*, moderno a la fuerza, resignado a no dejar que la nueva ola le pasara por encima.

El sexo de las morsas

El gobierno de Arturo Illia restituyó al peronismo todos los derechos que las sucesivas dictaduras le habían conculcado y en 1965, sin proscripciones ni condicionamientos, convocó a elecciones legislativas. En este escenario, el Partido Justicialista consiguió una holgada victoria sobre las demás fuerzas, imponiéndose con una diferencia de más de medio millón de votos sobre la Unión Cívica Radical del Pueblo. Como era de esperarse, el triunfo del peronismo provocó una fuerte convulsión en el seno de las Fuerzas Armadas y en los sectores liberales y conservadores del arco político y social. El 28 de junio de 1966 una comisión integrada por el general Alsogaray, el brigadier Rodolfo Pío Otero y el coronel Luis Perlinger irrumpió en el despacho del Presidente de la República para exigirle el abandono de la Casa Rosada. Ante la firme negativa de Arturo Illia, que debió recordar a los militares que él era el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, ingresó un grupo de policías a fuerza de palos y gases lacrimógenos, al mismo tiempo que tropas del ejército sitiaban la Casa de Gobierno. El 29 de junio el general Onganía usurpó el sillón de Rivadavia proclamando la llamada «Revolución Argentina», que nada tenía de revolución y mucho menos de argentina: se trataba de un nuevo eufemismo para nombrar al viejo y conocido golpe de Estado que, como siempre, significó una involución en el tiempo y la extranjerización del patrimonio que Illia había comenzado a nacionalizar.

Apodado «La Morsa» por sus bigotes largos y llovidos, Onganía instauró una dictadura militar cruenta y represiva e impuso un Estado policial. Una de las primeras medidas del gobierno *de facto* fue eliminar las políticas que restringían los privilegios a las empresas multinacionales y los oligopolios extranjeros; asestó un duro golpe a los sectores del trabajo congelando los salarios y coartando el derecho a huelga. Uno de los actos más nefastos ocurridos durante el gobierno de Juan Carlos Onganía fue la llamada Noche de los bastones largos: el 28 de julio de 1966 fue violentamente reprimida una manifestación de universitarios; cuatrocientas personas, entre las que se contaban estudiantes, docentes, autoridades universitarias y graduados, fueron duramente apaleadas mientras eran llevadas detenidos. La violencia de la policía se hizo sentir con particular saña en la Facultad de Ciencias Exactas y la de Filosofía y Letras. A partir de ese negro episodio se impuso un estado de sospecha y persecución a científicos, intelectuales e investigadores, muchos de los cuales se vieron obligados a exiliarse.

Si el gobierno de Frondizi marcó los inicios de la rutilante carrera del comisario Margaride, durante el período de Onganía se produjo su momento de gloria: a sus

anchas y en su salsa, volvió a abocarse a las razias en hoteles alojamiento, locales nocturnos, bares y cines en una verdadera cacería de adúlteros, homosexuales y prostitutas. La cruzada contra la inmoralidad se hizo extensiva a parques, plazas, autocines y cuanto lugar público o privado pudiera ser punto de encuentro para el pecado. El largo de las faldas y el del pelo pasó a ser potestad del Estado: la policía, los jefes de personal y las autoridades escolares, colegiales y universitarias eran quienes decidían en qué medida debían alargarse las faldas de las mujeres y acortarse el pelo de los hombres; las seccionales de policía se convirtieron en centros de *coiffeur* en los que se rapaba a los jóvenes si el pelo sobrepasaba el cuello de la camisa. *El extraño del pelo largo*, canción que interpretaba La Joven Guardia era el testimonio de la carga de rebeldía que se le confería a un detalle que hoy se diría insignificante o, cuanto menos, frívolo.

El empeño de Margaride no era óbice, sin embargo, para que ciertos comisarios pudieran hacer la vista gorda a cambio de algunos dineros provenientes de los dueños de determinados bares en los que solían producirse encuentros entre hombres. Cafés como el Augustus, en Florida y Paraguay, The First and Last, en Viamonte y Madero, El Vikingo, en Santa Fe y Callao, El Privado, sobre Coronel Díaz, el Cheyene, El Florida y los bares de Viamonte desde Maipú hasta 25 de Mayo, muchos de la avenida Santa Fe y otros tantos a lo largo de avenida Callao eran los ámbitos de encuentro entre hombres que buscaban alguna aventura con otros hombres. Pero Onganía y su guardián de la moral, la ya célebre Tía Margarita, se ocuparon escrupulosamente de terminar con todo aquel circuito que constituía una verdadera forja de la cultura homosexual. También había requisas policiales en los baños de las terminales de trenes, en algunos cines de la avenida Corrientes y hasta en los andenes del subte. Cualquier sitio oscuro y más o menos recóndito era, de acuerdo con la percepción paranoica de Margaride, un potencial nido de homosexuales y pervertidos. Algunos años más tarde Manuel Puig escribiría *El beso de la mujer araña*, novela que retrataba la persecución a homosexuales y disidentes políticos cuyo destino común era la cárcel.

A la persecución política, académica y sexual había que agregar, claro, el acoso a todas las disciplinas del arte. No sólo a las obras menos convencionales, cuya punta de lanza era el legendario Instituto Di Tella, sino incluso a otras que no podrían calificarse siquiera de osadas. Un caso emblemático fue el de la prohibición del *ballet El mandarín maravilloso*, de Béla Bartók, obra que narraba un episodio violento y sensual entre una bella muchacha corrompida por tres vagabundos y un emperador lujurioso. Tampoco pasó el filtro de la censura *La consagración de la primavera*, de Igor Stravinski, ni la ópera *Bomarzo*, de Alberto Ginastera, basada en la novela de Manuel Mujica Lainez.

Para comprender la situación de la lucha por los derechos sociales, políticos y sexuales en la Argentina de los años sesenta no puede ignorarse el contexto internacional. En Estados Unidos, la oposición a la guerra de Vietnam fue el punto de

confluencia de varios grupos culturales, expresados por el naciente movimiento *hippie*, agrupaciones feministas, sectores de centroizquierda, intelectuales, escritores, artistas de diversas ramas y hombres y mujeres jóvenes que se atrevieron a cuestionar el *statu quo* y sacudir la modorra del norteamericano medio, moralista, belicista e ignorante de lo que sucedía fuera de las fronteras de su país. Por primera vez se hablaba de liberación sexual, se reclamaban derechos para los homosexuales y se proclamaba el amor libre en los mismos ámbitos en los que se exigía el fin de la guerra, la igualdad racial y la ampliación de los derechos civiles. En la Argentina gobernada por los militares, a las consignas surgidas en Estados Unidos se agregaba la lucha contra el Estado policial, la proscripción del peronismo y el levantamiento de la censura. La resistencia popular a la dictadura de Onganía se hizo sentir durante el Cordobazo, cuando sectores del movimiento obrero y estudiantil se lanzaron masivamente a las calles de la capital de la provincia para protestar contra el régimen. La brutal represión fue sin embargo desbordada y superada por las multitudes en pie de lucha. Era aquel el principio del fin del régimen de Juan Carlos Onganía.

Si durante la década del 60 se instalaron los temas de debate surgidos del mapa nacional e internacional, en la década del 70 la lucha iba a dirimirse en el marco de una violencia inusitada, cuya escalada habría de resultar en la dictadura militar más sangrienta de la historia argentina.

6. Sexo y revolución

La Revolución Cubana fue para muchos el norte que sintetizaba los ideales de igualdad social, liberación, independencia del imperialismo de Estados Unidos, acceso a la cultura mediante la alfabetización universal y un regreso a las fuentes libertarias iniciadas por José Martí y Simón Bolívar. Por otra parte, la figura del Che Guevara estaba envuelta en un halo de romanticismo y sensualidad: su rostro soñador, la frente amplia y el torso generoso y atlético le conferían todos los atributos de un verdadero símbolo sexual. Los jóvenes se rendían ante su épica legendaria y las mujeres suspiraban ante su belleza reproducida hasta el infinito en afiches, revistas y remeras.

En Estados Unidos, Harry Hay, líder del naciente movimiento homosexual provenía, además, del Partido Comunista. Sin embargo, la realidad cubana en materia de libertades sexuales era bien distinta de aquellos ideales que unían liberación social con liberación sexual. Un discurso de Fidel Castro pronunciado en 1968 dejaba muy claro su punto de vista:

Los medios culturales no pueden servir de marco a la proliferación de falsos intelectuales, que pretenden convertir el snobismo, la extravagancia, el homosexualismo y demás aberraciones en manifestaciones de arte revolucionario, alejado del espíritu de nuestra Revolución.

No era ésta una declaración aislada, sino apenas una muestra explícita de cuál era la moral sexual que animaba a la Revolución. Antes, en 1961, Fidel Castro había ordenado varios operativos en la capital cubana en los que se detuvo a prostitutas y homosexuales. En 1965 el gobierno revolucionario organizó las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), que eran verdaderos centros de detención y campos de trabajo forzado en los que se «reeducaba» a los «elementos antisociales»; dentro de este último grupo se incluía, paradójicamente, a militantes religiosos y homosexuales.

Por entonces se promulgó la Ley de Ostentación Homosexual, cuyo propósito era la detención sumaria y sin proceso de quienes fuesen considerados homosexuales. A la fuerte tradición católica y machista propia del Caribe, se sumó el estalinismo implícito en la alianza con la URSS; la síntesis de estos elementos, en apariencia opuestos, derivó en un grado de represión sexual más cercana a la Edad Media que el ideal declamado del «Hombre Nuevo». Resultaba cuanto menos paradójico que mientras el régimen militar argentino perseguía las «desviaciones» y los «excesos sexuales» asociándolos al materialismo que negaba el alma y los consideraba vehículo de la introducción del «marxismo ateo», los partidos comunistas que

obedecían al mandato de la URSS se refirieran al sexo en los mismos términos pero, a la inversa, atribuían su presunto carácter disoluto al capitalismo decadente. A propósito, en un reportaje concedido en agosto de 2010 a Carmen Lira, directora del periódico *La Jornada*, de México, Fidel Castro admitió su responsabilidad, por acción u omisión, en la persecución a homosexuales:

Si alguien es responsable, ése soy yo (...) Sí, fueron momentos de una gran injusticia, ¡una gran injusticia!, la haya hecho quien sea. Si la hicimos nosotros, nosotros. Estoy tratando de delimitar mi responsabilidad en todo eso porque, desde luego, personalmente, yo no tengo ese tipo de prejuicios.

En la Argentina, sin embargo, todas las discusiones giraban en torno del peronismo. La argamasa en la que se forjó la juventud de fines de los sesenta y principios de los setentas era una mezcla heterogénea que dio como resultado un espíritu de ruptura, rebeldía y cambio. El surgimiento del rock, la experimentación con viejas y nuevas drogas, la masificación de la píldora anticonceptiva, el feminismo y los movimientos contestatarios surgidos en diferentes lugares del mundo se fundieron con los conflictos nacionales. El Mayo Francés era el emblema de las nuevas generaciones universitarias. A uno y otro lado del océano los jóvenes se concentraban en manifestaciones que enarbolaban consignas contrarias a la guerra de Vietnam, a las desigualdades raciales, sociales y sexuales. Se trataba, en fin, de un grito unánime en contra de los pilares del capitalismo y de los dogmas burgueses que habían llevado a Occidente a las dos guerras mundiales de la primera mitad del siglo y no ofrecía una salida a un mundo cada vez más conflictivo e injusto.

A este marco internacional se sumaban los conflictos que la Argentina arrastraba desde principios del siglo xx: los sucesivos golpes militares que hicieron naufragar todos los proyectos de raigambre popular, desde el derrocamiento de Yrigoyen hasta la proscripción permanente del peronismo. Los nuevos vientos que soplaban parecían encaminados a hacer justicia y terminar con tantos años de frustración. El regreso de Perón dejaba de ser un viejo sueño de las grandes mayorías para empezar a convertirse en una realidad palpable. La consigna «luche y vuelve» se multiplicaba en las paredes de todas las ciudades del país. Durante esa transición de los sesenta a los setenta surgieron los primeros grupos armados, en cuyas filas confluían, también, jóvenes de muy distintas extracciones políticas, culturales y sociales. No deja de resultar paradójico que la agrupación Montoneros surgiera del grupo de ultraderecha Tacuara. En efecto, Tacuara era un grupo estudiantil filonazi, ultracatólico, nacionalista de filiación rosista en el que confluían Ricardo Curutchet, director de la revista fascista *Cabildo*, Marcelo Sánchez Sorondo, quien llegó a recriminar al dictador Francisco Franco no haber apoyado suficientemente al Eje durante la Segunda Guerra (no resultaba fácil ubicarse a la derecha de Franco) y Juan Manuel Abal Medina. Desde la revista *Cristianismo y Revolución* fueron acercando posiciones hacia el peronismo, la Revolución Cubana y el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Montoneros surge, según su propia definición, como «la

vanguardia armada nacionalista, católica y peronista» cuya plana mayor, concebida como una organización militar, estaba compuesta por Mario Firmenich, Fernando Abal Medina, Norma Arrostito y José Sabino Navarro. En principio, se diría que semejante mezcla que fusionaba catolicismo, disciplina militar, tradición rosista y simpatía por la Revolución Cubana no sólo era un experimento verdaderamente ecléctico, sino que no ofrecía demasiado espacio para consignas de liberación sexual, feminismo y tolerancia con los homosexuales.

Es necesario establecer una diferencia sustancial entre la cúpula y la base de Montoneros: en su mayoría, los jefes de la agrupación armada provenían de las clases altas, eran miembros de familias tradicionales, católicas y nacionalistas, tal el caso de Abal Medina, Mario Firmenich y Carlos Gustavo Ramus. La base, en cambio, estaba compuesta mayoritariamente por miembros de la clase media y, en menor medida, de la baja. En este aspecto no se diferenciaba demasiado de la estructura de las Fuerzas Armadas, cuya comandancia y oficialidad estaban vinculadas con la oligarquía y las clases altas, mientras los suboficiales y soldados pertenecían a las clases bajas. Esto no es un detalle menor para comprender de qué sustancia estaba hecha la moral montonera.

Un caso diferente del de Montoneros fue el del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), surgido en 1970 como brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Sus miembros fundadores más notorios fueron Mario Roberto Santucho, su esposa Ana María Villarreal y Enrique Gorriarán Merlo, entre otros. Más tarde se uniría José «Joe» Baxter. En consonancia con otros grupos armados de la región, el ERP formaría parte de la Junta de Coordinación Revolucionaria junto al movimiento Tupamaros en Uruguay, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Bolivia, cuyo propósito era establecer la Revolución Socialista y extenderla mediante la lucha armada a toda América latina.

El ERP era una organización militar cuyos cuadros tenían rango jerárquico, semejante a un ejército regular: en la cúspide estaba el Estado Mayor integrado por los comandantes; debajo, las compañías encabezadas por un capitán; luego los pelotones liderados por un teniente y finalmente las escuadras al mando de un sargento. Los jóvenes que se acercaban a la militancia eran, por lo general, estudiantes idealistas imbuidos de esa mezcla de compromiso social, rechazo a las normas burguesas establecidas, a las instituciones anquilosadas (familia, tradición, propiedad privada) y a los viejos prejuicios sociales, raciales y sexuales. Sin embargo, cuando estos jóvenes entraban en contacto con las organizaciones armadas, lejos de encontrarse en una comunidad regida por el amor libre, se topaban con una rigurosa instrucción militar verticalista y jerárquica en la que debían obedecer sin discutir las órdenes impartidas por la superioridad. De pronto, la moral burguesa que venían a poner en entredicho era sustituida por una moral mucho más rígida y dogmática, dirigida a disciplinar a los jóvenes para convertirlos en combatientes. En

este marco, el ejercicio de la sexualidad estaba condicionado por esta estructura militarizada y quedaba subordinado a los superiores objetivos de la Revolución. En el ámbito estudiantil compartían ideas, gustos musicales, lecturas, salidas, circuitos culturales como cines, cafés y, desde luego, experiencias sexuales. En el pasaje de la militancia a la lucha armada, los combatientes debían abstenerse de cualquier conducta que pudiera ser considerada promiscua.

El artículo *Moral y disciplinamiento interno en el PRT-ERP* de Vera Carnovale recoge valiosos testimonios de varios hombres y mujeres que militaron durante aquella época. Una mujer que sólo dio su nombre de pila, Silvia, relató cómo era la visión de la sexualidad para muchos estudiantes de su generación:

Sucede que yo empecé la Facultad de Arquitectura en el 69, entonces para mí aquello fue una fiesta. Yo me encontré con un mundo (...) donde la facultad hacía propuestas muy de avanzada, muy desatinadas para la tradicional clase media rosarina. Allí se hablaba de todo... por ejemplo: amor libre, tema que en mi casa era imposible hablar. Nadie podía hablar de sexo antes del matrimonio. Muchos temas que eran tabú en la sociedad allí se manifestaban con mucha libertad. Estaban los movimientos *hippies*, estaban los movimientos políticos de toda la gama política. Era una facultad embanderada de la puerta para todos lados (...). Yo tenía muchas dificultades con mi familia, a causa de todo esto yo quería más libertades personales (...) Yo tenía ganas de no ser enjuiciada por mis conductas. (...). Yo me integré al Partido porque creí, en el fondo, que iba a ver reflejado todo lo que yo venía madurando en esos años (...) yo pensaba que estaba incluido, que la Patria Socialista traía un mundo de cambio total.

El testimonio pone de manifiesto algunos de los anhelos que impulsaban a los jóvenes a ingresar en la militancia. Revolución y liberación social parecían venir de la mano de la liberación sexual. Sin embargo, la experiencia militante mostraba una realidad bien diferente. Refiriéndose a la cuestión moral dentro del PRT, Silvia agrega:

Era muy jodida. Te digo que era muy jodida porque en realidad yo pensé que era moderna. Pero no, era tan antigua como la que había dentro de mi casa. Yo tuve una sanción por el tema de moral (...). Mi sanción fue: pasarme a la posición de simpatizante (...) con lo cual me quedaba excluida de la discusión política (...) tenía vedada la palabra. Pero sí atendía: (...) yo preparaba la comida, lavaba los platos, hacía todo el servicio.

Lejos de encontrarse en un ámbito con criterios diferentes del de su familia tradicionalista del interior acerca del sexo y del lugar de la mujer en la sociedad, Silvia fue relegada al silencio y el castigo era ocuparse de la cocina y de las tareas domésticas. Es decir, el mismo lugar que le tenía deparado el sistema que se proponía derribar.

En muchos casos, el ingreso a la militancia era una experiencia iniciática cuyo propósito principal era establecer vínculos sociales con la esperanza de relacionarse sexualmente. Así lo señaló con absoluta transparencia un hombre que se identificó como Miguel:

Por un lado, yo iba con la idea del tema de la dictadura. Por el otro lado, era un chico que... había tenido una característica (...) de adolescente, tímido. Entonces era un abrirse al mundo, (...) de abrirse a la cuestión sexual. Bueno ahí había chicas muy hermosas, entonces ese despliegue que yo hacía también era

una forma de mostrarme (...). Porque yo siempre digo que en ese momento, el que no era de izquierda, y más en esa facultad, era imposible (conquistar) a una mujer (...). Así que eras de izquierda o eras de izquierda. Mientras más a la izquierda, más atractivo.

Sin embargo, el PRT, lejos de ser un ámbito de encuentro sexual, no sólo regía la acción política, sino incluso la vida íntima de cada uno de sus miembros. El mismo artículo de Carnovale recoge el testimonio del escritor y periodista Eduardo Anguita:

Para mí el límite de incorporación al ERP no era un límite muy preciso, era el límite entre grupos de amigos, grupos de militantes, (...) y de relaciones amorosas. Porque además se realimentaba en el grupo de adolescentes y de jóvenes al que uno pertenecía (...) donde también las chicas valoraban eso, aceptaban eso, se comprometían en eso... (...)

Yo era bastante moralista... qué sé yo (...) estaba bastante compenetrado con eso de la moral revolucionaria. Incluso perseguía a algunos que se andaban metiendo en historias.

Es decir, no solamente la organización imponía conductas morales a los miembros, sino que los propios militantes se convertían en guardianes de la sexualidad de sus compañeros. Nada escapaba de la órbita del Partido; todo, incluso la vida sexual de cada uno de sus miembros podía ser materia de discusión, debate y, eventualmente, de castigo si los superiores consideraban que algún militante había incurrido en una conducta indebida. A propósito, Eduardo Anguita en el testimonio que cita Vera Carnovale en su artículo dice:

Había una cosa muy jerárquica (...) un exceso de vida interna (...). Discutía mucho internamente pero... (...) la sensación que yo tenía era que yo me debía a mis compañeros (...) yo tenía la mentalidad de que si uno formaba parte de un grupo revolucionario tenía que aceptar la disciplina, dar el debate en la medida en que uno pudiera (...). Incluso en algunos casos creo que hasta quería sobreactuar esta cosa de disciplina y rigor y cumplir con la línea política.

Una de las herramientas de la disciplina del PRT era la «proletarización» de sus militantes. Este proceso consistía en «compartir la práctica social de la clase obrera y adquirir sus características y puntos de vista», sostiene Carnovale. Es decir, aquellos miembros provenientes de la clase media debían mudarse a los barrios obreros y emplearse en fábricas para hacer carne la experiencia proletaria y forjar una verdadera conciencia de clase. Pero lo más curioso de este mecanismo era que solía usarse como un método punitivo para aquellos que incurrían en faltas de carácter sexual: «Tanto la proletarización como el control de hecho del comportamiento sexual y/o afectivo de los militantes guardan muchas veces entre sí un vínculo estrecho en tanto una sanción por razones de conducta sexual y/o afectiva podía consistir en la proletarización compulsiva del militante en cuestión», apunta Carnovale. De esta manera, la vida sexual de cada miembro era motivo de intensos debates en el seno del Partido. Así, la infidelidad o cualquier otra desavenencia conyugal de los militantes que formaban pareja dentro del PRT se convertían en materia de discusión y, llegado el caso, de sanción por parte de la superioridad. El testimonio de Silvia ejemplifica con dramática elocuencia el grado de intromisión del

Partido en la vida sexual de los militantes:

Yo me había casado con X y él era un súper militante. Y nuestra pareja no andaba. Pero yo no podía discutir de eso ni con él, porque a la noche, en la cama había que leer *El Combatiente* (órgano de prensa del PRT). Y si había un problema, se discutía en una reunión que se armaba especialmente.

Y en este caso, el problema era que Silvia, con más ganas de combatir en la cama que de leer *El Combatiente*, había mantenido un encuentro furtivo con otro militante. Con una mezcla de remordimiento y la creencia revolucionaria de que la hipocresía era una rémora pequeñoburguesa, Silvia decidió confesar a su marido su breve romance. Con idéntica entrega colectiva, el marido engañado elevó la discusión a la superioridad y se resolvió debatir el asunto en la célula. «En dicha reunión, los otros compañeros trataron de aplacar el malestar y la insatisfacción de Silvia evocando las virtudes revolucionarias de su marido», sostiene Carnovale.

Pero el problema de Silvia no era precisamente de insatisfacción social. Se generó entonces una discusión absurda acerca de cuál de los dos hombres tenía mayores atributos revolucionarios. Así recuerda Silvia el debate:

«Pero el compañero es un buen compañero» (...) «Bueno, está bien, pero esto no va, no sé qué pasa». Entonces era una cosa absolutamente absurda pero yo en ese momento creía que ellos tenían la autoridad moral para opinar, eh. Y a pesar de que a mí no me gustaban las decisiones, las acataba todas, ojo.

El resultado de la discusión, un virtual juicio sumario, no fue la «proletarización», es decir, no la enviaron al exilio en un barrio obrero ni a trabajar en una fábrica, sino, literalmente, a lavar los platos.

Las diferencias que separaban al PRT-ERP de Montoneros no eran sólo políticas; mientras que para Montoneros la Revolución en la Argentina sólo era posible bajo la conducción de Juan Domingo Perón, para el ERP, contrariamente, Perón constituía el obstáculo más arduo para la instauración del socialismo. El clásico cántico montonero «Perón, Evita, la patria socialista» era reinterpretado por el ERP de manera literal pero en sentido contrario: «Perón evita la patria socialista», repetían con dudoso humor freudiano. De cualquier forma, más allá de las diferencias objetivas, los militantes del ERP se consideraban diferentes y, de alguna manera superiores a los montoneros. Así se desprende del testimonio de Verónica, una militante encarcelada durante los años setenta:

Las compañeras del PRT teníamos una moral diferente a las compañeras del peronismo. Creíamos que era mejor, que teníamos una fortaleza mayor, una disciplina mayor (...). La disciplina, el orden nos ayudaba a vivir mejor (...). A mí eso me ayudó a crecer (...) esa moral, esa disciplina a nosotras nos fortalecía y nos servía para juntar fuerzas (...) era una lucha por la sobrevivencia.

Como hemos dicho, los máximos líderes de la agrupación Montoneros provenían de familias tradicionales y tenían una formación católica de raigambre rosista. Sin embargo, su adhesión al peronismo, movimiento policlasista y populista que nunca

renegó de su sustrato burgués, determinó también su visión y práctica de la sexualidad. En este sentido, la moral dentro de la organización era más laxa que en las filas del ERP y en algunos casos tan ambigua como la típica doble moral atribuida a la burguesía. Por otra parte, tanto en el PRT-ERP como en Montoneros, las mujeres tuvieron un lugar destacado aunque, en muchos casos, debieron ganárselo no sin esfuerzo, ya que los prejuicios machistas también estaban presentes en estos ámbitos.

Lili Masferro provenía de una tradicional familia católica, había egresado como maestra normal de un colegio de monjas. Quiso estudiar Medicina, pero su padre, dueño de un pensamiento tradicionalista, se opuso de manera terminante. Algún tiempo después, y en contra, también, de los deseos paternos, finalmente ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras. Amiga de Pirí Lugones y de Julia Constenla —una militante de las FAR, la otra amiga entrañable de Celia de la Serna, madre del Che Guevara— Lili Massferro también compartía la mesa en las célebres cenas en casa de Bioy Casares junto a Borges y «Babsy» Torre Nilson. Sus amistades y amores atravesaron, de izquierda a derecha, el amplio abanico intelectual que iba desde el periodista Marcelo Laferrere (con quien se casó) y el escritor Héctor Murena hasta los poetas Paco Urondo y Juan Gelman.

El casamiento de Lili Massferro con Marcelo Laferrere hizo que Pirí Lugones le recriminara su amoldamiento a la institución tradicional del matrimonio, del que tanto abominaban, y se alejara de su amiga: «Estás hecha una burguesa de mierda, creo que ya no entendés nada de la vida, desde que te convertiste en la señora de Laferrere estás irreconocible».

En 1971 el hijo mayor de Lili fue asesinado por la dictadura de Lanusse. Este hecho trágico significó un drástico giro en su vida. Por entonces, diría: «Nosotros somos los que les hemos dado estas ideas a los chicos y ellos están ofreciendo la vida, y los están matando».

La muerte prematura de su hijo y su autoinculpación decidió a Lili Massferro su acercamiento a la militancia. No dejaba de resultar llamativa la inversión generacional que se produjo en esta época: varios hombres y mujeres entraron en la lucha armada imitando a sus hijos mientras, en las generaciones anteriores, eran los hijos los que seguían los pasos de los padres. Lili estaba por entonces en pareja con Paco Urondo. Al asesinato de su hijo se sumó el descubrimiento de que Urondo, con quien convivía, estaba participando en Montoneros a sus espaldas. La reacción fue terminante:

Mirá, hijo de puta: me estuviste mintiendo hasta hoy, ocultándome la verdad, sabías que estaba desesperada, que necesitaba de los compañeros y no me dijiste nada. Si ahora se te ocurre insinuar que no tengo capacidad para militar, la patada en los huevos que te doy te la vas a acordar para toda la vida.

A partir de entonces, Lili Massferro ingresó también ella en Montoneros con el nombre de guerra de Pepa. De cuadro raso, en poco más de un año llegó a ser la fundadora de la Rama Femenina del Movimiento Peronista Montonero y no le

temblaba la voz para discutir de igual a igual con el mismísimo Mario Firmenich. Pero Paco Urondo le tenía deparada una segunda y demoledora sorpresa a Lili: un día ella se enteró de que él la estaba engañando hacía mucho tiempo con otra mujer. Enfurecida, no tuvo tiempo, sin embargo, de hacerle recriminación alguna: Urondo la abandonó. Lili estuvo a punto de suicidarse; pero tomó coraje y al día siguiente decidió denunciar a su expareja ante la conducción de Montoneros. Paco Urondo fue condenado a la degradación por «infidelidad contrarrevolucionaria».

Más allá de la sanción, fue elocuente la reflexión de Lili Massaferró en su alegato acusatorio:

¡Lindo hombre nuevo estamos haciendo! ¿Para qué? ¿Para que tenga las mismas hipocresías, las mismas mañas, para que sea desleal con su compañera, no pueda dar la cara y corra detrás de la primera pendeja de piernas frescas que encuentre? (...) Si vamos a hablar de nuevos valores, de una nueva sociedad, hablemos en serio. Si no, déjenme de joder con eso de «compañeros», son unos machos cobardes y traidores como cualquier pequeñoburgués.

Ni putos ni faloperos: Montoneros

Entre las numerosas organizaciones políticas que poblaron el escenario de la década del 70, cuyas siglas fueron acaso una marca de época (ERP, PRT, FAR, FAP, etc.), hubo una que pasó injustamente inadvertida y tal vez haya estado a la vanguardia de casi todas las demás: el FLH. Los lemas de entonces sintetizaban con elocuencia los fines y los métodos de cada agrupación: «Perón o muerte», «Luche y vuelve», «Perón, Evita, la Patria Socialista» y muchísimas otras por el estilo. La consigna que levantaba el FLH también tenía una concepción revolucionaria y un contenido social, pero fue la primera en atreverse a ir bastante más allá de lo tolerable para esa época, incluso para las organizaciones armadas: «Revolución sexual y socialización del culo». Estas palabras fueron acuñadas por uno de los miembros más conspicuos del FLH (Frente de Liberación Homosexual) Néstor Perlongher.

Como hemos hecho constar con testimonios y documentos, dentro de los grupos armados la homosexualidad era condenada de la misma forma que lo hacía el ejército regular al cual se enfrentaban. Las palabras de Perlongher, poeta y escritor de pluma filosa, brillante, no sólo estaban dirigidas a escandalizar a los sectores conservadores, sino más bien a las agrupaciones revolucionarias de izquierda. Podría afirmarse que la ironía era un dardo directo a Jorge Masetti, uno de los fundadores de la agencia de noticias *Prensa Latina* y luego del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP). Masetti, siguiendo un plan elaborado con Ernesto «Che» Guevara, creó el primer foco guerrillero en la selva salteña. Durante aquella campaña, en la localidad de Orán, redactó el Código de Conducta del EGP en el que se imponía la pena de muerte frente a las figuras de traición, desertión, violaciones, robo y prácticas homosexuales. Surgió un crudo testimonio acerca de cuál era criterio del EGP frente a la homosexualidad. Héctor Jouvét, miembro de la organización armada, recordó cómo fue fusilado su compañero Adolfo Rotblat, apodado Pupi:

Tenía un poco más de 21 años... Ya comenzó a tener problemas en la marcha. Se quedaba. ...y bueno había que sostenerlo un poco para que siguiera marchando. Y a veces la columna iba más lenta por él... Cuando nos quedamos sin agua durante 24 horas, con mucho calor y muchas dificultades para seguir caminando, Pupi perdió fuerzas, y como que se fue desmoronando su personalidad. Cuando llegamos al campamento estaba muy mal. Se cubrió la cabeza con las manos y acurrucó su cuerpo. Entonces Masetti pensó que había que fusilarlo. Yo me opuse, y le dije que no, que no estaba de acuerdo. Insistí y entonces me dijo: «entonces vos le vas a dar el tiro de gracia». No, yo no lo iba a hacer porque no violaba ningún código de seguridad: no era desertor, no tenía actitud cobarde ante el enemigo, no era homosexual.

El acto, atroz a todas luces, ¿hubiese quedado justificado si la víctima hubiese

sido homosexual?

El FLH era una respuesta a la derecha reaccionaria pero también a la izquierda. Uno de los fundadores de la agrupación era Héctor Anabitarte, militante expulsado del Partido Comunista por reivindicar públicamente su homosexualidad. De hecho, los miembros del FLH fueron una suerte de parias, blanco del fuego cruzado entre ambos bandos. El teniente coronel Osinde, oficial de la ultraderecha peronista, uno de los ejecutores de la masacre de Ezeiza, para exaltar la virilidad de los verdaderos justicialistas, dedicó una memorable frase a la Juventud Peronista y a los Montoneros: «Son homosexuales y drogadictos», declaró. Basta imaginar la reacción de Mario Firmenich o de Rodolfo Galimberti, cuya homofobia era conocida. La respuesta de la JP no se hizo esperar:

*No somos putos,
No somos faloperos,
Somos soldados de Evita
Y Montoneros.*

Si en algún momento Néstor Perlongher albergó la idea de que era posible una alianza entre el FLH y la izquierda peronista, luego de aquella consigna su aspiración iba a verse frustrada. De hecho, la agrupación que defendía los derechos de los homosexuales había participado activamente en los actos más importantes del peronismo; la columna del FLH estuvo presente en la asunción de Héctor Cámpora y en Ezeiza para recibir a Perón.

¿Cuáles eran las reivindicaciones del Frente de Liberación Homosexual? Con la precisión que caracterizaba su prosa, las palabras de Néstor Perlongher sustituían cualquier ampulosa proclama o manifiesto grandilocuente:

No queremos que nos persigan, ni que nos prendan, ni que nos discriminen, ni que nos maten, ni que nos curen, ni que nos analicen, ni que nos expliquen, ni que nos toleren, ni que nos comprendan: lo que queremos es que nos deseen.

No casualmente, el símbolo que eligió la FLH fue el triangulo rosa invertido con el que se estigmatizaba a los homosexuales en los campos de concentración nazis. Ese emblema acaso fue un augurio de lo que sucedería, pocos años más tarde, en los centros clandestinos de detención de la dictadura militar.

VI.
Los setenta:
sexo y violencia

La vuelta de Perón

Al cabo de intensas y numerosas tratativas con Lanusse, después de un exilio de 17 años, el 17 de noviembre de 1972, finalmente Perón pudo volver a la Argentina. En esta primera visita, el General permaneció 27 días en el país. Alojado en la residencia de Gaspar Campos, durante su breve estada recibió una verdadera peregrinación de dirigentes, militantes y sindicalistas, además de la impresionante movilización de más de cien mil miembros de la Juventud Peronista que desfiló frente a la residencia de Vicente López.

Desde Madrid, Juan Domingo Perón había trazado la estrategia para retornar al poder sorteando la proscripción que pesaba sobre él. Perón eligió a Héctor J. Cámpora para que encabezara la fórmula presidencial de cara a las elecciones. De esta forma, una vez que alcanzara la presidencia, Cámpora revocaría la prohibición y quedaría allanado el camino para que Perón fuera ungido presidente mediante una nueva convocatoria a elecciones. Por entonces, la Juventud Peronista acuñó la consigna «Cámpora al gobierno, Perón al Poder».

Pocos historiadores han destacado un hecho notable: el vínculo de Cámpora con el general Perón se estrechó a través de la vieja amistad que unía al «Tío» con Juan Duarte. Cámpora y Juancito solían compartir las salidas nocturnas, las giras por los *cabarets* porteños y, a decir de Miguel Bonasso, «la farra con las vedettes y las actrices de moda». De hecho, Juan Duarte y Cámpora viajaron juntos a Europa en 1952 siguiendo el circuito nocturno de las principales ciudades del Viejo Mundo.

El plan comandado por Perón desde Madrid resultó exitoso: en las elecciones celebradas el 11 de marzo de 1973 la fórmula Cámpora-Solano Lima obtuvo el 49,5% de los votos contra 21,3% del radicalismo representado por Ricardo Balbín, en un triunfo aplastante. Los vínculos que Cámpora estableció antes y durante su gobierno con la Juventud Peronista, Montoneros y las agrupaciones de la izquierda peronista habrían de enfrentarlo con los principales dirigentes sindicales de la CGT y las 62 Organizaciones. El 20 de junio, Juan Domingo Perón regresó definitivamente a la Argentina. Durante los preparativos del histórico acto de bienvenida se produjo la masacre de Ezeiza, cuando aquellos mismos grupos opuestos se trenzaron en una batalla campal en medio de la disputa por el palco principal; los enfrentamientos dejaron 13 muertos y 365 heridos. A pesar del clima de creciente violencia, el plan de Perón siguió su curso: el 13 de julio de 1973 el presidente Héctor J. Cámpora renunció y en su reemplazo asumió el presidente de la Cámara de Diputados, Raúl Lastiri, quien convocó nuevamente a elecciones, levantando la prohibición que pesaba sobre la candidatura de Perón.

Una vez más la historia sexual y la historia nacional habrían de converger: en las elecciones del 23 de septiembre, la fórmula Perón-Perón se consagró victoriosa alcanzando el 62% de los votos. Así, el 12 de octubre de 1973 Juan Domingo Perón asumió la presidencia de la República por tercera vez, secundado por su esposa María Estela Martínez de Perón como vicepresidente.

¿Quién era, en verdad, esta mujer desconocida para la mayor parte de los argentinos, que había alcanzado, sin esfuerzo ni méritos, el lugar al que nunca pudo llegar la propia Evita?

Isabel, la espía: del *cabaret* a la Casa Rosada

Enigmática, sigilosa y rodeada de un aura oscura, Isabel Martínez era el exacto opuesto de Evita. Desprovista de carisma, falta de brillo y dueña de una inexpresividad gélida, Isabelita se ganó el diminutivo por su pequeñez e insignificancia antes que por el cariño popular que rebautizó a Eva Duarte como Evita. En realidad, aquella mujer con aspecto de severa directora de escuela no siempre fue Isabel Martínez; a lo largo de su sinuosa existencia se hizo llamar de diferentes maneras.

Nació el 4 de febrero de 1931 en La Rioja y, siendo la menor de seis hermanos, la anotaron en el registro civil como María Estela Martínez. En 1934 la familia se mudó a Buenos Aires. Vivían en el barrio de Belgrano y tuvieron un buen pasar hasta que el padre de María Estela murió cuando ella tenía siete años. Los hermanos mayores se vieron obligados a trabajar siendo muy jóvenes. Retraída y solitaria, María Estela pasaba la mayor parte del día tocando el piano y ensayando danzas a escondidas en su cuarto; su madre jamás aceptó su vocación de bailarina. Este hecho finalmente provocó una pelea familiar y María Estela escapó de la casa siendo una adolescente.

A partir de entonces María Estela vivió en la casa de unos viejos amigos de su familia, los Cresto, quienes, virtualmente, la adoptaron como una hija. José Cresto, el jefe de la familia, era miembro fundador de una escuela de espiritismo y junto a su esposa celebraban tenebrosas sesiones para establecer contacto con las almas de los muertos. Tomados de la mano alrededor de una mesa en una sala iluminada por la luz vacilante de un candelabro, María Estela entraba en un profundo trance y, con voz cavernosa y los ojos en blanco, creía hablar con los muertos.

Además de iniciarla en el ocultismo, los Cresto la incentivaron para que continuara con sus clases de danza. María Estela no había cumplido los veinte años cuando consiguió su primer trabajo en un *ballet* de danzas españolas y folklóricas, y salió de gira por varias ciudades del Interior. A partir de ese momento se inició una carrera sospechosamente veloz: contratada por una compañía española, pronto pasó de las giras por el Interior a los viajes por distintos países de América latina. A partir de entonces adoptó el nombre artístico de Isabel, en homenaje a su madre adoptiva, Isabel de Cresto. Actuó en Montevideo, en Santiago de Chile, en Lima, en Quito y en Medellín. Fue en este último destino donde pasó a integrar el *ballet* de Joe Herald, un coreógrafo cubano radicado en Venezuela. En Caracas trabajó en un *cabaret*, el *Paxapoga*, en el que hacía un número picaresco muy ligera de ropas. Con ese mismo *show* se presentó en otro *cabaret* de la ciudad de Panamá.

Juan Domingo Perón, luego de ser derrocado en 1955, inició un exilio que lo llevó primero al Paraguay de Stroessner y más tarde a Panamá, a la sazón gobernado por Arias. En las abundantes fotos de aquella época puede verse al General reposando junto a la piscina del Hotel Washington rodeado de jovencitas pertenecientes al *ballet* de Joe Herald. En una de estas fotos se distingue claramente a una jovencísima Isabel posando en traje de baño junto a Perón. Al otro lado, sonriente y cargando un caniche blanco, se ve al hombre que presentó al general y a la bailarina: Roberto Galán, quien durante años habría de conducir uno de los programas más populares de la televisión argentina oficiando, justamente, de casamentero: *Yo me quiero casar ¿Y usted?*

Por esos días, sin embargo, Perón mantenía un romance con una joven turista estadounidense, Eleanor Freedman. La *Gringuita*, como la llamaba el viejo líder, aparentaba mucha menos edad que los 27 años que tenía. Habida cuenta de que la dictadura argentina que lo había derrocado estaba empeñada en presentar a Perón como un perverso ventilando su relación con la estudiante secundaria Nelly Rivas, cuando trascendió a la prensa la información de su romance con el general, Eleanor decidió volver a su país, ante la evidencia de que la CIA estaba dispuesta a convertir aquel inocente *affaire* en un escándalo. De hecho, en Estados Unidos había comenzado a circular la versión de que el «tirano prófugo» tenía secuestrada a una joven norteamericana.

Viendo que el camino estaba allanado, Isabel, a través de los oficios de Galán, consiguió que Perón le hiciera un lugar en su nuevo departamento del lujoso edificio Lincoln en el centro de la ciudad de Panamá. Durante ese período ella se ocupó de todos los menesteres domésticos y personales de Perón, desde lavar los platos, cocinar y limpiar, hasta fungir de eficiente secretaria corrigiendo, incluso, los manuscritos que el general estaba escribiendo. Como si fuese poco, hasta bailaba para él en privado y le adivinaba el futuro a través de la fluida relación que mantenía con los espíritus de los muertos. Qué más se podía pedir. Maravillado, el propio Perón escribió en una carta a un amigo: «Toca el piano, baila, canta, cocina, administra la casa, haciéndonos la vida más agradable, por lo que ni por pasteles la dejaremos ir».

Lo cierto es que Isabel no sólo hacía estos méritos por el auténtico cariño y admiración que ella sentía por Perón: la muchacha, según ella misma le confesó al general, necesitaba escapar de los siniestros manejos de Joe Herald. En realidad, el *ballet* era una fachada que ocultaba otro negocio a expensas de las bailarinas. Provenientes de distintos países, lejos de sus casas, las jóvenes recibían un sueldo miserable —cinco dólares por función— por parte de Herald, para obligarlas de esta forma a completar una paga que les permitiera vivir; claro que esos oficios no tenían que ver ya con el baile, sino que luego de la función debían alternar con los clientes del *cabaret*. Es decir, se ganaban la vida haciendo que los hombres dejaran su dinero en copas, con la promesa jamás cumplida de mantener sexo con ellos.

Cuando Isabel se presentó ante Perón, lo hizo con la esperanza de que él pudiera liberarla de aquella vida sórdida. Y lo consiguió. A propósito de este turbio pasado,

algunos años después, la Juventud Peronista, parafraseando la consigna «Si Evita viviera sería montonera», corearía a voz en cuello aquel cántico que decía: «Si Evita viviera Isabel sería copera». Asimismo, glosando la vieja frase «Perón cumple, Evita dignifica», decían «Perón cumple, Isabel coopera», elidiendo una «o» de modo que sonara «Isabel copera».

A pesar de la felicidad que expresaba Perón en sus cartas, durante la primera convivencia con Isabel, en la que ella oficiaba de colaboradora, no todos fueron momentos gratos para el General. Perón comenzó a albergar serias sospechas sobre aquella mujer que se había metido en su vida y a quien, en rigor, no conocía. Una noche, mientras él estaba en la cama durmiendo con sueño liviano, se despertó al advertir que alguien andaba por la casa. Simulando dormir, abrió un ojo y entonces pudo comprobar que Isabel, linterna en mano, revolvía los cajones de su escritorio y hurgaba entre los papeles privados del General. Un colaborador de Perón, Ramón Landajo, le hizo saber que él mismo la había visto reunirse furtivamente con funcionarios de la embajada argentina en Panamá. Hábil como era, Perón no sólo no le hizo saber su descubrimiento a la muchacha, sino que la utilizó para hacer llegar a Buenos Aires información falsa. Con la fuerte sospecha de que la joven pudiera ser una espía, el general decidió enviarla a España. Ante aquella alternativa Isabel tuvo una reacción que mostraba su potencial hostilidad y poder de daño: le hizo saber que si la despachaba, ella no vacilaría en denunciarlo por aprovecharse de ella, una bailarina casi cuarenta años menor que él, como lo había hecho con la adolescente Nelly Rivas. Lejos de significar la ruptura definitiva, sea porque Perón concluyó que Isabel no era una espía o porque creyó haberla ganado para la causa, la convivencia no sólo continuó sino que se consolidó.

Colaboró a este hecho una grave neumonía que aquejó a Perón y estuvo cerca de acabar con su vida: los cuidados que Isabel le prodigó, su preocupación y el modo incondicional en el que lo acompañó sin despegarse de él un minuto convencieron al General de la lealtad de Isabel. Sólo entonces se develó el misterio: Isabel confesó a Perón que trabajaba para los servicios de inteligencia de la dictadura argentina. El *ballet* había sido armado por la SIDE, Joe Herald era en realidad un argentino que se hacía pasar por cubano y la gira de la compañía era una excusa para seguir de cerca los pasos de Perón. Avergonzada, Isabel le hizo saber al General que la convivencia la llevó no sólo a enamorarse perdidamente de él, sino a abrazar la causa peronista. En sus fueros íntimos Perón siempre lo supo y en ese momento, luego de la confesión, decidió creerle. Por las dudas, Perón tomó una última precaución: por entonces la vida del expresidente estaba en riesgo, la posibilidad de un atentado hacía que jamás se despegara de un Smith & Wesson .38; Panamá era un nido de agentes de la CIA, de la KGB y de los servicios de la Libertadora. Perón podía ser blanco del disparo de un francotirador, sufrir un «accidente» o ser envenenado. Para prevenir esta última posibilidad y comprobar la lealtad de Isabel, dejaba que ella probara la comida antes de que él tomara el primer bocado.

Sin embargo, los colaboradores más estrechos de Perón no aceptaban aquella relación. A propósito, Arturo Jauretche escribió al sacerdote Hernán Benítez:

Usted y yo hemos sabido que este hombre fue toda su vida de costumbres morigeradas y ahora parece vinculado íntimamente a una dama de muy baja extracción moral y públicamente. Esto me preocupa, pues no son inventos (...). Por respeto a quien ocupó ese lugar en el pasado (*lo dice por Evita*) y es insustituible en el alma de nuestras multitudes y por respeto a quienes están dando todo heroicamente.

Pero más allá de las resistencias, los obstáculos, las mentiras y las confesiones dolorosas, el 5 de enero de 1961 Perón legalizó su vínculo en Madrid con aquella bailarina exótica que había llegado como espía y terminó siendo su esposa.

La aprendiz del brujo

El mandato de Isabel Martínez fue un período breve y oscuro, signado por la sombra ominosa que proyectaba José López Rega sobre el gobierno que, con la muerte de Perón, había quedado virtualmente huérfano. Este personaje sombrío, que llegó como secretario privado de Juan Domingo Perón, ejerció sobre su viuda una influencia esotérica digna de un Rasputín.

López Rega nació el 17 de octubre de 1916. Su vínculo con la muerte data del mismo instante en que vio la luz: su primera víctima fue su propia madre, muerta durante el parto. Fue un niño retraído, huraño y de hábitos solitarios. Una temprana inclinación al ocultismo lo llevó a iniciarse durante su adolescencia en la lectura de libros de nigromancia que habrían de introducirlo en el lóbrego camino del espiritismo. Formó parte de una secta umbanda y cultivó la magia negra como aprendiz de Victoria Montero, una médium y pitonisa que, según aseguraba, alguna vez le había adivinado el futuro a Eva Perón. López Rega tuvo dos carreras frustradas: primero quiso ser futbolista, pero nunca pudo pasar de la tercera división de River. Probó fortuna con el canto lírico, aunque la suerte volvió a serle esquiva. Pero todavía le quedaba una vocación intacta y estaba decidido a jugarse a todo o nada esa última carta: quería ser policía. Fuera porque el Departamento de Policía no tenía las exigencias de un club de fútbol de primera división ni, mucho menos, las del Teatro Colón, fuera porque sus aptitudes de vigilante estaban a la vista, el hecho es que José López Rega fue admitido para vestir el uniforme azul de la Policía Federal con el grado de cabo.

Convencido de que existía un vínculo cabalístico entre la fecha de su nacimiento, un 17 de octubre, y la del alumbramiento del peronismo, y persuadido de que se trataba de una predestinación, pacientemente fue construyendo el cumplimiento de sus propias profecías. Escaló posiciones en la policía estableciendo contactos políticos, a la vez que ascendía en la secta umbanda: el aprendiz de hechicero pasó a liderar la negra congregación, ganándose con justicia el apodo que llevaba no sin cierto orgullo: el Brujo. Es necesario destacar que López Rega era un personaje esencialmente apolítico: él consideraba que la política era sólo un medio para alcanzar los «designios cósmicos». La magia negra y la religión umbanda incluían la sangre y los sacrificios; de modo que no resulta casual que en el proyecto político de López Rega, la muerte y el asesinato constituyeran la piedra basal de su accionar. Siempre atribuyó su relación con las tres mujeres de Perón a un plan del destino: había sido alumno de canto de Aurelia Tizón; como policía, formó parte de la guardia de la residencia presidencial de Olivos creyéndose el protector de Evita y con Isabel

lo unió el conocimiento del espiritismo y las ciencias ocultas.

José López Rega tenía una particular forma de hacerse respetar; ante su ausencia de carisma, su cortedad de carácter y su incapacidad para la retórica, cada vez que se veía interpelado se desabrochaba la bragueta y sacaba a relucir un miembro viril de unas proporciones equinas. A propósito, Marcelo Larraquy refiere en su libro sobre López Rega la siguiente anécdota:

En una vulgar discusión de barajas, un adversario puso en duda su hombría. López se puso de pie, se abrió la bragueta, se valió de las dos manos para dejar al aire todo lo que guardaba dentro de su pantalón y lo depositó, manso y pesado, sobre la mesa. La barra quedó pudorosamente conmovida ante el gesto.

Acaso éste fuese otro punto en común con el legendario Rasputín, cuyo pene descomunal es exhibido en el Museo del Erotismo de San Petersburgo dentro de un frasco con formol. Al parecer, los importantes atributos de López Rega también eran una suerte de pieza de museo, ya que su mujer, Josefa Maseda, llegó a reclamarle por «incumplimiento de sus obligaciones maritales». Pero López justificaba su abstinencia en las enseñanzas de su autor de cabecera, el «filósofo» colombiano Israel Rojas, cuyos consejos para la pareja matrimonial eran sumamente estrictos: «Si carece del conocimiento espiritual y científico, entonces proceden sin control a hacer abuso del sexo, quemando su energía creadora, lo cual les acarrea como natural consecuencia enfermedades y fracasos».

Ya porque fuese un hombre sumamente ahorrativo en materia de energía creadora, ya porque en su «filosofía» encontraba una excusa para su probable impotencia sexual, López Rega había condenado a su mujer a una involuntaria vida monacal.

Lo cierto es que el Brujo se fue abriendo camino de distintas maneras: podía ser amable hasta la genuflexión con sus superiores, despótico con los que estaban por debajo de él y también sabía ejercer su predicamento entre sus cofrades espiritistas. Este último fue el caso de Isabel. Causaba impresión ver los discursos de la presidente: un paso detrás de ella podía verse a López moviendo disimuladamente los labios para dictarle letra a la viuda de Perón. Era como un ventrílocuo con su muñeco.

La vida profesional y política de José López Rega se inició junto a Filomeno Velazco, un fascista confeso que llegó a ejercer la Jefatura de Policía durante el primer gobierno de Perón. Pero quien le abrió la puerta para que entrara en el círculo más íntimo del expresidente fue María Estela Martínez. Ella había viajado a Buenos Aires enviada por su marido con el propósito de reagrupar las fuerzas dispersas del Partido Justicialista, por entonces proscripto. Durante una reunión en la casa del mayor Alberte, Isabel conoció al Brujo y quedó fascinada con ese personaje que, como ella, hablaba el oscuro idioma del ocultismo. Aquel nexa habría de profundizarse en Madrid, cuando López Rega se convirtió en la mano derecha de Perón. Desde la llegada del nuevo secretario privado del General, luego de la

medianoche se percibían movimientos extraños en la residencia de Puerta de Hierro. Una madrugada, sobresaltado por los ruidos, un empleado acudió a la sala y se encontró con un cuadro patético y macabro: López Rega había abierto el ataúd en el que, luego de tantas desventuras, descansaba el cuerpo de Evita; en trance y con los ojos desorbitados, el Brujo pronunciaba palabras ininteligibles. López Rega había movido el cajón hacia el sector de la sala que estaba justo debajo del cuarto de Isabel para que el espíritu de Evita migrara hacia el cuerpo de la nueva esposa de Perón.

A juzgar por el inexistente carisma de aquella mujer que llegaría a ser presidente de la Nación, puede afirmarse con certeza que las sesiones espiritistas de López Rega no surtieron efecto alguno. Pero si el alma de Evita no llegó a anidar en el cuerpo de Isabel, el Brujo sí consiguió adueñarse de la voluntad de la antigua bailarina de *cabaret*. Luego de la muerte de Perón, cuando ella asumió la primera magistratura, todas las decisiones políticas las tomaba López Rega; Isabel se convirtió en la sombra de aquel hombrecito insignificante que, sin que nadie pudiese imaginarlo cuando era apenas un cabo de la policía, habría de convertirse en el funcionario más influyente del país, primero como secretario personal de Perón y luego como ministro de Bienestar Social.

¿En qué invirtió López Rega toda aquella fuerza creadora que, de acuerdo con sus convicciones, le había sustraído al sexo y que tan insatisfecha tenía a su esposa? Aquel enorme caudal acumulado durante tantos años habría de usarlo para poner en marcha su mayor creación: la tristemente célebre Alianza Anticomunista Argentina, conocida como la Triple A. En la misma línea ideológica y con idéntico espíritu creador al de su colega Polo Lugones, inventor de la picana eléctrica, López Rega puso en marcha la más siniestra organización parapolicial y paramilitar de la historia argentina, sólo comparable a su antecesora remota: la funesta Mazorca de Juan Manuel de Rosas. La Triple A habría de sentar las bases metodológicas de la más sangrienta de las dictaduras, por entonces en ciernes.

En torno de López Rega se nucleó un clan heterogéneo en el que confluían policías retirados y en actividad, sindicalistas corruptos, lumpenes de toda laya y pelaje, residuos de las fuerzas de choque peronista de otras épocas, grupos ultracatólicos, antisemitas, miembros de la SIDE y adherentes a los credos espiritistas que profesaban el Brujo e Isabel. De no haber sido por su poder letal y, sobre todo, por su penetración en los estamentos del Estado y el gobierno que les otorgaba una impunidad absoluta, los miembros de la Triple A hubiesen sido una pléyade de personajes dignos de una comedia. La exaltación de la muerte, la sed de sangre, el deleite por el terror y el sadismo manifiesto, evidenciaban aquel viraje de Eros hacia Tánatos, aquella renuncia al placer y su preferencia por el goce en la crueldad, al que se refería López Rega en su libro (por llamar de alguna manera a ese pastiche de frases inconexas) *Alpha y Omega* cuando hablaba de la resignación del sexo en pos de un objetivo superior. El órgano de prensa de la Triple A, *El Caudillo*, dirigido por Felipe Romero, tenía como lema «No hay mejor enemigo que el enemigo muerto» y

desde sus páginas plagadas de odio llamaba a «eliminar a los infiltrados marxistas del movimiento». Pero como política y sexualidad siempre han ido de la mano, es oportuno recordar cuál era la opinión de *El Caudillo* y, en consecuencia, de la Triple A, en torno a determinados temas sexuales:

Acabar con los homosexuales (...). A los que ya lo son proponemos que se los interne en campos de reeducación y trabajo, para que de esa manera cumplan dos objetivos: estar lejos de la ciudad y compensarle a la Nación trabajando la pérdida de un hombre útil. Hay que acabar con los homosexuales. Tenemos que crear Brigadas Callejeras que salgan a recorrer los barrios de las ciudades, que den caza a esos sujetos vestidos como mujeres, hablando como mujeres. Cortarles el pelo en la calle o raparlos y dejarlos atados a los árboles con leyendas explicatorias y didácticas. No queremos más homosexuales. Que vayan todos a «los países amigos». El marxismo ha utilizado y utiliza a los homosexuales como un instrumento de penetración y un aliado de ese objetivo.

Una vez más, la sexualidad era utilizada como excusa de represión, esgrimendo las «desviaciones sexuales» como caballo de Troya del marxismo.

La primera operación de la Alianza Anticomunista Argentina fue el ataque al senador radical Hipólito Solari Yrigoyen el 21 de noviembre de 1973: una bomba explotó en su auto y lo hirió gravemente en las piernas. A partir de esa fecha se produjo una escalada de atentados contra figuras destacadas de diferentes ámbitos, anunciada mediante la publicación de una lista que incluía los siguientes nombres: Rodolfo Ortega Peña, Curutchet, López, Troxler, Sandler, Sueldo, Bidegain, Cámpora, Laguzzi, Betanín, Villanueva, Firmenich, Caride, Taiana, Añón y Arrostito. Luego del asesinato de Julio Troxler, la Triple A lanzó un breve comunicado cargado de cinismo: «La lista sigue. Murió Troxler y el próximo, para rimar, será Sandler».

La organización parapolicial liderada por López Rega dejó una extensa huella de muertes: Silvio Frondizi, hermano del expresidente Arturo Frondizi; Alfredo Curutchet, defensor de presos políticos; Atilio López, exvicegobernador de Córdoba y el sacerdote Carlos Mugica, entre muchísimos otros. Científicos y políticos fueron amenazados de muerte y debieron exiliarse. Mientras Osvaldo Papaleo era secretario de Prensa y Difusión de Isabel Martínez de Perón, numerosos actores y periodistas también se vieron obligados a dejar el país. Desde el inicio del gobierno de Héctor J. Cámpora hasta el derrocamiento de Isabel se produjeron en la Argentina alrededor de quinientas ejecuciones y aproximadamente seiscientas desapariciones forzadas.

La semilla de la dictadura militar y su plan de asesinatos y desapariciones sistemáticas ya había sido sembrada.

VII. Sexo y dictadura

El sexo y la sangre

El 24 de marzo de 1976 tuvo lugar el golpe de Estado que dio inicio a la dictadura militar más sangrienta de la historia argentina. El derrocamiento de Isabel Martínez de Perón por parte de la junta militar integrada por Videla, Massera y Agosti, comandantes del ejército, la marina y la aviación, respectivamente, desató la represión más feroz, sistemática y criminal de la que guarde memoria este país. El golpe contó con el apoyo de un arco político que iba desde el Partido Comunista hasta los sectores liberales, conservadores, algunos referentes del radicalismo, una parte del justicialismo ligado al sindicalismo de derecha y la cúpula de la Iglesia Católica. Recibió, además, el respaldo explícito y militante de periodistas tan diferentes como Mariano Grondona y Bernardo Neustadt por un lado, y Jacobo Timerman y su hijo Héctor por otro, y de un amplio espectro de la prensa gráfica y audiovisual. Desde la revista filonazi *Cabildo* hasta el diario progresista *La Opinión*, diversas publicaciones celebraron el golpe militar. Pero el autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional» no fue generoso ni siquiera con muchos de sus mentores y aduladores: Jacobo Timerman, director de *La Opinión*, cuya portada del 31 de marzo del 76 caracterizaba al golpe con el benévolo titular «Bajo el signo de la moderación», fue secuestrado, desaparecido y torturado por aquella misma dictadura «moderada».

La razón invocada por aquel abanico cívico-militar para justificar el golpe fue la de poner fin a la violencia de las organizaciones armadas surgidas durante los años anteriores: Montoneros y las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), de filiación peronista; el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), de orientación marxista y los demás grupos armados menores. Sin embargo, el propósito de la dictadura no fue diferente del de sus antecesoras remotas, desde el golpe encabezado por Urriburu hasta el de Onganía pasando por la llamada Revolución Libertadora: otorgar poder irrestricto a los sectores de la oligarquía, sus socios y mandantes de las corporaciones multinacionales y los grupos económicos concentrados. Así, bajo la excusa declarada de la lucha contra la subversión, se estableció un modelo liberal obediente a las directivas del Fondo Monetario Internacional (FMI) que favorecía a los intereses de los sectores más poderosos. Basta revisar la lista de ministros y secretarios para comprobar con qué descaro se benefició a las corporaciones que, de hecho, ya retenían el poder económico: José Alfredo Martínez de Hoz, ministro de Economía, era presidente del Consejo Empresario Argentino; Jorge Zorreguieta, secretario de Ganadería, era titular de la Sociedad Rural Argentina; Adolfo Diz, designado presidente del Banco Central, era director ejecutivo del FMI y encabezaba la

Asociación de Bancos de la Argentina (ADEBA); en tanto, la Secretaría de Programación y Coordinación Económica fue para Guillermo Walter Klein, quien estaba al frente de la Cámara Argentina de Comercio. Es decir, se transfirió de manera desembozada el poder político al poder económico mudando, literalmente, los despachos de los dirigentes de las corporaciones a la administración pública.

El saldo económico que dejó la dictadura significó la destrucción del aparato productivo industrial, la virtual desaparición de la pequeña y mediana industria, la estatización de 45 000 millones de deuda privada fraudulenta en perjuicio de toda la sociedad, el congelamiento de los salarios y su caída relativa al nivel más bajo desde la década de 1930, el crecimiento de la pobreza del 6% en 1975 al 40% de la población en 1983, el remate y la pérdida en masa de las viviendas de miles de argentinos a causa de los créditos hipotecarios que alcanzaron tasas cercanas al 100%. Estas fueron algunas de las consecuencias de la política económica implementada por Martínez de Hoz y sus sucesores.

Por otra parte, no puede sustraerse el golpe militar argentino del mapa político y económico continental regido, a la sazón, por la Doctrina de Seguridad Nacional impartida, fomentada y sostenida por los Estados Unidos. De hecho, todos los gobiernos democráticos de la región ya habían sido derrocados y reemplazados por regímenes *de facto*. Pinochet en Chile, Geisel en Brasil, Banzer en Bolivia, Bordaberry en Uruguay y la vieja dictadura de Stroessner en Paraguay constituían el marco externo que propició el golpe en la Argentina.

Como en ocasiones anteriores, la flamante dictadura disolvió el Congreso Nacional y lo sustituyó por una Comisión de Asesoramiento Legislativo (CAL), destituyó a los miembros de la Suprema Corte de Justicia y los reemplazó por funcionarios adictos, mientras las autoridades provinciales fueron depuestas y, en su lugar, se nombraron gobernadores *de facto* provenientes, en su mayoría, del Ejército. El país se convirtió en un escenario de operaciones castrenses y se lo dividió en cinco zonas militares, cada una de las cuales se repartió entre los cinco cuerpos del Ejército. Las «zonas», a su vez, estaban subdivididas en «subzonas» y, luego, en «áreas». Esta estructura militarizada se completaba por la acción de los llamados «grupos de tareas» de las diferentes fuerzas. Bajo este esquema se lanzó un plan sistemático de exterminio, que incluyó homicidios, desaparición forzosa de personas, torturas, secuestros, sustracción y apropiación de menores, entre otras tantas figuras aberrantes.

Durante el autoproclamado «Proceso de Reorganización Nacional» hubo cerca de 340 centros clandestinos de detención, por cuyas sórdidas mazmorras pasaron miles de detenidos-desaparecidos. En Capital Federal funcionaban la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), el Olimpo, Automotores Orletti y el Club Atlético; en la provincia de Buenos Aires, el Vesubio, COTI-Martínez, el Campito, el Pozo de Banfield y el Pozo de Quilmes; en Córdoba, La Perla, la Polaca, la Cárcel de Encausados, el Embudo y la Perla chica; en Santa Fe, el Batallón Comunicaciones

Comando 121, la Brigada de Investigaciones Policía de Santa Fe y la Guardia de Infantería Reforzada; en Tucumán, el Ingenio Bella Vista, la Jefatura Central de Policía y el Comando Radioeléctrico; en Corrientes, el Campo Hípico Goya y el Regimiento de Infantería 9. Éstos eran sólo algunos de los tantos lugares de detención. Numerosas comisarías, cuarteles e instalaciones policiales y militares a lo largo y a lo ancho de todo el país funcionaron como centros clandestinos en los que fueron secuestrados, encarcelados, torturados y desaparecidos miles de personas.

Fiel a la tradición y a los métodos nazi-fascistas, la dictadura militar profundizó la persecución a homosexuales, prostitutas, lesbianas, travestis y transexuales. Impuso una fortísima censura en el cine, en el teatro y en los medios de comunicación gráficos y audiovisuales: estaba terminantemente prohibido tocar cualquier tema que rozara la sexualidad. El Estado totalitario era tal, que ningún asunto, ni siquiera los atinentes al sexo y la reproducción, escapaban de la órbita de la Doctrina de la Seguridad Nacional. En 1977 se sancionó el decreto 3938 cuya normativa pretendía establecer los «Objetivos y Políticas de Población». En su articulado podía leerse:

El bajo crecimiento demográfico y la distorsionada distribución geográfica de la población constituye un obstáculo para la realización plena de la Nación, para alcanzar el objetivo de «Argentina Potencia» y para salvaguardar la Seguridad Nacional.

Dueños de la vida y de la muerte, creyéndose exentos del imperio de la ley, los militares que mantenían presos en forma clandestina, que se apropiaban de los niños nacidos en cautiverio y asesinaban a sus padres, pretendían extender este criterio «demográfico» mediante la nueva norma: el crecimiento de la población debía producirse bajo los designios del «Ser Nacional, Occidental y Cristiano» y extenderse por sobre el germen del «enemigo marxista» en el marco de la «Seguridad Nacional» y en función del ideal de la «Argentina Potencia». Estas palabras, repetidas hasta el hartazgo, eran aplicables a cualquier cosa: al sexo, a la educación, a la música o al fútbol. Nada quedaba afuera de la pretendida «lucha contra la subversión». La ley sancionada por la dictadura eliminaba toda actividad que promoviera el control de natalidad; sin embargo, no puede dejar de señalarse el cinismo de tal afirmación: en los hechos, el control de natalidad se ejercía en forma clandestina en los centros de detención mediante el asesinato, la apropiación y el despojo de la identidad de cientos de recién nacidos.

Sexo y tortura

La dictadura militar que devastó la Argentina desde 1976 hasta 1983 fue sin dudas la más salvaje, aunque ni siquiera podría arrogarse originalidad. El gobierno *de facto* encabezado primero por Videla, luego por Viola, más tarde por Galtieri y finalmente por Bignone, abrevó en las más sanguinarias tradiciones universales de la perversidad: desde las cruentas prácticas llevadas a cabo durante la Conquista, pasando por la Inquisición, la mazorca rosista, los métodos de exterminio nazis, fascistas, falangistas y sus versiones locales encarnadas en Uriburu, Lugones (padre e hijo), los jefes de la Revolución «Libertadora» y, más cerca en el tiempo, la Triple A. La dictadura militar fue una macabra síntesis de todas aquellas expresiones del mal. Los torturadores de la dictadura llevaron a un extremo, sin precedentes el goce sexual perverso puesto en juego durante las prácticas represivas, en especial en todo lo relacionado con la tortura.

Si bien la tortura sólo puede ser ejercida por espíritus perversos, no es lícito reducir el funcionamiento de un Estado policial a la acción de individuos execrables, desequilibrados, enfermos, psicópatas o como quiera llamárselos. El fenómeno es mucho más complejo. Limitarlo al campo de la psicopatología individual significaría, en alguna medida, una suerte de atenuante o exculpación. Para que la tortura haya sido posible en semejante grado debió existir un terreno fértil abonado por una estructura institucional, un corpus ideológico, un aparato estatal y una justificación moral. Para entender cómo se puso en funcionamiento semejante horror, es necesario analizar el papel de la Iglesia, muchos de cuyos vicarios bendecían, literalmente, a los verdugos y «ablandaban» a las víctimas para que hablaran. Por otra parte, el crimen, convertido en norma, sustituyó las instituciones de la República por pseudoinstituciones *de facto*. Así, la legalidad se invirtió de manera tal que el delito quedó normalizado y la ley fundamental que descansaba en la Constitución fue criminalizada. Curas, jueces, funcionarios, estructuras usurpadas al Estado y a las instituciones brindaron el marco político, ideológico y moral a los asesinos. Es decir, no se trató de «locos sueltos» que se excedieron en su apego al cumplimiento del deber, sino, al contrario, la locura se convirtió en la razón de ser del Estado terrorista. Las palabras de monseñor Medina, vicario castrense del Ejército durante la dictadura, fueron elocuentes: «Algunas veces la represión física es necesaria, es obligatoria y, como tal, es lícita».

Es imposible expresar con mayor claridad esta inversión de lo ilícito en lícito, de lo injustificable en razonable y de lo inaceptable en obligatorio.

En este marco, se tornó tolerable incluso aquello de lo que siempre abominó la

Iglesia. ¿Cómo explicar que los defensores de la «civilización occidental y cristiana» cometieran violaciones y toda clase de vejaciones sexuales a hombres y mujeres? ¿Cómo justificar que aquellos que condenaban el aborto, torturaran fetos pasando corriente eléctrica a través del útero de las embarazadas en cautiverio? ¿Cómo explicar que los mismos padres de familia que aborrecían la homosexualidad penetraran a hombres maniatados? No es necesario señalar que para que un hombre pueda violar a otro debe tener una erección. ¿Cómo explicar este grado de excitación sexual en el mero cumplimiento del deber?

Lo cierto es que los muy devotos militares de la dictadura, que no faltaban a misa un solo domingo, organizaban orgías en los mismos centros clandestinos de detención, alternando fiestas sexuales y torturas. Jacobo Timerman, en su declaración frente a la Cámara Federal, relató los padecimientos de los que fue víctima el periodista Rafael Perrota mientras los oficiales se disponían a participar de una orgía luego de golpearlo sin piedad:

Una noche empezaron a limpiar todo y a prepararse para una gran fiesta. Yo oí decir eso porque estaba en esa habitación, allí donde estaba la oficina de los oficiales, de la administración, y oí que venía gente de Campo de Mayo. Decían: preparen todo para los coroneles. Tenían tres chicas muy hermosas para usarlas sexualmente —y las usaban— en la fiesta. Pero yo estaba justo en el lugar al lado del pasillo que daba a la puerta, de modo que veía quién entraba y quién salía, a menos que me vendaran, pero escuchaba. Escuché cómo lo torturaban a Perrota. Entonces me sacaron de ahí, y, por error, uno de los guardias dijo: llévenlo a la celda de las chicas. Entonces me llevaron a una pequeña celda que había sido de las chicas pero a ellas las habían movido a otra. Y esa estaba reservada para Perrota. Estando yo solo entró Perrota —lo conocía desde mucho tiempo atrás— y estaba completamente loco, muy golpeado, desvariaba, me dijo: tengo frío, me levantaron en la calle, necesito una latita para orinar. Ésas eran casi las únicas cosas que decía. Después dijo: parece que hay fiesta: deben estar con las chicas gozando una linda fiestita.

Esta relación connatural entre tortura y sexualidad muchas veces aparece velada por discursos místicos o políticos ocultos en los pliegues de la religión, la Patria o algún otro supuesto fin superior. De hecho, en un documento de la Secretaría de Prensa y Difusión de la Presidencia de la Nación, en un apartado sobre los «Principios y procedimientos para los medios de comunicación», el capitán de navío Alberto Corti rubricó los fundamentos «morales» —en especial tres de ellos— que guiaban al gobierno *de facto*:

1. Impulsar la restitución de los valores fundamentales que contribuyen a la integridad social: orden, trabajo, jerarquía, responsabilidad, identidad nacional, honestidad en el contexto de la moral cristiana. (...)
4. Promover en la juventud los modelos sociales que subrayen los valores previstos en 1. (...)
6. Suprimir todo lo que estimule la sexualidad y la violencia. (...)
7. Actuar firmemente contra el vicio en todas sus manifestaciones.

A pesar de esta curiosa declaración de principios, durante la dictadura militar el carácter sexual de los tormentos se produjo de una manera brutal, explícita y sin mediación alguna. En los centros clandestinos de detención, los represores tenían una paradójica forma de «suprimir todo lo que estimule la sexualidad y la violencia» y de «actuar contra el vicio» en el «marco de la moral cristiana». Los testimonios de

quienes han sufrido estas vejaciones son tantos, tan descarnados y coincidentes que no dejan dudas de este ensañamiento sexual. Las víctimas de la tortura eran invariablemente desnudadas, sometidas a manoseos y el objeto de los tormentos solían ser los órganos genitales y los pezones de las mujeres; todo esto acompañado, además, de un vocabulario obsceno, lascivo y humillante. Los testimonios recogidos por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (conadep) son tan desgarradores como elocuentes. Nos excusaremos de dar los nombres de las víctimas (que de todas formas están disponibles en el libro *Nunca Más*) para no someterlas a una nueva exposición. Del testimonio de una mujer secuestrada en la comisaría de Zárate, se pudo establecer este nexo perverso entre sexo y tormento como *modus operandi*:

Que, sin preguntarle nada, le aplican la picana, la desnudan y le vuelven a aplicar la picana en el ano, en la vagina, en la boca y en las axilas. Se acerca un sujeto que empieza a retorcerle los pezones, lo que le produce un intenso dolor, ya que también le habían aplicado picana en los pezones.

Otra mujer secuestrada en el campo de concentración La Perla, declaró:

Me trasladan inmediatamente después de mi llegada a «La Perla» a la «sala de tortura» o «sala de terapia intensiva». Me desnudan y atan con cuerdas los pies y las manos a los barrotes de una cama, quedando suspendida en el aire... usándose dos picanas eléctricas que tenían distinta intensidad: una de 125 voltios que me producía movimientos involuntarios en los músculos y dolor en todo el cuerpo aplicándome la misma en cara, ojos, boca, brazos, vagina y ano (...). Así como fue gradual la intensidad de las picanas, fue gradual el sadismo de mis torturadores: Guillermo Barreiro, Luis Manzanelli, José López, Jorge Romero, Fermín de los Santos.

Algunos testimonios, como el que relató esta mujer que, por entonces, era una adolescente de diecisiete años, pusieron de manifiesto el abuso sexual liso y llano: «Estando la dicente una noche en su celda, llega un hombre a ésta, quien la ata, la golpea, y amenazándola la viola, prohibiéndole comentar lo sucedido».

En otros casos las violaciones se llevaban a cabo por medio de ardidés y engaños que resultaban doblemente vejatorios, tal como quedó probado en la exposición judicial de otra mujer:

Luego procedieron a introducirme en la vagina lo que después supe era un bastón o palo, de policía. Después me trasladaron a otro recinto, donde me obligaron a comer esposada a una mesa. Ante mi negativa me trasladaron a otro recinto, donde me ponían parada contra un ángulo del mismo, y vuelven a interrogarme, golpeándome la cabeza y amenazándome con introducirme el palo mencionado en el ano... El día 14 de junio a las 24.00 horas me anunciaron que me dejarían libre y me devolvieron parte de mis efectos personales que llevaba al momento del secuestro. Me sacaron vendada del edificio, me pusieron en un auto en el cual íbamos solos la persona que manejaba (que resultó ser la misma que, amablemente, trató de mostrarme que todo lo ocurrido fue leve)... Luego de rodar por una zona de tierra y poceada, detuvo el motor. Me dijo que tenía orden de matarme, me hizo palpar las armas que llevaba en la guantera del coche, guiándome con sus manos enguantadas y me propuso salvarme la vida si, a cambio, admitía tener relaciones sexuales con él... Accedí a su propuesta, considerando la posibilidad de salvar mi vida y de que se me quitase la venda de los ojos... Condujo el auto hasta un albergue transitorio, me indicó que él se estaba jugando, que si yo hacía algo sospechoso me mataría de inmediato... Ingresamos al albergue, mantuvimos la relación exigida bajo amenaza de muerte, con la cual me sentí y considero violada, salimos, y me llevó a casa de mis suegros.

Los casos de violaciones múltiples y torturas alcanzaban un grado de crueldad que excedía la mera iniciativa personal convirtiéndose en una práctica «institucionalizada», tal como quedó expuesto en el sistema de complicidades en el siguiente testimonio:

La dejaron en una especie de pieza, donde sintió terror y comenzó a gritar, alertados sus captores la introducen dentro de un tanque lleno de agua... A partir de ahí tuvo convulsiones, ellos decían que eso era el adiestramiento que necesitaba para que confesara. Luego la desnudaron y la violaron... Pidió ir al baño (...) la llevaron desnuda por una galería por donde estaban los soldados, recuerda que todos se reían... También recuerda claramente que la paseaban desnuda por la galería, que la violaron varias veces, no recuerda si eran conscriptos o gendarmes.

Varios testimonios revelaron el carácter sistemático de las violaciones como método de tortura en sí mismo, que llegó a contar, incluso, con la complicidad de personal médico:

Las tres estábamos vendadas y esposadas, fuimos manoseadas durante todo el trayecto y casi durante todo el traslado... la misma persona vuelve a aparecer con alguien que dice ser médico y quiere revisarme ante lo cual fui nuevamente manoseada sin ningún tipo de revisión médica seria... Estando medio adormecida, no sé cuanto tiempo después, oí que la puerta del calabozo se abría y fui violada por uno de los guardias. El domingo siguiente esa misma persona, estando de guardia se me acercó y pidiéndome disculpas me dijo que era «un cabecita negra» que quería estar con una mujer rubia, y que no sabía que yo no era guerrillera. Al entrar esa persona el día de la violación me dijo: «si no te quedás quieta te mando a la máquina» y me puso la bota en la cara profiriendo amenazas. A la mañana siguiente cuando sirvieron mate cocido esa misma persona me acercó azúcar diciéndome: «por los servicios prestados». Durante esa misma mañana ingresó otro hombre a la celda gritando, dando órdenes: «párese, sáquese la ropa», empujándome contra la pared y volviéndome a violar... El domingo por la noche, el hombre que me había violado estuvo de guardia obligándome a jugar a las cartas con él y esa misma noche volvió a ingresar a la celda violándome por segunda vez...

Pero no solamente las mujeres eran sometidas a tormentos sexuales. Existieron numerosos testimonios de hombres que también fueron torturados y vejados sexualmente. Un ciudadano uruguayo secuestrado en Buenos Aires relató los numerosos suplicios por los que pasó durante su cautiverio. El valioso testimonio de este hombre dejó al descubierto que los métodos de tortura no sólo eran propios de la dictadura argentina, sino que eran parte de un plan internacional que incluyó a otros gobiernos dictatoriales de la región:

Estas sesiones de tormento se extendieron por espacio de cinco días yendo en aumento en cuanto a su intensidad. En los últimos días se repitieron todos los métodos antes mencionados y, además, me introdujeron cables dentro del ano, los testículos y el pene. Estas prácticas se desarrollaban dentro de un marco diabólico; los torturadores, unos bebiendo, otros riendo, golpeando e insultando, pretendían extraerme nombres de uruguayos radicados en la República Argentina y opositores al actual régimen imperante en mi país. En estos interrogatorios y torturas comprobé que participaban directamente oficiales del Ejército uruguayo. Algunos decían pertenecer a un grupo llamado OCOA [Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversivas].

Uno de los testimonios resultó, además de desgarrador, sumamente significativo porque sintetizó en el sufrimiento de una familia todos los tormentos físicos,

psicológicos, morales y sexuales a los que se sometía a los detenidos-desaparecidos. Al vejamen sexual se sumaba la tortura anímica que significaba saber que los demás miembros de la familia estaban siendo torturados y sometidos sexualmente. En este caso, un médico, su esposa e hijas fueron secuestrados en su casa del barrio de Flores de la Capital Federal. Éste fue el testimonio del padre de familia:

En cuanto empecé a introducir la llave en la cerradura de mi departamento me di cuenta de lo que estaba pasando, porque tiraron bruscamente de la puerta hacia adentro y me hicieron trastabillar. Salté hacia atrás, como para poder empezar a escapar. Dos balazos (uno en cada pierna) hicieron abortar mi intento. (...) Ya reducido y tabicado, el que parecía actuar como jefe me informó que mi esposa y mis dos hijas ya habían sido capturadas y «chupadas». Entonces me llevaron a la fuerza y me tiraron en el piso de un auto, posiblemente un Ford Falcon, y el viaje. (...) Ya atado, la primera voz que oí fue la de alguien que dijo ser médico y me informó de la gravedad de las hemorragias en las piernas y que, por eso, no intentara ninguna resistencia.

Luego se presentó otra voz. Dijo ser el coronel. Manifestó que ellos sabían que mi actividad no se vinculaba con el terrorismo o la guerrilla, pero que me iban a torturar por opositor. Porque: «no había entendido que en el país no existía espacio político para oponerse al gobierno del Proceso de Reorganización Nacional». (...) Durante días fui sometido a la picana eléctrica aplicada en encías, tetillas, genital, abdomen y oídos. Conseguí sin proponérmelo, hacerlos enojar, porque, no sé por qué causa, con la «picana», aunque me hacían gritar, saltar y estremecerme, no consiguieron que me desmayara. Comenzaron entonces un apaleamiento sistemático y rítmico con varillas de madera en la espalda, los glúteos, las pantorrillas y las plantas de los pies. Al principio el dolor era intenso. Después se hacía insostenible. (...) En algún momento estando boca abajo en la mesa de tortura, sosteniéndome la cabeza fijamente, me sacaron la venda de los ojos y me mostraron un trapo manchado de sangre. Me preguntaron si lo reconocía y, sin esperar mucho la respuesta, que no tenía porque era irreconocible (además de tener muy afectada la vista) me dijeron que era una bombacha de mi mujer. Y nada más. Como para que sufriera... (...) A los diez días del ingreso a ese «chupadero» llevaron a mi mujer (...) donde yo estaba tirado. La vi muy mal. Su estado físico era deplorable. Sólo nos dejaron dos o tres minutos juntos. En presencia de un torturador. Cuando se la llevaron pensé (después supe que ambos pensamos) que ésa era la última vez que nos veíamos. Que era el fin para ambos. A pesar de que me informaron que había sido liberada junto con otras personas, sólo volví a saber de ella cuando, legalizado en la Comisaría de Gregorio de Laferrère, se presentó en la primera visita junto a mis hijas. (...) Y de ahí en más fue muy extraño porque el desmayo se convirtió en algo que me ocurría con pasmosa facilidad. Incluso la vez que, mostrándome otros trapos ensangrentados, me dijeron que eran las bombachitas de mis hijas. Y me preguntaron si quería que las torturaran conmigo o separado. (...)

En medio de todo este terror, no sé bien cuándo, un día me llevaron al «quirófano» y, nuevamente, como siempre, después de atarme, empezaron a retorcerme los testículos. No sé si era manualmente o por medio de algún aparato. Nunca sentí un dolor semejante. Era como si me desgarraran todo desde la garganta y el cerebro hacia abajo. Como si garganta, cerebro, estómago y testículos estuvieran unidos por un hilo de nailon y tiraran de él al mismo tiempo que aplastaban todo. El deseo era que consiguieran arrancármelo todo y quedar definitivamente vacío. (...) Recién unos días después, corriéndome el «tabique» de los ojos, pude apreciar el daño que me habían causado. Antes me había sido imposible, no porque no intentara «destabícarme» y mirar, sino porque, hasta entonces, tenía la vista muy deteriorada. Entonces pude apreciarme los testículos... Recordé que, cuando estudiaba medicina, en el libro de texto, el famosísimo Houssay, había una fotografía en la cual un hombre, por el enorme tamaño que habían adquirido sus testículos, los llevaba cargados en una carretilla. El tamaño de los míos era similar a aquél y su color de un azul negruzco intenso. Otro día me llevaron y, a pesar del tamaño de los testículos, me acostaron una vez más boca abajo. Me ataron y, sin apuro, desgarrando conscientemente, me violaron introduciéndome en el ano un objeto metálico. Después me aplicaron electricidad por medio de ese objeto, introducido como estaba. No sé describir la sensación de cómo se me quemaba todo por dentro.

Estos testimonios sórdidos, indignantes y, a la vez, conmovedores estuvieron signados, sin embargo, por la frontera infranqueable que existía entre los torturadores y los torturados. Pero hubo casos en los que este límite, por razones difíciles de

establecer, se tornó confuso y una cantidad de sentimientos encontrados hizo que la relación entre víctima y verdugo alcanzara una complejidad que acaso el lenguaje no llegue a explicar.

3. Secuestradas y damas de compañía

El sometimiento sexual de las mujeres por parte de militares tiene varios y antiguos antecedentes en la Argentina. En el segundo volumen de esta serie, *Argentina con pecado concebida*, hemos escrito extensamente sobre Eugenia Castro, hija adoptiva de Juan Manuel de Rosas, con quien el dictador tuvo seis hijos producto del más vil de los sometimientos. Hemos relatado también la desdichada historia de Ignacia Robles, secuestrada, violada y embarazada por Julio Argentino Roca por atreverse a rechazar al por entonces joven oficial del Ejército. La perversidad de la dictadura militar argentina superó, sin embargo, a cualquiera de sus antecesores en esta materia. Al secuestro, la desaparición forzosa, la tortura y las violaciones hay que añadir un elemento que tornó a este plan sistemático mucho más siniestro: la humillante apropiación, no ya de los cuerpos, sino de la voluntad de muchos de los prisioneros.

Acaso el emblema de la dictadura militar haya sido la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), escenario de los hechos más aberrantes acaecidos durante aquel nefasto período de la historia argentina. En la perversa clasificación que los represores hacían de los detenidos-desaparecidos, estaban los llamados «recuperables». Muchas de las mujeres incluidas en este grupo debían mostrar su disposición a dejarse «reeducar» por sus captores. De hecho, varios oficiales obligaban a estas mujeres, por lo general jóvenes y agraciadas, a oficiar de «damas de compañía». Era frecuente que salieran con ellas de noche y las llevaran a cenar e incluso a bailar. El resto de los comensales de los restaurantes o los demás asistentes de los locales nocturnos a los que iban no tenían modo de sospechar que aquellas mujeres estaban amenazadas de muerte y que, ante el menor intento de fuga, podían ser violentamente castigadas con torturas o lisa y llanamente asesinadas. Muchas de estas mujeres dieron testimonio del calvario que significó esta relación forzada:

Cuando se habla de secuestradas que han mantenido relaciones con secuestradores, siempre me pregunto si no habrá sido ésa la forma que encontraron de sobrevivir. En el campo cada uno desarrolló un personaje, consciente o no, que ayudó a su supervivencia. (...) ¡Hasta hubo detenidas que se enamoraron de sus torturadores! (...)

Es verdad, nos llevaban a cenar afuera... Y te voy a decir más: una vez a un grupo de chicas las llevaron a bailar, pero te voy a dar el contexto: a una de ellas le habían matado al marido hacía muy poco y la llevaron a bailar a la boîte más «in» de Buenos Aires. Decime si eso no era una tortura psicológica. (...)

No tenías la posibilidad de decidir, te decían «¡Vamos!»... El afuera se hacía más insoportable, el sometimiento aparecía en toda su crudeza: «Salí, mirá el mundo, ve la vida, ahora volvé al sótano, yo soy tu dueño.» (...)

Ellos todo el tiempo desvirtuaban la situación. Venían, te molían a palos y a las dos de la mañana te

sacaban, te subían a un auto, te llevaban a cenar. Te sentaban a la misma mesa, te convertían en par, comías la misma comida, querían que opinaras y después vuelta a Capucha.

En este punto, las palabras parecen no alcanzar para ensayar una explicación del nexo que establecían los secuestrados con sus víctimas. Ninguno de los términos que surgen espontáneamente: contradicción, paradoja, contrasentido, etcétera, llega a describir la naturaleza de esta relación humana signada por el horror. Los represores, en muchos casos, mostraban una fascinación para ellos inédita por sus propias víctimas. Una de estas mujeres, una reconocida artista plástica, declaró:

Y el Tigre gritaba: «¡Con ustedes se puede hablar de cine, de teatro, se puede hablar de cualquier tema... Se puede hablar de política, saben criar hijos, saben tocar la guitarra, saben agarrar un arma! ¡Saben hacer todo! Ustedes son las mujeres que nosotros sólo creíamos... ¡son las mujeres que nosotros creíamos que sólo existían en las novelas o en las películas, y esto ha destruido nuestras familias! Porque... ¡ahora qué hacemos con las mujeres que tenemos en nuestras casas! ¡Qué podemos compartir con ellas! Sólo saben hablar de si vamos a ir al club o no», seguía gritando como un desaforado.

Esto despertaba en los represores sentimientos de culpa de los que debían redimirse. Entonces exculpaban esta inevitable admiración hacia ellas torturándolas cuando regresaban al campo de concentración, mientras les recriminaban ser malas madres por no ocuparse de sus hijos. Hubiese resultado tan inútil como obvio explicar a los torturadores que no podían estar con sus hijos precisamente por haber sido secuestradas o porque sus hijos les habían sido sustraídos por la misma dictadura. Al respecto, una madre que fue secuestrada y separada de su hijo, declaró:

Cuando me tocó despedirme de él tenía muchas ganas de gritar: «Déjenme ir con mi hijo, con mi Guarito», pero no pude... por dentro me desgarraba, me indignaba, me hacía mierda. Miraba a una entrañable compañera que también estaba entregando a su hijo a su familia y la veía sufrir lo mismo que yo... Nos habían obligado a entregar a nuestros hijos, ambos nacidos en cautiverio, y eso significaba que ya no los podíamos cuidar, ya no los veríamos crecer. Nos quitaban el sagrado derecho a la maternidad.

Resulta cuanto menos curioso que en aquel ámbito en el que los represores ejercían todo tipo de vejación sexual, física y psíquica, de las más horribles violaciones jamás imaginadas por la mente más perversa, a la vez obligaran a los secuestrados a hacer observancia de la «moral»:

Hacían partes por lesbianismo si nos veían caminando por el pabellón o por el patio tomadas del brazo, o si nos encontraban levantadas durante la noche. Como le pasó a Graciela, quien se había levantado para ir al baño cuando ya estaba apagada la luz en el mismo momento en que la celadora hacía su recorrida abriendo mirillas. La sancionó con 30 días en las celdas de castigo con un parte que decía: «por ser sorprendida acostada en la misma cama con una igual, realizando actos reñidos con la moral y las buenas costumbres».

Pero si parecía incomprendible intentar entender cómo los represores conciliaban admiración, embeleso y deslumbramiento hacia sus prisioneras con humillación, tortura y sadismo, mucho más enigmático resultaba comprender las relaciones de amor que, en algunos casos, se establecieron entre torturadores y torturados.

Mi carcelero, mi marido

Quien jamás ha sufrido el cautiverio, la tortura, el tormento físico y psíquico, acaso nunca pueda comprender qué sucede en el espíritu de quien ha debido atravesar ese calvario intransferible. No está en el ánimo de estas páginas juzgar, mucho menos condenar, ni tan siquiera cuestionar a quienes han sido las víctimas indiscutibles de aquel período negro de la historia argentina. Qué sucede en el alma humana bajo aquellas circunstancias extremas, inenarrables, no puede ser materia de una discusión ética para quienes examinan los hechos en la comodidad de un escritorio desde la perspectiva que otorga el tiempo transcurrido. Aquel que nunca ha sido forzado a descender a las profundidades del infierno no puede arrogarse el derecho a debatir el proceder de quienes han ardido en ese fuego atroz. Por más que resulte inevitablemente pasmoso conocer algunos hechos acaecidos durante aquella época, nos limitaremos a relatarlos y, en ningún caso, a calificar a las víctimas.

Silvia Tolchinsky nació en Buenos Aires el 9 de marzo de 1948. A mediados de los años sesenta inició su militancia política en el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), organización que comenzó sus actividades en los años sesenta propiciando la conjunción de los sectores de izquierda con el peronismo. En las filas del MLN, Tolchinsky conoció a Miguel Villarreal, con quien se casó y tuvo tres hijos. A comienzos de la década de 1970 ambos se incorporaron a la organización Montoneros. Silvia Tolchinsky, luego de ejercer varios cargos, llegó a ser secretaria de Mario Eduardo Firmenich, máximo jefe de la agrupación armada peronista. Luego del golpe militar de 1976, ella consiguió escapar a México pero su marido fue secuestrado y asesinado en Buenos Aires en 1978. El cadáver de Villarreal apareció abandonado en un parque de La Plata. Al tiempo también desaparecieron el hermano de Silvia, Daniel Tolchinsky, su cuñada Ana Wiessen y su prima Mónica Pinus. Cuando la dirigencia de Montoneros en el exilio lanzó la «contraofensiva», operativo cuyo propósito era el regreso de los cuadros de la organización al país para retomar la ofensiva guerrillera, Silvia decidió volver a la Argentina. Primero viajó a Cuba para dejar a sus tres hijos en la «guardería» de La Habana donde cobijaban a los hijos de los combatientes que participaron de la contraofensiva.

En marzo de 1980 Tolchinsky ingresó al país, pero en vista del fracaso del operativo y ante la evidencia de que todos sus compañeros eran sistemáticamente asesinados por los militares, decidió huir por segunda vez. Cuando se disponía a cruzar la frontera hacia Chile fue detenida y secuestrada. Permaneció en un centro de detención en Mendoza donde fue brutalmente torturada. En septiembre fue trasladada en avión a una quinta cercana a Campo de Mayo que estaba bajo el mando del

Batallón 601. En ese lugar fue violada y sometida a esclavitud por sus captores. A comienzos de 1981 su cautiverio alternó entre dos fincas de Bella Vista utilizadas como centros de detención clandestinos. En agosto de ese mismo año Silvia Tolchinsky fue trasladada al puesto fronterizo de Paso de los Libres, siendo sometida a una tarea tan aberrante como absurda: oculta en el puesto detrás de una mirilla, debía «marcar» a los militantes montoneros que, supuestamente, iban a ingresar al país en el marco de la «contraofensiva». Así, desde la madrugada hasta entrada la noche, permanecía sentada en una silla examinando a escondidas a quienes pasaban por la frontera.

A comienzos de 1982 Silvia Tolchinsky fue trasladada a Buenos Aires en condiciones menos rigurosas. Sin embargo, al estado de devastación física y anímica de quien no sólo debió afrontar el secuestro, la tortura y la coacción para que delatara a sus compañeros (cosa que, según ella misma declaró, jamás hizo), había que sumar el sufrimiento por la prolongada separación de sus hijos y el asesinato de su marido y varios familiares directos. En esas condiciones, luego de un año y medio de cautiverio, conoció a Claudio Gustavo Scagliuzzi, un agente del Ejército perteneciente al siniestro Batallón de Inteligencia 601. Scagliuzzi era su carcelero, uno de los responsables de su detención y, de hecho, formaba parte de la misma estructura militar que había asesinado a su esposo, su hermano, su cuñada, su prima y a miles de sus compañeros de militancia. De ese hombre se enamoró Silvia Tolchinsky. Y no sólo se enamoró, sino que Scagliuzzi habría de convertirse en su segundo marido.

¿Qué pudo llevar a una persona a reemplazar la repulsión, cuando no el odio justificado hacia su enemigo y captor, por el amor incondicional y perdurable más allá de las circunstancias? No resulta fácil de explicar. El estupor que seguramente invade a quien lee estas líneas no es ajeno a la propia protagonista de esta historia. Ni siquiera ella encuentra las palabras para transmitir la naturaleza de esa relación. En una entrevista concedida a Victoria Ginzberg, Silvia Tolchinsky admitió esa imposibilidad:

Es una historia personal, singular, humana. A lo mejor habrá que dar cuenta de ella, habrá que explicarla, porque es un resto de una historia siniestra que hubo en Argentina pero no puede ser en medio de una causa. Nos pueden juzgar a nosotros a nivel personal, moral, podemos herir susceptibilidades, no me puedo olvidar que esto es una historia muy dramática y difícil. Difícil de transmitir y difícil de explicar... (...) Los dos sabemos que es una cuestión muy complicada pero estamos tratando de desentrañarla a costa de desgarrarnos en esto.

La primera pregunta que se nos ocurrió no es de quién se enamoró Silvia Tolchinsky, sino de qué. Ella misma dio una respuesta. Resultó elocuente la descripción que ofreció del hombre con el que se casó. Nunca le reconoció un gesto heroico, una actitud valiente, ni siquiera una virtud que lo diferenciara radicalmente del resto de los represores. Al contrario, lo definió por su falta de protagonismo, por su insignificancia y su pusilanimidad. En la misma entrevista publicada en el diario

Página/12 Tolchinsky describió de esta manera a Claudio Gustavo Scagliuzzi:

Puedo decir lo que yo pensaba que él era. Desde el principio yo lo viví como un personaje secundario. (...) Yo sabía que era alguien que trabajaba para ellos, pero me parecía una persona totalmente secundaria que no tenía relevancia, ni poder de decisión y que desde el principio tuvo una actitud diferente. Parecía muy impactado por la situación, muy incómodo e intentaba, en todo lo posible, buscar formas para aliviarme. (...)

Él no tenía una posición de poder, como los demás, algunos más amables, menos amables, más bestias, menos bestias, pero todos tenían una posición de poder, él no la tuvo.

Es decir, Silvia Tolchinsky no se enamoró de una cualidad o un atributo, sino, más bien al contrario, de la falta de ellos. No se enamoró de lo que hizo, sino de lo que no hizo Scagliuzzi: no fue cruel, no la torturó, no la asesinó. Podía parecer absurdo, pero bajo esas circunstancias cualquier acto no ya de altruismo, sino apenas de piedad, una palabra amable, una sonrisa, significaba el gesto más alto y sublime. Al menos eso se desprende de las palabras de Tolchinsky:

En esa situación uno no tiene nada de vida privada, nada; siempre está bajo la mirada de los otros, aun en las condiciones más relajadas de detención y eso es muy terrible. Uno es como que actúa y su presencia fue una especie de pantalla que me permitió cierto alejamiento de esa actuación y para mí fue una presencia muy importante.

Poco a poco, aquella relación incipiente surgida de la compasión fue tomando otra forma, se iniciaron los primeros diálogos y una suerte de piedad mutua. En el bando de los represores, mostrar lástima por el enemigo significaba complicidad. Él debía actuar con cautela para no despertar sospechas entre sus camaradas de armas. Significaba un enorme riesgo conversar con un detenido de igual a igual. Mucho más que pudieran enterarse de que, también él, se había enamorado de su prisionera. Comenzó a gestarse en ambos la idea de huir juntos y él fue preparando el terreno. Así lo relató Silvia Tolchinsky a Victoria Ginzberg:

Por otro lado empezó a tratar de hacer cosas, de hacer llegar a mi familia noticias de que yo estaba viva y sobre todo fue importante en el momento de la libertad vigilada porque yo lo sentía como una protección frente a eso. Y cuando decido irme del país, él me ayuda. Él sale un mes después.

Luego de su liberación en noviembre de 1982, ella consiguió partir a Israel y él la siguió. Más tarde ambos fueron a Barcelona, donde se casaron y convivieron hasta que Scagliuzzi fue extraditado a la Argentina para ser juzgado por los crímenes de lesa humanidad de los que se lo acusaba. Paradójicamente, los papeles se invirtieron y su marido quedó del otro lado de las rejas. Ante la pregunta sobre cómo vivía su situación, Silvia Tolchinsky respondió a *Página/12*:

Es terrible. Es tratar de trabajar y ser la mujer de un preso. Es atender abogados, tratar de poder llevarle las cosas que necesita, averiguar las visitas, todo lo que hacen las familias de los presos. Y tratar de no perder lo que pudimos construir. Esto es muy largo y exige que uno trate de estar lo más entero posible.

Podrían tejerse diversas conjeturas, ensayarse explicaciones y, de hecho, cada

lector seguramente intentará llenar el asombro con alguna hipótesis propia. No faltaron las sospechas e incluso las acusaciones hacia la víctima de esta historia atroz. De hecho, el represor Cristino Nicolaidis echó mano al recurso de imputar a la víctima, acaso con el propósito de eludir su propia responsabilidad en los crímenes que se le imputan. La defensa del general acusado en el genocidio, en un escrito presentado a la justicia, sostuvo:

En relación a la nombrada por ahora esta defensa no dirá nada más, pues no se trata de una desaparecida sino de una activa e interesada colaboradora durante más de tres años del sistema de represión del terrorismo que para no ser descubierta por sus ex compañeros y escapar a su venganza tuvo que simular su desaparición.

Resulta difícil creer que Silvia Tolchinsky haya sido colaboradora de la dictadura militar habiendo perdido a su primer esposo, a su hermano, a su cuñada y a una prima a manos del terrorismo de Estado. Uno de los represores que la mantuvo cautiva, Julio Simón, apodado «el Turco Julián», le había anticipado con malicia que, aunque permaneciera con vida, sobre ella recaería el estigma de la traidora: «Igual te cagamos la vida porque no te va a creer nadie».

Se impone como un acto de justicia distinguir víctima de victimario aunque, por las razones que fueran, en este caso hayan decidido convivir bajo un mismo techo. Si Gustavo Scagliuzzi cometió delitos de lesa humanidad ha debido rendir cuentas no ya ante su esposa, sino ante los estrados judiciales y la sociedad. En el año 2002 el juez Claudio Bonadío resolvió la prisión preventiva de Scagliuzzi bajo el cargo de asociación ilícita, pero la Cámara de Apelaciones le otorgó la libertad al considerar que no estaba probada su participación en los delitos investigados y determinó, además, que el oficial de inteligencia tenía conocimiento, aunque ningún poder de decisión.

5. Homosexualidad y dictadura

La siniestra maquinaria desatada por el terrorismo de Estado incluía la represión política, social y sexual, de manera que la persecución a los homosexuales durante la dictadura no podía ser entendida sino bajo la lógica de aquel plan sistemático de exterminio y aniquilación. La ruptura constitucional de 1976 produjo el exilio de millones de hombres y mujeres. Entre quienes debieron huir del país no sólo había escritores, periodistas, científicos, gremialistas, militantes de partidos políticos, sino ciudadanos cuyo único «delito» era ser homosexual. El ejército y la policía lanzaron una «campana moralizadora» que, además de la persecución lisa y llana, los operativos en bares o la detención en la vía pública, incluía «actividades preventivas» en diversas instituciones educativas y hospitalarias. De hecho, en 1977 el jefe de la División Moralidad de la Policía Federal, convertido en virtual académico, dictó una serie de conferencias en la Carrera de Psicología Social de la UBA durante las Jornadas de Psicopatología Social, en las cuales dejó sentado que la homosexualidad era una enfermedad congénita.

La persecución se extendió a las instituciones y organismos estatales y a las empresas privadas: los homosexuales se veían obligados a ocultar su condición a riesgo de ser despedidos de sus trabajos si los tenían, o que se les negara una vacante para un empleo si no lo tenían.

La Argentina de entonces vivía una situación semejante a la de un país invadido por un ejército de ocupación. Así como las tropas nazis patrullaban las ciudades ocupadas, los principales centros urbanos del país eran controlados día y noche por carros de asalto, patrulleros, grupos de policías uniformados o de civil, mezclándose estos últimos con los parroquianos de los bares, los estudiantes, los empleados públicos y los obreros de las fábricas. En la cercanías de los ingresos a los cuarteles militares y policiales había carteles amenazantes: «No se detenga, el centinela abrirá fuego». Todos los ciudadanos eran objeto de requisa y detención para «averiguación de antecedentes». En las razias masivas realizadas en lugares públicos se detenía a quienes eran sospechados de subversión y homosexualidad.

Ante la persecución sistemática, los homosexuales iban rotando sus lugares de encuentro: bares, cines, islas del Tigre y hasta barcos anclados en el río, fuera de la jurisdicción de la Policía Federal, se convertían en fugaces centros de reunión que, una vez descubiertos, eran reemplazados por otros. Este mismo acoso empujaba los ámbitos de encuentro desde el centro de las ciudades hacia los suburbios y desde los bares glamorosos hacia los lugares marginales. Los baños públicos de las estaciones

de trenes también eran visitados por hombres que buscaban relaciones esporádicas. El baño no sólo daba cierta privacidad, sino que, además, los interesados podían verificar *in situ* los atributos de sus eventuales *partenaires*. Por otra parte, en un mismo sitio encontraban compañía, mantenían sexo tras las puertas de los retretes, luego se higienizaban y abandonaban el lugar como si nada hubiese sucedido.

Hasta tal punto la persecución a la homosexualidad fue parte del plan de terrorismo de Estado que no deja de resultar elocuente que, al igual que los militantes políticos de las organizaciones armadas, muchos homosexuales varones ocultaran su verdadera identidad detrás de un «nombre de guerra», por lo general femenino, para evitar ser identificados por la policía. La Gorda Lea, La Carlota, La Flaca Ana o La Ana Conda (por la generosidad de sus atributos viriles), eran algunos de los pseudónimos detrás de los cuales se escondían conspicuos personajes del mundillo homosexual de los alrededores de la avenida Santa Fe y Pueyrredón. Pero, además, el término «militante» se adecuaba muy bien a aquellos que, sin embanderarse en consignas políticas explícitas, resistían la persecución simplemente ejerciendo su elección sexual, actividad ciertamente peligrosa por esos días. Si en Estados Unidos y Europa a aquellos que integraban movimientos de defensa de los derechos de los homosexuales se los llamaba militantes por participar de actividades públicas, asambleas y marchas, en nuestro país se ganaron ese nombre a fuerza de no cejar en su deseo, aun a riesgo de terminar presos, torturados o desaparecidos. Por otra parte, cabe destacar que existía en nuestro país una tradición, aunque breve y conflictiva, de militancia a favor de las minorías sexuales: desde el Frente de Liberación Homosexual, abominado por las organizaciones de la izquierda y la derecha armadas, hasta el periódico *Homosexuales* financiado por Manuel Puig, autor de *El beso de la mujer araña* y de *The Buenos Aires affair*, amenazado de muerte por la Triple A.

En los prolegómenos del Mundial de Fútbol de 1978 los militares hicieron una «limpieza» en las principales ciudades del país para que el mundo viera con sus propios ojos que la Argentina era un país ordenado, occidental y cristiano. Al tiempo que se blanqueaban los frentes de los edificios y se erigían hoteles faraónicos, camiones del ejército levantaban pordioseros de las calles para llevarlos a la periferia, fuera de la vista de los turistas, y se hacían operativos gigantescos para detener en masa «elementos homosexuales». Además de «derechos y humanos», debía quedar claro que los argentinos eran bien machos. Al contrario, homosexuales eran los extranjeros. La manifiesta hostilidad promovida hacia los holandeses no residía en la rivalidad futbolística, sino en el hecho de que Johan Cruyff se negó a jugar el Mundial para no convalidar al régimen militar y antes de la final, el equipo holandés y algunos jugadores del plantel sueco se reunieron con las Madres de Plaza de Mayo. Desde entonces, suecos y holandeses, además de representar lo foráneo por antonomasia, opuesto al remanido «Ser Nacional», pasaron a ser lisa y llanamente «putos» en los cánticos de las tribunas y en los festejos callejeros.

En las postrimerías de la dictadura, hacia 1982, se produjo un fuerte

recrudescimiento de la represión sobre la población homosexual. Una serie de atentados y asesinatos se sucedieron en Buenos Aires a mediados de ese año. El 20 de junio apareció muerta una pareja homosexual en un departamento de la calle Larrea. En el curso de un año fueron asesinados veinte homosexuales con un grado de saña tan brutal como coincidente, que no había dudas de que se trataba en todos los casos de la misma mano misteriosa. El sello distintivo era el uso de armas blancas, elementos contundentes y golpes de karate. Estos asesinatos quedaron impunes y existe la sospecha de que pudo haberse tratado de un comando paramilitar. Un hecho abona esta hipótesis: el 22 de junio de 1982, dos días después del primer homicidio, el autodenominado Comando Cóndor se atribuyó el incendio del teatro El Nacional, donde se representaba la obra *Sexitante* en la que trabajaba Osvaldo Pacheco, un conocido actor homosexual. El comunicado del Comando Cóndor alegó que se trataba de una obra «atentatoria contra la moral». Al tiempo que se sucedían los asesinatos, una segunda nota del mismo comando amenazaba «acabar con teatros de revistas y homosexuales». La inacción del gobierno militar y la pasividad de la policía no dejan demasiadas dudas sobre la autoría de los homicidios. En su libro *Historia de la homosexualidad*, Osvaldo Bazán reproduce las declaraciones del jefe de la División Homicidios de la Policía Federal. Interrogado por un periodista, el comisario Nelson Corgo afirmó:

Los homosexuales viven manteniendo relaciones superficiales, yo estoy seguro que si pudiera revivir a uno de los que murieron el otro día y le preguntara: «Quién lo mató», diría: «No sé, un tipo que conocí hace media hora». (...) En muchas partes ya es corriente que le digan «le presento a mi pareja» y uno piensa encontrarse a una hermosa muchacha y se encuentra con un tipo de bigote.

Nunca se conoció a los integrantes del Comando Cóndor, pero, sin dudas, el grupo tenía en el comisario al menos un admirador.

6. El sexo en la Guerra de Malvinas

La Guerra de Malvinas fue la última aventura que la dictadura militar emprendió para perpetuarse en el poder y el acto que, paradójicamente, habría de significar su inexorable final. Desde comienzos de los ochenta el régimen empezaba a mostrar fisuras que, con el tiempo, se irían convirtiendo en grietas profundas: ya en abril de 1979 una fracción de la proscrita CGT había declarado la primera huelga general. En noviembre de 1980 el grupo de «Los 25» comenzó a reorganizar la central obrera a pesar de la expresa prohibición que pesaba sobre los sindicatos. El 22 de julio de 1981 hubo una segunda huelga general y el 7 de noviembre la CGT convocó a la primera marcha popular contra la dictadura aprovechando la tradicional procesión hacia la Iglesia de San Cayetano, patrono del trabajo. El 30 de marzo de 1982 la CGT llamó a una manifestación masiva en Plaza de Mayo bajo la consigna *Paz, pan y trabajo*. La marcha fue salvajemente reprimida con el saldo de un muerto y una docena de heridos. Viendo que el futuro se presentaba tormentoso, el por entonces presidente *de facto*, Leopoldo Fortunato Galtieri, resolvió huir hacia delante dando un golpe de efecto. El 2 de abril el país se desayunó con la noticia de que tropas argentinas habían desembarcado en Port Stanley, rebautizado Puerto Argentino. La inesperada situación volvió a desequilibrar la balanza y aquella misma multitud que se había congregado en Plaza de Mayo para protestar contra el gobierno, se volvió a concentrar, esta vez para darle su apoyo.

La decisión de lanzarse a las islas fue tan improvisada como los planes militares que, finalmente, llevaron a la derrota y a la rendición. El menosprecio hacia el poderío de las fuerzas armadas británicas fue proporcional al desprecio que los jefes del gobierno *de facto* sentían hacia la población argentina, cuyos soldados, en su mayoría conscriptos de apenas 18 años, fueron entregados en sacrificio al fuego inglés. El clima de euforia nacional que se vivía en Buenos Aires y otras ciudades no era muy diferente del que se respiraba durante el Mundial de Fútbol de 1978. De hecho, las multitudes coreaban cánticos con las mismas melodías que se escuchaban en las canchas cambiando un poco las letras. Una vez más, las connotaciones sexuales expresaban la viril superioridad argentina sobre la dudosa sexualidad del enemigo:

*Les vamos a quemar toda la flota
Y se van a volver
Como Tarzán: a los gritos y en pelotas.*

Así como hacía unos pocos años los holandeses que participaban del Mundial eran blanco de burlas, ahora los «putos» eran los ingleses.

Los lamentables discursos de Galtieri que, como un camorrero de barrio vociferaba «si quieren venir, que vengan», y del gobernador de las islas, Mario Menéndez, quien, refiriéndose al príncipe Andrés, proclamaba «Que traigan al principito», eran declaraciones tendientes a poner en duda la hombría de los británicos. Al principio, pocos veían el horror que significaba aquella guerra y reducían la gravedad de las hostilidades en el campo de batalla a una suerte de compulsión sexual, en la cual el enemigo iba a ser fácilmente sometido. Néstor Perlongher recordaba los diálogos descabellados que se suscitaban por aquellos días: «Tomo un taxi y el chofer me comenta: “seguro que los oficiales de las Malvinas se los pasaron a todos los gurkas”».

De hecho, existían innumerables versiones sobre la supuesta homosexualidad de los *gurkas*, mercenarios nepaleses diestros en el uso de las armas blancas. En rigor, el pánico que producía la sola mención de la palabra *gurka* había llevado a intentar neutralizar su imagen de fiereza echando a rodar el rumor sobre su falta de virilidad. Por esos días se propuso la formación de un Comando de Cuchilleros Correntinos, hábiles con las facas y con fama de «machos de verdad», para contrarrestar a los combatientes nepaleses. Nada de todo esto tenía mayor sustento, aunque resulta innecesario aclarar que la condición sexual no guarda relación alguna con el desempeño de un soldado en una guerra. Ignoramos, y nos importa muy poco, si Alfredo Astiz era homosexual o no; lo cierto es que el represor, experto para entregar y torturar gente indefensa durante la represión, fue el primero en rendirse ante los ingleses, muerto de miedo y sin siquiera presentar batalla. Fue uno entre muchos otros casos de militares bien machos para empuñar la picana y martirizar prisioneros maniatados, que, ante un enemigo real en una guerra real, levantaron la bandera blanca, temblorosos, sin hacer un solo disparo.

Las Fuerzas Armadas argentinas tenían una vasta instrucción y experiencia en materia de métodos de interrogación bajo tortura, secuestros, desaparición de personas, robo de menores, saqueo, violaciones y otras atrocidades, pero una pésima formación y capacidad para la guerra. Acaso, por esa misma razón, muchos oficiales de las distintas fuerzas hicieron lo que mejor sabían: antes de rendirse a las fuerzas británicas sometieron a diversas torturas a los soldados de la tropa propia. Los numerosos casos de tormentos sufridos por soldados que incluían golpes, humillaciones, abusos, hambre, frío, estacas en pies y manos, exposición a la nieve, crucifixiones sobre la roca helada, fueron documentados en diversos testimonios. El soldado Roque Zabala, refiriéndose a un compañero torturado, en su declaración acusatoria al capitán de fragata Carlos Bianchi, guardiamarina en 1982, dijo:

El muchacho que fue tres días estaqueado era de la tanda '62, estaba a punto de irse de baja. Era callado, reservado. Estuvimos juntos en la Isla Soledad aunque bajo distintos jefes. Yo le decía «Negro» y él me llamaba por el apellido, Zabala. Había un cabo, Lamas, que lo maltrataba todo el tiempo, lo «bardeaba».

Un día lo designaron para que trasladara unas latas de carne envasada, corned beef, de las grandes. Había hambre, mucha hambre, y él con otros vaciaron una de las latas para comer. A mí me dio alguna de las fetas, yo también comí. (...)

Esa misma tarde o noche —*sigue*—, parece que se dieron cuenta que habían vaciado una lata y lo empezaron a buscar al Negro. Él se escapó y salieron a buscarlo, hasta le tiraron. Cuando lo cazaron, lo traían a las puteadas, le dieron dos culatazos y lo ataron a la intemperie. El cabo Lamas —me acuerdo la cara de odio como si fuera hoy— gritó que el que le alcanzara algo le iba a hacer compañía. Yo hice oídos sordos porque no era mi jefe. Caía nieve, piedras, bombas, puse en el casco no sé si lentejas o polenta, lo que nos dieron esa noche, y me arrastré para darle algo de comer. El «michi» [así se designaba a los guardiamarinas en la jerga militar] Bianchi era el jefe del cabo Lamas.

La declaración de Zabala sirvió para que el capitán Bianchi fuese separado de la Armada en 1997.

Existen otros testimonios de abusos sexuales por parte de las tropas inglesas hacia nuestros soldados. El diario *Crítica de la Argentina*, publicó un reportaje a Silvano Décima, un excombatiente que, durante años, sobrellevó en silencio la violación a la que fue sometido hasta que se decidió a romper el mutismo:

Hay recuerdos que matan, por eso decidí hablar ahora, 27 años después, porque siento que sólo así voy a poder vivir en paz. (...) Al principio permanecimos en Puerto Argentino, pero luego fuimos asignados al cuartel de los Royal Marines y entramos en combate el 5 de mayo, [recordó]. (...) El 14 de junio nos comunicaron que el gobernador Menéndez se había rendido y que debíamos entregar las armas. Nosotros tiramos nuestros fusiles al mar y, mientras esperábamos a las fuerzas británicas para que nos trasladaran al continente, un grupo de militares ingleses tomó a dos soldados argentinos, los llevó aparte y los fusiló. Cuando nos quisimos acercar, vimos a los dos compañeros agonizando. (...) En un momento, otro argentino y yo pedimos permiso para ir de cuerpo. Dos soldados ingleses nos llevaron a una zona alejada y mientras nos amenazaban con sus fusiles, quisieron abusar sexualmente de nosotros. Uno de ellos obligó a mi compañero a desvestirse y lo violó. El otro —creo que era un suboficial de unos 40 años— después de pegarme un culatazo me hizo arrodillar y me obligó a practicarle sexo oral. Como yo lo mordí, me pegó un culatazo en la nuca y me partió el oído izquierdo. Ahí perdí el conocimiento y no los vi nunca más. (...) Cuando regresamos al continente, nos reunieron a todos en Campo Sarmiento, una instalación de la base naval de Puerto Belgrano, y un oficial de la Marina argentina nos dijo que no debíamos hablar con nadie ni mucho menos contar esto al periodismo, que lo que vivimos en Malvinas debía quedar allí, porque de lo contrario lo íbamos a pagar muy caro. (...)

Nunca más volví a dormir tranquilo, tengo pesadillas recurrentes y nunca pude dejar de pensar en esto, ni siquiera se lo conté a mi mejor amigo. Mi vida fue un infierno, estuve diez años internado en varias clínicas psiquiátricas donde me diagnosticaron psicosis de guerra, tuve intentos de suicidio. Recién ahora, 27 años después, me animo a contarlo porque es la única manera de sentirme liberado.

Si la dictadura militar procedió con la sociedad civil del mismo modo que un ejército de ocupación extranjera, puede afirmarse que los soldados conscriptos que participaron en la Guerra de Malvinas fueron víctimas de dos fuegos: del impiadoso ataque de las tropas inglesas, cuyos crímenes de guerra deberían ser sometidos a una severa investigación, y de los propios mandos militares argentinos que, además de llevarlos a una guerra desigual, los sometieron a la humillación, la tortura, el hambre, el frío, la derrota y la muerte.

El estrepitoso fracaso de la aventura de Malvinas significó el fin de la dictadura militar. La presión popular contenida durante tantos años hizo eclosión; las protestas sociales, las denuncias internacionales frente a los delitos de lesa humanidad obligaron al último jerarca del gobierno *de facto*, Reynaldo Bignone, a llamar a

elecciones el 30 de octubre de 1983. El amanecer de la noche más larga y más oscura, el despertar de la más siniestra pesadilla padecida por los argentinos, significó el renacimiento de las esperanzas sociales, políticas y, por supuesto, sexuales postergadas durante tantos años.

VIII.
La reconquista
de la democracia

1. El destape

Uno de los pocos políticos que se opusieron públicamente a la Guerra de Malvinas mientras se desarrollaba el conflicto fue Raúl Alfonsín. En disonancia con la mayor parte de los referentes de los grandes partidos y los medios de difusión, exultantes de un patriotismo que ocultaba la tragedia que tenía lugar en las islas, Alfonsín elevó su voz para denunciar el verdadero propósito de la dictadura: perpetuarse en el poder. Mientras los partes de guerra oficiales distorsionaban los resultados de las hostilidades con información falsa, Raúl Alfonsín exhortó a los militares a que comunicaran el verdadero estado de situación. El líder del radicalismo de cuño progresista, opuesto a la corriente conservadora fundada por Ricardo Balbín y continuada por Fernando de la Rúa, exigió la dimisión de la Junta de Comandantes encabezada por Leopoldo Fortunato Galtieri y propuso en su reemplazo un gobierno de unidad nacional presidido por el expresidente Arturo Illia para que condujera el proceso de democratización. Finalmente, la derrota en la Guerra de Malvinas precipitó la caída del gobierno *de facto* y lo obligó a una retirada tumultuosa y desordenada. La lucha de las diversas organizaciones de Derechos Humanos, especialmente Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, fue un factor determinante no sólo para dar fin al régimen, sino también para cimentar la democracia naciente y establecer el piso ético que daría lugar a los históricos juicios a las juntas militares. A diferencia de lo que sucedió, por ejemplo, en Chile, país en el que la dictadura se retiró triunfante y Pinochet se dio el lujo de autoproclamarse senador vitalicio, en la Argentina la derrota de Malvinas significó una salida bochornosa de un régimen absolutamente desprestigiado y vencido.

El retorno de la democracia fue una vindicación doble: por un lado, significó la recuperación de los derechos y las libertades civiles plenas, la restitución de elecciones libres a pesar de las bravuconadas de Galtieri acerca de que «las urnas están bien guardadas»; pero por otra parte fue una victoria popular que vino a reparar la derrota en Malvinas. La transición a la democracia se vivió con euforia y explotó como una fiesta el día que, finalmente, asumió Raúl Alfonsín la presidencia de la Nación luego de casi ocho largos años de dictadura militar, décadas de violencia política, interrupciones institucionales y gobiernos constitucionales condicionados por el poder castrense como brazo armado de los factores económicos.

El pueblo se hizo eco de aquella máxima alfonsinista que rezaba: «con la democracia se come, se cura y se educa»; de hecho, podía haberse agregado un cuarto ítem, ya que junto con los ideales sociales, las aspiraciones económicas y las reivindicaciones de justicia, afloraron también los postergadas anhelos sexuales. De

manera festiva, ostensible, provocadora, pero también militante y comprometida, multitudes juveniles tomaron por asalto la noche, hasta entonces territorio de los patrulleros policiales, llenando teatros, circuitos artísticos alternativos, recitales de rock, centros culturales y bares, estableciendo los cánones de una nueva cultura sexual. Al mismo tiempo que España se despertaba de la interminable pesadilla del franquismo, nuestra sociedad se liberó de los grilletes de la censura; no fue casual que a ambos lados del Atlántico a este período se lo conociera con el mismo nombre: el destape.

Desde el comienzo de estas páginas hemos señalado de qué manera el cine ha sido un reflejo fiel de cada momento histórico. Las diferentes temáticas argumentales, la exhibición y ocultamiento del cuerpo femenino, el grado de censura y autocensura, en fin, las formas y los contenidos de la producción cinematográfica siempre pusieron de manifiesto, por un lado, las inquietudes sociales y, por otro, los desvelos del poder de turno. Podría suponerse, como sucedió en las diversas dictaduras, que durante el régimen iniciado en marzo de 1976 la sexualidad habría de ser eliminada de la faz del celuloide; sin embargo, sucedió algo aun peor: de la mano de los hermanos Sofovich surgió un cine «erótico» dirigido a un público «adulto». En este punto resulta conveniente rebatir algunos conceptos equívocos acerca de cierta extendida distinción, tan arbitraria como injusta, entre pornografía y erotismo.

Con frecuencia se ha investido a la pornografía de una carga negativa y condenatoria; el erotismo, en cambio, gozó de algún prestigio y se ubicó muchas veces del lado del arte en la medida que mientras la primera «mostraba», el segundo «sugería». Nadie dudaría del carácter pornográfico de la mayor parte de las obras del Marqués de Sade o de algunos relatos de Paul Verlaine; sin embargo, pocos se atreverían a afirmar que *Los doctores las prefieren desnudas*, película de los inefables hermanos Sofovich, tendría mayores virtudes y méritos artísticos que *La filosofía en el tocador* del irreverente noble francés. He aquí una paradoja notable: la incomprendida existencia de Donatien Alphonse François de Sade legó a la cultura un nuevo término: «sadismo», vocablo con el que se ha nombrado a los jefes y torturadores de la dictadura de Videla y compañía. El hecho es que mientras en los centros clandestinos de detención se llevaban a cabo los más aberrantes abusos sexuales ampliamente descritos en capítulos anteriores, la pornografía estaba completamente prohibida. En aquel clima opresivo —dentro y fuera de los campos de concentración— este erotismo bastardo, cuyas caras emblemáticas eran las de Alberto Olmedo, Jorge Porcel, Susana Giménez y Moria Casán, se adueñó de la mayor parte de la cinematografía de la época dictatorial. Casi todas estas películas eran las tradicionales comedias de enredos, matizadas con escenas eróticas en las cuales, en el mejor de los casos, podía verse por un instante o bajo una luz tenue el pecho desnudo de alguna actriz de reparto, mientras las protagonistas aparecían en paños menores. Inspiradas en las comedias italianas más ordinarias de aquella época, los protagonistas masculinos solían mostrarse como un par de bobos, cuya máxima

aspiración era espiar y manosear a las jóvenes desprevenidas disfrazándose como mujeres o haciéndose pasar por médicos. En este contexto, las mujeres eran dueñas de una ingenuidad rayana con la debilidad mental o, al contrario, calculadoras y pérfidas, que se aprovechaban de la ciega lascivia de los protagonistas encarnados por Olmedo y Porcel.

Más allá del lamentable papel que jugaban hombres y mujeres, la función de estas películas era la de crear una cierta apariencia de libertad en materia sexual y esconder detrás del grotesco escote de Moria Casán y de los rubicundos muslos de Susana Giménez la tremenda censura que imperaba por aquellos días. Por esta misma causa, no debe llamar la atención que durante el llamado «destape», durante los primeros tiempos de la recuperación de la democracia, la verdadera libertad de expresión en el cine haya surgido como una respuesta a la opresiva llanura de la narrativa cinematográfica dictatorial, y la sexualidad se haya enfocado en la temática social y la denuncia de los abusos del régimen militar. *La historia oficial*, de Luis Puenzo, acaso haya sido la película que mejor sintetizó los intereses éticos y estéticos de la época y no casualmente representó a la Argentina en el mundo ganando numerosos premios internacionales, entre ellos el Oscar a la mejor película en lengua extranjera. Al contrario de lo que sucedió en España luego de la caída de franquismo, aquí el destape no estuvo caracterizado por una búsqueda de escándalo fácil y mera exhibición de cuerpos desnudos, sino por la proliferación de películas y obras de teatro comprometidas con la realidad política y social.

Sí hubo un esperable —y hasta saludable— renacer de la pornografía. Una gran cantidad de revistas de menor calidad que precio, por lo general desprovistas de material propio, reproducían imágenes de sexo explícito tomadas de publicaciones estadounidenses y europeas. Acaso la que alcanzó mayor popularidad haya sido la revista no casualmente llamada *Destape*; por primera vez el público gozó de la libertad de comprar en un quiosco de diarios —y no en circuitos clandestinos— publicaciones en las que podían verse generosos órganos viriles en plena acción. El detalle no es menor, ya que así como la censura de los distintos regímenes pasados podía hacer la vista gorda frente a un fugaz desnudo femenino, los dueños de la moral pública nunca toleraron la aparición de hombres desnudos exhibiendo una orgullosa erección. A comienzos de los años ochenta los anaqueles de los quioscos presentaban una gran cantidad de revistas envueltas en un tentador celofán negro que incitaba la curiosidad de hombres de todas las edades y extractos sociales que esperaban ansiosos, a partir de la medianoche, la llegada del camión que las distribuía. Durante los primeros tiempos de la democracia las revistas *Destape*, *Shock* y *Libre* se agotaban el mismo día en que salían. Sin embargo, la progresiva masificación del VHS iba a significar el fin de las revistas a manos de los más tentadores videos. Claro que al principio no eran muchos los que podían acceder a los primeros reproductores, de modo que las publicaciones se mantenían a expensas de los sectores populares y de los adolescentes que podían ahorrar los escasos pesos que costaban.

Las míticas revistas *Satiricón* y *Humor Registrado* —la primera fue emblema de los setenta hasta la irrupción del golpe de 1976 y la segunda una suerte de oasis de resistencia y libertad durante la dictadura militar— tuvieron una nueva primavera junto al renacer de la democracia. *Satiricón* regresó con aquella mixtura de humor procaz, actualidad política e historietas plenas de sexo explícito, aunque no tuvo el enorme impacto de su primera época. *Humor Registrado*, por su parte, volvió al ruedo en 1984 con *SexHumor*, una revista que, con el mismo espíritu y parte del *staff* de la vieja *Humor*, centró su mirada cáustica en el sexo de los argentinos durante la nueva etapa política.

Los representantes de la Iglesia Católica asistían con escandalizado silencio a estos nuevos vientos de cambio; la vergonzosa complicidad de la jerarquía eclesiástica con los horrorosos vejámenes de la dictadura no otorgaba a los prelados demasiada autoridad moral para opinar. Sin embargo, la santa indignación pronto habría de hacerse sentir cada vez con más fuerza.

2. Sida, la epidemia del siglo XX

El surgimiento del Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (sida), tal vez haya sido el fenómeno con el que más se identificó a la década del 80. A partir de su aparición y la vertiginosa propagación alrededor del planeta, la sexualidad cambió radicalmente. El sexo, de pronto, quedó expuesto en primer plano como protagonista y objeto en la mayor parte de los debates sociales, políticos, morales, éticos y religiosos. El sida comenzó como un rumor a partir de unos pocos casos detectados en Los Ángeles, California. En la comunidad médica de los EE. UU. se extendió como un murmullo la noticia sobre la aparición de algunos pacientes cuyos síntomas no parecían responder a ningún síndrome conocido. Se trataba de pacientes jóvenes de sexo masculino sin antecedentes patológicos que presentaban una importante depresión del sistema inmunológico.

El *Informe Semanal sobre Morbosidad y Mortalidad*, una de las publicaciones médicas más importantes de los EE. UU., mencionaba por primera vez esta extraña afección que había atacado a cinco homosexuales no relacionados entre sí. Los estudios revelaron rápidamente que la propagación de este conjunto de síntomas era, tal como se sospechaba, de origen sexual. Al examinar estos primeros casos, los médicos creyeron que la rara enfermedad afectaba sólo a los homosexuales; de hecho, el primer nombre del síndrome aludía a esta falsa percepción: «Síndrome de Inmunodeficiencia relacionada con los Homosexuales».

En agosto de 1981 se reportaron 111 casos al Centro de Control de Enfermedades de los EE. UU. El rumor se expandió más rápido que la enfermedad sembrando las semillas del pánico, el prejuicio y la homofobia. Por entonces se acuñaron los tristes mote de «Peste Rosa» y «Cáncer Gay». En 1983 se identificó el agente causante del sida: el Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH). Sin embargo, el tema estalló en la prensa a comienzos de 1985 con la muerte del actor estadounidense Rock Hudson. La imagen deteriorada del galán surgido durante los años cincuenta y las revelaciones de la prensa sobre sus preferencias sexuales ocultas, aumentaron la percepción de que la homosexualidad y el sida tenían una relación de causa y efecto. La muerte de otros personajes mundialmente famosos como Rudolf Nureyev y Freddy Mercury, cuya homosexualidad era manifiesta, contribuyeron a consolidar este prejuicio. Sin embargo, más de veinte años después de aquellos primeros casos reportados en Los Ángeles, el sida se convirtió en una epidemia que afecta tanto a la población masculina como a la femenina, independientemente de su condición sexual o racial.

El sida en la Argentina es una epidemia en crecimiento constante que se expande

con mayor incidencia entre los sectores de menores recursos y las mujeres. El primer caso registrado por el Ministerio de Salud en nuestro país data del año 1982. De acuerdo con la Evaluación del Programa Nacional de Lucha contra el sida y Enfermedades de Transmisión Sexual publicada el 30 de abril de 2001, en la Argentina los enfermos notificados eran 17 615, aunque el número estimado ascendía a 20.458. De estos 17 615 enfermos notificados, 13 055 eran varones, 3179 eran mujeres y 1255, niños menores de 13 años.

Este breve panorama estadístico sirve para comprender no sólo de qué forma el sida se expandió en la sociedad, sino para examinar cómo cambiaron las pautas sociales y culturales a partir de su surgimiento en la década del ochenta. En la Argentina, la aparición del sida, de modo muy incipiente, se produjo en las postrimerías de la dictadura militar. De alguna forma, los rumores provenientes de EE. UU. vinculados a la «Peste Rosa», venían a confirmar la prédica de los sectores conservadores, eclesiásticos y militares. Se presentaba al sida como una suerte de reacción «natural» contra los «males modernos», tales como la promiscuidad, el uso de drogas, el «creciente libertinaje» y la desobediencia a los cánones occidentales y cristianos. Estos argumentos podían escucharse de manera más o menos velada, más o menos tácita, pero también vociferados por algún arrebatado militar, no pocos clérigos e incluso por docentes secundarios y universitarios.

La caída de la dictadura militar y el advenimiento de la democracia coincidieron con el inicio de la expansión del sida. A la euforia que se vivía en los ámbitos juveniles, a la liberación sexual después de la larga noche castrense, venía a oponerse el sida como una suerte de gendarme viral de la moral y las buenas costumbres. Si los sesenta y la primera mitad de los setenta habían significado el ascenso de la juventud, la ruptura generacional, una mayor apertura de la libertad sexual derivada de la cultura *hippie* y facilitada, además, por la masificación de la píldora anticonceptiva, el sida se instaló como una amenaza frente a todos aquellos cambios. Por otra parte, con el retorno de la democracia se abrió tumultuosamente el gran clóset que permanecía cerrado por lo menos desde 1976 y salieron en tropel las radiantes y felices mariposas que poblaron la frenética noche de Buenos Aires. Regresó la orgullosa y fecunda cultura gay, instalándose en los teatros, poblando la literatura, el cine y la música. Pero pronto el sida pasó su guadaña sobre muchas de las mejores cabezas de la época: la muerte de Miguel Abuelo, líder de la mítica banda *Los Abuelos de la Nada*; la de Federico Moura, voz de *Virus*, nada menos; la de Batato Barea y la de tantos otros venían a demostrar con horrorosa contundencia que el sida estaba ahí.

Las costumbres sexuales habrían de cambiar para siempre: la píldora anticonceptiva dejó lugar a la masificación del preservativo y había que escuchar, como una retahíla venida desde lo más oscuro de la Edad Media, los sermones de no pocos representantes de la Iglesia. Todo esto pasaba por vivir en pecado; en adelante, decían, los jóvenes deberían retomar los viejos valores de castidad, virginidad,

monogamia y, sobre todo, abstinencia. Por otra parte, la Iglesia no estaba dispuesta a tolerar las campañas a favor del uso del preservativo: a los ojos de Dios era más justa la muerte de millones de hombres, mujeres y niños en todo el planeta que osar ir en contra de la naturaleza y promover la «promiscuidad» facilitada por el satánico condón.

Tan perfecta era la enfermedad que los sectores más reaccionarios vieron en el sida la cura a todos los «males sociales». Y era cierto: la epidemia presentaba ribetes tan bíblicos que no pocos sospecharon que podía tratarse de un virus de laboratorio destinado a fundar las nuevas bases de la vieja moral. Teorías más o menos serias, más o menos conspirativas o lisa y llanamente disparatadas se mezclaban en las páginas de los diarios y revistas de la época. Lo cierto era que, si alguna mente afiebrada supuso que el sida podía ser una barrera de contención a los pecados que se abatían sobre el mundo, se equivocó: por ejemplo, el alarmante número de adictos a las drogas inyectables no sólo no se redujo sino que aumentó; pero al incremento de los adictos había que sumar, además, la expansión de la enfermedad que se contagiaba con el uso compartido de agujas.

En la década del 90, con el advenimiento del neoliberalismo y la privatización del sistema de salud pública el problema se agravó por dos razones: por un lado, una enorme mayoría de la población sin acceso a los sistemas prepagos quedó virtualmente desprotegida y, por otro, las empresas de salud privada ponían trabas para admitir a los pacientes con VIH-sida.

En la actualidad, los pacientes con VIH-sida pueden mantener una vida saludable si tienen acceso a las nuevas drogas y un entorno social y económico inclusivo. Pero, como siempre ha sucedido, los que se llevan la peor parte de la epidemia son los sectores más pobres. Además de un justo acceso a la salud, al sistema educativo y laboral, resulta urgente e imprescindible la implementación de programas tempranos de educación sexual.

3.

Viejos pecados, nuevos cruzados

La relación entre la Iglesia y el radicalismo nunca fue fácil. Desde sus orígenes, el partido radical debió enfrentar los embates del clero, cuyos representantes jamás vieron con buenos ojos a los movimientos populares que, con mayor o menor fortaleza, con altibajos e incluso con defecciones, se caracterizaron por enfrentarse a los sectores privilegiados de la sociedad. Desde Leandro Alem e Hipólito Yrigoyen, pasando por Lisandro de la Torre, Arturo Frondizi y Arturo Illia, los dirigentes provenientes de la UCR protagonizaron enconadas polémicas con la Iglesia. Alfonsín no fue una excepción: desde los albores de su gestión debió soportar los ataques de los obispos desde varios frentes. Desde el plano ideológico, la Iglesia veía con preocupación la proximidad del alfonsinismo con la Internacional Socialista y su acercamiento a la socialdemocracia europea, el impulso del gobierno radical a un proyecto educativo y cultural alejado de los esquemas tradicionalistas sostenidos por el clero y la decisión de juzgar a los responsables del genocidio llevado a cabo por la dictadura militar.

Desde el punto de vista de las libertades públicas, la Iglesia presenciaba con horror la ausencia de censura y la proliferación de películas eróticas que, aunque de dudosa calidad y baja factura, mostraban la convivencia entre el tráfico de drogas, la trata de personas, la vida en las cárceles, la homosexualidad, la violencia y las violaciones. Títulos como *Las lobas*, *Las colegialas*, *Los gatos*, *Correccional de mujeres*, *Atrapadas* y otras del mismo género que han pasado sin pena ni gloria, exhibían con un tono de denuncia precaria y escandalosa meras peleas entre mujeres desnudas, abusos sobreactuados y situaciones torcidas y retorcidas hasta una morbosidad en grado patológico. Pero no eran estas películas las que realmente inquietaban a los grupos más conservadores vinculados a la Iglesia, sino aquellas que mostraban la intolerancia del Poder frente al sexo: *Camila*, de 1984, denunciaba el asesinato de Camila O’Gorman y el sacerdote Uladislao Gutiérrez a manos de la tiranía de Juan Manuel de Rosas con la complicidad de la Iglesia. *Adiós, Roberto* (1985) hablaba de la realidad silenciada de dos hombres homosexuales. La visita a Buenos Aires del dramaturgo y actor italiano Dario Fo en 1984 provocó un verdadero escándalo. La representación de *Mistero buffo* en el Teatro Municipal General San Martín, obra satírica que pone en evidencia la hipocresía de la Iglesia, generó la protesta de la Corporación de Abogados Católicos, La Liga de Madres de Familia y decenas de anónimos que amenazaban volar el teatro de la avenida Corrientes. Durante las funciones posteriores llegaban al teatro decenas de «militantes» católicos

y partidarios de agrupaciones filofascistas que pintaban svásticas y rompían los vidrios del teatro al grito de «Viva Cristo Rey». Frente a aquel puñado de fanáticos alentados por el pasquín nazi-rosista *Cabildo*, finalmente las fuerzas progresistas movilizaron tres mil manifestantes y las protestas apoyadas por sectores eclesiásticos llegaron a su fin.

El capítulo que desató la primera batalla entre el gobierno de Raúl Alfonsín y la Iglesia fue la sanción de la Ley de Patria Potestad compartida. Durante la primera presidencia de Perón se había establecido este derecho mediante la reforma constitucional de 1949. Sin embargo, la igualdad entre los progenitores fue derogada por la Convención Constituyente de 1957 promovida por la dictadura que derrocó al justicialismo en el 55. En 1974 el Congreso Nacional restituyó la patria potestad compartida, pero María Estela Martínez de Perón vetó la ley a instancias de la Iglesia. Finalmente, en 1985 el gobierno de Raúl Alfonsín reestableció la igualdad de la madre y el padre mediante la sanción de la ley 23.234. La guerra habría de desatarse cuando el gobierno radical decidió impulsar el proyecto de Ley de Divorcio vincular.

Todos los intentos de legalizar el divorcio se habían hecho trizas contra el férreo pórtico del episcopado argentino. Desde el lejanísimo primer proyecto, allá por 1888 durante el gobierno de Juárez Celman, hasta la fugaz ley sancionada en 1954 por Perón y derogada por el golpe del año siguiente, nunca llegó a cristalizarse el divorcio vincular sino hasta un siglo después de aquella frustrada tentativa originaria. En esta materia, la Argentina era uno de los países más atrasados del planeta: más de tres millones de personas —por entonces, la décima parte de la población— estaban separadas de hecho y no gozaban del derecho de volver a casarse. A partir de la presentación del proyecto en 1986 se desató una polémica, no ya entre dos corrientes de opinión, sino entre dos épocas: un pasado remoto en el que Iglesia y Estado eran una misma y única entidad, y un presente secular y laico en el que transcurría la vida cotidiana de la gente, aunque todavía no se reflejara en la letra de las leyes. Es decir, en los hechos los hombres y las mujeres se unían, en algunos casos convivían en concubinato, en otros se casaban, luego podían separarse, volvían a juntarse a pesar de las condenas de la Iglesia y de sus amenazas acerca de lo que significaba «vivir en pecado». Todos los ciudadanos, fueran de la religión que fuesen o aun no teniendo ninguna, debían someterse al dogma católico. Tuvo lugar entonces una polémica, cuyos interlocutores discutían en lenguas diferentes: unos hablaban el idioma del derecho y otros, el de la fe. Pero con el agravante de que aquellos que sostenían su convicción en la fe, imponían su credo sobre toda la sociedad por imperio de la ley. Paradójicamente, el mejor argumento a favor del divorcio no lo sostuvo un marxista ateo, sino uno de los más altos dignatarios de la propia Iglesia, monseñor Justo Laguna: «El divorcio es un mal, pero es un mal para los católicos, y no podemos imponer en una sociedad plural una ley que toca a los católicos. Son los católicos los que tienen que cumplirla y no el resto».

Los fundamentos de aquellos que se oponían al divorcio destilaban un

anacronismo que no admitía argumentos racionales. De pronto, algunos sacerdotes indignados comenzaron a amenazar con el viejo látigo de la excomunión, tal como en el pasado habían hecho con Juan Domingo Perón. De hecho, monseñor Desiderio Collino, obispo de Lomas de Zamora, llegó a excomulgar a los legisladores de su diócesis que apoyaban la norma. Por su parte, monseñor Ogñenovich, obispo de Mercedes, clérigo que seguramente se oponía no ya al divorcio, sino a la rotación de la Tierra en torno del Sol, convocó a una procesión a Plaza de Mayo que sería encabezada por la Virgen de Luján. La Virgen se hizo presente porque fue llevada en andas aunque, como era de esperarse, no se pronunció. Sin embargo, los peregrinos que llegaron por sus medios fueron tan escasos que el propio Ogñenovich, tal vez sin proponérselo, rompió el frente interno al acusar a otros obispos de complicidad con el gobierno.

Finalmente, el 8 de junio de 1987 se sancionó la ley 23 515 de Divorcio Vincular. Desde luego, la nueva normativa no provocó disoluciones en masa como pronosticaban los agoreros prelados, aunque significó, sí, el divorcio definitivo entre el presidente Raúl Alfonsín y la Iglesia Católica.

Crímenes y pecados

El conflicto entre la Iglesia y el gobierno de Raúl Alfonsín continuó su escalada y alcanzó un grado de virulencia tal, que cerca estuvo de convertirse en un combate cuerpo a cuerpo cuando el Presidente decidió ocupar el púlpito de la iglesia Stella Maris para contestar las imprecaciones que monseñor Medina, vicario castrense, lanzó sobre la renaciente democracia. Desde luego, el prelado nunca había osado levantar la voz frente a la dictadura; al contrario, acompañó en silencio el genocidio. El 29 de octubre de 1988 se produjo una nueva fricción en la ya resquebrajada relación entre gobierno e Iglesia: la Conferencia Episcopal lanzó un documento en el que se condenaba la «idolatría del poder, el sexo y el dinero» y denunciaba la existencia de «negociados y coimas». Raúl Alfonsín retomó entonces la ofensiva y aprovechó la situación para recordar los turbios negocios que por entonces la Iglesia mantenía con el Banco Ambrosiano y el escándalo del propio Banco Vaticano, cuyo titular, Paul Marcinkus, fue procesado por el incierto destino de 3500 millones de dólares. Con elegancia pero sin pruritos, Alfonsín disparó:

Yo sé muy bien que la Iglesia lo dice con sentido positivo, porque conoce cómo, a veces, por encima de las direcciones, pueden provocarse ilícitos. Sólo un hombre sin honradez podría presumir que todo el proceso del Banco Ambrosiano obedece a la política vaticana.

Lo cierto era que la Iglesia ni siquiera tenía autoridad moral para denunciar al gobierno constitucional de corrupción, tal como sugirió el Episcopado, cuyos miembros, por añadidura, llevaban las sotanas manchadas de rojo, de negro y con algún que otro lamparón blancuzco de los que nos ocuparemos más adelante.

Por otra parte, antes, durante y luego de los históricos juicios a las juntas militares, la Iglesia insistía con sus argumentos a favor del «olvido y el perdón» a los genocidas. Sin dudas, fue éste el capítulo más relevante del gobierno de Raúl Alfonsín: la decisión política de llevar frente a los estrados de la Justicia a los responsables del mayor exterminio que recuerde la historia argentina. Con la creación de la conadep (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas), integrada por René Favaloro, Graciela Fernández Meijide, Carlos Grattinoni, Gregorio Klimovsky, Marshall Meyer, Jaime de Nevares, Magdalena Ruiz Guiñazú y Ernesto Sabato, se consiguió recopilar los testimonios de miles de personas que padecieron las vejaciones de la dictadura militar. Aquel colosal trabajo se condensó en el histórico libro *Nunca Más*. El 20 de septiembre de 1984, una multitud cercana a las cien mil personas se hizo presente en la Plaza de Mayo para acompañar la entrega del informe de la conadep al presidente Raúl Alfonsín.

La Cámara Nacional de Apelaciones en lo Criminal y Correccional Federal de la Capital Federal que, ante la deliberada inacción de los tribunales militares, finalmente juzgó a las Juntas, estaba compuesta por los jueces Jorge Valerga Aráoz, León Carlos Arslanián, Andrés D'Alessio, Ricardo Gil Lavedra, Guillermo Ledesma y Jorge Torlasco. Quienes hemos podido presenciar algunas de las audiencias públicas, escuchar los desgarradores testimonios de las víctimas y las frías y aterradoras palabras de los verdugos, no podríamos plasmar con justicia la sucesión de emociones diversas que se vivenciaron en aquel recinto. Muchos ciudadanos no tenían una idea clara de lo que sucedía en la Argentina durante la dictadura militar; otros, pese a que no ignoraban la existencia de los centros clandestinos de detención, no conocían los alcances de aquel plan sistemático de tortura, desaparición, exterminio y apropiación de niños. La mayoría de la población ignoraba que en plena Capital Federal, en varios edificios públicos de las principales ciudades del país frente a los cuales tal vez pasaban a diario, en diversas comisarías de barrio, funcionaban campos de concentración con una estructura similar a la que aplicaron los nazis en Europa.

El impacto de los juicios en la conciencia de cada ciudadano fue tan grande que produjo no sólo un jalón en la vida política del país, sino en la existencia propia, en el centro de la subjetividad de la mayoría de los argentinos. Ver aquellos generales, almirantes, brigadieres que, llenos de soberbia, ignoraban con desprecio a los jueces de la República, a los fiscales, a los ciudadanos que presenciábamos las audiencias, devolvía la dimensión de la gesta democrática más grande de la historia. Aquellos militares que se habían llenado la boca con palabras tales como moral, religión, Dios, Patria, Hogar, habían sido responsables de violaciones, de torturas a embarazadas, de vejaciones, de asesinatos a hombres y mujeres de distintas nacionalidades y credos, sacerdotes y monjas católicas, judíos por el solo hecho de profesar esa religión y de arrancar del seno de sus hogares a familias enteras. ¿Moral, Dios, Patria, Hogar?

Nos hemos referido largamente en capítulos anteriores a los testimonios de quienes sufrieron la represión en carne propia. Pero escuchar de boca de las mismas víctimas el suplicio al que fueron sometidas, compadecerse de sus silencios, los sollozos, los llantos que interrumpían el relato resulta imposible de transmitir, de la misma forma que el sufrimiento que narraban era intransferible para quien no lo padeció en su propia piel. Aquellos generales, ejemplares padres de familia, eran violadores; esos atildados almirantes que no faltaban a la misa, eran asesinos. Los brigadieres, correctos y circunspectos, eran apropiadores de bebés. Los vicarios castrenses, los obispos que los acompañaban como negras aves de rapiña, eran... negras aves de rapiña. De pronto, la sociedad tuvo frente a sus ojos la dimensión del horror que muchos no supieron, no quisieron o no pudieron ver. Y he aquí el mismo problema que habría de poner fin anticipado al gobierno de Raúl Alfonsín quien, como él mismo habría de admitir más adelante, fue víctima de lo que no supo, no quiso o no pudo hacer.

Finalmente, el 9 de diciembre de 1985 el tribunal dictó las sentencias condenando a Videla y a Massera a reclusión perpetua, a Viola a diecisiete años de prisión, a Lambruschini a ocho años y a Agosti a cuatro años de prisión. Por primera vez en la historia los responsables de una dictadura militar habían sido acusados, enjuiciados y sentenciados por las instituciones de la República. A pesar de las imperdonables ofensas por parte de los militares condenados y de algún fanático funcionario extraviado en los sórdidos vericuetos del poder, la historia se ocupará de destacar la heroica labor del fiscal Julio César Strassera cuando ningún otro funcionario judicial, salvo Luis Moreno Ocampo, fiscal adjunto, se atrevió a tomar parte en la acusación a los jefes de la dictadura. No hace falta recordar que por entonces los fusiles aún estaban humeantes y la democracia era permanentemente amenazada.

Si Raúl Alfonsín hubiera sostenido la misma decisión y firmeza con que impulsó los juicios y no hubiese cedido a la extorsión de los oficiales «carapintada» liderados por Aldo Rico y Mohamed Alí Seineldín, la historia, sin dudas, habría sido otra. Si no se hubiesen sancionado la ignominiosa Ley de Punto Final en 1986 y la de Obediencia Debida en 1987, la democracia habría resultado robustecida y el gobierno constitucional seguramente hubiera resistido con mayor fortaleza los embates de los grupos financieros que forzaron su salida anticipada y fijaron las políticas del gobierno justicialista que lo sucedió.

IX. El dueño del harén

El Facundo travestido

Carlos Saúl Menem ganó las elecciones de 1989 con el 47% de los votos contra el 32% del candidato radical Eduardo Angeloz. La imagen del hombre que había gobernado la provincia de La Rioja durante seis años era un calco exacto de su coterráneo, el legendario caudillo Facundo Quiroga. Las patillas frondosas que invadían sus mejillas, el pelo largo y ondulado sobre los hombros, el decir llano y el acento típico del noroeste pobre, lo convertían en un personaje alejado de la corrección y el atildamiento propios de los políticos tradicionales. Pero su aspecto no era sólo un dato pintoresco: el parecido con el «Tigre de los Llanos» lo mostraba como un ícono viviente del antiliberalismo. Para un amplio arco político que iba desde el Partido Comunista hasta los sectores de la derecha liberal, pasando por el radicalismo y el socialismo, Sarmiento era el paladín de la «civilización». En cambio, Facundo Quiroga era, a decir del propio maestro sanjuanino, la expresión más visceral de la «barbarie». País afecto a cierto maniqueísmo que, en los hechos, nunca tuvo un correlato con la realidad, los cotos que separaban izquierdas de derechas, nacionalistas de liberales, fueron, casi siempre, categorías platónicas.

Al examinar la historia argentina se advierten varias paradojas recurrentes: comunistas y socialistas supieron unirse a la derecha más recalcitrante en contra del peronismo. No menos curiosa resulta la repetida alianza entre liberales y nacionalistas durante todas las rupturas institucionales. Desde el oprobioso golpe de Uriburu en 1930 hasta la más reciente rebelión «carapintada», los sectores nacionalistas se han aliado con los liberales en contra de los intereses populares, agitando el fantasma de la «amenaza comunista». Rico y Seineldín, paladines de la oficialidad nacionalista, se alzaron en armas contra la democracia en defensa de Videla, Martínez de Hoz y el resto de los liberales que comandaron la dictadura de 1976. Sin embargo, a pesar de las desmentidas de la historia, la sociedad volvió a polarizarse una vez más. Por un lado estaban los «civilizados» que, encolumnados detrás de Angeloz, prometían el paraíso de un mercado sin controles. Por el otro, los «bárbaros» de Menem que amenazaban con expulsar a los mercaderes del Templo al grito de «Revolución Productiva y Salario». Carlos Menem había presentado una plataforma electoral que era un epítome del peronismo originario: apoyo a la industria nacional, beneficios a la clase trabajadora y al movimiento sindical, aumentos de salarios y políticas sociales de inclusión y asistencia para los sectores más desprotegidos.

Sin embargo, al asumir, Carlos Saúl Menem se transformó mágicamente en su antagonista, el derrotado Eduardo Angeloz, e incluso fue mucho más allá de lo que

los ultraliberales habían soñado jamás. Se deshizo rápidamente de las «Veinte Verdades Peronistas» y como Moisés en el monte Sinaí, elevó las nuevas Tablas de la Ley. Los flamantes Diez Mandamientos eran los que establecía el Consenso de Washington: estricta disciplina fiscal, recorte del gasto público, reforma tributaria, tasas de interés positivas fijadas libremente por el mercado, tipo de cambio competitivo, liberación del mercado de los controles estatales, apertura de la inversión extranjera, privatización de empresas públicas, desregulación y prioridad de la propiedad privada sobre la esfera de lo público.

De acuerdo con este nuevo dogma, el equipo de gobierno quedó integrado por hombres y mujeres provenientes de los grandes grupos económicos concentrados, obedientes a los mandatos del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. La economía y la política quedaron en manos de aquellos que nunca habían podido llegar al poder por medio del mandato popular, sino en andas de los militares. El grupo Bunge & Born puso a sus alfiles al frente del Ministerio de Economía en las dos primeras gestiones. La Unión de Centro Democrático (Ucedé), que había obtenido una cantidad de votos insignificante, tuvo una participación destacada con María Julia Alsogaray, hija del histórico líder antiperonista Álvaro Alsogaray, y Adelina Dalesio de Viola. Lejos de la plataforma electoral que prometía un programa nacional y popular, Carlos Menem entregó a los capitales privados, en su mayoría extranjeros, la totalidad de las empresas públicas estatales: Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), las empresas de energía eléctrica, Gas del Estado, Entel, Aerolíneas Argentinas, el Correo Nacional, la Caja Nacional de Ahorro y Seguro, Obras Sanitarias, los aeropuertos, el sistema jubilatorio, las plantas siderúrgicas, el Mercado de Hacienda, radios, canales de televisión, rutas y ferrocarriles, todo pasó a manos particulares, transformándose los monopolios estatales en monopolios privados. El esquema de ganancia de las empresas privatizadas era muy sencillo: los dividendos iban a las arcas de las empresas con sede en el extranjero y las pérdidas quedaban a cuenta del Estado.

Este acto de travestismo político no fue el único ni el primero en la vida de Carlos Menem: de abogado defensor de militantes peronistas perseguidos por la dictadura de Aramburu, pasó a ser un fiel aliado de los ideólogos de la llamada «Revolución Libertadora»; hombre divorciado de su esposa, Zulema Yoma, fue el más firme opositor a la Ley de Divorcio Vincular sancionada durante el anterior mandato. Pero acaso su transformación más impactante haya sido la que sufrió entre 1989 y 1990: habiendo estado preso durante la dictadura inaugurada en 1976, ya presidente de la Nación, dispuso el indulto de más de doscientos militares condenados por violaciones a los derechos humanos, incluyendo, claro, las que cometieron contra él mismo.

Tal vez ningún otro período de la historia argentina haya estado tan marcado por la imbricación del ámbito íntimo con la esfera pública como los años del menemismo. Las portadas de revistas dedicadas al espectáculo y a la farándula se poblaron de fotografías de ministros, funcionarios y legisladores y hasta podía verse

al propio presidente de la República envuelto en *affaires* que, en apariencia, nada tenían que ver con la política. Una suerte de exhibicionismo obsceno en el que se mezclaban sexo, dinero y poder se adueñó de los medios masivos. Los actos de corrupción y los dividendos de origen espurio, lejos de quedar en la sombra y el sigilo, eran mostrados sin pudor ante las cámaras.

Acaso la síntesis de esa época haya sido una memorable portada de la revista *Noticias* de 1990 en la que María Julia Alsogaray, por entonces secretaria de Medio Ambiente, posó semidesnuda sólo cubierta por un costoso tapado de zorro gris. Aquella fotografía es, sin dudas, el más fiel retrato del espíritu de ese período. No faltaba ningún elemento de la «fiesta menemista»: sexo, dinero, poder, corrupción y exhibicionismo. Por entonces corría un insistente rumor acerca de un presunto romance entre Carlos Menem y María Julia Alsogaray. De pronto, la conservadora y circunspecta funcionaria, dueña de un estilo thatcheriano, lejos de desmentir la versión, al mostrarse con semejante desparpajo, se presentó a sí misma como una mujer dispuesta acaso a una aventura hasta entonces impensable para muchos. Pero que además la funcionaria responsable de la preservación del medio ambiente posara con un tapado de piel de una especie protegida lindaba con el mal desempeño de la función pública. Como si todo esto fuera poco, aparecer con una prenda de semejante valor era un insulto a las clases populares, que padecían las cifras de desocupación y pobreza más elevadas de la historia argentina.

Pero no sólo las funcionarias públicas estaban dispuestas a competir en fama, desparpajo y frivolidad con la farándula. Otro caso notable fue el de Samuel Apffelbaum, cuyo arte para las transformaciones tiene pocos precedentes en la historia argentina. El primero de sus cambios fue el de su nombre: reemplazó su apellido de origen judío-alemán, traduciéndolo literalmente al castellano (*apfel*: manzana; *baum*: árbol) y su nombre de pila, Samuel, pasó a ser José Luis. Diputado desde 1983, José Luis Manzano fue un referente de la renovación peronista que promovía un giro hacia el progresismo oponiéndose a los viejos capitostes que habían llevado al justicialismo a la derrota frente a Raúl Alfonsín.

Cuando el jefe de la renovación, Antonio Cafiero, perdió las internas frente a Menem, Manzano saltó del bote de los perdedores y se abrazó a quien habría de convertirse en el nuevo Presidente. Luego de ser nombrado ministro de Interior, el todavía joven dirigente operó un nuevo cambio: para estar a tono con los tiempos que corrían, puso en remojo la barba que le confería un aspecto setentista, reduciéndola a una sombra *négligé* muy *à la page*, y ocultó su porte algo enjuto usando unas hombreras sobredimensionadas. Sin embargo, al considerarse frente al espejo, encontraba que todavía faltaba algo. Dubitativo, se miraba de frente, de perfil y, al girar media vuelta sobre su eje, notaba una cierta languidez en su parte trasera. Samuel Apffelbaum se dijo que valdría la pena la pequeña inversión, tomó coraje y resolvió visitar a su médico. Luego de una breve desaparición de la escena pública, el ministro que tenía a cargo la seguridad interior del país decidió ocuparse de su propio

interior profundo. En un acto de federalismo íntimo, puso de relieve las llanuras postergadas de su anatomía haciéndose colocar unos gloriosos implantes de siliconas en los glúteos.

Éstos fueron, apenas, los primeros números de aquello que parecía ser una función de un circo vulgar y terminó convirtiéndose en la trama de una de las mayores tragedias argentinas.

¿El poder de la seducción o la seducción del poder?

Durante aquel período no sólo había que ser menemista; también había que parecerlo. Ser menemista no sólo era una posición política e ideológica, sino, además, una estética y una ética. O acaso, para expresarlo con precisión, habría que decir que esta postura existencial consistía, justamente, en la negación de aquellos términos. Ser menemista significaba el abandono de la política y de la ideología en pos de un pragmatismo puro, la ausencia de toda ética y, por así decirlo, la muerte lisa y llana, si no de la estética al menos del buen gusto. Por aquellos días proliferaban libros que intentaban explicar el «fenómeno» menemista. No sin asombro, periodistas de diferentes procedencias se preguntaban cómo era posible que alguien «de corta estatura y aspecto otoñal» tuviera semejante poder de seducción entre hombres y mujeres. El propio Carlos Menem llegó a convencerse de que era dueño de un carisma único que lo hacía irresistible: «Creo que con las mujeres tengo algún éxito pero porque soy un sentimental. Me gusta ver una flor, admirar el vuelo de las aves...».

Estas palabras no sólo no parecían razón suficiente para cautivar una pléyade de mujeres, sino, más bien al contrario, se diría que sonaba como la fórmula perfecta para ahuyentarlas. Más sorprendente resultaba comprobar que algunas autoras situadas en las antípodas del caudillo riojano, a su pesar y acaso sin advertirlo, dejaban traslucir en sus palabras una indisimulable atracción por él. Una de ellas escribió:

el primer mandatario es un seductor nato y allí por donde pasa, las mujeres se le abalanzan, lo besan y abrazan. Proclive a estimular la competencia femenina, el galante riojano suele distinguir a sus acólitas con motes varios cuyo uso, según la ocasión, indica el grado de proximidad o lejanía que la agraciada mantiene con él, además de servir para alborotar los celos del particular gineceo.

La autora de esas líneas, lejos de parecer la periodista crítica que creía ser, dejaba escapar un involuntario deslumbramiento.

Se decía por entonces que, además de aquel supuesto *affaire* con María Julia Alsogaray, también había cedido a sus encantos Adelina Dalesio de Viola, otra funcionaria proveniente de la Ucedé, como si el líder del justicialismo hubiese querido vengarse de los antiguos enemigos del movimiento como lo hacían los viejos guerreros: sometiendo a sus mujeres. A propósito, circuló una anécdota en la época según la cual Miguel Ángel Vicco, secretario privado de Carlos Menem, también habría tenido un breve escarceo con la secretaria de Medio Ambiente, a raíz de lo

cual, habría comentado entre sus amigos: «¿Sabés lo que es echarse un polvo con la hija de Álvaro Alsogaray?».

Nada de esto era obstáculo, sin embargo, para que el presidente premiara la lealtad de aquellas que habían militado en la Juventud Peronista: a su amparo, también había lugar para Claudia Bello y Patricia Bullrich. La lista de mujeres con las que se vinculó a Carlos Menem es interminable: actrices, vedettes, modelos, conductoras de programas infantiles, para adultos, esposas de empresarios, empresarias y una extensa sucesión de etcéteras de distintas edades, procedencias y extracciones. Cuenta la crónica que hombres y mujeres que no guardaban ningún afecto por la persona del presidente, caían cautivados ante su presencia. El odio visceral que solía manifestar Charly García hacia Carlos Menem se transformó en amor al conocerlo personalmente: tocaron el piano a cuatro manos, cantaron a dúo, intercambiaron besos y abrazos, barajaron la posibilidad de una fórmula electoral Menem-García o García-Menem, fumaron habanos y se juraron amor eterno.

Lo mismo le sucedió a Diego Maradona. Durante años el mejor jugador de todos los tiempos, simpatizante y amigo de Fidel Castro, fue uno de los críticos más duros que tuvo Menem. Sin embargo, al conocer al presidente, Diego cayó rendido a sus pies. Igual que a Charly García, el riojano le propuso a Maradona la candidatura a vicepresidente para las elecciones de 2003. De hecho, con estas declaraciones, Menem llegó a crear un risueño conflicto entre el futbolista y el músico: rápido para establecer jerarquías, Maradona dijo que si la fórmula ganaba las elecciones, le ofrecería a García algún ministerio. Para no escalar la disputa, Charly García hizo una conciliadora propuesta de «Triunvirato».

De esa estopa estaba hecho el menemismo, de la misma fútil materialidad de las revistas de la farándula. Cuántos de los romances atribuidos a Menem han sido imaginarios y cuántos reales, poco importa al propósito de estas páginas. Sin embargo, todas estas anécdotas frívolas han sido ilustrativas para comprender la esencia del poder, sus espejismos, sus escasas certezas, las efímeras lealtades, las pulsiones que gobiernan los actos de los políticos y sus propósitos últimos.

¿Realmente tenía Carlos Menem algún atributo que lo convertía en objeto del deseo femenino y de fascinación de los hombres más allá de la investidura presidencial, el poder y el dinero? La historia demuestra que aquel «seductor nato» dejó de serlo el mismo día que entregó el bastón y la banda presidencial. Vale la pena repasar la vida posterior de varios de los personajes aquí mencionados: todos cayeron en desgracia, algunos lograron levantarse nuevamente y otros volvieron a tropezar. Nadie estuvo ahí para tender una mano, sino a cambio de algún favor político. Luego de un breve, fallido y oneroso matrimonio con la exmodelo chilena Cecilia Bolocco, Carlos Menem fue procesado por delitos gravísimos: enriquecimiento ilícito, tráfico de armas y la voladura intencional de una ciudad para borrar las pruebas del faltante del arsenal. En algunos casos fue absuelto y en otros continúa procesado. El expresidente debió fatigar los pasillos de los tribunales una y otra vez, fue

encarcelado y liberado otras tantas veces hasta convertirse en lo que es hoy: un senador decrépito con el que nadie quisiera aparecer en una fotografía, un político acabado que sólo puede ofrecer la ausencia a su banca a cambio de impunidad. Nadie.

Durante la década del 90, la frivolidad, el desfile de vanidades y la farandulización de la política no surgieron sólo como meros rasgos de personalidad de los protagonistas de aquella época; en realidad, todo era parte del guión, el decorado y la puesta en escena montada para esconder la tragedia que tenía lugar fuera de aquel teatro ilusorio que mostraban las revistas y la televisión. Pero los actores terminaron creyéndose los papeles que interpretaban. Uno de los más fervientes apólogos del gobierno de Carlos Menem, Bernardo Neustadt, sin ocultar su xenofobia elemental, llegó a decir del presidente: «Lo veo alto, rubio y de ojos celestes».

Más allá de dejar en evidencia su gustos personales, Neustadt supo poner en palabras aquella inexplicable atracción que ejercía Menem en las clases altas, tradicionalmente alérgicas a todo lo que proviniera del peronismo. Aquel personaje patilludo, de tez morisca, ascendencia sirio-libanesa, estatura insignificante, carente del encanto de la «gente como uno» al que tanto había fustigado Neustadt antes de su ascensión, interpretaba de pronto el papel del galán. Por supuesto, los distinguidos miembros de la Sociedad Rural, la Unión Industrial y las demás corporaciones nacionales y multinacionales estaban dispuestos a creer en su patética actuación mientras no dejara de regalarles el patrimonio público a manos llenas. Aplaudían a rabiar cada paso de comedia, festejaban con carcajadas la trama de enredos que se representaba día y noche. Igual que Charles Chaplin, Menem podía interpretar distintos personajes: Carlitos aviador, Carlitos futbolista, Carlitos jugador de golf, Carlitos corredor, Carlitos amante latino e incluso, Carlitos presidente.

Detrás de aquella cortina de humo de cigarros y burbujas de *champagne*, mientras las revistas del corazón hablaban del romance del presidente con tal o cual funcionaria, en ese exacto momento se cerraba una fábrica. A la vez que los programas de chimentos revelaban un nuevo *affaire*, Menem ejecutaba la máxima «ramal que para, ramal que cierra» hasta dejar la red ferroviaria virtualmente desmantelada. Mientras se mentaban las proezas sexuales del dueño del harén, se rifaba cada día una empresa pública. Al mismo tiempo que se rumoreaba sobre las dimensiones del aparato reproductivo del presidente, se reducía cada vez más el aparato productivo de la Nación.

Prostitutas de diferente pelaje se hacían pasar por damas honorables que caían muertas de amor a los pies del primer mandatario. Por supuesto, todas cobraban formidables honorarios a cuenta del erario público. Fiel a su ascendente musulmán, de acuerdo con las crónicas de la época, al presidente no le alcanzaba con una sola

mujer para sus lances sexuales y solía reprender a su secretario personal, Ramón Hernández, cuando éste no le llevaba a los aposentos presidenciales al menos dos mujeres.

En este punto se impone hacer un repaso sumario sobre las relaciones permanentes entre la farándula y el poder. Hemos examinado ampliamente estos vínculos durante las dos primeras presidencias de Juan Domingo Perón, señalando que la propia Evita pertenecía al mundo del cine, el teatro y la radionovela. En todas las épocas el mundo artístico se ha dividido, poniéndose en una u otra vereda. Ya para abrigarse al calor del poder, ya por auténtica convicción, actores, cantantes, deportistas, periodistas o escritores gozaron de la protección de los distintos gobiernos o, al contrario, padecieron la indiferencia cuando no la persecución y la censura. Muchos se las han compuesto para ensayar complejas piruetas y caer parados ante todos los gobiernos de turno. Lo cierto es que, desde siempre, ha existido una relación de conveniencia mutua entre la farándula y el poder. Mientras Niní Marshall y Libertad Lamarque, opuestas al peronismo, tuvieron que exiliarse durante la época del primer justicialismo, Fanny Navarro y Hugo del Carril vivieron su momento de esplendor bajo el ala del gobierno. En las épocas oscuras y nefastas de la peor dictadura militar, a la vez que centenares de artistas eran desaparecidos, asesinados o expulsados al exilio, otras y otros mantenían «relaciones carnales» con los usurpadores del poder. Documentos desclasificados de los servicios secretos chilenos en el año 2000, pusieron al descubierto las relaciones entre Massera y cierta actriz de dilatada trayectoria. Un fragmento del informe redactado en 1978, decía:

Sobre más antecedentes de Graciela Alfano, actual amante de Massera, puedo informar que ésta es actriz y modelo. Está con Massera aproximadamente desde hace 6 meses. Últimamente se ha sabido de costosos regalos que fueron hechos (departamento, pieles, joyas, etc.). (...) Anteriormente Massera tenía como amante a una modelo publicitaria, que hacía la propaganda de los cigarrillos Jockey Club. Más antecedentes sobre la Alfano enviaré oportunamente.

En su defensa, la actriz desmintió el informe y en un programa de televisión declaró:

Fui parte de la Resistencia Peronista en los setenta. Una vez, militando, tuvimos que escaparnos, yo tuve que dormir en un baño de mujeres. En ese entonces mi libreta se perdió y la encontró un policía. Un profesor mío, hoy desaparecido, me salvó jurando y rejurando que yo había estado en su clase, sino hubiese sido una desaparecida.

Acaso la actriz haya confundido la Resistencia Peronista, creada en realidad en el segundo lustro de los años cincuenta, con los *Comandos Azules*, película de 1979, que era una burda propaganda de la dictadura militar en la que sus compañeros de «militancia» llevaban los alias de Tiburón, Delfín y Mojarrita.

Sin embargo, la actriz tuvo oportunidad de reivindicarse finalmente con el peronismo en la década del 90. Por entonces, en 1993, se dejó fotografiar con el presidente Menem en un palco del Teatro Colón y, en otra oportunidad, fueron

capturados por la cámara tomados de la mano. Ambas fotos, según ella misma declaró, le causaron un gran problema ya que debió darle explicaciones a su marido de entonces, el empresario Enrique Capozzolo, y a sus hijos: «Con Quique vivimos momentos muy violentos, violentísimos... fue muy duro y triste para nuestros hijos presenciar esas escenas».

Sin embargo, el pesar le duró menos que su improbable paso por la Resistencia Peronista. En otras declaraciones, dijo a propósito de las críticas que despertaron sus fotos con Menem: «Muchas me criticaron pero de envidia, porque más de una señora respetuosa o de imagen se moriría por estar en esa foto, más de una de esas mujeres empujó a cuanta persona estaba delante para salir al lado del presidente».

Más allá del honor que para ella significó su foto con Menem, muchos pagarían por tener una fotografía de Graciela Alfano junto a los combativos Gustavo Rearte, Felipe Vallese o el mismo John William Cooke en el novelesco paso de la diva por la Resistencia Peronista ejerciendo la lucha armada urbana. Aunque tal vez Graciela Alfano también confundió a los célebres fundadores de la Juventud Peronista con sus compañeros de *Los superagentes contra los fantasmas*, película que filmó junto a Julio De Grazia y Víctor Bó.

A propósito de los vínculos de diversas actrices y vedettes con los funestos personajes que ocuparon el poder durante el último gobierno militar, la presidente de Madres de Plaza de Mayo, Hebe de Bonafini, en medio de una polémica sobre la inseguridad, declaró:

¿Cuál es nuestra seguridad con estas vedettes, que son más putas que vedettes, que se atreven a hablar de derechos humanos cuando bailaron y se acostaron con todos los represores? (...) En vez de cabeza tienen un maní, lo único que tienen son tetas y no son de ellas.

La respuesta de una las aludidas, Moria Casán, no tardó en llegar:

A mí me divierte cuando llaman putas... (...) yo no tuve ninguna relación con militares, sólo con mi padre que era militar. (...) A mí me hubiese gustado tener un hijo que sea militar. Militar y puto, porque si tenía un hijo, de esta madre no puede salir otra cosa. (...) Yo no tuve amantes militares.

Igual que Graciela Alfano, Moria Casán tuvo su época de esplendor durante la dictadura militar; la mayor parte de las películas en las que trabajó —doce de veinte— se filmó durante aquel período. Sin embargo, la llegada de la democracia la encontró cerca del flamante presidente Raúl Alfonsín. De la noche a la mañana, la diva que jamás disimuló su simpatía por los militares, se convirtió en la imagen voluptuosa de la República. Por entonces conducía un programa televisivo nocturno, *A la cama con Moria*, en el que entrevistaba a encumbrados políticos bajo las cobijas de un barroco lecho escenográfico, mientras con voz de impostada sensualidad, acercaba su siliconado escote a la cara trémula del invitado. Así como admitió haberse sacado varias fotos con los militares, en épocas de Alfonsín posaba frente a las cámaras con una bandera radical y declaraba su admiración por el presidente. Tras

el triunfo de la UCR el 30 de octubre de 1983, la vedette se mostró en los festejos populares con una banda roja y blanca que le cruzaba el prominente busto. Cuando el exmandatario falleció, Moria Casán se deshizo en palabras de halago:

Alfonsín era un gran amigo de mi primer marido, el papá de Sofía, Mario Castiglione. Era el padrino de uno de sus hijos, estuvo en el bautismo y Mario hasta le puso Raúl Ricardo en su honor. Sus hijos han venido a casa... Sentí que se iba alguien de la familia, un hombre que nos había dado una alegría enorme.

Sin embargo, la lealtad al radicalismo habría de durar lo mismo que el mandato de Alfonsín. Al asumir Carlos Menem, se reveló como una ferviente simpatizante y amiga del riojano. A punto tal que hizo renacer su dormida pasión por la política y, años más tarde, decidió postularse como candidata a diputada por una lista que acompañaba el relanzamiento nacional de Menem. Para justificar su incursión, sacó a relucir una vieja nota de la revista *Gente* de 1987 en la que aparecía posando en la Cámara Baja proclamando:

Señores diputados: ¿Qué tiene la Cicciolina que no tenga yo? (...) Que la Cicciolina, que es una actriz de películas pornográficas e hizo su campaña desnuda, sacó 10.000 votos me parece diviiiiino... A mí me encanta todo lo que sea romper moldes. Los italianos tuvieron humor, y eso es lo que nos falta a los argentinos. Yo tengo mi paquete de leyes a proponer para dar vuelta el bocho a todos...

En otra entrevista, Moria Casán exhibió su sólida amistad con Menem y sostuvo que nada ni nadie impediría su ingreso a la política: «Carlos es una persona a quien quiero y aprecio, pero la decisión es mía. Él es amigo, y vio con buenos ojos mi determinación, pero no incidió...». También aseguró: «Ya puse primera, y ahora que me paren. La verdad estará en las urnas».

Pero Moria Casán chocó contra el sólido muro de la indiferencia del electorado. La mujer que alguna vez había confesado que el poder ejercía sobre ella una gran seducción, tal vez dolida por este fracaso, declaró: «Los políticos están tan bastardeados y devaluados que no se me ocurriría nunca calentarme con uno (al menos que sea extranjero, claro). Con un político argentino es como que te asexuás». Seguramente lo dijo con conocimiento de causa.

Podrían llenarse páginas y hasta volúmenes enteros con anécdotas de la noche menemista, de la fiesta neoliberal, del despilfarro y la juerga farandulesca en la que se había convertido la política argentina. Podrían hacerse listas interminables con los nombres de los invitados a la enorme «sala VIP» en que se transformaron los tres poderes del Estado, pero resultaría no sólo redundante, sino de una frivolidad ajena a la intención de este libro. La década de los 90, en fin, no sólo puso en evidencia los vínculos siempre existentes entre sexualidad y poder: en aquel despliegue de exhibición por momentos obscena, demostró, además, que no siempre el desprejuicio sexual está vinculado con las ideas progresistas. Al contrario, muchos de estos personajes que se mostraban orgullosamente libertinos podían ser, paradójicamente, dueños de un conservadurismo clerical.

El silencio de los insolentes

Siempre fue sugestiva la obsesión con que la Iglesia se encargó de la sexualidad a lo largo de la historia. Desde las épocas de la Conquista hasta la actualidad, el poder eclesiástico ha condenado públicamente las diversas prácticas sexuales y, de hecho, se ha valido de la excusa de las supuestas costumbres licenciosas de los pueblos autóctonos para justificar el sojuzgamiento de éstos al poder imperial español. Desde entonces en adelante, este mismo pretexto, con diferentes argumentos según las épocas, no ha dejado de tener vigencia. Sin embargo, la Iglesia casi nunca se ha ocupado de hablar de los usos que ha hecho del sexo y, sobre todo, de los abusos que han cometido sus propios miembros. Tal vez ninguna otra institución ha tenido en su haber semejante cantidad de abusadores. ¿Por qué? Quizá no haya una única respuesta, aunque las que podamos encontrar no sean excluyentes y sí complementarias. Por un lado, la castidad forzosa y la abstinencia autoimpuesta no parecen ser las mejores condiciones para una vida saludable. La resistencia a caer en los deseos de la carne, planteada en términos de lucha contra la tentación, implica la posibilidad cierta de ceder al pecado. Si a esto se suma la convivencia con personas del mismo sexo y, en el caso de los ámbitos educativos, con menores de edad, no parece difícil deducir que las víctimas de la tentación frente al pecado son siempre los más indefensos, es decir, los niños. Pero además, se suma otro elemento: ¿cuántos perversos, violadores en potencia, sexópatas de diferente catadura que mantienen una lucha interna entre el vicio y la contención, encuentran en el sacerdocio la justificación dogmática a esta disyuntiva patológica? Todas estas razones parecen coadyuvar para encontrar una explicación al elevadísimo número de violadores con sotana. La enorme cantidad de casos de abusos sistemáticos alrededor del mundo, revelan, además, la complicidad de las máximas autoridades y el pacto de silencio entre los miembros de la Iglesia. Pero lo más sorprendente del caso es que no se trata de un pacto tácito.

En el año 1962 el Vaticano emitió un documento confidencial que daba instrucciones precisas a cada obispo para ocultar los casos de abuso sexual que se produjeran en cada diócesis. El instructivo se titulaba *Crimine Solicitationis* y su carácter secreto implicaba el castigo de la excomunión a quien lo diera a conocer. El documento se refería particularmente al «sacerdote que mantenga relaciones sexuales con otro hombre o con jóvenes de ambos sexos o animales brutos». Hubiera resultado conmovedora la franciscana piedad hacia los animales si no hubiese sido porque los equiparaba con los niños. Sin embargo, el carácter secreto del documento hacía sospechar que, en realidad, la Iglesia consideraba que la verdadera víctima a la que

debía protegerse con el silencio era el sacerdote. ¿Qué culpa podía tener un pobre pastor de haber caído ante los encantos de una vaca voluptuosa o de un tierno monaguillo?

Por supuesto, la Iglesia argentina no ha estado exenta de cumplir con el documento secreto emitido por el Vaticano. De hecho, tan obediente ha sido que, para mostrar su acatamiento a las órdenes surgidas de Roma, muchos de sus miembros se han esforzado al máximo para justificar la existencia de las directivas expresadas en *Crimine sollicitationis*. Los casos de abusos sexuales cometidos por sacerdotes en la Argentina han sido tantos que merecerían varios volúmenes. Pero el que más repercusión tuvo en la opinión pública fue, sin dudas, el que terminó con la condena judicial del «padre» Grassi.

Julio César Grassi era un sacerdote que durante la década de los 90 tenía estrechos vínculos con diversos funcionarios y personajes de la farándula local. Gozaba de una amplia difusión en los medios y solía aparecer en programas televisivos con muchísima audiencia. Dirigía la Fundación Felices los Niños, una institución que albergaba a menores carecientes y recibía generosos aportes gracias a su dilatada exposición pública. A tono con la época, el sacerdote no dudaba en participar de cuanta reunión social le asegurara al menos una foto en las páginas de las revistas de espectáculos junto a políticos, actores, vedettes y conductores televisivos, siempre con la excusa de recaudar dinero para su fundación.

En octubre de 2002, un joven de 19 años denunció en los tribunales de San Isidro que, cuatro años antes, el cura «lo había llevado a practicar sexo oral». El 23 de octubre, en el programa televisivo *Telenoche Investiga*, la periodista Miriam Lewin presentó una investigación en la que dos jóvenes pertenecientes a la Fundación Felices los Niños denunciaron al sacerdote por abuso sexual. La emisión del programa provocó el asombro y la indignación de muchos de los personajes que hasta entonces solían mostrarse con el «padre» Grassi. Unos pocos, en cambio, mantuvieron una cerrada defensa del religioso, mientras la Iglesia, obediente al documento *Crimine sollicitationis*, mantenía el mismo silencio cómplice con el que había amparado a otros religiosos en diversas denuncias semejantes. El fiscal Adrián Flores, ante las evidencias y los testimonios de los jóvenes protegidos bajo los nombres ficticios de Gabriel y Ezequiel, pidió la detención de Julio César Grassi. El 24 de octubre, el cura se entregó en la fiscalía y fue detenido. Sin embargo, un mes después recuperó la libertad bajo una caución juratoria que le impedía permanecer a solas con los menores en la fundación. A pesar del otorgamiento de la libertad, el proceso judicial en su contra siguió adelante. Quienes se atrevían a defender a Grassi en público eran cada vez menos. La Iglesia mantenía un hermético mutismo.

Julio César Grassi, valiéndose de sus poderosos contactos en los medios, sus vínculos con el poder y de su pertenencia a la Iglesia, aprovechó la libertad para iniciar una frenética campaña mediática. Las apariciones del cura en televisión clamando su inocencia y denunciando una improbable campaña para perjudicarlo,

sumadas a las presiones menos visibles de ciertos oscuros personajes ligados al mundo de los negocios, la política, los medios de difusión y el poder eclesiástico, finalmente dieron sus frutos: el 12 de diciembre, el defensor de Grassi, el abogado Miguel Ángel Pierri, en una teatral conferencia de prensa, hizo público un hecho que sorprendió a la sociedad: el muchacho conocido como Ezequiel había resuelto retractarse de sus acusaciones ante el juez de menores Ricardo Oyama. Sin embargo, ante la evidencia de serias irregularidades, el abogado de la querrela, Juan Pablo Gallego, planteó la nulidad de la presentación de la defensa del cura. Todo se había hecho con tanta torpeza y alevosía, que el propio Pierri terminó preso y al juez le fue pedido el juicio político.

El 18 de noviembre de 2003, Julio César Grassi, ante los sucesivos reveses, decidió recusar a la totalidad del Poder Judicial de la Provincia de Buenos Aires, aunque semejante pretensión le fue denegada. A partir de ese momento comenzaron a sucederse una serie de amenazas e inclusive atentados contra varios testigos de la causa. El poder oculto detrás del religioso era tan fuerte que llegó a torcer el curso del juicio: en febrero de 2006, el Tribunal Oral Criminal N.º 4 de Morón impuso una cantidad de trabas arbitrarias a la querrela, llegando a impedir que el abogado de los jóvenes abusados participara de las audiencias, a la vez que desestimaba pruebas fundamentales y rechazaba testigos clave de la acusación. El mismo tribunal se negó a incorporar a la causa otras actuaciones iniciadas en la provincia de Santa Cruz por acusaciones semejantes. En el año 2006 la causa recayó en el Tribunal Criminal de Morón y en 2008 se inició el juicio oral contra Julio César Grassi luego de seis años de tortuosas actuaciones.

Por fin, el 14 de septiembre de 2010, la Cámara de Casación Penal de la Provincia de Buenos Aires confirmó la condena a 15 años de prisión de Julio César Grassi dictada en 2009 por el tribunal de Morón. Sin embargo, para indignación de las víctimas, en detrimento de la igualdad ante la Ley y demostrando el enorme poder que se mantiene oculto detrás del religioso, el abusador con sotana permanecerá libre hasta que se expida la Corte bonaerense, lo cual podría demorar años.

A propósito de semejante arbitrariedad, Paula Litvachky, directora del Programa Justicia Democrática del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), sostuvo:

En la provincia de Buenos Aires no hay igualdad ante la ley. El 73% de la población de los penales (unas 22.400 personas) está presa sin sentencia firme. Y lo que es peor, más de la mitad de esa gente ni siquiera tuvo todavía un juicio oral (...) Este caso es una manifestación evidente de la aplicación desigual del derecho penal en la provincia.

Para entender los motivos de tanta impunidad, no basta con los hechos que están a la vista, las crónicas periodísticas y los centenares de fojas judiciales. Existen otras razones.

La Fundación Felices los Niños recibía sumas astronómicas de dinero. Por parte del Estado cobró 2 millones de pesos desde su fundación. Pero además, contaba con

la colaboración de empresas y particulares como Soldati y Grondona, entre otros, según admitió el propio Grassi. Por otra parte, no puede desvincularse del caso y sus derivaciones una serie de sucesos al menos poco transparentes. Los hechos turbios que rodearon a Grassi no sólo estuvieron relacionados con los escándalos sexuales, sino, además, con negociados no demasiado claros de la fundación dirigida por Grassi con personajes como Rodolfo Galimberti (uno de los más altos dirigentes de Montoneros), Jorge Born (primero víctima de su secuestro por parte de Montoneros y luego socio de Galimberti en otros negocios), Susana Giménez y Jorge «Corcho» Rodríguez (por entonces, pareja de la conductora de televisión), todos ellos vinculados directa o indirectamente, a la empresa Hard Communication.

Hacia fines de los noventa, en el programa de Susana Giménez se había organizado un concurso «solidario» para que los televidentes colaboraran con la fundación Felices los Niños por medio de llamados pagos a una línea telefónica vinculada a la empresa Hard Communication. En agosto de 1998 Julio César Grassi aseguró haber sido «estafado»; según declaró, nunca había recibido la suma del dinero recaudado que habían acordado. En 1999 Jorge Rodríguez y Galimberti fueron procesados por defraudación; el primero resultó absuelto y el jefe montonero no llegó al fallo, ya que murió en febrero de 2002. Según informó *Clarín* el 6 de julio de 2000, los procesados y el «padre» Grassi habrían arribado a un acuerdo extrajudicial. Este pacto secreto habría sido fundamental para el resultado del proceso judicial: ante el juez, Grassi declaró que había cobrado «lo correcto». En un artículo publicado en *Página/12* el 19 de septiembre de 2002, se sostiene:

El propio Grassi reconoció que la liquidación que recibió, por un monto de 1.080.000 pesos, «era la correcta, según dijo el contador» que lo representó en las negociaciones «extrajudiciales». Ni los jueces ni el fiscal llevaron a fondo el tema que había sido señalado como crucial durante la instrucción: ¿es legal que a Grassi le hayan pagado el 7 por ciento de los 15 millones recaudados o debía recibir más de 7 millones de pesos, como surge de un decreto ley vigente en esos años? El interrogante sigue abierto.

Julio César Grassi, a pesar de haber sido condenado, sigue siendo sacerdote. El caso del «padre» Grassi ilustra de qué manera la Iglesia ha estado involucrada en abusos sexuales y negociados poco transparentes.

Pero, como hemos dicho, el de Grassi constituye apenas un mínimo ejemplo. En noviembre de 2004 el sacerdote Luis Sierra fue condenado a ocho años de prisión por abusar sexualmente de tres monaguillos que asistían como alumnos a un colegio religioso de Claypole. En 1993, el exarzobispo de Santa Fe, Edgardo Gabriel Storni, fue acusado de abuso sexual contra un seminarista, pero no fue juzgado sino hasta el año 2003 muy poco tiempo antes de que la causa prescribiera. En noviembre de 2007, la Justicia sentenció al «padre» Mario Napoleón Sasso a diecisiete años de prisión por considerarlo culpable del abuso sexual de un grupo de niñas menores de 14 años que concurrían al comedor de Pilar que estaba bajo su dirección. En fin, la lista es verdaderamente extensa y no alcanzaría sólo con un capítulo para referir cada caso.

A la luz de los numerosos abusos sexuales, se entiende con claridad por qué el

Vaticano consideró necesario el documento secreto redactado en 1962 para otorgar silencio e impunidad a sus miembros en problemas.

El marqués de Saadi

El poder y la sexualidad se relacionan de diferentes maneras, en ámbitos diversos y en circunstancias muchas veces tortuosas. Como hemos visto hasta aquí, durante los años noventa estos resortes, generalmente ocultos, se hicieron evidentes. Pero acaso sólo en su faceta más frívola. No todo estaba a la vista; al contrario, podría afirmarse que detrás de aquel exhibicionismo festivo existía una red de complicidades y silencios destinados a echar un manto de sombra sobre las aristas más lóbregas de no pocos personajes poderosos. El inicio del reinado neoliberal habría de coincidir con un hecho que conmocionó al país. El sexo, el poder, el dinero y la sangre se fundieron para convertirse en la sustancia con la que se construyó uno de los crímenes más aberrantes del último tramo del siglo.

La madrugada del 10 de septiembre de 1990 una cuadrilla de obreros de Vialidad Nacional que trabajaba en el puente del Río Valle, en la capital de Catamarca, encontró el cuerpo inerte de una mujer joven en medio de un descampado. La sangre se mezclaba con el barro en el que solían alimentarse los cerdos y la cara de la muchacha, deliberadamente mutilada, estaba irreconocible. La noticia no tardó en hacerse pública y la sombría certeza de los vecinos de Catamarca se adelantó a las pericias. Dos días antes había desaparecido María Soledad Morales, una adolescente de diecisiete años que cursaba el quinto año del Colegio del Carmen de Catamarca. Había sido vista por última vez en dos locales bailables: primero en *Le Feu Rouge*, durante un baile organizado para recaudar fondos para el viaje de egresados, y más tarde en *Clivus*, en compañía de un hombre misterioso del que nadie ofrecía datos precisos.

Los exámenes forenses no sólo confirmaron que el cuerpo pertenecía a María Soledad: además pudo establecerse que antes de ser ferozmente asesinada, había sido violada. A pesar de la conmoción que produjo este brutal episodio en la opinión pública local y luego nacional, la justicia actuaba con una morosidad pasmosa; de hecho, se tomó más de sesenta días para iniciar las pesquisas y dar curso a las actuaciones. Pronto quedó en evidencia no ya la falta de voluntad de indagar por parte de los funcionarios policiales y judiciales, sino también el ánimo de obstruir, ocultar y encubrir. Los nombres de los personajes a los que comenzó a vincularse con el asesinato estaban directamente relacionados con el poder: Guillermo Luque, hijo del diputado nacional Ángel Luque, aparecía seriamente involucrado en el caso. Ante las crecientes versiones acerca de su participación en el crimen, su padre, el diputado y referente del «saadismo», haciendo ostentación de su poder e impunidad, declaró: «Si mi hijo hubiera sido el asesino, el cadáver no habría aparecido, tengo todo el

poder para eso».

La indignación popular y la firme resolución de la familia Morales, de las compañeras de María Soledad y, sobre todo, de Martha Pelloni, rectora del colegio, consiguieron encauzar el espíritu de justicia que, desde mucho tiempo atrás, latía silenciosamente en la provincia. Las célebres Marchas del silencio fueron convocando cada vez más gente. Alrededor de 25 000 personas llegaron a marchar en una ciudad de 80 000 habitantes. Era realmente sobrecogedor presenciar el paso de semejante multitud enmudecida, cuya consigna era, precisamente, el silencio. No se escuchaban cantos, ni lemas, ni gritos exaltados; sólo se oían los pasos firmes y resueltos de aquella procesión unánime.

Conforme se renovaban las Marchas del Silencio, los jueces a cargo de la causa se iban sucediendo uno tras otro. En sólo cuatro meses pasaron tres magistrados diferentes: el primero pidió licencia por enfermedad y los dos que le siguieron fueron recusados. Mientras tanto, se iban sumando los nombres de otros personajes vinculados al poder: a Guillermo Luque se agregaron Luis Tula, Miguel Ángel Ferreyra (hijo del jefe de Policía), los mellizos Pablo y Diego Jalil (hijos del entonces intendente de la capital catamarqueña, Antonio Jalil), Arnoldo Saadi (sobrino del gobernador), Luis Eduardo Méndez y Hugo Ibáñez. El caso María Soledad no sólo empezaba a erosionar el ya maltrecho prestigio del poder catamarqueño, sino que las profundas sospechas sobre el gobierno dinástico encabezado por los Saadi proyectaban una sombra ominosa sobre la administración nacional. A comienzos de 1991, en un número de sobreactuación manifiesta, Menem decidió enviar al subcomisario Luis Patti, célebre por su afecto a la «mano dura» y acusado por torturas y violaciones a los derechos humanos, para que se hiciera cargo de la investigación. El jefe de la temible policía bonaerense simuló una depuración de la policía local, hizo declaraciones rimbombantes ante las cámaras de televisión, prometió la resolución del crimen y, finalmente, regresó a Buenos Aires con su mano tan dura como vacía. El cuarto juez que debía entender en la causa parecía, en rigor, mucho más hábil para desentenderse por completo y mirar para otro lado.

Frente a la creciente indignación popular y a la lucha irrenunciable de la hermana Martha Pelloni y de la madre de María Soledad, Ada Morales, el poder provincial comenzaba a dar muestras de debilidad. Resultaba conmovedor ver a aquellas mujeres de aspecto endeble, calmo y paciente encabezando la resistencia frente al inmenso aparato político del partido más grande del país. El desgaste de la administración era tan contundente y había salpicado tanto al gobierno nacional, que Carlos Menem decidió soltarle la mano al gobernador Ramón Saadi y dispuso la intervención de Catamarca. Pero el deterioro ya era tal que en las elecciones de abril de 2001 el «saadismo» cayó derrotado a manos del Frente Cívico encabezado por la UCR.

Sin embargo, la Justicia no parecía dispuesta a remover el pesado velo que cubría al histórico poder feudal catamarqueño. Uno tras otro, los jueces caían como hojas

otoñadas. A seis años del asesinato nada había sucedido. En 1996, la apertura del juicio oral alentó algunas esperanzas; pero inmediatamente pudo advertirse la complicidad de dos de los tres jueces: las cámaras de televisión de Canal 13 pudieron plasmar en detalle los gestos que intercambiaban los magistrados para comunicarse en silencio y acordar decisiones que entorpecían el normal desenvolvimiento del juicio. Frente a las evidencias de parcialidad de los jueces, se anularon las actuaciones.

Ada Morales, Martha Pelloni y la mayor parte del pueblo catamarqueño resistieron heroicamente cada uno de los embates y los golpes bajos lanzados desde el poder. La memoria de María Soledad fue nuevamente ultrajada al ponerse en duda su honestidad. Como sucede siempre en estos casos, intentaron culpar a la víctima acusándola de salir con hombres casados. Pretendían que la joven de 17 años había corrompido al virtuoso y casto Luis Tula, en razón de lo cual, su esposa despechada había decidido matar a la lujuriosa adolescente. Estas versiones inverosímiles no hacían más que sumar indignación y avivar la hoguera de la protesta popular.

Finalmente, después de más de ocho años de lucha, en febrero de 1998, el fiscal Gustavo Taranto pudo unir los eslabones de la cadena de hechos que condujo al crimen: María Soledad, luego de la fiesta en *Le Feu Rouge*, se cruzó con quien había sido su novio, Luis Tula. Él la invitó a *Clivus* y luego la dejó con el grupo de amigos encabezado por Guillermo Luque. Fueron ellos quienes más tarde la intoxicaron con cocaína y luego la violaron, hasta que sufrió un *shock* mortal. Intentaron reanimarla primero en la casa de Ángel Luque y luego la llevaron al Sanatorio Pasteur. Al comprobar que María Soledad no respondía a ninguna maniobra, decidieron deshacerse del cuerpo. Guillermo Luque viajó ese mismo día a Buenos Aires para inventar la coartada que jamás pudo comprobar: que cuando se produjo el asesinato él no estaba en Catamarca.

Guillermo Luque fue sentenciado a 21 años de prisión al ser encontrado culpable de los cargos de «violación seguida de muerte agravada por el uso de estupefacientes», mientras Luis Tula fue condenado a 9 años de prisión como «partícipe secundario». Sin embargo, la causa por encubrimiento que ordenó el fallo jamás fue iniciada. Al cumplir los dos tercios de la condena, a Luque le fueron concedidas salidas laborales y en abril del 2010 se le otorgó la libertad condicional.

El caso María Soledad Morales fue emblemático. Pero no fue el primero ni el último de los numerosos crímenes cometidos por el poder, al amparo de las instituciones cuya función no debería ser otorgar impunidad, sino, al contrario, velar por la integridad y la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Pero demuestra, además, que la fiesta menemista no era sólo la que se exhibía en las tapas de las revistas frívolas, sino también la que se ocultaba en los pliegues más recónditos del corazón del poder.

X.
De la fiesta a la siesta

1. Sushi zen

Dicen que soy aburrido». Éste era el curioso eslogan de la campaña de Fernando de la Rúa. Para un publicista extranjero poco versado en política argentina, tal vez este lema pudiera parecer, cuanto menos, poco convincente. Sin embargo, la frase fue cuidadosamente estudiada y, de hecho, funcionó a la perfección. No hubo presidente democrático con menos *sex appeal* que De la Rúa. Por más que se empeñara en parecer enérgico, expeditivo y resuelto, no había campaña publicitaria que pudiera revertir su imagen opaca ni su carácter senil. Dueño de una inexpresividad única, falta de todo carisma, no resultaba fácil adivinar en cada aparición pública si el presidente acababa de despertarse, si estaba a punto de dormirse o si vivía sumido en un sonambulismo crónico.

Dos hechos contribuyeron a que De la Rúa se impusiera en las elecciones de 1999: por un lado, el deterioro de la situación económica puso en evidencia que la fiesta menemista no incluía a las grandes mayorías; por otro, harta de tanta frivolidad y ostentación, la gente reclamaba sobriedad, honestidad y mesura. De la Rúa, sin proponérselo, se amoldó fácilmente a esa necesidad de calma luego del aturdimiento, la resaca y el desorden propios del fin de la fiesta. La casa no sólo quedó patas para arriba, sino que, lisa y llanamente, había sido saqueada. No dejaron nada. Sin embargo, a medida que la administración De la Rúa avanzaba, comenzó a percibirse que la cuenta de tantos años de festejo y saqueo, una vez más, la estaba pagando el pueblo de su propio bolsillo mediante el ajuste, la rebaja de las jubilaciones, el aumento de los impuestos y la reducción del gasto público. En fin, la obediencia ciega al FMI ponía en evidencia que nada había cambiado. De hecho, salvo el clima de tedio que transmitía el Presidente, los sectores que habían manejado la economía durante la década menemista eran exactamente los mismos.

El sempiterno Domingo Cavallo, presidente del Banco Central durante la dictadura militar que había «socializado» la deuda privada poniéndola a cuenta del Estado, ministro de Economía de Menem, volvería una vez más a regir los destinos de las finanzas, mientras Fernando de la Rúa dormía el sueño de los justos. Las grandes orgías menemistas, acompañadas siempre por un estridente fondo de cumbia y la estética excesiva de los nuevos ricos, fueron reemplazadas por las reducidas e íntimas tertulias organizadas en torno del Grupo Sushi liderado por el hijo del Presidente, Antonio De la Rúa quien, por razones inexplicables, conquistó a la cantante colombiana Shakira. Salvo este sonado hecho, aquella época no se caracterizó por las formas ostentosas ni la exhibición, sino, más bien, por un pretencioso y algo soberbio «estilo zen».

Cambiaron los ámbitos, los estilos y los personajes, pero los negocios seguían siendo los mismos. El escándalo más sonoro del gobierno de Fernando de la Rúa y, de hecho, el que marcó el inicio del fin, fue el que se produjo con la renuncia del vicepresidente, Carlos «Chacho» Álvarez, a raíz de la denuncia de sobornos en el Senado de la Nación para lograr la sanción de la Ley de Reforma Laboral. El creciente desencanto popular no sólo alcanzaba al gobierno en particular, sino a la política en general. Las elecciones legislativas de 2001, además de la estrepitosa derrota del oficialismo a manos del justicialismo, mostraron una profunda decepción de la ciudadanía hacia sus representantes: el voto en blanco, el voto nulo y el ausentismo fueron los más elevados de la historia alcanzando más del 40% del padrón electoral.

La sensación de hartazgo iba en aumento. La opinión pública se fastidiaba ante el desentendimiento absoluto de Fernando de la Rúa frente a la crítica situación económica, social y política. Y cuando aparecía frente a cámara, se lo veía desorientado: con mirada somnolienta, jamás acertaba el camino hacia la puerta cada vez que se retiraba de las conferencias de prensa. El Presidente competía con sus numerosos imitadores hasta el punto de convertirse en la caricatura de sí mismo. Los nacientes movimientos sociales que habrían de conocerse como «piqueteros», comenzaban a cortar rutas, autopistas y calles en protesta por las cada vez más duras medidas de ajuste. Con la renuncia del vicepresidente y en vista de la creciente fragilidad institucional, el peronismo se aseguró la línea de sucesión presidencial alzándose con la presidencia del Senado.

José Luis Machinea había abandonado el Ministerio de Economía a comienzos del 2001, dejando al Banco Central con la mayor cantidad de reservas de la historia hasta ese momento: sus arcas atesoraban más de 37 000 millones de dólares. Sin embargo, cuando Domingo Cavallo tomó las riendas de la economía luego del efímero y fallido paso de Ricardo López Murphy, la situación ya mostraba un deterioro irreversible. La desconfianza de los inversores y los ahorristas hacia el sistema financiero fue tal, que comenzaron a retirar en masa los depósitos bancarios. Para evitar el derrumbe, Cavallo decidió una medida que habría de profundizar aún más la crisis: el «corralito», tal como se conoció en todo el mundo a esta disposición, implicaba el congelamiento forzoso de los depósitos bancarios: los ahorristas no podían disponer de sus ahorros. En primer lugar, sólo se permitieron pequeñas extracciones semanales de efectivo y el uso de cheques y tarjetas de crédito y de débito para hacer transacciones comerciales. El endurecimiento de las medidas para que los ahorristas pudieran disponer del dinero que habían confiado a los bancos provocó un estallido social sin precedentes: el 20 de diciembre de 2001 las clases medias se lanzaron a las calles haciendo sonar las cacerolas, mientras los sectores más marginados de las clases bajas saqueaban almacenes y supermercados.

La respuesta de Fernando de la Rúa no hizo más que mostrar su propia debilidad y su profunda inoperancia. Pero sobre todo, puso definitivamente al descubierto su

elemental carácter reaccionario y el desprecio que siempre sintió por las mayorías populares que, paradójicamente, lo habían llevado al poder. El mismo 20 de diciembre, el Presidente declaró el estado de sitio: fue como intentar apagar un incendio con nafta. Las protestas se multiplicaron inmediatamente.

Antes de abandonar cobardemente la Casa Rosada en un helicóptero cuyas aspas removían el humo de un país incendiado, Fernando de la Rúa había lanzado una feroz represión que dejó el saldo trágico de veintisiete muertos y más de dos mil heridos. Como una patética metáfora de su impotencia, el último retrato del presidente fugitivo lo muestra vaciando los cajones del escritorio en cuyo fondo pueden verse dos cajas de Optimina Plus, un vigorizante sexual antecesor del Viagra.

El sexo en el corralito

Durante aquellos caóticos días de fines de 2001 gran parte de la población tenía atrapados sus ahorros y, en no pocos casos, también su libido. La salud física y psíquica de ahorristas, empleados bancarios y trabajadores ligados al ámbito financiero se vio seriamente resentida: los cajeros de los bancos debían soportar la furia de los clientes y muchos se veían obligados a pedir licencias médicas a causa de las alteraciones anímicas provocadas por la tensión extrema. Varios ahorristas sufrían infartos mientras golpeaban las cortinas metálicas de los bancos exigiendo la devolución del dinero depositado. La falta de efectivo no sólo hizo que surgieran bonos, «cuasimonedas» y papeles pintados bautizados con nombres fantasiosos como «Patacones», «Quebrachos», «Huarpes» y otros por el estilo, sino que, en muchos casos, se apeló lisa y llanamente al trueque. Como en las épocas precapitalistas, la gente se reunía en diferentes plazas públicas para intercambiar objetos. Incluso, la permuta directa llegó a institucionalizarse, creándose diversos clubes y bancos de trueque que, en algunos casos, emitían tickets y bonos de descuento. En las esquinas más tradicionales de cada barrio los vecinos encendían hogueras y se organizaban en asambleas para debatir posibles salidas a la crisis.

La consigna más coreada en aquellos días era «Que se vayan todos», referida, desde luego, a los políticos que habían conducido al país al abismo. Salvo honrosas excepciones, funcionarios y legisladores ni siquiera podían salir a la calle sin que fueran repudiados e insultados por los transeúntes. Las cortinas de los bancos y los comercios destrozadas, las pintadas en las paredes de las calles, las hogueras, el humo negro del asfalto ardiendo, la gente deambulando sin dinero y las protestas permanentes le conferían a las ciudades un aspecto verdaderamente apocalíptico.

De acuerdo con el viejo apotegma acerca del fin del mundo, muchos decidieron guarecerse en el cálido refugio del sexo. Contra toda suposición, el oficio más antiguo del mundo vivió una curiosa primavera aunque, desde luego, sometida a las mismas limitaciones que cualquier otra actividad profesional. Las crónicas y testimonios de aquellos días ofrecen un panorama insólito.

Alicia M., una mujer que trabajaba en un departamento privado en el barrio porteño de Tribunales, cerca de Plaza Lavalle, recuerda cómo fue aquella época:

La clientela no sólo no mermó, sino que aumentó. El teléfono no paraba de sonar. Pero ante la falta de plata, recibíamos propuestas insólitas. Claro que a muchas de nosotras también nos agarró el corralito y necesitábamos trabajar como cualquiera, valga la redundancia. Muchos profesionales ofrecían sus servicios como abogados o contadores, pero también venían plomeros, gasistas, albañiles y otros gremios para cambiar trabajo por sexo. Al principio no podíamos creer, pero a falta de plata, muchas veces aceptábamos. El departamento estaba mejor que nunca. No era fácil calcular las tarifas: aunque suene

parecido, no es lo mismo emproljar las cañerías que dar sexo anal. En esa época teníamos una denuncia de un vecino por ruidos molestos y el abogado que se ocupó del asunto era un cliente nuestro. Una vez cayó uno con un lechón adobado... y bueno... había hambre; como te digo pasaban cosas insólitas.

Brigitte, una travesti que por entonces tenía dieciocho, años ofrece su singular testimonio sobre los días del «corralito»:

En aquella época estaba ahorrando plata para hacerme las tetas, sacarme las costillas de abajo y levantarme los pómulos. Ya tenía fecha para la operación y justo fue lo del corralito. Estaba desesperada, tenía un montón de guita en dólares porque además quería irme a vivir a Italia donde tenía unas amigas que estaban laburando a *full*. No sabés lo que lloré. Con otra amiga tuvimos que dejar el departamento de Barrio Norte donde trabajábamos y vivíamos. Tuvimos que volver a la calle Godoy Cruz, pero en las esquinas que antes te levantaban había vecinos prendiendo fuego y caceroleando, los mismos que antes nos denunciaban porque se quejaban de que nosotras hacíamos quilombo. (...). En medio del quilombo, me encontré con un médico que era cliente y me presentó a un cirujano plástico que era pasivo y le gustaba mucho que le dieran bomba. El tipo se volvió loco conmigo porque soy muy dotada y re activa y me terminó haciendo las tetas y los pómulos, pero no sabés cómo me exprimía el hijo de puta.

Sin embargo, para muchos otros las pulsiones sexuales habían quedado del otro lado del cerco del «corralito». En el microcentro porteño había una pintada que rezaba: «Cavallo, tu política económica me produce trastornos sexuales».

En efecto, por aquellos días las consultas por disfunciones sexuales crecieron de manera exponencial. Sexólogos, psicoanalistas, médicos y psiquiatras confirman de qué modo se extendieron las dolencias sintetizadas en aquella frase desesperada escrita sobre la puerta de un banco. Un psicólogo laboral de la obra social de los bancarios, recuerda el aluvión de empleados que llegaban a los consultorios:

La angustia de aquellos días se traducía de diferentes maneras. Los síntomas más frecuentes que aparecían en los pacientes que trabajaban en contacto directo con el público, eran el insomnio, los ataques de pánico, las crisis de angustia y un amplio espectro de disfunciones sexuales que iban desde la falta de deseo hasta la impotencia.

Pero las patologías no sólo se manifestaban por la falta de sexo, sino, en otros casos, por exceso. Un reconocido sexólogo rememora otras consultas frecuentes de aquel período:

Muchos encontraron en la sexualidad una vía de escape de aquella situación opresiva, como si quisieran liberar en la vida íntima lo que les había sido confiscado en su vida económica. Sin embargo, esta modalidad patológica de ejercitar el sexo, lejos de aliviarlos, les provocaba más angustia. Al dedicarse al sexo de manera compulsiva, maníaca, con el inconsciente propósito de pensar en otra cosa, se imponían una performance muchas veces imposible de cumplir condenándose así a la frustración propia y a la de su partenaire.

La caótica situación política, económica y social, literalmente, se había hecho carne en la población. La salida de la crisis todavía se veía lejana, aunque en aquellas asambleas populares muchos creían ver la posibilidad de construir algo diferente.

Sexo, política y videos

Adolfo Rodríguez Saá proviene de una antigua familia de San Luis cuyo protagonismo en la política provincial se remonta hacia mediados del siglo XIX. Desde la recuperación de la democracia en 1983, ha ejercido la gobernación de su provincia sin interrupción hasta 2001, año en que, en plena crisis institucional tras la renuncia de Fernando de la Rúa, fue designado Presidente de la República por la Asamblea Legislativa. El gobernador puntano recibió un verdadero presente griego: el país estaba literalmente en llamas. Durante los vertiginosos siete días que duró su mandato, Rodríguez Saá intentó formar un gobierno de consenso y unidad nacional manteniendo frenéticas reuniones con un amplísimo arco político y social que incluyó a las Madres de Plaza de Mayo, a los líderes de la CGT —por entonces fracturada—, a los representantes de la Unión Industrial Argentina y a una buena parte de los gobernadores provinciales, además de otros representantes de los diversos sectores de la vida pública nacional. Entre las numerosas medidas que anunció se contaban la creación de un millón de empleos mediante acuerdos con las provincias, una moratoria de los compromisos con los organismos internacionales y la creación de una nueva moneda. Durante aquella agitada semana logró la unidad de la CGT y declaró la cesación del pago de la deuda externa. En un recordado discurso pronunciado en el Congreso Nacional, Adolfo Rodríguez Saá, proclamó: «Vamos a tomar el toro por las astas. Anuncio que el Estado argentino suspenderá el pago de la deuda externa (y esos fondos) serán utilizados para los planes de creación de fuentes de trabajo y progreso social».

La decisión tuvo un fuerte apoyo popular y fue ovacionada en forma unánime por legisladores, gobernadores y, en fin, por la totalidad de los partidos políticos mayoritarios. Sin embargo, la misma dirigencia que aplaudió de pie la medida, años más tarde habría de abominarla calificándola de «irresponsable», al tiempo que festejaba con idéntica euforia la salida del *default* que, en rigor, hasta la fecha no se produjo.

A la tensión social se sumó la soterrada interna del peronismo y las sordas disputas de sus dirigentes, cuyas ambiciones de poder comenzaron a roer el ya inestable sillón de Rivadavia. Finalmente, el retiro del apoyo de los gobernadores justicialistas al plan de gobierno de Rodríguez Saá provocó su renuncia indeclinable. En una reunión a puertas cerradas el presidente provisional dijo a los mandatarios provinciales: «Bueno, muchachos, ahora consíganse a un De la Rúa porque yo no soy un forro de ustedes...».

En un discurso transmitido por cadena nacional interrumpido por sospechosos

problemas técnicos, Adolfo Rodríguez Saá, flanqueado por el gobernador de La Rioja, el de Formosa y el siempre oficialista Daniel Scioli, dio a entender que los gobernadores encabezados por José Manuel de la Sota lo habían traicionado o, para decirlo en palabras más ajustadas a este libro, «le hicieron la cama».

No era la primera vez que alguien conspiraba contra el varias veces gobernador de San Luis; ya antes le habían hecho una cama, aunque para referirnos a aquel primer episodio podemos prescindir de las comillas: en aquella oportunidad no se trató de una metáfora. Fue un hecho de una gravedad institucional y de una violencia sexual inédita en la vida democrática argentina.

Acaso no exista degradación política más baja que la extorsión sexual. El espionaje de la vida privada para torcer el destino de los hechos políticos, judiciales o de cualquier otra esfera de la administración pública, es mucho más frecuente de lo que se supone. Muy pocos han sido los casos que tomaron estado público, pese a que los servicios de inteligencia han participado desde siempre de estas prácticas deleznable. Desde luego, quien debiera sufrir el descrédito y el escarnio a los ojos de la opinión pública tendría que ser el chantajista y no la víctima de la extorsión. Sin embargo, el daño que padece aquel cuya intimidad ha sido vulnerada, es irreparable. Nadie está obligado a rendir cuentas de su vida privada ni, mucho menos, obligado a dar explicaciones de sus actos más íntimos.

En 1993 la provincia de San Luis se vio conmovida. La calma puntana se sacudió con una noticia sin precedentes: el gobernador Adolfo Rodríguez Saá había sido secuestrado. No se trataba de uno de los numerosos y habituales rumores de pueblo chico, sino de la confirmación de la existencia de un verdadero infierno grande. El propio gobernador se encargó de hacerlo público. La sociedad puntana se enteró, de labios del mismísimo Adolfo Rodríguez Saá, de un episodio plagado de ribetes escalofriantes: de acuerdo con la denuncia, un grupo de desconocidos irrumpió en el recinto en el que estaba el gobernador con una funcionaria del Senado y, luego de secuestrarlo, lo trasladaron a otro sitio donde lo agredieron de manera salvaje, produciéndole heridas en diferentes partes del cuerpo. De hecho, en la conferencia de prensa en la que dio a conocer el suceso, Rodríguez Saá estaba aún visiblemente lastimado.

Si el secuestro del gobernador había provocado una conmoción inédita en la provincia, cuando se conocieron otros pormenores estalló el escándalo. Según pudo saberse, aquella madrugada del 22 de octubre Rodríguez Saá y la funcionaria Esther Sesín no estaban reunidos en un despacho resolviendo cuestiones de Estado, sino en la habitación de un hotel, cuyo nombre —*Y... no c*— paradójicamente, dejó ver a las claras en qué consistía la reunión del gobernador y la atractiva funcionaria. En esas circunstancias, irrumpió en la alcoba un grupo de seis hombres armados que habían llegado en dos autos. Ante el estupor del gobernador, los violentos intrusos, encapuchados y con guantes quirúrgicos, obligaron a la pareja a desnudarse y a posar delante de una filmadora en posiciones humillantes para el mandatario. El único

testimonio de los hechos acaecidos durante el secuestro de Rodríguez Saá es el que expuso Esther Sesín al ministro de gobierno Eduardo Aníbal Endeiza, y que el periodista Miguel Wiñazky reprodujo parcialmente de la cinta grabada. Después de aquel relato minucioso, Sesín nunca más volvió a mencionar el tema, ni siquiera ante el juez que llevó la causa. De acuerdo con aquella versión, luego de forzar a la pareja a quitarse la ropa, el grupo comando obligó al gobernador a aspirar un polvo blanco semejante a la cocaína esparcido sobre el cuerpo de Sesín. De acuerdo con múltiples versiones, la filmación incluiría una escena en la que el mandatario provincial habría sido impelido a introducirse un consolador en el ano. Luego de aquel calvario que duró varias horas, el gobernador fue abandonado a la vera de un camino suburbano. Antes de liberarlo se ocuparon de que entendiera el mensaje: si en breve no les entregaba tres millones de dólares, los captores harían pública la filmación. Tal vez no supusieron que Adolfo Rodríguez Saá se ocuparía personalmente de denunciar el chantaje. La funcionaria del Senado y amante del gobernador fue acusada junto Alejandro Salgado, un vendedor de autos con quien la mujer mantenía otro romance paralelo. Ambos fueron encontrados culpables y a fines de 1995 fueron condenados. Sin embargo, en poco tiempo obtuvieron la libertad condicional y, cada uno por su lado, abandonaron la provincia con una holgada posición económica. Es difícil imaginar que una funcionaria de rango menor y un comerciante marginal pudieran estar en condiciones de planificar y ejecutar semejante operativo. Existieron versiones más verosímiles que afirmaban que detrás de este aberrante episodio concurrían motivos más cercanos a la extorsión política que al chantaje económico y que sólo una estructura superior al Estado Provincial podía llevar a cabo; es decir, el gobierno nacional. El propio Rodríguez Saá apuntó en aquella dirección. En una entrevista concedida a Jorge Fontevéchia, director de la revista *Noticias*, sostuvo:

Los dirigentes políticos de la oposición de San Luis, incluidos algunos ex funcionarios de mi gobierno, pedían mi renuncia y tramitaron la intervención federal a San Luis, lo que no lograron, por lo que descarté una participación directa del poder político nacional en el evento, siempre quedó la duda si otros funcionarios y/o intereses políticos actuaron en ese episodio.

La gravedad del hecho no radicó únicamente en los daños físicos; la víctima de la extorsión, en este caso el gobernador, debió dar explicaciones sobre su vida privada y otros aspectos que no tendrían por qué trascender a la esfera pública. Es decir, cuando la propia víctima decide denunciar una extorsión, logra poner en evidencia a los chantajistas, pero siempre a expensas de que se hagan públicos aquellos hechos íntimos. A propósito, en la misma nota, Rodríguez Saá, expresó:

No es fácil reponerse de un secuestro, pero me pude reponer pese a los feroces e injustos ataques que por este hecho sufrí, como si yo fuese el victimario cuando era la víctima del delito, porque pude reconocer mi falta ética, de lo que me arrepentí y pedí perdón a quien era mi esposa, a mis hijos, a mis amigos, a mis colaboradores y en el mensaje en la Legislatura le pedí perdón a mi pueblo por las circunstancias lamentables que tuvimos que pasar.

Por esos mismos años tuvo lugar otro episodio de características similares. Norberto Oyarbide, un juez fascinado por las cámaras, acaso impulsado por sus ansias de estrellato, fue el involuntario protagonista de un cortometraje de culto. Dado a la exposición mediática y centro de los más sonados escándalos judiciales, Oyarbide ha tenido siempre estrechos vínculos con el poder político de turno. De hecho, sobre su cabeza pendieron numerosos pedidos de juicio político por causas tan variadas como graves. Desde su ascenso a la magistratura, se lo acusó por mal desempeño en el ejercicio de sus funciones, se lo vinculó con la protección a las redes que sostenían el funcionamiento de prostíbulos, se le atribuyeron amenazas de muerte y fue señalado por favorecer de forma manifiesta y sospechosa a encumbrados funcionarios en problemas, entre muchas otras exquisiteces. El propio nombramiento de Su Señoría no estuvo exento de hechos ciertamente turbios. En una investigación publicada en 1998, el diario *Página/12* denunció que el por entonces presidente Carlos Menem firmó el pliego de Norberto Oyarbide sin saber, siquiera, si tenía antecedentes penales. Dice el artículo aparecido en mayo de 1998: «Los senadores del PJ lo aprobaron aunque no tenía ningún mérito, más allá de su carrera judicial. ¿El pliego? Un montón de hojas vacías».

En efecto, de las 24 páginas del pliego, la mitad estaba en blanco. En verdad, el juez no podía exhibir mérito alguno:

Al llegar a juez federal, Oyarbide no había escrito ningún artículo, ningún libro, no había sido ni siquiera ayudante en una cátedra universitaria, no había participado de ningún congreso, ni recibido ninguna mención o felicitación.

En rigor, las únicas cualidades que tenía el aspirante a juez eran sus excelente vínculos con el poder político menemista y con la plana mayor de la Policía Federal de aquella época. El artículo de *Página/12* precisa: «El apuro del presidente Menem por designar a Oyarbide tuvo su recompensa cada vez que una causa política llegó a las manos del juez».

Norberto Oyarbide mostraba una particular celeridad en aquellos casos impulsados por el gobierno de Carlos Menem y dejaba dormir el sueño de los justos todas las causas que lo comprometían. Por otra parte, los insistentes pedidos de juicio político chocaban contra el muro protector que había construido el menemismo en torno del juez. De ese metódico modo trascurría la vida profesional de Oyarbide, hasta que un día de mayo de 1998 se desató el escándalo con la aparición de un video que lo tenía como protagonista junto a otro hombre joven en un prostíbulo de Barrio Norte. En la filmación podía verse a Su risueña Señoría, deslumbrado ante los músculos de su *partenaire* ataviado como un soldado romano. Spartacus era un lujoso burdel que funcionaba en la calle Agüero 1916, al que el juez Norberto Oyarbide asistía con asiduidad. No existían motivos para que nadie se escandalizara por las preferencias sexuales de Su Señoría; al contrario, en última instancia, la única razón para el escándalo debió haber sido el deleznable hecho de que alguien filmara a los

clientes de Spartacus para luego extorsionarlos. Sin embargo, otros sucesos pusieron en evidencia una compleja red de espionaje, crímenes y complicidades. En primer lugar, se inició una investigación a causa de una denuncia contra Oyarbide por amenazas de muerte a Zineddine Rachem, un empleado de un restaurante de Recoleta, al que vinculó con el video. Al mismo tiempo, comenzó a circular la sospecha de que el propio Norberto Oyarbide, de lubricados vínculos con la policía y valiéndose de su cargo, apañaba el funcionamiento de varios locales relacionados con la explotación sexual. Podría afirmarse que Su Señoría fue víctima de la red que él mismo protegía: como muchos otros encumbrados funcionarios, el juez ignoraba que en las habitaciones 15, 16 y 20 —las más lujosas— habían sido instaladas cámaras ocultas. Precisamente, en una de esas alcobas fue grabado el video en el que aparecía el magistrado.

Habida cuenta de los favores recibidos, el por entonces ministro del Interior, Carlos Corach, hizo esfuerzos denodados para neutralizar la investigación iniciada por la Comisión de Juicio Político de la Cámara de Diputados sobre los vínculos de Oyarbide con Spartacus. El gobierno no sólo temía que cayera un juez funcional a su armado político-judicial, sino que ignoraba cuáles podían ser los alcances del caso que involucraba operaciones cruzadas de la Policía Federal, la SIDE y a otros personajes del poder y sus adyacencias envueltos en el escándalo sexual. Carlos Corach logró su cometido y consiguió evitar el juicio político a Oyarbide. A propósito, Melchor Cruchaga, vicepresidente de la Comisión de Juicio Político de la Cámara de Diputados, declaró por entonces a *Página/12*:

El Parlamento perdió, debido a las presiones del Ministerio del Interior, la oportunidad de investigar los vínculos de las fuerzas de seguridad y los organismos de inteligencia en las presuntas extorsiones que habrían sufrido los eventuales clientes de Spartacus.

De acuerdo con la declaración de distintos testigos ante la comisión, se ventiló de qué forma la Policía Federal daba protección a una vasta cadena de prostíbulos y proxenetas. Por otra parte, un grupo de agentes de la SIDE, con la complicidad de Luciano Garbellano y los hermanos Tony y Daniel Soldano, vinculados a Spartacus, filmaban y luego extorsionaban a los clientes del local. Como era de esperarse, ambas actividades entraron en colisión: por una lado la policía y el juez brindaban protección y, por otro, la SIDE y los dueños del prostíbulo chantajeaban a los clientes poderosos. Entonces estalló el escándalo. Pero todavía quedaba un elemento aún más siniestro: el hombre que junto a Norberto Oyarbide apañaba a los proxenetas era el comisario Roberto Rosa, un represor y torturador de la dictadura militar.

En una exhaustiva investigación de la periodista Andrea Rodríguez publicada también en *Página/12* en julio de 1998, se informó:

Rosa fue señalado como el protector y socio policial del juez y del prostíbulo. Pero, además, fue identificado como verdugo del Club Atlético, El Banco, El Olimpo y División Cuatrismo de Quilmes por dos ex detenidos-desaparecidos de aquellos centros clandestinos.

Es decir, de acuerdo con esta investigación, el juez Norberto Oyarbide y el torturador Roberto Rosa eran, lisa y llanamente, socios. A partir de la difusión del escándalo, muchas de sus antiguas víctimas reconocieron al comisario en las fotos aparecidas en los diarios y lo vincularon con las denuncias publicadas por la conadep:

En testimonios ante la conadep y el juicio a los ex comandantes, Clavel (*alias de Rosa*) fue señalado por ocho ex desaparecidos como miembro de los grupos de tareas del circuito represivo que dependió directamente de la Superintendencia de Seguridad de la Policía Federal y, en última instancia, del Primer Cuerpo de Ejército, comandado por el general Guillermo «Pajarito» Suárez Mason. La primera confirmación de que «Clavel» era Roberto Antonio Rosa llegó a la Justicia de boca de uno de sus compañeros, el también verdugo Juan Antonio Del Cerro, alias «Colores».

El escándalo sexual protagonizado por el juez Oyarbide puso al descubierto un submundo mafioso, criminal y ligado a lo más siniestro de la dictadura militar. A propósito de las derivaciones del ruidoso suceso y, sobre todo, al quedar en evidencia las sórdidas amistades de Oyarbide, la por entonces diputada Nilda Garré sostuvo:

Detrás de este caso se esconden situaciones mucho más graves. Voy a presentar una nota solicitando una reunión urgente de la Comisión Bicameral de Seguimiento de los Organismos de Inteligencia y Seguridad para analizar estos hechos, los que en principio son muy graves.

Este caso desnuda casi todos los vicios de la política: la corrupción, la complicidad del poder con la justicia, el uso de los servicios de inteligencia para el espionaje interno y la extorsión y, como si todo esto fuera poco, los vínculos de todos estos elementos con los residuos de la dictadura militar. El periodista Ernesto Tenenbaum ha escrito el 13 de mayo de 1998 en *Página /12*:

La designación de jueces sin prestigio ante sus pares permitió al Gobierno —con la complicidad de senadores pertenecientes a las más diversas ramas del peronismo— construir una Justicia débil y muy vulnerable a las presiones. Si Oyarbide hubiera llegado gracias a virtudes propias, habría tenido un prestigio que defender. De lo contrario, la única estrategia que le quedaba para sobrevivir como juez era no despegarse de sus padrinos.

Pero el magistrado no solamente no tuvo pruritos para despegarse de sus padrinos políticos, sino que supo hacerse apadrinar por los gobiernos siguientes. Ha pasado más de una década desde aquel episodio. Norberto Oyarbide sigue siendo juez y, desde entonces, jamás dejó de beneficiar al oficialismo, cualquiera sea éste. Sin embargo, hoy no se escucha ninguna condena de funcionarios que, como Nilda Garré, denunciaban la complicidad de Oyarbide con el gobierno de Carlos Menem.

Sería inquietante convivir con la sospecha de que algún magistrado pudiera inclinar la balanza a favor de quienes ejercen el poder político. Resultaría mucho menos obscena la imagen de un juez disfrazado de reina egipcia que pensar en el mismo magistrado absolviendo en tiempo récord a algún encumbrado funcionario acusado, por ejemplo, de enriquecimiento ilícito.

XI. Vientos del sur

Sexo platónico

Escribo estas líneas mientras asisto, conmovido, a la imagen de la Presidente de la Nación de pie junto al féretro cerrado en el que yace su compañero. No hay palabras que puedan expresar ese dolor ni silencio más elocuente que el de sus labios apretados. Con una mezcla de desolación y fortaleza, la presidente permanece dolida pero no quebrada, erguida aunque no entera. No podría estarlo porque, como solía decir, ella y su esposo eran «dos cuerpos con un solo cerebro». Acaricia el ataúd como si no se resignara a dejar de ser parte de ese otro cuerpo. Acaso la muerte despierte el sentimiento más atávico y primario que, como una fuerza surgida del fondo arcaico de la especie, nos impulsa al abrazo, a la reunión y al consuelo. Cristina Fernández de Kirchner no sólo ha perdido a su marido. Néstor Kirchner fue también su compañero de estudios, su amigo más entrañable, el colega y el socio, su jefe político y el padre de sus dos hijos, Máximo y Florencia.

Existe la impronunciable percepción de que Néstor Kirchner ha muerto en combate. Algo de ese gesto épico que se reclamaba desde los atriles parece haber sido finalmente reconocido. Multitudes de a pie se acercan no sólo a expresar el dolor sino, sobre todo, a ofrecer su apoyo a esa mujer que ha perdido a su compañero y debe continuar al frente de la gestión. En otras épocas los hombres partían a la guerra y las mujeres se quedaban en sus casas cuidando a la prole. Tal vez aquella memoria que atraviesa las generaciones haya percibido que, ante la muerte del esposo, deberá ser su viuda quien comande la estrategia con ese mismo cerebro que impulsaba ambos cuerpos. Cada grito de aliento espontáneo, surgido de la multitud que va pasando por delante del féretro, confirma que la sociedad comparte el sentimiento de la mujer que apenas puede contener el llanto junto al cajón cerrado.

Para comprender el modo en que Néstor y Cristina Kirchner han concebido la política y el grado de dificultad que enfrenta la Presidente, tal vez resulte fundamental examinar esta curiosa figura a la que ella misma apelaba: «dos cuerpos con un solo cerebro». Quizás, a su pesar, Cristina Kirchner estaba aludiendo a una antigua figura mitológica cuyo primer registro se remonta a *El banquete* de Platón: el andrógino. De acuerdo con el mito que refiere el maestro de Aristóteles, los primeros humanos tenían cuatro brazos, cuatro piernas, dos caras en una sola cabeza y ambos sexos en un mismo cuerpo. Aquellos seres dotados de tan fornida constitución, conscientes de su fuerza, decidieron desafiar a los dioses y arrebatárles el poder. En el mismo momento en que estaban por partir a la guerra, Zeus, Dios de los dioses, decidió castigarlos dividiéndolos en dos mitades. Así, mutilados para siempre, los seres humanos debieron resignar la batalla contra los dioses y dedicarse a buscar su

mitad perdida.

El andrógino de la mitología carecía de impulsos sexuales por cuanto ambos sexos ya convivían en ese cuerpo; todas sus pasiones y acciones, en cambio, estaban destinadas a la disputa del poder. Mientras Néstor Kirchner vivía, el matrimonio ejerció el poder como aquellos seres fantásticos. La muerte del expresidente significa el comienzo de otro capítulo del período que comenzó con la crisis de 2001. De las alianzas que determine la Presidente para reparar la dolorosa mutilación, semejante al castigo de Zeus, dependerá el curso de la historia.

La crisis de 2001 que desembocó en la renuncia de Fernando de la Rúa produjo la vertiginosa sucesión de cuatro presidentes —Ramón Puerta, Adolfo Rodríguez Saá, Eduardo Camaño y Eduardo Duhalde— en apenas dos semanas. El asesinato de los militantes sociales Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, como consecuencia de la feroz represión desatada por la policía bonaerense durante las protestas del 26 de junio de 2002, precipitó el llamado a elecciones anticipadas. Duhalde decidió su apoyo a un mandatario patagónico virtualmente desconocido para la opinión pública: el gobernador de Santa Cruz, Néstor Carlos Kirchner.

El veredicto de las urnas del 27 de abril de 2003 favoreció a Carlos Menem. Sin embargo, el escaso 24,3% de los votos obtenidos no fue suficiente para alcanzar la victoria en la primera vuelta. En segundo lugar, con un paupérrimo 22%, había quedado Néstor Kirchner. Ante una segura derrota, Carlos Menem decidió renunciar al ballotaje. Fue una maniobra artera del riojano, para dejar a su oponente en una posición de debilidad al negarle la legitimación que le hubiese otorgado el triunfo aplastante en la segunda vuelta. El 25 de mayo de 2003 Néstor Kirchner recibió el bastón presidencial de manos de Eduardo Duhalde. De inmediato, logró revertir ese piso electoral mínimo: aprovechó el nivel de desconocimiento del que adolecía y supo transformarlo en su principal capital ante el descrédito de los políticos consabidos, expresado en la consigna «que se vayan todos».

Existe una discusión extendida a izquierda y derecha acerca de las verdaderas convicciones e intenciones que guiaron las medidas más importantes de Néstor Kirchner. Resultaría tan lícito preguntarse por los móviles últimos que impulsaron un proyecto de gobierno, como destacar los hechos objetivos. Fueron actos indiscutiblemente loables la anulación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida; el impulso a los juicios de los genocidas de la dictadura militar; haber abierto las puertas de la Casa de Gobierno a las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, liberándolas de la condena del eterno peregrinar en torno a la Pirámide de Mayo y el reemplazo de la vergonzosa Corte de Justicia menemista por los jueces más prestigiosos que tuvo jamás el Tribunal Supremo en la historia argentina. Éstos son algunos de los actos más destacables del gobierno de Néstor Kirchner. No obstante, también son atendibles las voces que señalan que las cifras de la economía han sido descaradamente adulteradas por el Instituto Nacional de Estadística y Censos

(INDEC); que el invocado interés «Nacional y Popular» no fue obstáculo para que los recursos petroleros, las riquezas mineras, los negocios financieros y bancarios quedaran en manos de oligopolios multinacionales, y otros cuestionamientos que denuncian una suerte de doble discurso que adorna con una retórica de izquierda actos que no se diferencian de las tradicionales políticas conservadoras.

Más allá de las diversas opiniones y las discusiones interminables y dando por hecho el efecto exculpatorio que otorga la muerte, resulta inevitable comparar aquella entidad mitológica de dos cuerpos con un solo cerebro que constituía la unión de Néstor y Cristina Kirchner con el más legendario de todos los matrimonios de la Argentina.

En junio del 2008, en un acto en la Casa Rosada, Cristina Kirchner declaró: «Como dijo un señor: la historia se repite primero como tragedia y después, como comedia». El señor era Karl Marx y la frase no decía exactamente eso. Pero, tal vez a su pesar y sin advertirlo, la Presidente trazó una analogía de su matrimonio con el de Juan Domingo Perón y Eva Duarte. Más allá de las dotes oratorias de la Presidente y del cariño que suscitaba Néstor Kirchner entre sus seguidores, la talla que alcanzaron Perón y Evita fue inigualable. Por otra parte, hay que admitir que, si bien Néstor Kirchner tenía muchos méritos, no lo adornaba precisamente el don de la retórica.

A veces las palabras no acuden cuando las precisa. Las ideas se le atropellan y la boca es un embudo muy estrecho, como el día en que habló de «un grito de aire fresco». Su relación con sujeto, verbo y predicado no se inspira en la de Juan Perón. Le salen frases enrevesadas que a menudo quedan truncas, con los puntos suspensivos de una obra de Armando Discépolo, pero se hace entender mucho mejor que tanto pulcro abogado sentencioso.

Este fiel retrato de Néstor Kirchner pertenece a Horacio Verbitsky, una de las plumas más notables del periodismo oficialista. Desde la adolescencia el expresidente llevaba ese cuerpo largo y desmañado, un seseo pertinaz y un notorio estrabismo no sin ciertos complejos. Sin embargo, tal como se lo propuso desde muy joven, logró compensar lo que *natura* no le proveyó con una gran habilidad para los negocios y una infrecuente determinación para construir poder desde la nada.

El matrimonio Kirchner se destacaba por todas estas notables diferencias: la belleza de Cristina Fernández, su empeño por aparecer siempre arreglada para la ocasión, su facilidad de palabra y cierta afectación con pretensiones intelectuales contrastaban con la traza desprolija de Néstor Kirchner, su dificultad para encontrar las palabras justas, su humor campechano dado al doble sentido fácil, la falta de interés por la lectura y el conocimiento de otras culturas (no viajó a Europa sino ya en ejercicio de la presidencia). No era una pareja que transmitiera sensualidad. Sin embargo, la forma en que juntos ejercieron el poder no estaba exenta de ribetes que, de manera más o menos metafórica, contenía un fuerte componente sexual.

El sexo como metáfora

El matrimonio de Néstor Kirchner y Cristina Fernández dirigía toda su libido al manejo de la cosa pública y la gestión política. Sin embargo, las alusiones sexuales por parte de varios funcionarios del gobierno en cada una de sus famosas polémicas son incontables: la obscena remera que exhibió el Jefe de Gabinete, Aníbal Fernández, en un encuentro con cibernautas afines, en la que, sobre un fondo negro, aparecía el logotipo del diario *Clarín*, el característico personaje rojo que, en lugar de sostener el instrumento en su boca, lo tenía hundido en el trasero, constituye un ejemplo contundente. La fotografía se hizo célebre, no sólo a causa de la famosa remera, sino porque abrazado al jefe de Gabinete aparecía el militante oficialista Lucas Carrasco, quien amenazara de muerte al conductor de un programa periodístico de televisión y a su *staff* a causa, justamente, de un fracaso amoroso: «Voy a ir con una metralleta y los voy a matar a todos», prometió Carrasco en su página web, ofreciendo a la mujer de sus desvelos los cadáveres de los periodistas, como trofeo y muestra de su amor incondicional.

Este episodio, que pretendió ser justificado por el agresor como una humorada, perdió cualquier viso de comicidad a la luz del asesinato a balazos de Mariano Ferreyra, un militante del Partido Obrero de veintitrés años, a manos de un grupo armado perteneciente a la Unión Ferroviaria el 20 de octubre de 2010. El principal acusado de ser el autor material del homicidio, Cristian Favale, un «barrabrava» perteneciente al club de fútbol Defensa y Justicia, también se había fotografiado con funcionarios del gobierno días antes de ser contratado para enfrentar a los trabajadores ferroviarios desplazados del gremio. Tal vez la bala que mató a Mariano Ferreyra haya sido la misma que provocó el disgusto que terminó de dañar el fatigado corazón de Néstor Kirchner.

La violencia verbal asociada al sexo ha sido exhibida sin pudor desde ciertos personajes que solían acercarse al poder para obtener algún beneficio. Al finalizar el discurso que Cristina Fernández pronunció en el Congreso Nacional en ocasión de la inauguración de las Sesiones Ordinarias de 2010, desde las gradas oficialistas cayó una lluvia de volantes que, citando a Diego Maradona, rezaban: «Que la sigan chupando». Al pie estaba la firma de la Presidente, quien debió tolerar de mala gana la ocurrencia del triste comedido.

Néstor Kirchner, por su parte, con frecuencia solía equiparar la sexualidad con el poder: en febrero de 2010, citando al celeberrimo Bernardo Neustadt, acusó a la oposición de ser «una máquina de impedir» y culpó a los medios de querer «castrar al modelo». No menos elocuente fue la fotografía del expresidente tocándose

ostensiblemente los genitales en el recinto del Congreso mientras Carlos Menem asumía como senador. Las oscilantes relaciones de amor y odio entre el santacruceño y el riojano tampoco han sido del mejor gusto. Se amaron cuando compartieron el negocio de la privatización del petróleo nacional, se odiaron al disputarse porciones del poder y volvieron a quererse cuando el oficialismo perdió la mayoría en el Senado y precisaba de la ausencia de Menem para evitar que la oposición formara quórum.

El oficialismo ha mostrado varios recursos a la hora de someter voluntades a cambio de dinero, destinar partidas presupuestarias a gobernadores, intendentes, sindicalistas, periodistas, medios de prensa e incluso al Poder Judicial en pleno. Un gobierno que siempre se ha jactado de no aplicar ajustes, en septiembre de 2010 recortó en un 40% el presupuesto requerido por la Corte Suprema de la Nación, disgustado por las resoluciones del máximo tribunal contrarias a muchos de los planes políticos del Ejecutivo. El poder ha hostigado con igual empeño a quienes no se dejaron pervertir, armándoles causas judiciales, apelando a la calumnia, al chantaje e incluso al escarnio público.

Pero las permanentes alusiones sexuales del gobierno no se limitaron a meras aunque elocuentes metáforas del modo de ejercer el poder ni fueron simples cuestiones de modales.

3. La esclavitud sexual en el siglo XXI

Desde el año 2003 hasta la actualidad, el tráfico de personas y la prostitución aumentaron de manera brutal. Tanto en *Pecar como Dios manda* como en *Argentina con pecado concebida*, e incluso en las páginas de este mismo volumen, nos hemos ocupado de la evolución de la prostitución y la trata de personas, y hemos podido comprobar de qué forma el crecimiento del ominoso delito de explotación sexual siempre ha estado directamente relacionado con la impunidad otorgada por las estructuras políticas y policiales. De hecho, una de las formas más habituales de financiación de la política ha sido la relación de los «punteros» y recaudadores partidarios con las organizaciones dedicadas a la explotación sexual.

En una nota publicada el 13 de septiembre de 2010 en el diario *Página/12*, titulada «Ahora la trata en la Argentina aumentó en magnitud», se incluyó una esclarecedora entrevista a la relatora de la ONU, la abogada nigeriana Joy Ngozi Ezeilo, en la que, en su paso por la Argentina, sostuvo que «la corrupción policial es parte del problema». Entre las múltiples causas del incremento del tráfico y la explotación de mujeres, la funcionaria de la ONU señaló que, en el caso argentino, existe una falta de protección no sólo a las víctimas, sino a quienes investigan estos casos. En efecto, muchos familiares de víctimas, periodistas y funcionarios honestos que se han atrevido a denunciar e indagar, en lugar de recibir colaboración por parte de las autoridades, terminaron siendo amenazados, perseguidos e instados a no profundizar en el tema.

Durante estos últimos años, la modalidad de este delito ha variado y se ha enraizado de manera notable. En el mismo artículo, y siempre citando a la autoridad de la ONU, se afirma que la trata de personas «está aumentando en magnitud». Tanto en lo relativo a la explotación laboral como sexual, la Argentina «claramente se ha convertido en país de destino y en menor medida de origen y tránsito».

En su visita al país, Ezeilo no se limitó a describir el preocupante cuadro de situación, sino que recomendó medidas «urgentes» a las autoridades y señaló al Gobierno Nacional como el principal responsable: «El Gobierno debe demostrar un compromiso serio y promover tolerancia cero a la corrupción de los funcionarios».

La funcionaria de la ONU denunció además que no se logrará ningún avance si no se liberan recursos para enfrentar el problema. La conclusión de Ezeilo fue extremadamente dura al describir la situación argentina en materia de trata de personas y explotación de mujeres. Así lo destaca la nota de *Página/12*:

Su diagnóstico fue muy duro: manifestó su preocupación por la «impunidad» con la que la trata tiene lugar en el territorio nacional, por la «poca capacidad» para combatirla, por «los abusos espantosos que sufren las víctimas» y por la «corrupción» de la policía y otros miembros de las fuerzas de seguridad que «están directamente involucrados en implementar medidas contra este delito, especialmente a nivel provincial, donde reciben coimas y colaboran ilegalmente con tratantes».

El problema de la explotación sexual no sólo atañe a las mujeres, sino que, durante estos últimos años, se ha extendido al tráfico y la prostitución forzada de niñas y niños. La funcionaria de la ONU no disimula su asombro e indignación ante la proliferación de estos delitos en la Argentina: «Lo que más me sorprendió es la cuestión de las víctimas de la trata, que me han contado los espantosos abusos que han sufrido. Eso me enoja muchísimo y me da fuerza para redoblar los esfuerzos en esta lucha por erradicar este horrendo crimen».

En otra conferencia de prensa, manifestó su preocupación por los beneficios que reporta para algunos este problema, aludiendo a la indiferencia oficial: «La impunidad con la que la trata de personas se lleva a cabo y los horribles abusos a las víctimas es un caso moderno de esclavitud que reporta enormes beneficios a muchas empresas».

Si, tal como denuncia Joy Ngozi Ezeilo, el Gobierno Nacional no ha hecho demasiado para combatir la trata de personas y la explotación sexual, no se debe, precisamente, a que desconozca el tema. Néstor Kirchner fue intendente de Río Gallegos durante cuatro años y gobernador de su provincia, Santa Cruz, por más de una década. Las actuales autoridades provinciales, que responden a la misma agrupación y estructura política del expresidente, han mantenido una fuerte polémica con una fundación dedicada a combatir estos crímenes aberrantes.

A mediados del 2009 se hizo pública una denuncia de la Fundación La Alameda y del Movimiento de Trabajadores Excluidos, a raíz del funcionamiento de una organización que manejaba una red de prostíbulos en la ciudad de Río Gallegos. Este complejo de burdeles constituía un pequeño barrio conocido como «Las Casitas», en el cual eran explotadas y sometidas a esclavitud numerosas mujeres, muchas de ellas menores de edad. De acuerdo con la denuncia, en cada unidad habitacional trabajaban por lo menos cinco mujeres que, llevadas por la fuerza o merced a engaños, eran obligadas a prostituirse. Según pudo comprobarse, las jóvenes provenían de diferentes provincias e incluso de otros países del continente. Este conjunto de «whiskerías» era una verdadera red de trata de personas y explotación sexual, sostenida por la connivencia entre traficantes, policías y funcionarios gubernamentales. En lugar de tomar cartas en el asunto, investigar y perseguir los diferentes delitos varias veces denunciados, la policía se dedicaba, virtualmente, a regentar la explotación sexual.

El caldo de cultivo y el origen de esta actividad estaban determinados por el marco social de pobreza, la inexistencia de oportunidades laborales y la ausencia de políticas de inclusión educativa. En este contexto, las mujeres eran reclutadas de diferentes maneras: en algunos casos eran engañadas mediante el ofrecimiento de

trabajos bien remunerados; en otros, eran seducidas por determinados personajes de la organización y llevadas con promesas matrimoniales y, en otras circunstancias, eran lisa y llanamente secuestradas y obligadas a ejercer la prostitución.

Con la complicidad de funcionarios, a las mujeres se les proveían documentos falsos. Si eran menores, se les fraguaba la edad y, en todos los casos, se las hacía rotar permanentemente por diferentes prostíbulos de otras provincias para generarles una situación de constante desarraigo y para que no pudieran establecer vínculos afectivos con clientes que, eventualmente, pudieran denunciar la situación.

Uno de los puntos más siniestros en esta turbia cadena de delitos consistía en convertir a las víctimas en culpables. Los proxenetas obligaban a las mujeres a pagar las «deudas» que habían contraído con ellos en concepto de traslados, alojamiento, alimentación y «trámites administrativos». En estas condiciones eran forzadas a prostituirse para saldar sus «compromisos».

Algunos casos resonantes investigados por la Fundación La Alameda tuvieron amplia difusión en los medios nacionales y provinciales. Interpelados por medios periodísticos, los funcionarios gubernamentales siempre han intentado justificar la prostitución como «un mal necesario», encuadrado en las costumbres y la tradición de los pueblos, como si fueran meros comentaristas de la realidad y no los verdaderos responsables de combatir los gravísimos delitos que implica la explotación sexual. A propósito, en un artículo esclarecedor, la Fundación La Alameda sostuvo:

El Estado debe hacer cumplir la Convención sobre Eliminación de todas formas de Discriminación contra la Mujer, tanto como la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño y debe eliminar toda actividad que implique trata de personas y cualquier forma de esclavitud, fundamentalmente si se trata de reducir a niños para ser explotados sexualmente, que es una práctica análoga a la reducción a la esclavitud y, como tal, debe ser erradicada. Al Estado debe exigírsele que combata estas organizaciones mafiosas, varias de ellas con actividad internacional; (...) Al Estado debe exigírsele también que preserve a las víctimas de este crimen, asegurándoles sus derechos, entre ellos, a socializarse y educarse, a tener una vida digna y plena. Ninguna mujer nace para ser prostituta. Mucho menos, para ser esclava y prostituta.

Con el apoyo de organizaciones religiosas, organizaciones no gubernamentales, referentes sociales y medios independientes, la Fundación La Alameda emprendió una lucha denodada contra la complicidad de los funcionarios de la ciudad de Río Gallegos y de la provincia de Santa Cruz. La denuncia advertía, además, que el funcionamiento de Las Casitas de Tolerancia de Río Gallegos no se limitaba a la explotación sexual, la trata de personas y el abuso de menores, sino que también sus actividades promovían el narcotráfico. En 2009 se abrió un expediente en la Cámara Federal de Apelaciones de Comodoro Rivadavia y se inició una investigación judicial sobre Las Casitas y sus ramificaciones en otros pueblos de Santa Cruz.

Finalmente, luego de una épica batalla legal contra las mafias, la complicidad oficial y la indiferencia de las autoridades, la Fundación La Alameda consiguió que se clausurara aquella red delictiva que funcionaba en las afueras de Río Gallegos. En un comunicado, La Alameda prometió redoblar esfuerzos para terminar con la

explotación sexual al amparo de la política: «Con esperanza, denuncia y compromiso, para una sociedad sin esclavos, ni excluidos».

No será una lucha fácil ni exenta de obstáculos. El poder político no sólo no muestra ningún interés en combatir estos delitos, sino que no guarda ningún disimulo en apañarlos. El 30 de septiembre de 2010, el kirchnerismo bloqueó en la Cámara de Diputados el tratamiento de la Ley Anticorrupción y el debate de una normativa contra la Trata de Personas. Ningún legislador oficialista bajó al recinto y, tras bambalinas, festejaban la frustración de la oposición ante la falta de quórum.

El comercio sexual y la trata de personas es, sin embargo, un problema generalizado que se ha extendido como un cáncer en todo el país. La misma Fundación La Alameda pidió que la Justicia llame a declarar al jefe del gobierno porteño, Mauricio Macri, a raíz de una denuncia presentada por el diputado Nacional Fernando «Pino» Solanas. En julio del 2009, Macri fue filmado mientras se burlaba de las graves acusaciones que lo hacían responsable del funcionamiento de los prostíbulos de la ciudad de Buenos Aires. Sin saber que las cámaras de televisión estaban encendidas, antes del inicio del rodaje de un corto publicitario, refiriéndose a Solanas, Mauricio Macri dijo entre risas: «Hay que darle trabajo a Constitución, Pino (Solanas): una tintorería, un prostíbulo, una tintorería, un prostíbulo, así están las sábanas limpias».

El intendente se refería al creciente número de burdeles ilegales en el barrio de Constitución. A raíz de esta declaración de dudoso sentido del humor, Gustavo Vera, director de La Alameda, pidió que Macri declarara ante la Justicia.

La denuncia no fue presentada sólo a consecuencia de la desafortunada broma de Mauricio Macri, sino en el marco de una causa anterior, que acumulaba centenares de fojas, impulsada por una docena de diputados nacionales junto con la Defensoría del Pueblo, en la que se investigaba el funcionamiento de mafias dedicadas a la trata de personas, la explotación sexual y al narcotráfico en los barrios de Constitución y Monserrat. En su presentación, los abogados de La Alameda expresaron:

Más allá del repudiable tratamiento jocoso de parte de uno de los funcionarios públicos que debería tener como primordial tarea la lucha contra la trata de personas, surge claramente que el jefe de gobierno porteño ha conocido la existencia de lugares en los que se cometen delitos diariamente.

Lo cierto es que, si no contaran con la complicidad de funcionarios policiales y gubernamentales, estas cadenas de prostíbulos no podrían funcionar ni un solo día.

Hijos del poder

Según hemos podido establecer en los dos primeros volúmenes de este trabajo, desde los albores de la historia argentina el poder se ha transmitido de generación en generación, a la manera del antiguo régimen monárquico, aun luego de la Independencia. Las alianzas sexuales entre las familias «patricias» tuvieron como resultado la concentración de la propiedad del vasto territorio nacional en muy pocas manos. La masacre y el despojo cometidos contra los pueblos originarios, conocido bajo el irónico eufemismo de «Campaña del Desierto», fue la coartada para que aquellas familias se alzaran con millones de hectáreas que, lejos de constituir un desierto, eran las tierras más fértiles del planeta.

Apellidos como Martínez de Hoz, Álzaga Unzué, Santamarina, Anchorena, Pereyra Iraola, entre otros, manejaron los destinos de la Patria desde mediados del siglo XIX en adelante. El caso de los Martínez de Hoz es emblemático. Desde Narciso Martínez de Hoz, ferviente defensor de la monarquía española y sobrino de un contrabandista llegado al Virreinato del Río de la Plata en el siglo XVIII, pasando por su descendiente José Toribio, fundador de la Sociedad Rural Argentina, hasta José Alfredo, ministro de Economía de la dictadura de Videla, puede advertirse con transparencia este carácter dinástico del poder.

Muchos de los protagonistas de la política argentina, provenientes o no de la aristocracia, heredaron la posición preponderante de sus antepasados. Marcelo T. de Alvear, uno de los más conspicuos presidentes radicales, era nieto de Carlos María e hijo de Torcuato de Alvear. Roque Sáenz Peña —de quien nos hemos ocupado extensamente en *Argentina con pecado concebida*—, elegido presidente en 1910, era el vástago de otro primer mandatario, Luis Sáenz Peña, y nieto de Roque Julián, diputado rosista. Bartolomé Mitre condujo los destinos del país como presidente y sus descendientes han ejercido una enorme influencia desde las páginas del diario *La Nación*, fundado por aquél. Existen numerosos ejemplos de gobernadores provinciales que instauraron verdaderos feudos dinásticos. Del mismo modo, legisladores nacionales y provinciales, magistrados, intendentes, sindicalistas y empresarios dejaron su poder y fortuna en manos de sus descendientes o bien lo recibieron de sus familiares directos.

Mucho más cerca en el tiempo, la nueva burguesía procedió de la misma forma que la antigua aristocracia. El caso de Daniel Scioli, hijo de un comerciante del barrio de Once que llegó a amasar una fortuna, es un ejemplo ilustrativo. Ingresó en la política de la mano de Carlos Menem, luego de llevar a la quiebra a la empresa Scioli Internacional, que dejó en la calle y sin indemnización a todos sus empleados. Sin

otro mérito que un turbio campeonato mundial de *superboat* puesto en duda por el periodista deportivo Gonzalo Bonadeo, Scioli gozó de un inexplicable apoyo popular que lo llevó a la vicepresidencia de la Nación y luego a la gobernación de la provincia de Buenos Aires. Dueño de una cortedad de palabra y una notable limitación intelectual, Scioli jamás expuso sus convicciones políticas ni ideológicas. Tal vez haciendo caso a un antiguo eslogan publicitario de las tiendas Scioli en el que aparecía una mujer llevándose el índice a los labios en señal de silencio, mientras susurraba «Shhhhhhioli», el empresario entendió las ventajas del mutismo. Con ese silencio eludió cualquier explicación sobre su sinuoso camino político, transitado con mucho sigilo y casi ningún escrúpulo: estuvo junto a Carlos Menem, luego con Eduardo Duhalde y más tarde con Néstor Kirchner. Primero como presidente y luego como primer caballero, Kirchner no desaprovechó oportunidad para humillarlo públicamente. Scioli siempre le ofreció el otro glúteo ante cada sonora nalgada. En un cuadro de sadismo político, el expresidente, apuntándolo con su índice, lo instó en un acto multitudinario a que dijera «quién le tenía las manos atadas» para combatir la inseguridad en la provincia de Buenos Aires. Como en las escenas de pornografía disciplinaria, el mandatario provincial, maniatado y de rodillas ante su agresor, sólo atinó a agachar la cabeza.

Un caso parecido al de Scioli es el de Mauricio Macri, un personaje insignificante, que por razones tan azarosas como inexpugnables llegó a colarse en las páginas de la historia argentina. Su padre, Franco Macri, un albañil italiano hábil para prestarse a suculentos negociados con la dictadura militar iniciada con Videla, pudo erigir un imperio: SOCMA. Los tentáculos de este verdadero pulpo abarcaban principalmente la construcción de obra pública y la industria automotriz. Sin ningún talento visible, su hijo Mauricio nunca dio a conocer sus ideas, ya fuera porque no tenía ninguna o porque su incapacidad oratoria impedía que las expresara. Sin embargo, nada de esto fue obstáculo para que el hijo del líder de SOCMA desarrollara una carrera política meteórica.

Con grandes simpatías hacia Carlos Menem, Macri fue presidente del Club Boca Juniors, a la vez que desde su empresa manliba se disputaba la propiedad de la basura con los pordioseros de la ciudad. En el año 2002, en plena crisis económica, llegó a denunciar públicamente a los indigentes: «Los cartoneros tienen una actitud delictiva porque se *roban la basura* y además no pagan impuestos».

Fundador del partido Compromiso para el Cambio, miembro del espacio Propuesta Republicana (PRO), primero fue electo diputado y luego jefe de gobierno porteño en 2007.

Más difícil que sufrir un hijo como Mauricio debe ser padecer un padre como Franco. A mediados del 2010, en medio de intensos embates judiciales, el intendente de Buenos Aires acusó al gobierno nacional de inventar una causa por espionaje para perjudicarlo. Haciendo primar sus negocios con el gobierno nacional, Franco Macri disparó contra su propio hijo: «Pondría las manos en el fuego de que el Gobierno no

tiene nada que ver». Y más aún: «Estoy seguro que no es un proyecto del Gobierno hacer que Mauricio tenga problemas».

Negocios son negocios. Otra versión aseguró que, en realidad, la destemplada reacción de Franco contra su hijo fue una venganza ante el intento de Mauricio para que la justicia declarara la insania mental de su padre con el propósito de quedarse con sus empresas. Un vez más: negocios son negocios.

Como hemos visto, a falta de hijos biológicos con vocación para el manejo público, Carlos Menem dejó su cría política para que creciera y se multiplicara a su imagen y semejanza. Pero la descendencia de su sangre también dio muchísimo que hablar. La muerte de Carlos Menem «Junior», a causa de la caída del helicóptero que piloteaba, fue objeto de numerosas versiones e investigaciones judiciales, aunque jamás pudo demostrarse que se haya tratado de un atentado, tal como siempre sostuvo su madre, Zulema Yoma.

La relación de «Zulemita» con su padre también fue objeto de múltiples comentarios. Ante la separación de Carlos Menem y Zulema Yoma, la hija del presidente se había convertido en la reemplazante de la Primera Dama. Resultaba inquietante ver al padre y a la hija permanentemente juntos durante los viajes oficiales, besándose frente a las cámaras mientras se miraban con ojos acaramelados. No menos turbadoras fueron las escenas de celos que Zulemita le hizo a su padre desde el inicio de su relación con la chilena Cecilia Bolocco. La indignación de la hija de Menem frente al nacimiento de su medio hermano, Máximo Menem Bolocco, era digna de una telenovela venezolana. Pero como si todo aquello hubiera sido poco, además Zulemita debió soportar estoicamente el escarnio público que significó que su padre diera finalmente su apellido al hijo extramatrimonial que hasta entonces se había negado a reconocer. En efecto, mientras participaba del programa televisivo *Gran Hermano* mostrando a sus azorados compañeros de convivencia las dimensiones de su miembro viril cada vez que se lo requerían, Carlos Nair Meza fue reconocido por un Carlos Menem repentinamente orgulloso de su sangre. «Hijo e' tigre», repetía el expresidente ante las noticias de las dotes equinas de su vástago.

A diferencia de los hijos de Carlos Menem, los herederos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández se mantuvieron en un cono de sombra y silencio cautamente delimitado por sus padres. En contraste con la desmesurada exposición de Carlos Nair, Máximo jamás ha creído necesario exhibirse frente a las cámaras. Florencia Kirchner, por su parte, cuando intentó mostrarse en el ya avejentado universo de los *fotologs*, recibió una dura y acaso sabia reprimenda materna. Hubo quienes sostuvieron que el precio del silencio y la invisibilidad de la adolescente fue un pequeño auto deportivo británico. Sin embargo, Florencia Kirchner no pudo dominar la tentación ante las cámaras y se dejó convencer fácilmente para actuar en un video clip de dos minutos para una desconocida banda sueca.

La franja de sombra en la que se desplaza Máximo Kirchner coincide exactamente con los negocios familiares y ciertos armados políticos. Dueño de un

modesto título secundario, el hijo mayor de los Kirchner es, sin embargo, un hábil administrador de la fortuna familiar que, desde la asunción de Néstor primero y Cristina después, ascendió de manera notable. Veremos en los próximos tiempos si Máximo decide seguir los pasos de su padre. Si durante el gobierno de la Alianza el grupo Sushi nucleaba a los jóvenes del poder, en el mandato de la actual administración los dirigentes de la juventud adicta suele reunirse en El Tasso, un restaurante y centro cultural frente a Parque Lezama en el que Máximo Kirchner conduce los pasos de la agrupación que comanda: La Cámpora.

La guerra de Dios

Podría afirmarse que la política iniciada por la administración de Néstor Kirchner no varió en absoluto con la asunción de su esposa. El hecho que marcó un verdadero antes y un después no fue la victoria de Cristina Fernández en 2007, sino la derrota parlamentaria que sufrió el oficialismo en 2009 y, desde luego, la muerte del expresidente. El estratégico adelantamiento de las elecciones legislativas permitió al gobierno contar con un margen de tiempo para apurar una serie de leyes antes de perder la mayoría en ambas cámaras con la asunción del nuevo elenco parlamentario. Durante la totalidad del mandato de Néstor Kirchner y los dos años de gobierno de Cristina Fernández, el Ejecutivo no mostró ningún interés en derogar, por ejemplo, la Ley de Radiodifusión de la dictadura militar. De hecho, el último decreto que firmó Néstor Kirchner antes de dejar el cargo fue la fusión de Cablevisión y Multicanal, lo cual benefició a dos empresas del Grupo *Clarín*, que, luego de la derrota parlamentaria, habría de convertirse en el enemigo público número uno del gobierno.

Ya en plena guerra con el multimedio, aprovechó su mayoría en el Congreso para sancionar sin dificultades la nueva Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, cuya imperiosa necesidad y justicia no logró esconder otras razones menos magnánimas: por un lado, el intento de herir de muerte a los medios que no se subordinaban a la voluntad del gobierno y, por otro, la vertiginosa construcción de un conglomerado de medios oficiales y paraoficiales. Entre otras leyes, aprobó la Prórroga de Facultades Delegadas, la extensión por dos años de la Emergencia Económica, la Reforma Política y un presupuesto amañado. Sin embargo, por razones que habremos de examinar, no contempló por entonces la sanción de una ley que venía siendo reclamada por distintas organizaciones sociales y políticas.

Tal vez una de las leyes más importantes, novedosas y hasta hace muy poco tiempo inimaginables, fue la Ley de Matrimonio Igualitario, que permitió el casamiento entre personas del mismo sexo en iguales condiciones a las del matrimonio heterosexual. Esta normativa, que equiparó los derechos de todos los ciudadanos en el plano de la libre elección sexual y familiar, colocó a la Argentina en el podio de los nueve países del planeta con la legislación más avanzada en esta materia. La Iglesia Católica, junto con los sectores más conservadores de la sociedad, se opuso a la sanción de esta ley con la misma santa indignación con la que combatió la Ley de Matrimonio Civil en el año 1888 y la Ley de Divorcio Vincular en 1987. Sin embargo, debe señalarse que muchos de los que impulsaron la ley de Matrimonio Igualitario, poco tiempo antes estuvieron en la vereda opuesta. La labilidad de las convicciones del Ejecutivo pareció estar determinada por la conveniencia política

coyuntural y supeditada al armado de alianzas circunstanciales. De hecho, poco tiempo antes de que se erigiera como el abanderado de los derechos de la comunidad homosexual, el gobierno bloqueó la primera iniciativa para tratar el matrimonio de personas del mismo sexo en el Congreso.

Cuando el oficialismo aún dominaba con mayoría en ambas cámaras, el 10 de noviembre de 2009 se intentó llevar a cabo una reunión de las comisiones de Legislación General y Familia con el propósito de emitir dictamen para tratar el proyecto de ley del Matrimonio Igualitario. Sin embargo, el bloque mayoritario de la Cámara de Diputados retaceó el quórum y frustró la iniciativa. Muchos de los diputados que luego defendieron la sanción de la ley como si aquélla hubiera sido una bandera que sostuvieron durante toda su vida, apenas unos meses antes no se atrevieron a pisar el recinto para hablar del casamiento entre personas del mismo sexo: Diana Conti, Alejandro Rossi, Héctor Recalde y Stella Maris Córdoba, junto a otros cincuenta legisladores de ambas comisiones, se ausentaron de la Cámara ante la orden del Ejecutivo. Dos hechos obraron para que el gobierno se opusiera al tratamiento de la ley: por un lado, intentó no introducir un elemento confrontativo de cara al encuentro de Cristina Kirchner con el Papa previsto para noviembre de ese año y, por otro, vislumbró la oportunidad de apropiarse de la iniciativa de corte progresista. Lo importante fue que la ley finalmente se sancionó.

Más allá de los cálculos impuestos por la coyuntura, lo más destacable de la sanción del matrimonio igualitario fue la lucha infatigable de las diferentes organizaciones como la Federación Argentina de Gays y Lebianas (FALGBT), la Comunidad Homosexual Argentina (CHA) —que al principio era partidaria sólo de la unión civil—, y la templanza con que militantes como María Rachid, César Cigliutti y Alex Freyre, integrante de la primera pareja gay que se casó en el país, enfrentaron las agresiones de los sectores más conservadores. A las más altas autoridades de la Iglesia argentina, en cambio, les cupo un papel verdaderamente lamentable. El cardenal Bergoglio pasará a la historia por sus declaraciones anacrónicas y violentas, más cercanas a la prosa medieval de la Inquisición que a la realidad cotidiana de una sociedad que, a pesar de los deseos de la Iglesia, tiene una vida sexual animada, frondosa y diversa. En una carta a las Carmelitas, que más que una misiva privada a las religiosas descalzas fue un zapatazo público, torpe y sin puntería, el cardenal expresó:

Les escribo estas líneas a cada una de ustedes que están en los cuatro monasterios de Buenos Aires. El pueblo argentino deberá afrontar, en las próximas semanas, una situación cuyo resultado puede herir gravemente a la familia. Se trata del proyecto de ley sobre matrimonio de personas del mismo sexo (...) no se trata de una simple cuestión política sino de la pretensión de destruir el plan de Dios (...) una «movida» del Padre de la Mentira.

La alusión al mismísimo Satanás, lejos de resultar una aterradora amenaza, acaso efectiva en el siglo x, sonó como una admonición infantil, cuando no una lamentable ofensa a la inteligencia de los cristianos. Pero como si fuese poco, Bergoglio redobló

la apuesta y continuó: «Recordémosles (a los legisladores) lo que Dios mismo dijo a su pueblo en un momento de mucha angustia: “esta guerra no es vuestra sino de Dios”. Que ellos nos socorran, defiendan y acompañen en esta guerra de Dios».

El llamado a una Guerra Santa fue el mejor argumento para nutrir a un ejército de pacíficos ciudadanos, hartos de que hombres con faldas negras intentaran meterse debajo de las cobijas de sus camas para decirles cómo proceder con sus partes más íntimas. La declaración de guerra, paradójicamente, significó la inmediata derrota de la propia Iglesia, cuyos partidarios, dentro y fuera del Congreso, quedaron fulminados por el «fuego amigo».

César Cigliutti, titular de la CHA, se encargó de destacar la pésima estrategia de la Iglesia: «Fue muy violento para nuestra comunidad y para sus propios feligreses. No puedo creer que haya hablado de una guerra».

La severa advertencia del padre de Alex Freyre cuando supo que su hijo estaba en pareja con José María Di Bello es, sin dudas, la mejor síntesis de lo que significó la Ley de Matrimonio Igualitario:

—Vos sabés que soy chapado a la antigua... —le dijo severamente a su hijo.

Ante el silencio afligido de Alex, el padre completó la frase:

—Así que les voy a pedir que... se casen.

Epílogo

Hemos llegado al final del largo camino iniciado con *Pecar como Dios manda*, predecesor de *Argentina con pecado concebida*, y con el presente volumen se completa la *Historia sexual de los argentinos*. Transitamos más de quinientos años de historia a través del sexo y pudimos comprobar que, en efecto, la historia y la sexualidad están compuestas de la misma sustancia; resultaría imposible, en consecuencia, comprender una si no es a la luz de la otra.

Durante los cuatro años que demandó esta investigación, logré acceder a una enorme cantidad de documentos que, por distintas razones, permanecían ocultos o bien fueron deliberadamente sustraídos de la mirada pública, en muchos casos, a pesar de la voluntad de sus protagonistas.

Ha sido un camino plagado de obstáculos, a través del cual he debido evitar trampas sutilmente tendidas por falsarios profesionales y sortear la celosa vigilancia de aquellos que se creen depositarios y guardianes de la moral de la Nación. Pero la mayor dificultad surgió, paradójicamente, del propio campo de la historia. En no pocas ocasiones he llegado a comprobar de qué manera el relato nacional ha sido fragmentado, y en muchas ocasiones censurado, por aquellos mismos que escriben la historia. Resulta tan triste como sorprendente descubrir el modo en que varios historiadores se han encargado de arrancar arteramente gran cantidad de las páginas más importantes del «libro oficial». Por fortuna, he podido exhumar no pocos documentos, testimonios e incluso objetos «comprometedores» que habían sido literalmente sepultados bajo tierra.

Por último, debo decir que todo cuanto escribí a lo largo de este trabajo ha sido producto del afán de perseguir la verdad sin especulaciones y sin eludir todo lo que implica importunar a quienes, de un lado o del otro, ejercen el poder.

Libros

- Actis, Munú y otras: *Ese infierno*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- Barnes, John: *Eva Perón*, Buenos Aires, Ultramar Editores, 1987.
- Barrancos, Dora: «Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras», en *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, Taurus, 1999.
- : *Mujeres en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.
- Bazán, Osvaldo: *Historia de la homosexualidad en la Argentina*, Buenos Aires, Marea, 2004.
- Bellota, Araceli: *Las mujeres de Perón*, Buenos Aires, Planeta, 2005.
- Caimari, Lilia: *Perón y la Iglesia católica*, Buenos Aires, Ariel, 1995.
- Calveiro, Pilar: *Poder y desaparición*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 1998.
- Camarasa, Jorge: *Amores argentinos*, Buenos Aires, Planeta, 1998.
- : *La enviada*, Buenos Aires, Planeta, 1998.
- Canto, Estela: *Borges a contraluz*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1999.
- Cárdenas de Monner Sans, María Inés: *Cuando Lugones conoció el amor*, Buenos Aires, Seix Barral, 1999.
- Carretero, Andrés: *Prostitución en Buenos Aires*, Buenos Aires, Corregidor, 1995.
- Cerruti, Gabriela: *El jefe*, Buenos Aires, Planeta, 1993.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas: *Nunca más*, Buenos Aires, Eudeba, 1995.
- De Titto, Ricardo: *Cartas póstumas*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2009.
- Finkel, Susana y Gorbato, Viviana: *Amor y sexo en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 1995.
- Fraga, Rosendo: *El general Justo*, Buenos Aires, Emecé, 1993.
- Gallo, Darío y Álvarez Guerrero, Gonzalo: *El Coti*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.
- Goldar, Edgar: *La mala vida*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
- Gorbato, Viviana: *Fruta prohibida*, Buenos Aires, Atlántida, 1999.

- Guy, Donna: *El sexo peligroso*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.
- Larraquy, Marcelo: *Fuimos soldados*, Buenos Aires, Aguilar, 2006.
- : *López Rega*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.
- López, María Pía: *Lugones: entre la aventura y la cruzada*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2004.
- Lugones, Leopoldo (h): *Mi padre*, Buenos Aires, Ediciones Centurión, 1949.
- Melo, Adrián: *El amor de los muchachos*, Buenos Aires, Ediciones Lea, 2005.
- Morales Solá, Joaquín: *Asalto a la ilusión*, Buenos Aires, Planeta, 1990.
- Morandini, Norma: *Catamarca*, Buenos Aires, Planeta, 1991.
- : *El harén*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- Ottaviano, Cynthia: *Secretos de alcobas presidenciales*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2003.
- Pavón Pereyra, Enrique: *Yo Perón*, Buenos Aires, Milsa, 1993.
- Pazos, Luis y Rey, Alejandra: *No llores por mí*, Catamarca, Buenos Aires, Sudamericana, 1991.
- Rapisardi, Flavio y Modarelli, Alejandro: *Fiestas, baños y exilios*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- Rodríguez Molas, Ricardo: *Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1985.
- Rojas, Ismael: *Las grandes causas de la degeneración de la raza*, Bogotá, Imprenta Nacional de la Honorable Cámara de Representantes de Colombia, 1937.
- Romero, Néstor: *Anécdotas del mundo del espectáculo*, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- : *Se dice de mí*, Buenos Aires, Buenos Aires, 2001.
- Sáenz Quesada, María: *Isabel Perón*, Buenos Aires, Planeta, 2003.
- Salas, Horacio: *Borges. Una biografía*, Buenos Aires, Planeta, 1994.
- Schalom, Myrtha: *La polaca*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2003.
- Sebreli, Juan José: *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.
- : *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.
- Sucarrat, María Marta: *Vida sentimental de Eva Perón*, Buenos Aires,

Sudamericana, 2006.

Torrado, Susana: *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*, Buenos Aires, Ediciones De la Flor, 2003.

Vaccaro, Alejandro: *Borges. Vida y literatura*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.

Van de Velde, T. H.: *El matrimonio perfecto*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1972.

Vázquez, María Esther: *Borges. Esplendor y derrota*, Buenos Aires, Tusquets, 1996.

Walger, Silvina: *Pizza con champán*, Buenos Aires, Planeta, 1997.

Wiñazki, Miguel: *Crónicas del fascismo mágico en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2002.

Wornat, Olga: *Menem, la vida privada*, Buenos Aires, Planeta, 1999.

Artículos periodísticos, de investigación y divulgación científica

Beatriz Argiroffo: «Cuerpos dóciles/orden garantizado. Sometimiento y disciplinamiento de las mujeres en la dictadura argentina (1976-1983)», en *Revista Zona Franca*, Año XVI, núm. 17, mayo 2008, Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre las mujeres, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

Bellucci, Mabel: «Anarquismo, sexualidad y emancipación femenina. Argentina alrededor del 900», en *Nueva Sociedad*, núm. 109, septiembre-octubre 1990.

Bianchi, Susana: «Perón y la Iglesia», en *Todo es historia*, Buenos Aires, Año 34, núm. 401, diciembre de 2000.

Carnovale, Vera: «Moral y disciplinamiento interno en el PRT-ERP», en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, 2008. Disponible en <<http://nuevomundo.revues.org/38782>>. Consultado en 2010>.

Cichero, Marta: «Hernán Benítez, el confesor de Evita», en *Todo es historia*, Buenos Aires. Año 30, núm. 352, noviembre de 1996.

Cosse, Isabella: «Cultura y sexualidad en la Argentina de los 60: usos y resignificaciones de la experiencia transnacional», en *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 17, núm. 1, enero-junio de 2006.

Cosse, Isabella: «Ilegitimidades de origen y vulnerabilidad en la Argentina de mediados del siglo XX», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, 2007. Disponible en <<http://nuevomundo.revues.org/12502>>.

D'Antonio, Débora: «Represión y resistencia en las cárceles de la última dictadura

militar argentina», en *La revista del CCC*, núm. 2, enero/abril 2008. Disponible en <http://www.centrocultural.coop/revista/edicion/4/2_abril_2008.html>.

De las Carreras de Kuntz, María Elena: «El control del cine en la Argentina (segunda parte)», en *Foro político* (Revista del Instituto de Ciencias Políticas UMSA), Vol. XX, agosto de 1997.

Figueira, José Antonio da Fonseca: «El primer amor de Perón», en *Historia*, Buenos Aires, Año 13, núm. 49, marzo-mayo de 1993.

Kenis, Diego: «Lugones y la proclama militar de 1930: los tópicos inaugurales del discurso político militar del siglo XX», en *Filopol*, 2008. Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur (Bahía Blanca).

Talak, Ana María y otros: «La psicologización de la sexualidad en Argentina (1900-1970)», en *Anuario de investigaciones*, Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires (UBA), vol. 15, enero-diciembre 2008.

Documentos: leyes

Anales de legislación argentina, 1954, 1956, 1987.

Boletín oficial, Ley 12331 (Profilaxis), 11 de enero de 1937.

Código contravencional de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ley 1472.

Archivos consultados

Clarín

La Nación

Página/12

Crítica de la Argentina

El día

Hoy

Perfil

Tiempo Argentino

El País (España)

The Sunday Times (Estados Unidos)

Revista Gente

Revista Rolling Stone

Revista Noticias

Agencia Nova

Agencia DyN

Agencia EFE

Reuters



FEDERICO ANDAHAZI. Nació en Buenos Aires en 1963. Estudió Psicología en la Universidad de Buenos Aires y trabajó como psicoanalista. En 1997, tras haber sido premiado en numerosos concursos literarios, publicó la novela *El anatomista*, obra con la que ganó el Premio de la Fundación Fortabat. Este libro se convirtió en un rotundo éxito de ventas y se tradujo a más de treinta idiomas en más de cuarenta países. Igual suerte tuvo la novela *Las piadosas* en 1998, año en que también publicó el volumen de cuentos *El árbol de las tentaciones*.

En 2000 publicó *El príncipe*, en 2002 *El secreto de los flamencos* y en 2004 *Errante en la sombra*. En 2005 publicó la novela *La ciudad de los herejes* y escribió el folletín *Mapas del fin del mundo* en colaboración con los lectores del diario *Clarín*, siendo esta la primera experiencia de escritura colectiva publicada en un periódico.

Es uno de los autores argentinos cuyas obras fueron traducidas a mayor número de idiomas en todo el mundo.